

TERRA NOVA

Antología de ciencia ficción contemporánea

Selección de Mariano Villarreal y Luis Pestarini



Lectulandia

Ocho autores internacionales demuestran que la ciencia ficción no ha perdido su garra ni su capacidad especulativa, y que es la narrativa que más y mejor trata de las preocupaciones, desafíos y problemas que afectan a nuestra sociedad actual. Desde la extrapolación y la metáfora del futuro, analizan y diseccionan una realidad en continuo cambio.

Lectulandia

Selección de Mariano Villareal y Luis Pestarini

Terra Nova
Vol. 1

Antología de ciencia ficción contemporánea

ePub r1.0

Banshee 17.03.14

Ken Liu por «El zoo de papel», 2011
Lola Robles por «Deirdre», 2012
Erick J. Mota por «Recuerdos de un país zombi», 2012
Víctor Conde por «Enciende una vela solitaria», 2012
Juanfran Jiménez por «Cuerpos», 2012
Ian Watson por «Un día sin papá», 1997
Teresa P. Mira de Echeverría por «Memoria», 2012
Ted Chiang por «El ciclo de vida de los objetos de software», 2010
Traducción: Manuel de los Reyes («El ciclo vital de los objetos de software»), Claudia de Bella («El zoo de papel») & Ana Díaz Eiriz («Un día sin papá»)
Diseño de portada: Ángel Benito Gastañaga

Editor digital: Banshee
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

A todos aquellos que apoyaron este proyecto desde sus inicios y nos permitieron soñar aún más alto: Kaesar, Joseba B., Luis Alfonso, Andoni, Joseba S., Lola, Luisa María, Nacho, Ricardo, José Manuel, Pedro, Luis y resto de amigos de la tertulia de ciencia ficción de Bilbao (TerBi). Muchas, muchas gracias. Y a todos los escritores, traductores, artistas, colaboradores y demás amigos que nos han acompañado en esta larga travesía ofreciendo lo mejor de sí mismos. Os vamos a seguir necesitando, ojalá que durante mucho tiempo.

Presentación

El rasgo característico de nuestro tiempo es el cambio. No solamente el cambio tecnológico, sino uno más profundo que recorre desde los modos de relacionarse a los tiempos biológicos. La ciencia ficción surge cuando el ser humano advierte que su mundo no es estático, que nace y muere en mundos distintos, diferenciados por la incorporación de nuevas herramientas y máquinas que primero afectaron a los modos de producción y luego a la vida cotidiana. Con estos cambios surgió la noción de progreso y de ahí a la pregunta seminal de la ciencia ficción: ¿qué nos depara el futuro?

Ciencia ficción es un rótulo para agrupar obras con iconografía y temática ya convencionales (otros mundos, otros seres, el futuro) que ocultan en sus pliegues intereses más complejos y elusivos. Si el robot supo derivar en el interrogante filosófico sobre qué es el hombre, y los viajes espaciales se convirtieron en un paisaje de la mente, es porque la naturaleza de la ciencia ficción es dinámica y se inquiere constantemente sobre los cambios y sus implicaciones. Es arriesgado hablar de rasgos de la ciencia ficción como si estuviéramos ante un *corpus* homogéneo, con ideas compartidas, pero al menos podemos afirmar que ese núcleo duro que tiene como virtud la especulación y la indagación sobre los cambios y sus consecuencias sobre el hombre, es el que otorga sentido a esta antología.

Además, en el seno de la ciencia ficción hay una tensión que se expresa ya desde el nombre: la contraposición entre ciencia (objetividad, racionalidad) y ficción (subjetividad, relato, mito). Esta tensión refleja un conflicto central de la cultura occidental que se manifiesta a través de una profunda incompreensión entre los mundos de la ciencia, la investigación y las «ciencias duras», y el de las humanidades y las artes. En la zona franca que hay en las fronteras entre estos dos mundos es donde extiende su territorio la ciencia ficción, en particular sus formas más cercanas a la prospectiva y la especulación.

La autonomía y la libertad que ofrece la ciencia ficción permitió que los habitantes de ambos mundos pudieran coexistir sin incomodarse, generando un caudal de literatura que, en sus cumbres, permite reunir lo mejor de ambos mundos: maravilla, indagación de cuestiones morales, especulación contrafáctica, reflexión sobre la condición del hombre y la realidad, y sobre las innovaciones tecnológicas y científicas.

Vale señalar, además, que hoy se puede advertir un intenso proceso por el cual las obras de ciencia ficción están perdiendo sus signos distintivos externos. Es decir, ya sea en la presentación de los libros o en sus contenidos, cada vez más se elude una identificación con la ciencia ficción como género editorial. Aquel fenómeno tuvo su

auge en los Estados Unidos durante el siglo pasado, pero ha confluído y transformado la literatura en general. No es casualidad que novelas como *La chica mecánica* de **Paolo Bacigalupi**, *La carretera* de **Cormac McCarthy**, *La mujer del viajero del tiempo* de **Audrey Niffenegger**, *Nunca me abandones* de **Kazuo Ishiguro**, *El sindicato de policía yiddish* de **Michael Chabon**, *El cuento de la criada* de **Margaret Atwood** o *El mapa del tiempo* de **Félix J. Palma**, sean leídas hoy al margen de portar o no una etiqueta genérica.

Terra Nova: antología de ciencia ficción contemporánea pretende ser un espacio para difundir este tipo de ciencia ficción en su formato breve; cuentos y novelas cortas que hoy día tienen difícil acomodo en libros o revistas. Así, buscamos promover la producción de un tipo de ficción caracterizada por su calidad especulativa y literaria, de relatos que indaguen sobre estas cuestiones sin perder de vista que la narrativa debe ser atractiva como lectura. Y potenciar, especialmente, a los autores que escriben originalmente en castellano.

Para esta convocatoria hemos recibido 190 relatos escritos en español, a los que debemos sumar las decenas de cuentos leídos en inglés. El resultado es esta selección que, creemos, sobresale de lo común: ocho relatos que avanzan sobre nuevos territorios con originalidad, intensidad y belleza, estimulando al lector para que amplíe su horizonte de percepción.

LUIS PESTARINI
MARIANO VILLARREAL

EL ZOO DE PAPEL

Ken Liu

Ken Liu es un escritor norteamericano de origen chino cuya identidad cultural mestiza queda patente en buena parte de su producción literaria. Su ficción (no sólo escribe fantasía y ciencia ficción, también cuentos realistas y poesía) posee además un fuerte componente humano y especulativo, lo que supone el contrapunto ideal al estilo más racional y estoico de Ted Chiang, cuyo relato ofrecemos al final del presente libro. Liu es un escritor en alza que ha publicado numerosos cuentos en los principales medios impresos y online de Estados Unidos durante los dos últimos años. Traduce esporádicamente al inglés obras de escritores chinos y arrastra a gran cantidad de seguidores en las redes sociales, principalmente Twitter.

Esta singular y emotiva historia obtuvo los premios Nebula, Hugo y World Fantasy —los más importantes galardones de la ciencia ficción y fantasía mundiales— del presente año en la categoría de relato corto, además de resultar finalista de otros premios importantes, como el Locus y el Theodore Sturgeon Memorial.

Además de «El zoo de papel», Liu ha escrito otras magníficas historias («The Five Elements of the Heart Mind», «Tying Knots», «The Literomancer», «Staying Venid», «Simulacrum», «Memories of my Mother») que espera puedan conformar algún día su primera antología propia. De momento, este relato constituye su primera aparición en castellano.

Puede parecer sorprendente que una antología que se define de ciencia ficción contemporánea se inicie con un relato de fantasía. Sin embargo, su esencia nos habla de la importancia de las raíces frente a la sociedad globalizada, realiza una descripción perfecta de nuestro presente cambiante y supone una magnífica forma de reflexionar acerca de nuestro futuro sin necesidad de *gadgets* tecnológicos.

Uno de mis recuerdos más antiguos comienza con mis sollozos. Me negaba a calmarme, sin importar lo que mamá y papá intentaran hacer.

Papá se dio por vencido y abandonó la habitación, pero mamá me llevó a la cocina y me hizo sentar a la mesa del desayuno.

—*Kan, kan* —me dijo, al tiempo que sacaba un papel de envolver de encima del refrigerador. Todos los años, mamá abría los envoltorios de los regalos de Navidad cortándolos con cuidado y los guardaba sobre el refrigerador, formando una alta pila.

Apoyó el papel con el lado del revés hacia arriba y comenzó a plegarlo. Dejé de llorar y me puse a observarla, curioso.

Dobló el papel y volvió a plegarlo. Lo plisó, apretó, remetió, enrolló y retorció hasta que el papel desapareció entre sus manos ahuecadas. Luego se llevó a la boca el paquete de papel plegado y lo sopló como si fuera un globo.

—*Kan* —dijo—. *Laohu*.

Apoyó las manos sobre la mesa y lo soltó.

En la mesa había un pequeño tigre de papel del tamaño de dos puños puestos uno junto al otro. La piel del tigre era el dibujo del papel de envolver, un fondo blanco con barras de caramelo rojas y árboles de Navidad verdes.

Extendí la mano hacia la creación de mamá. Crispó la cola y se lanzó juguetonamente sobre mi dedo.

—*Raurrr-sa* —gruñó. El sonido era una mezcla de maullido de gato con crujido de papel de periódico.

Sobresaltado, me reí y le acaricié el lomo con el índice. El tigre de papel vibró bajo mi dedo, ronroneando.

—*Zhe jiao zhezhi* —dijo mamá. «Esto se llama *origami*».

Yo no lo sabía en ese momento, pero la estirpe de mamá era especial. Les insuflaba aire para que compartieran su aliento y, por consiguiente, se animaran con su vida. Esa era su magia.

Papá escogió a mamá de un catálogo.

Una vez, cuando estaba en secundaria, le pedí a papá que me diera detalles. Él estaba intentando que yo volviera a hablar con mamá.

Se había apuntado en el servicio matrimonial en la primavera de 1973. Pasando las páginas sin parar, sin detenerse más que unos segundos en cada una, encontró la foto de mamá.

Nunca he visto esa foto. Papá me la describió: mamá sentada en una silla, de perfil a la cámara, vestida con un ajustado *cheongsam* de seda verde. Su cabeza estaba vuelta hacia la lente, de modo que su largo cabello negro caía astutamente sobre su pecho y su hombro. Lo contemplaba con los ojos de una niña en calma.

—Fue la última página del catálogo que miré —dijo él.

El catálogo decía que tenía dieciocho años, que le encantaba bailar y que hablaba bien inglés porque era de Hong Kong. Nada de eso resultó ser cierto.

Papá le escribió y la empresa transmitió los mensajes de ida y vuelta. Finalmente, voló a Hong Kong para conocerla.

—La gente de la empresa había escrito sus respuestas. Ella no sabía nada de inglés, excepto «hola» y «adiós».

¿Qué clase de mujer se incluye en un catálogo para que la compren? La secundaria me hizo pensar que yo sabía mucho de todo. El desprecio me producía una sensación placentera, como el vino.

En lugar de irrumpir en la oficina para que le devolvieran el dinero, papá le pagó a una camarera del restaurante del hotel para que oficiara de traductora.

—Mientras yo hablaba, tu mamá me miraba con una mezcla de miedo y esperanza. Y cuando la joven empezaba a traducir lo que yo decía, comenzaba a sonreír lentamente.

Volvió a Connecticut e inició los trámites para que ella pudiera reunirse con él. Yo nací un año después, el Año del Tigre.

A petición mía, mamá también hizo una cabra, un ciervo y un búfalo de agua con papel de envolver. Corrían por toda la sala mientras Laohu los perseguía, gruñendo. Cuando los atrapaba, los apretaba hasta que se les salía el aire y se convertían en simples trozos de papel plegado aplastado. Entonces, yo tenía que soplarlos para volver a inflarlos y dejarlos correr por ahí un poco más.

A veces, los animales se metían en líos. Una vez, durante la cena, el búfalo de agua saltó a un plato de salsa de soja que estaba sobre la mesa (quería remojarse como un verdadero búfalo de agua). Lo saqué rápidamente, pero la capilaridad ya había actuado y sus patas habían absorbido el líquido oscuro hasta muy alto. Las patas ablandadas por la salsa no podían sostenerlo y se derrumbó sobre la mesa. Lo sequé al sol, pero después las patas le quedaron dobladas y renqueaba cuando corría. Al final, mamá le envolvió las patas con papel film para que pudiera remojarse a sus anchas (pero no en salsa de soja).

A Laohu también le gustaba abalanzarse sobre los gorriones cuando jugaba conmigo en el patio trasero. Pero, una vez, un pájaro acorralado lo atacó con desesperación y le rasgó una oreja. Laohu gimoteó e hizo muecas de dolor en mis manos hasta que mamá le unió la oreja con cinta adhesiva. Después de eso, siempre esquivó a los pájaros.

Y luego, un día, vi un documental sobre tiburones en la TV y le pedí uno a mamá. Ella lo hizo, pero el tiburón se sentía descontento aleteando sobre la mesa. Llené el fregadero con agua y lo puse dentro. Comenzó a nadar en círculos, feliz. Sin embargo, pasado un rato estaba empapado y translúcido y, lentamente, fue

hundiéndose hasta el fondo, mientras los dobleces se deshacían. Metí la mano para rescatarlo y lo único que acabé por sacar fue un pedazo de papel mojado.

Laohu apoyó sus garras delanteras en el borde del fregadero y apoyó la cabeza sobre ellas. Con las orejas caídas, lanzó un débil gruñido que me hizo sentir culpable.

Mamá me hizo otro tiburón, esta vez con papel de aluminio. El tiburón vivía feliz en una pecera grande con peces de colores. A Laohu y a mí nos gustaba sentarnos junto a la pecera para observar al tiburón de papel de aluminio persiguiendo a los peces. Laohu pegaba la cara contra un lado de la pecera y yo, del otro lado, veía sus ojos, ahora grandes como tazas de café, mirándome fijamente.

Cuando yo tenía diez años, nos mudamos a una casa nueva en el otro extremo de la ciudad. Dos vecinas vinieron a darnos la bienvenida. Papá les sirvió unas bebidas y luego se disculpó por tener que salir corriendo a la empresa de servicios públicos para saldar las cuentas que había dejado el propietario anterior.

—Siéntanse como en su casa. Mi esposa no sabe mucho inglés, así que no crean que no les habla por falta de cortesía.

Mientras yo leía en el comedor, mamá desempacaba en la cocina. Las vecinas conversaban en la sala, sin intentar hacerlo específicamente en voz baja.

—Parece un hombre bastante normal. ¿Por qué lo hizo?

—Hay algo en el mestizaje que nunca resulta bien. El niño parece incompleto. Ojos rasgados, rostro blanco. Un pequeño monstruo.

—¿Crees que él sabe hablar inglés?

Las mujeres callaron. Un rato después, vinieron al comedor.

—¡Hola! ¿Cómo te llamas?

—Jack —dije.

—No suena muy chino.

Entonces, mamá entró en el comedor. Les sonrió a las mujeres. Las tres permanecieron de pie a mi alrededor formando un triángulo, sonriendo y asintiendo con la cabeza, sin nada que decir, hasta que papá regresó.

Mark, uno de los chicos del vecindario, vino a visitarme con unos muñecos de *Star Wars*. El sable láser de Obi-Wan Kenobi se encendía y el muñeco podía balancear los brazos y decir con voz metálica:

—¡Usa la Fuerza!

Pensé que el muñeco no se parecía en nada al Obi-Wan de verdad.

Juntos, lo vimos repetir su actuación cinco veces sobre la mesa de café.

—¿Puede hacer algo más? —pregunté.

Mi pregunta molestó a Mark.

—Observa todos los detalles —me dijo.

Observé los detalles. No estaba seguro de lo que él esperaba que le dijera.

Mark quedó decepcionado con mi respuesta.

—Muéstrame tus juguetes.

Yo no tenía más juguetes que mi zoo de papel. Traje a Laohu de mi habitación. A esas alturas, ya estaba muy gastado, emparchado con cinta adhesiva y pegamento por todas partes, evidencia de los años de reparaciones hechas por mamá y por mí. Ya no era tan ágil ni tenía un andar firme como antes. Lo senté sobre la mesa de café. Podía oír los pasos saltarines de los otros animales que, desde el pasillo, espiaban tímidamente la sala.

—*Xiao laohu* —dije, y me interrumpí. Pasé al inglés—. Este es Tigre.

Con cautela, Laohu se acercó a Mark dando grandes zancadas y le ronroneó, olisqueando sus manos.

Mark examinó los dibujos del envoltorio de Navidad que eran su piel.

—No se parece en nada a un tigre. ¿Tu mamá te hace juguetes con basura?

Yo nunca había visto a Laohu como *basura*. Pero, ahora que lo miraba, en realidad no era más que un trozo de papel de envolver.

Mark volvió a oprimir la cabeza de Obi-Wan. El sable láser se encendió; el muñeco movió los brazos de arriba abajo.

—¡Usa la Fuerza!

Laohu se volvió y se abalanzó sobre él, haciendo caer de la mesa a la figura de plástico. Fue a parar al suelo y se rompió; la cabeza de Obi-Wan rodó bajo el sofá.

—Rauuuuu —rio Laohu. Yo también me reí.

Mark me dio un puñetazo, muy fuerte.

—¡Costó muy caro! Ya ni siquiera se puede encontrar en las tiendas. ¡Probablemente costó más de lo que tu papá pagó por tu mamá!

Tropecé y caí al suelo. Laohu gruñó y saltó a la cara de Mark.

Mark gritó, más por el miedo y la sorpresa que por el dolor. Después de todo, Laohu estaba hecho de papel.

Mark agarró a Laohu, ahogando su gruñido conforme lo abollaba con la mano y lo rompía por la mitad. Hizo dos bolas con los trozos de papel y me las arrojó.

—Ahí tienes tu estúpida basura china barata.

Después de que Mark se marchara, pasé un largo rato tratando, sin éxito, de unir los pedazos con cinta adhesiva, de alisar el papel y volver a plegar a Laohu siguiendo las marcas de doblez. Lentamente, los demás animales vinieron a la sala y se reunieron alrededor mío y del papel de envolver roto que alguna vez había sido Laohu.

Mi pelea con Mark no terminó allí. Mark era popular en la escuela. No quiero volver

a pensar nunca más en las dos semanas que siguieron.

Un viernes, al final de esas dos semanas, llegué a casa.

—¿*Xuexiao hao ma?* —preguntó mamá. No dije nada y fui al baño. Me miré en el espejo. *No me parezco en nada a ella. En nada.*

En la cena, le pregunté a papá:

—¿Tengo cara de amarillo?

Papá bajó los palillos. Aunque yo nunca le había contado lo que sucedía en la escuela, pareció entender. Cerró los ojos y se frotó el puente de la nariz.

—No.

Mamá miró a papá sin entender. Volvió a mirarme a mí.

—¿*Sha jiao* «Amarillo»?

—En inglés —dije—. Habla en inglés.

Ella lo intentó.

—¿Qué pasar?

De un empujón, alejé de mí los palillos y el cuenco: pimientos verdes salteados y carne con cinco especias.

—Deberíamos comer comida norteamericana.

Papá trató de razonar.

—Muchas familias cocinan comida china de vez en cuando.

—Nosotros no somos otras familias. —Lo miré. *Otras familias no tienen madres que no encajan.*

Miró a otro lado. Y luego apoyó una mano en el hombro de mamá.

—Te traeré un libro de cocina.

Mamá se volvió hacia mí.

—¿*Bu haochi?*

—En inglés —dije, levantando la voz—. Habla en inglés.

Mamá estiró la mano para tocarme la frente y ver si tenía fiebre.

—¿*Fashao la?*

Aparté su mano con desdén.

—Estoy bien. ¡Habla en inglés! —Estaba gritando.

—Háblale en inglés —le dijo papá a mamá—. Sabías que algún día sucedería esto. ¿Qué esperabas?

Mamá dejó caer sus manos a los costados. Se quedó sentada y miró a papá, luego a mí y luego a papá otra vez. Trató de hablar, se interrumpió, volvió a intentarlo y se interrumpió de nuevo.

—Tienes que hacerlo —dijo papá—. He sido demasiado tolerante contigo. Jack necesita integrarse.

Mamá lo miró.

—Si digo «amor», sentir aquí. —Señaló sus labios—. Si digo «*ai*», sentir aquí. —

Puso la mano sobre su corazón.

Papá meneó la cabeza.

—Vives en los Estados Unidos.

Mamá se encorvó en su silla. Se parecía al búfalo de agua cuando Laohu se abalanzaba sobre él y lo estrujaba hasta robarle todo su aire vital.

—Y quiero juguetes de verdad.

Papá me compró la colección completa de muñecos de *Star Wars*. Le regalé mi Obi-Wan Kenobi a Mark.

Empaqué el zoo de papel en una caja de zapatos grande y lo guardé debajo de la cama.

A la mañana siguiente, los animales habían escapado y se habían adueñado de sus viejos lugares preferidos de mi habitación. Los atrapé a todos, volví a ponerlos en la caja de zapatos y cerré la tapa con cinta adhesiva. Pero los animales hacían tanto ruido dentro de la caja que, finalmente, la arrojé a un rincón del altillo, tan lejos de mi habitación como pude.

Si mamá me hablaba en chino, me negaba a contestarle. Después de un tiempo, intentó usar más el inglés. Pero su acento y sus frases entrecortadas me abochornaban. Traté de corregirla. En algún momento, dejó de hablar por completo ante mi presencia.

Mamá comenzó a usar la mímica cuando quería comunicarme algo. Trataba de abrazarme como veía que lo hacían las madres norteamericanas en la TV. Sus movimientos se me antojaban exagerados, inciertos, ridículos, sin gracia. Ella advirtió que me fastidiaba y no lo hizo más.

—No deberías tratar así a tu madre —me dijo papá. Pero no pudo mirarme a los ojos mientras lo decía. En lo profundo de su corazón, debía de saber que había cometido un error al traer a una campesina china y esperar que encajara en los suburbios de Connecticut.

Mamá trató de cocinar al estilo norteamericano. Yo jugaba a videojuegos y estudiaba francés.

De vez en cuando, la veía frente a la mesa de la cocina, estudiando el lado del revés de una hoja de papel de envolver. Más tarde, sobre mi mesa de noche, aparecía un animal nuevo que trataba de acurrucarse contra mí. Yo los atrapaba, los apretaba hasta sacarles el aire y luego los metía en la caja del altillo.

Finalmente, cuando yo cursaba secundaria, mamá dejó de hacer animales. Para entonces, su inglés había mejorado mucho, pero yo ya estaba en la edad en que no me interesaba lo que pudiera decirme, fuera cual fuera el idioma que usara.

A veces, cuando llegaba a casa y veía su cuerpecito moviéndose ajetreadamente en la cocina mientras cantaba para sí una canción en chino, me resultaba difícil creer

que me había dado a luz. No teníamos nada en común. Ella bien podía ser de la luna. Me apresuraba entonces a llegar a mi habitación para continuar con mi búsqueda de la felicidad típicamente norteamericana.

Papá y yo estábamos de pie, uno a cada lado de mamá, que yacía en una cama de hospital. Todavía no tenía cuarenta años, pero parecía mucho más vieja.

Durante años, se había negado a acudir al médico para consultar por un dolor que sentía dentro y que, según decía, no era gran cosa. Para el momento en que, finalmente, se la llevó la ambulancia, el cáncer se había extendido mucho más allá de los alcances de la cirugía.

Mi mente no estaba en esa habitación. Estaba en medio de la temporada de contrataciones de estudiantes universitarios y enfocado en los *curriculum vitae*, los expedientes académicos y los cronogramas de entrevistas ideados estratégicamente. Urdía planes sobre cómo mentir a los reclutadores de las empresas con más efectividad para que me ofrecieran empleo. Entendía intelectualmente que era terrible pensar en eso mientras mi madre agonizaba. Pero esa comprensión no implicaba que pudiera modificar lo que sentía.

Ella estaba consciente. Papá le sujetaba la mano izquierda con las dos suyas. Se inclinó para besarle la frente. Parecía débil y anciano, tanto que me inquietó. Me percaté de que yo sabía casi tan poco de papá como de mamá.

Mamá le sonrió.

—Estoy bien. —Me miró, aún sonriendo—. Sé que tienes que volver a tus estudios. —Su voz era muy débil y difícil de oír por el zumbido de las máquinas a las que estaba conectada—. Ve. No te preocupes por mí. Esto no tiene importancia. Sólo haz las cosas bien en la universidad.

Extendí la mano para tocar la suya porque pensé que era lo que se esperaba de mí. Me sentí aliviado. Ya estaba pensando en el vuelo de regreso y en el radiante sol de California.

Ella le susurró algo a papá. Él asintió y salió de la habitación.

—Jack, si... —Un ataque de tos se apoderó de ella y no pudo hablar por un rato—. Si no sobrevivo, no estés muy triste ni estropees tu salud. Concéntrate en tu vida. Pero conserva esa caja que guardas en el altillo y, todos los años, en *Qingming*, sácala y piensa en mí. Siempre estaré contigo.

Qingming era el Festival Chino de los Muertos. Cuando yo era muy pequeño, en *Qingming*, mamá acostumbraba escribir una carta a sus parientes muertos de China, contándoles las buenas noticias de su vida en los Estados Unidos durante el año anterior. Me leía la carta en voz alta y, si yo hacía un comentario sobre algo, también lo escribía. Después, plegaba la carta, la convertía en una grulla de papel y la soltaba en dirección oeste. Mirábamos a la grulla mientras agitaba sus alas crujientes e

iniciaba su travesía hacia el oeste, hacia el Pacífico, hacia China, hacia las tumbas de la familia de mamá.

Habían pasado muchos años desde la última vez que lo habíamos hecho.

—No sé nada del calendario chino —dije—. Descansa, mamá.

—Sólo conserva la caja y ábrela de vez en cuando. Sólo ábrela... —y comenzó a toser otra vez.

—Está bien, mamá. —Le acaricié el brazo con torpeza.

—*Haizi, mama ai ni...* —La tos volvió a apoderarse de ella. Una imagen de años atrás destelló en mi memoria: mamá diciendo *ai* y luego poniendo la mano sobre su corazón.

—Está bien, mamá. No hables.

Papá regresó y yo dije que necesitaba llegar temprano al aeropuerto porque no quería perder el vuelo.

Mamá murió cuando mi avión sobrevolaba algún lugar de Nevada.

Papá envejeció rápidamente después de la muerte de mamá. La casa era demasiado grande para él y había que venderla. Mi novia, Susan, y yo fuimos a ayudarlo a empacar y a limpiar.

Susan encontró la caja de zapatos en el altillo. El zoo de papel, escondido en la oscuridad sin aislamiento del altillo durante tanto tiempo, se había vuelto quebradizo y los brillantes dibujos de los papeles de envolver se habían desteñido.

—Nunca he visto un *origami* como este —dijo Susan—. Tu mamá era una artista estupenda.

Los animales de papel no se movían. Quizás la magia que los había animado se había agotado al morir mamá. O quizás yo sólo había imaginado que esas construcciones de papel alguna vez habían estado vivas. La memoria de los niños no era de fiar.

Era el primer fin de semana de abril, dos años después de la muerte de mamá. Susan se encontraba fuera de la ciudad, en uno de sus interminables viajes como consultora de gestión, y yo estaba en casa pasando perezosamente de un canal a otro en la TV.

Me detuve en un documental sobre tiburones. De pronto, en mi mente vi las manos de mamá plegando y volviendo a plegar el papel de aluminio para hacerme un tiburón, mientras Laohu y yo la observábamos.

Un crujido. Levanté la vista y vi que en el suelo, al lado de la biblioteca, había una bola de papel de envolver roto y cinta adhesiva. Me acerqué para recogerla y arrojarla a la basura.

La bola de papel se desplazó, se desplegó y advertí que era Laohu, en quien no

pensaba desde hacía mucho tiempo.

—Rauuur-sa.

Mamá debía de haberlo armado de nuevo después de que yo me diera por vencido.

Era más pequeño de lo que yo recordaba. O tal vez mis puños eran más pequeños en aquel entonces.

Susan había distribuido los animales de papel por todo el apartamento como elementos de decoración. Probablemente, había dejado a Laohu en un rincón bastante remoto, porque se lo veía muy raído.

Me senté en el suelo y extendí un dedo. La cola de Laohu se estremeció y él se abalanzó sobre mí, juguetón. Reí y le acaricié el lomo. Laohu ronroneó bajo mi mano.

—¿Cómo has estado, viejo amigo?

Laohu dejó de jugar. Se levantó, saltó a mi regazo con gracia felina y procedió a desplegarse.

En mi regazo había un cuadrado de papel de envolver lleno de marcas de doblez, con el lado del revés hacia arriba. Estaba densamente cubierto de caracteres chinos. Yo nunca había aprendido a leer chino, pero conocía los caracteres que significaban «hijo» y estaban en la parte superior, donde se esperaba que estuvieran en una carta dirigida a mí, escritos con la torpe e infantil caligrafía de mamá.

Fui al ordenador para buscar en Internet. Era el día de *Qingming*.

Me llevé la carta al centro de la ciudad, al sitio donde sabía que paraban los autobuses turísticos de los chinos. Detuve a todos los turistas, preguntándoles: *¿Nin hui du zhongwen ma?*, «¿Sabe leer chino?». No hablaba en chino desde hacía tanto tiempo que no estaba seguro de que me comprendieran.

Una mujer joven aceptó ayudarme. Nos sentamos en un banco y ella me leyó la carta en voz alta. El idioma que yo había tratado de olvidar durante años regresó a mí y sentí que las palabras se hundían en mi interior, atravesaban mi piel, mis huesos, hasta abrazarse con fuerza a mi corazón.

Hijo:

No hemos hablado en mucho tiempo. Te enfadas tanto cuando trato de tocarte que me das miedo. Y pienso que este dolor que ahora siento constantemente puede ser algo grave.

Por eso decidí escribirte. Voy a escribir en los animales de papel que te hice y que te gustaban tanto.

Los animales dejarán de moverse cuando yo deje de respirar. Pero si te escribo

con todo mi corazón, dejaré un poco de mi ser en el revés de este papel, en estas palabras. Y después, si piensas en mí el día de Qingming, cuando los espíritus de los difuntos tienen permiso para visitar a sus familias, permitirás que las partes de mí que dejo atrás también vuelvan a la vida. Las criaturas que hice para ti volverán a brincar, a correr y a saltar, y quizás entonces llegarás a leer estas palabras.

Como debo escribirte con todo mi corazón, necesito escribirte en chino.

En todo este tiempo, nunca te relaté la historia de mi vida. Cuando eras pequeñito, siempre pensé que te contaría esa historia cuando fueras mayor para que pudieras entenderla. Pero, por una cosa o por otra, esa oportunidad nunca se presentó.

Nací en 1957, en la aldea de Sigulu, provincia de Hebei. Tus dos abuelos provenían de familias campesinas muy pobres y tenían pocos parientes. Apenas unos años después de mi nacimiento, China fue víctima de la Gran Hambruna, en la que murieron treinta millones de personas. El primer recuerdo que tengo es el de despertarme y ver a mi madre comiendo tierra para llenar su estómago y guardar la última pizca de harina para mí.

Después, las cosas mejoraron. Sigulu es famosa por sus artesanías de papel zhezhi y mi madre me enseñó a hacer animales de papel y a darles vida. Era una magia práctica que formaba parte de la vida de aquella aldea. Hacíamos pájaros de papel para que espantaran a las langostas de los campos y tigres de papel para alejar a los ratones. En el Año Nuevo Chino, mis amigos y yo hacíamos dragones de papel rojos. Nunca olvidaré el espectáculo de todos esos dragoncillos volando rápidamente por el cielo, sobre nuestras cabezas, llevando ristras de petardos que explotaban para alejar todos los malos recuerdos del año anterior. Te habría encantado.

Después, llegó la Revolución Cultural de 1966. Vecinos contra vecinos, hermanos contra hermanos. Alguien recordó que el hermano de mi madre, mi tío, se había marchado a Hong Kong en 1946 para dedicarse al comercio. Tener un pariente en Hong Kong significaba que éramos espías y enemigos del pueblo y que debíamos ser combatidos de todas las formas posibles. Tu pobre abuela no pudo soportar el maltrato y se arrojó a un pozo. Poco después, unos muchachos armados con escopetas de caza arrastraron a tu abuelo hasta el bosque y nunca regresó.

Y quedé yo, una huérfana de diez años. El único pariente que tenía en el mundo era mi tío de Hong Kong. Una noche, me escabullí y me subí a un tren de carga que iba al sur.

Ya en la provincia de Guangdong, unos días más tarde, unos hombres me pescaron robando comida de un campo. Cuando se enteraron de que yo pretendía llegar a Hong Kong, se rieron.

—Es tu día de suerte. Nuestro trabajo es llevar chicas a Hong Kong.

Me escondieron en el fondo de un camión, junto con otras chicas, y nos hicieron pasar por la frontera ilegalmente.

Nos llevaron a un sótano y nos dijeron que nos pusiéramos de pie y que diéramos el aspecto de sanas e inteligentes frente a los compradores. Las familias pagaban un arancel a ese almacén, venían a examinarnos y seleccionaban a una de nosotras para «adoptarla».

La familia Chin me escogió para que cuidara a sus dos hijos. Me levantaba a las cuatro todas las mañanas para preparar el desayuno. Les daba de comer a los niños y los bañaba. Compraba la comida. Lavaba la ropa y barría. Seguía a los niños a todos lados y ellos hacían lo que se les antojaba. Por la noche, me encerraban en un armario de la cocina para dormir. Si era lenta o hacía algo mal, me golpeaban. Si los niños hacían algo mal, me golpeaban. Si me sorprendían tratando de aprender inglés, me golpeaban.

—¿Por qué quieres aprender inglés? —me preguntaba el Sr. Chin—. ¿Quieres ir a la policía? Le diremos a la policía que eres una inmigrante ilegal del continente en Hong Kong. Les encantará meterte en la cárcel.

Viví así durante seis años. Un día, una anciana que me vendía pescado en el mercado diurno me llevó a un rincón.

—Conozco a otras chicas como tú. ¿Qué edad tienes ahora, dieciséis? Un día, tu dueño se emborrachará, te mirará, te atraerá hacia él y no podrás detenerlo. Su esposa te descubrirá y entonces pensarás que realmente estás en el infierno. Tienes que dejar esta vida. Conozco a alguien que puede ayudarte.

Me habló de norteamericanos que querían esposas asiáticas. Si podía guisar, limpiar y cuidar de mi esposo norteamericano, él me daría una buena vida. Era la única esperanza que tenía. Y por eso me inscribí en aquel catálogo que decía tantas mentiras y conocí a tu padre. No es una historia muy romántica, pero es mi historia.

En los suburbios de Connecticut me sentía sola. Tu padre era bueno y amable conmigo y yo le estaba muy agradecida. Pero nadie me entendía y yo no entendía nada.

¡Pero cuando naciste tú...! ¡Era tan feliz cuando miraba tu rostro y veía rasgos de mi madre, de mi padre y míos! Había perdido toda mi familia, todo Sigulu, todo lo que había conocido y amado. Pero ahí estabas tú y tu rostro era la prueba de que aquello había sido real. No era una invención mía.

Ahora tenía a alguien con quien hablar. Te enseñaría mi idioma y, juntos, podríamos rehacer un pequeño fragmento de todo lo que yo había amado y perdido. Cuando me dijiste tus primeras palabras en chino, con el mismo acento de mi madre y mío, lloré durante horas. Cuando te hice los primeros animales zhezhi y te echaste a reír, sentí que no existía ninguna preocupación en el mundo.

Creciste un poco y hasta podías ayudarnos a tu padre y a mí a comunicarnos

entre nosotros. Ahora sí me sentía en casa. Finalmente, tenía una buena vida. Deseaba que mis padres hubieran podido estar conmigo para cocinar para ellos y darles también una buena vida. Pero mis padres ya no estaban. ¿Sabes cuál es el sentimiento que los chinos consideran el más triste del mundo? El de un hijo que por fin siente el deseo de cuidar de sus padres y se da cuenta de que no los tiene desde hace mucho tiempo.

Hijo, sé que no te gustan tus ojos chinos, que son mis ojos. Sé que no te gusta tu cabello chino, que es mi cabello. ¿Pero puedes entender cuánta alegría me causó tu mera existencia? ¿Y puedes entender cómo me sentí cuando dejaste de hablarme y cuando no me permitías hablarte en chino? Sentí que perdía todo de nuevo.

¿Por qué no quieres hablarme, hijo? Con este dolor, se me hace difícil seguir escribiendo.

La joven me devolvió el papel. Yo no podía soportar mirarla a la cara.

Sin levantar la visa, le pedí que me ayudara a trazar el carácter *ai* en el papel, debajo de la carta de mamá. Escribí el carácter una y otra vez sobre ese papel, entrelazando los trazos de mi pluma con las palabras de ella.

La joven estiró una mano y la apoyó sobre mi hombro. Después se puso de pie y se marchó, dejándome solo con mi madre.

Siguiendo las marcas de doblez, volví a plegar el papel para formar a Laohu. Lo acuné en el hueco de mi brazo y, al son de sus ronroneos, emprendimos el camino a casa.

DEIRDRE

Lola Robles

Lola Robles es filóloga hispánica y escritora. Ha publicado tres novelas de ciencia ficción: *La rosa de las nieblas* (Kira, 1999), *El informe Monteverde* (Equipo Sirius, 2005) y *Flores de metal* (Equipo Sirius, 2007), un libro realista, *Cuentos de Amargarita Páez*, y diversos relatos y artículos. Desde 2006 imparte el taller de lectura y debate «Fantástikas» desde una perspectiva feminista, pacifista y *queer*.

«Deirdre» es un cuento con más de seis años de antigüedad. Fue seleccionado para publicación en la antología *Visiones 2006* de la Asociación Española de Fantasía, Ciencia Ficción y Terror, coordinada por Mariano Villarreal y consagrada a la promoción de autores noveles, aunque finalmente no pudo ser incluido.

Es una historia profunda y conmovedoramente humana que tiene por protagonista a una mujer joven con serias dificultades para relacionarse afectivamente. Una historia donde se entretajan el amor, el dolor, la soledad, la pasión y la redención en un futuro en el que la robótica se encuentra lo bastante avanzada para facilitar compañeros sentimentales a medida. Una odisea personal que rememora a la homónima y trágica heroína de la mitología irlandesa.

Decidí que se llamaría Deirdre. Era un nombre que había leído en un viejo relato de ciencia ficción.

—Y para acabar, tienes que elegir un nombre para *ella* —me había dicho Myriam, la amabilísima empleada de la Kapek Corporation S. L., tan eficiente además, que trató conmigo durante todo el proceso. Era muy guapa Myriam, pelo casi negro, largo, rizado, y se mostró tan agradable cuando me preguntó cómo deseaba yo que fuera la que después decidí se llamaría Deirdre, que estuve a punto de responder: «así, como tú». Pero no lo hice, por pudor, por mi timidez de siempre, y porque pensé que de hablar así afectaría a su relación profesional conmigo; otro tipo de relación fui consciente desde el principio de que sería sólo imaginaria, pues aludió enseguida, nada más conocerme, a su heterosexualidad. Y precisamente yo había llegado allí, a la Kapek Corporation, porque estaba harta de los amores imaginarios.

Fue la última elección, su nombre, Deirdre, pero no la más difícil: me costó más la primera, decidirme a ir allí. La Kapek Corporation ocupaba una oficina en el piso diecisiete de una torre acristalada —cristales como espejos— en el centro de la ciudad, y se presentaba como «Empresa de robótica doméstica», una expresión neutra para que los clientes pudieran pasar desapercibidos, igual que si realmente acudieran a adquirir un robot para las tareas del hogar, o un robchófer. De hecho, la empresa sólo hacía publicidad a través de Internet, no en televisión o prensa, y mediante la propaganda de sus clientes satisfechos, y así había llegado yo hasta ella, a través de una amiga. Una vez te ponías en contacto te daban una cita en el rascacielos, donde un oficinista te entregaba un folleto con información detallada sobre la empresa y lo que podía ofrecerte. Si después estabas ya convencida de seguir adelante, la siguiente cita se realizaba en un lugar más discreto, un chaletito en las afueras de la ciudad y allí un simple letrero con las iniciales *KCRD* (Kapek Corporation Robótica Doméstica), y un empleado que te abría y hacía pasar a una sala de espera individual; te aseguraban que no ibas a encontrarte con ningún otro cliente, sólo con el portero y la persona encargada de tu caso, que esperaba para la primera entrevista contigo.

Allí estaba Myriam: radiante, encantadora, maquillada pero sin excesos, tan guapa y amable, gentil.

—Siéntese, por favor —me dijo, aunque enseguida sugirió la posibilidad de tutearnos, y yo acepté—. Antes que nada, quisiera hablarte brevemente de nuestra empresa —prosiguió—. Nuestra compañía, como ya sabrás, Emma, es una multinacional con oficinas en la práctica totalidad de las ciudades más importantes del mundo. Nuestros principios básicos son honestidad y discreción. Somos honestos porque aseguramos no fabricar robots ni androides para la guerra ni para la prostitución; de hecho hemos firmado el Protocolo de Reykjavik a este respecto. Sí construimos robots para la navegación espacial y trabajadores manuales, pero sólo para trabajos muy penosos, ya que nuestra empresa no desea contribuir a la pérdida

de puestos de trabajo humanos; y androides para el servicio doméstico y de compañía. Somos los mejores en nuestra especialidad, no lo dudes. Nuestros androides son perfectos, por eso son también los más caros. Pero el tema económico no debe preocuparte; lo resolveremos vía crédito en el caso de que tengas algún problema. Y discreción: primero, porque dada la buena calidad de tu sirviente o tu androide de compañía, resultará indistinguible de un humano verdadero; segundo, porque la privacidad de tus datos y el secreto de tu caso están totalmente garantizados.

Myriam hablaba pausadamente, aunque con energía y entusiasmo; su discurso consistía, estaba claro, en una serie de frases aprendidas de memoria, pero intentaba transmitir su propia confianza en las mismas y no se limitaba a hablar como... un robot. Pensé que podía enamorarme de ella, tan cálida y afectuosa conmigo aunque fuese por exigencias de su puesto. Soy muy enamoradiza, capaz de apasionarme con alguien tanto durante unos breves minutos como meses y hasta años enteros. Recuerdo haberme dejado seducir por una hermosa mujer madura que por azar compartió conmigo habitación de hotel en un viaje de aventura a la isla de Madeira. Se llamaba Beatriz y era tan educada y discreta como primorosa en su cuidado: se cepillaba el pelo cada noche antes de irse a dormir, y para bajar a cenar se ponía unos vestidos largos, vaporosos, que todo nuestro grupo, bastante más informal en su atuendo, observaba admirado. Recuerdo que me prendé de la guía islandesa que durante medio mes nos enseñó su país natal, en un recorrido de paisajes inolvidables; una vikinga de metro ochenta y cinco, cabellera rubia y rizada, guapísima, salvaje, a quien durante unos días yo era incapaz de decirle una palabra, tanta turbación me invadía con sólo mirarla. Me acuerdo de Tane, una danesita alta y flacucha pero grácil de movimientos como una gacela, por quien sentí un dulce deseo carnal, una ternura extraordinaria, durante el fin de semana que compartimos un curso para librarnos de la adicción al trabajo. Me acuerdo de... en fin, hubo más casos de fascinación momentánea, de enamoramientos súbitos que solían atacarme con relativa frecuencia... y con pocos resultados prácticos, excepto algunos breves esgarceos. Ya digo, era esta tendencia a los amores fugaces, y sobre todo platónicos, lo que me había llevado frente a Myriam.

—El objetivo principal de nuestros servicios —continuaba diciendo ésta— es el bienestar doméstico o anímico de nuestros clientes; que sean más felices, nos atrevemos a decir. Así que no dudes, Emma, de lo acertado de tu decisión al venir aquí. Ahora voy a hacerte una ficha personal, necesitamos algunos datos sobre ti y sobre las características que deseas para tu androide de compañía.

Asentí, y mientras ella tecleaba en el ordenador, me puse a imaginar que nos íbamos las dos de viaje a Córcega, por ejemplo, y yo la salvaba de caer por un precipicio, o que, perdidas y solas en una furiosa nevada en Groenlandia, teníamos

que refugiarnos en un iglú y pasar allí la noche abrazadas para darnos calor.

Una vez acabamos con mis datos personales, empezó con lo importante:

—En tu solicitud de información dijiste que querías un androide de compañía para ser tu pareja, tu amante.

—Dije *una* androide.

Alzó un momento los ojos hacia mí y me sonrió, relajada.

—Bien. Disculpa, es deformación heterosexual, supongo. Una androide.

—Fabricáis androides lesbianas, supongo yo también —añadí, amagando una risita entre bromista y nerviosa.

—Emma, fabricaremos una androide especialmente para ti, según sus deseos y necesidades. Físicamente será como quieras, y nadie, ni tú misma, podría distinguirla de una mujer de carne por fuera y de hueso y vísceras por dentro. Su exterior consiste en piel y cabello humanos, obtenidos en laboratorio. El tacto es perfecto, ya lo comprobarás. Los ojos son implantes artificiales, eso sí, pero no se nota, y muy importante: la lengua también es orgánica. —Ahora fue ella quien lanzó una breve risa entre azorada y maliciosa—. Por dentro la androide lleva un esqueleto de metal y cableado plástico de conexiones, y un cerebro-ordenador. Tienes una garantía de diez años, que incluye reparación de cualquier problema técnico.

¿Cómo quería yo que fuese mi androide? Ni muy alta ni muy baja, peso normal, no muy guapa tampoco (vamos, que no llamase la atención), pelo corto, moreno, ojos azulverdosos, siempre me había gustado ese color. Había un catálogo para elegir rostros y me decanté por uno de ellos. Sobre todo, y ya que podría elegir, que no se pareciese a ninguna de mis ex, que no me recordara a ninguna. Karol, por ejemplo, era más bien bajita, a sus cincuenta años empezaba a engordar un poco, pero resultaba muy atractiva, sobre todo cuando se ponía aquellas gafitas mínimas de intelectual. Manuela nunca fue guapa, y con su pelo moreno y corto, rebelde, siempre pareció una adolescente eterna; a veces veo su fantasma todavía, con mochila y abrigo negro, zapatillas de deporte blancas, lo veo en el metro, o en la calle...

Myriam tomaba los datos tecleando con ímpetu en el ordenador.

—Te sorprendería, Emma, la cantidad de personas que acude a nosotros. Es totalmente falsa la idea de que sólo la gente rara, con problemas mentales o emocionales muy fuertes, es quien busca un androide como pareja. Por supuesto, una persona heterosexual, varón o mujer, que desea tener hijos, no lo hace, pero sí muchos divorciados, y personas mayores que viven solas. Fabricamos androides con apariencia de cualquier edad. Además, nuestras criaturas son tan perfectas que incluimos en su cerebro electrónico una memoria personal completa, aparte de un acervo cultural suficiente o incluso muy extenso, a solicitud del cliente.

Recuerdos implantados. Qué terrible maravilla. Así que yo podía elegir el físico, los años, la nacionalidad de la androide («muchacha gente se decide por un supuesto

extranjero o extranjera, de ese modo es más fácil explicar que aparezca de pronto en tu vida y no tenga mucha idea de las costumbres sociales de aquí», me explicó Myriam), pero no su memoria. Eso serviría para que yo no lo supiera todo sobre ella, y esa parte desconocida, igual que en una mujer humana, sería algo nuevo que descubrir, la necesaria sorpresa.

—También aconsejamos que la androide tenga algunos defectos, para que la relación sea más real. Alguien complaciente por completo y perfecto del todo puede llegar a aburrir, ¿no crees, Emma? Por supuesto, es mejor que elijas defectos que no te molesten mucho.

Lo apunté todo: edad —aproximadamente la mía—; enumeré mis gustos y aficiones, para que ella los compartiese.

—Y ahora te diré lo más importante: esa androide que haremos para ti te querrá desde el principio y para siempre, mientras dure. Estará pendiente de ti. No será capaz de traicionarte, nunca, de ningún modo. Jamás te abandonará por nadie ni por nada. Y no puede hacerte daño, ni permitir que nadie te lo haga. Ésa es su ley. Su libre albedrío está limitado por esa ley, tal vez igual que cuando cualquier humano se enamora y pierde su voluntad en parte; pero en tu androide no habrá esa ambivalencia de amor y de odio que tan a menudo sentimos las personas *de verdad*, precisamente por haber perdido el libre albedrío. Y no obstante, ella sentirá. Aunque tú no lo creas ahora, nuestras máquinas han evolucionado tanto que te aseguro que muestran emociones auténticas. Y respecto al tema de hasta qué punto piensan... te encontrarás con una criatura con un cerebro lleno de archivos, capaz de efectuar sinapsis aunque sean eléctricas; ese cerebro está tan en blanco y es tan inocente como el de un recién nacido, e igual que éste, es capaz de aprender. Ello dependerá por completo de ti, tú puedes contribuir o no al desarrollo de sus capacidades cognitivas. Ahora sólo te queda elegir su nombre, y dentro de tres meses —es el tiempo imprescindible— la tendrás aquí.

Volví a casa tan ilusionada como confusa; hice un poco de taichi, luego me senté en el salón y poco a poco fui derivando hacia la duda. ¿Y si me creaba demasiadas expectativas y luego, al ir en busca de Deirdre, llegaba la decepción? ¿Sería realmente posible que pareciese una mujer de verdad, y no una autómatas que recitara con voz metálica la biografía de Carson McCullers, por ejemplo? Decidí llamar a mi amiga Silvia, que era quien me había recomendado ir a la Kapek Corporation.

—Por ahora procura olvidarte del asunto, no le des muchas vueltas —me dijo, al otro lado del videoteléfono, porque sabía de mis tendencias obsesivas—. Sigue haciendo lo que has hecho hasta hoy, diviértete, y si en este lapso conoces a una chica, mejor que mejor. Aunque tal como está el foro, no es fácil, bien lo sé. Por ahí, y a nuestra edad, la gente ya está en su casa, recogida, o anda dando tumbos, rara o

loca o incluso normal, como nosotras (que somos normales, prefiero pensar), pero en busca de algo que no encontramos porque... yo que sé por qué, porque intentamos dominar al otro, exigimos demasiado, o no aguantamos nada, o por nuestro egoísmo, incapacidad de comprometernos, o de negociar, o de convivir... uf, tantas cosas.

Yo no podía quejarme en absoluto de mi vida: tenía un buen trabajo, que me gustaba (era responsable de la colección de literatura de una editorial de libros de papel y ciberpublicaciones), un trabajo que había permitido además que me concedieran el crédito necesario para pagar a la Kapek Corp.; es decir, estaba entre los privilegiados que podían hacer un gasto semejante, aunque tardaría tres años en liquidar ese crédito. Eso sí, en los últimos tiempos el trabajo me absorbía en exceso, y estaba empezando a convertirme en una *workadicta*. ¿Quizás porque al regresar a casa la encontraba vacía? Sin embargo, la soledad no me asustaba, sabía ocupar bien el tiempo: la casa, la lectura, la música, el cine; siempre estaba invitada a algún acto y en cuanto tenía unos días de vacaciones aprovechaba para viajar.

—Y si quieres continuar con todo ese trajín que tú llevas —decía Silvia— puedes hacerlo sin ningún problema. Mi amiga Leticia, la que ya tiene una androide y vive con ella —me había hablado de ambas al recomendarme la Kapek Corp.— la desconecta cuando quiere, o la deja en su casa si va a ver a su familia o a los pocos amigos que le quedan. Suerte que la otra es una androide, porque Leticia es bastante insoportable, una chica de carne y hueso no podría estar con ella. Lo tuyo es diferente, a ti te cuesta encontrar una chica por tu timidez y tu inseguridad. Y fíjate qué bien, puedes conservar tu independencia y libertad sin tener que dar explicaciones. Y desde luego te evitarás el problema de que no te gusten los amigos de tu pareja o sus familiares, o que a ella no le gusten los tuyos.

Pero yo sólo quería volver a casa temprano, y dejarme caer en el sofá, mi cabeza en el regazo de Deirdre, y contarle las cosas del día, y no pensar, no percibir ese minúsculo agujero negro que a veces encontraba al mirar alrededor, como una cucaracha que descubres en el dormitorio; ese agujero negro que amenazaba con tragarme algún día.

—A la androide que tiene Leticia no la conozco —prosiguió Silvia— pero sí al de mi amigo Laurie. Se llama Ray. Si quieres podemos quedar con los dos. Laurie sí que le lleva con él cuando queda con gente; al principio no, al principio lo dejaba en casa, ya te he hablado de Laurie, el típico gay sexoadicto que se liga a todo el que se encuentra. Quería tener pareja y seguir con esa vida. Lo que pasa es que descubrió que Ray podía... participar en sus aventuras sin ningún problema. En primer lugar, no tiene celos, pidió que no fuera celoso. Y además, como es un androide, o sea una máquina, nunca se cansa del sexo, aguanta lo que le echen, y hace lo que le piden —Silvia lanzó una carcajada—. Pensándolo bien, menudo premio de starsloto tener un androide así para cualquiera a quien le guste mucho el sexo. Ray parece por completo

humano, te lo aseguro; es muy guapo, por supuesto, alto, musculoso, un tipazo que hasta yo me desmayo, moreno, ojos verdes, elegante, educado, y tan sibarita como Laurie; éste le ha enseñado muy bien. No se nota nada que es artificial. Más aún, hablando con él me ha parecido más culto y desde luego más inteligente y sensato que un alto porcentaje de la humanidad.

—Te creo.

—Ah, y por último, tengo una vecina que también se consiguió un androide. Es una mujer mayor, viuda, y doctora en física cuántica o algo de eso, jubilada ya, pero está enferma, así que no podía salir mucho y conocer gente o tuvo problemas precisamente a causa de su enfermedad; el caso es que se decidió por un androide. Yo he tratado con él, y te digo lo mismo que respecto a Ray, que también parece humano, además ella pidió un caballero a la antigua usanza, de esos que te abren la puerta y te dejan pasar y no te la cierran en la nariz o te pisan en el metro. Te lo describo: un señor mayor también, no guapo aunque sí agradable en lo físico, no sé por qué no lo pidió más atractivo, pero claro, a ver si no van a poder ser feos o normales los androides. Y no veas cómo la cuida, con qué cariño, dedicación y paciencia. Y sabe también de física cuántica. Huy, si ya son las ocho, me tengo que ir corriendo a ver a mi chica del autobús.

Silvia estaba locamente enamorada de la conductora del autobús que tomaba a las 20:16 horas para ir a su clase de taichi; hablaba con ella todos los días, aunque no había llegado más allá de un sutil intento de pedirle una cita, fracasado. En todo caso, se lo pasaba mejor que cuando ella y yo nos íbamos a ligar por ahí. Desde que yo había roto con Karol, salimos unas cuantas noches: la última, nos robaron; la penúltima, fuimos a una fiesta que resultó se había suspendido a última hora, pero tuvimos que ayudar a poner orden y limpiar el local porque eran amigos de Silvia; la antepenúltima, nos abordó una jovencita que se puso a llorar (había bebido demasiado) y a contarnos sus problemas familiares y sentimentales, que eran muchos, y nos pareció mal abandonarla a su suerte y a sus penas, así que estuvimos consolándola casi toda la noche, hasta que ligó con una estudiante extranjera que apareció de pronto; la anterior a la antepenúltima hubo una ola de frío y en los locales de ambiente no había nadie... Después de eso y en los últimos meses solíamos quedar en casa de Silvia o en la mía para ver una película, charlar tranquilamente y analizar la conducta de nuestras ex y los motivos de nuestro fracaso con ellas.

Ahora resultaba que había un montón de gente con androides de compañía y yo sin saberlo; tras la conversación con Silvia y mientras me hacía la cena, llamé a otra amiga, Mercedes, que conocía asimismo mi decisión de ir a la Kapek Corp.

—¿Qué tal ha ido todo? —me preguntó, tras lanzar a sus dos hijos la orden de que se pusieran a estudiar quietos y callados, bajo la amenaza de un castigo fulminante—. Es normal que ahora tengas dudas, pero como te aseguran que te devuelven el dinero

si la androide no es lo que tú querías... Y ya me informarás, lo mismo me decido a pedir dos niños androides en lugar de estos monstruos. Espero que todo te salga bien, aunque yo en tu lugar me sentiría tan feliz de estar sola que ni un androide querría a mi lado. A veces me imagino en una casa tan bonita y confortable como la tuya, sentada en la terraza por la tarde, con todo el tiempo para mí, y me das envidia. Y, sin embargo, tú no estás satisfecha; así es la vida.

Sí, yo me sentaba en la terraza por la tarde, en verano; las vistas desde allí eran magníficas: un horizonte de tejados y aire, y al fondo, las montañas de la sierra norte de Madrid. Leía o escuchaba música mientras llegaba la noche, sola y muchas veces feliz. Era sólo que en algunas ocasiones la libertad de mi tiempo se convertía en un territorio demasiado vasto; todas las posibilidades alrededor, pero no se tiene ganas de tomar ninguna.

—En cualquier caso —volví a prestar atención a Mercedes— te vendrá bien esa... chica, llamémosla así, para que te olvides de una vez por todas de Karol. Por los menos con ésta no discutirás tanto ni os entenderéis tan mal, y si surge algún problema, pues como te ha dicho tu amiga Silvia, a desconectarla.

—No seas bruta, mujer —tuve que responderle—. No se trata de eso, yo no quiero un robot al que poner y quitar las pilas cuando me venga bien. Justo lo que quiero es alguien con quien no tenga que discutir por motivos absurdos porque se considera que eso es normal en una pareja; discutir, faltarse al respeto y tratarse a patadas.

Un análisis que Karol, mi ex, sin duda no compartiría. Nunca nos pusimos de acuerdo en casi nada, ni siquiera en cuáles eran los problemas de nuestra relación. Por supuesto, yo pensaba que el problema estaba en ella, y ella en mí.

—Has hecho bien, Emma —concluyó Mercedes—. Los humanos somos aborrecibles, es mejor una androide. Y te dejo, que estos dos están volviendo a hacer de las suyas; quedamos cualquier día, llámame.

Acababa de cenar cuando llamaron a la puerta de casa. Recordé de pronto —tan agitado había sido el día que lo había olvidado por completo— que Elisa me había dicho que iba pasarse sin falta a recoger unos libros para la biblioteca de su escuela. Elisa trabajaba como voluntaria, por las tardes, en una escuela del barrio, donde se enseñaba a adultos inmigrantes, marginados, etc. Era monja seglar o algo parecido que yo nunca entendí bien; pertenecía a una comunidad religiosa muy progresista, aunque estaba sujeta a ciertas normas, entre ellas la del celibato. A sus cincuenta y tantos años seguía siendo una mujer muy atractiva, algo canosa, alta, con un tipo excelente, muy enérgica y capaz de emprender cualquier proyecto. De modo que hacía quince años, cuando la conocí, tuve suficientes motivos para enamorarme, estado que duró casi cinco años sin lograr correspondencia alguna, o tal vez precisamente por ello. En fin, Elisa decía que no necesitaba del sexo para vivir a

gusto, y de hecho se dedicaba por completo a su compromiso social. Sólo cuando comprendí que por mucho que yo hiciera no iba a cambiar de intereses —es decir, preferirme a mí—, me fui alejando, aunque nos llamábamos a menudo y yo le ofrecía libros para su escuela cuando ponía orden en mi casa, como ahora, pues estaba haciendo sitio para Deirdre.

—¿Quieres tomar algo, una infusión, una cerveza, *whisky*? —empecé a bromear, porque sabía que era abstemia.

—Un vaso de agua, por favor —me dijo, y se sentó a hojear los libros que yo donaba, y justo en ese instante me di cuenta de que al lado de éstos, en la mesa, se encontraba el folleto informativo de la Kapek Corp.

Creo que me ruboricé. ¿Cómo podría yo explicar a esta mujer a la que había admirado tanto por sus ideas, su compromiso, su fuerza, su seguridad, a la cual asimismo tanto había detestado porque parecía estar por encima de las comunes emociones humanas como el deseo de tener una pareja, que había decidido vivir con una androide? «Eso supone que deseas la compañía de alguien que carece por completo de libertad, de voluntad propia —me diría—, y es porque quieres que tu pareja te obedezca en todo y no te cause problemas, postura que me temo remite a épocas afortunadamente pasadas de dominio patriarcal —Elisa era feminista: como yo—; o tal vez la cuestión está en que te sientes tan insegura de ti misma y te estimas tan poco que no consideras posible tener una relación buena con una mujer humana», y cuando yo replicase que precisamente la cuestión estaba en que las relaciones humanas que había tenido habían llegado a ser pésimas por muy diferentes razones, ella añadiría: «pero la solución no está en buscarse una esclava, sino en reflexionar sobre la causa de ese mal funcionamiento de las relaciones entre personas de verdad. Y en cualquier caso —concluiría, seguro, pues ya se lo había oído decir otras veces— el objetivo de la vida no es tener una pareja a toda costa. Aún no estamos libres de ese lastre histórico por el que se supone que una persona que vive sola, sin una relación sexual estable, es *menos* que las otras. Y encima queremos no sólo tener pareja, sino encontrar la persona ideal, como si eso existiera y no fuese una ilusión que la sociedad nos ha impuesto con el caramelo del romanticismo. En fin, si aparece la persona oportuna, bien; si no ¿qué pasa? Yo, por ejemplo, he decidido no vivir en pareja, después de otra etapa de mi vida en que, con mejor o peor fortuna, sí lo hice. Cuando aceptemos todo eso seremos más libres y nos sentiremos mejor».

—Emma ¿te pasa algo? Te noto distraída —escuché que me decía Elisa en la realidad y no en mi imaginación.

—No, no, es que estoy cansada, disculpa —mentí, sintiéndome una cobarde por hacerlo.

—No, disculpa tú, me marchó ya, habérmelo advertido, y muchas gracias por los libros. —Siempre tan amable y por fortuna sin ver el folleto de la Kapek, Elisa tomó

sus libros y se marchó.

Me quedé sola, agotada por todo lo sucedido durante el día, por las conversaciones y por mis pensamientos, así que me dije que lo mejor era darme una ducha, meterme en la cama y no darle más vueltas al asunto en los tres meses de espera que quedaban hasta la llegada de Deirdre.

Aunque estábamos a principios de marzo hacía calor, la tarde en que fui en busca de Deirdre. Me había vestido con más esmero del habitual, y tomado una pastilla relajante, no muy fuerte porque debía conducir. De hecho, pensé ir en el aerobús que dejaba cerca del chaletito donde la Kapek tenía su oficina, pero no me pareció lo mejor de cara a la vuelta, cuando regresaría ya con Deirdre.

Llegué diez minutos antes de la hora prevista, aparqué, fui hacia la puerta, llamé, los sensores me identificaron y enseguida tuve acceso al interior. Un robot con aspecto de robot —es decir, metálico por completo— salió en mi busca para acompañarme a la salita de espera.

—Alguien vendrá pronto —dijo; era lo peor que yo podía encontrarme aquel día, esa máquina de movimientos torpes y voz de lata. Recuperé en un solo minuto todas las angustias que había tenido que sortear durante los últimos tres meses. Le di un grito a la tele que había en la salita para que se encendiera; la pobre obedeció, aunque empezó a hacer cosas raras cuando seguí gritándole para que cambiara de canal. Eran las diecisiete veinte y yo empezaba a ponerme muy nerviosa cuando se abrió la puerta y apareció Myriam. Llevaba un traje chaqueta muy elegante, con una flor-holograma en la solapa y unos tacones de aguja, de esos que usaban antes las mujeres. Tan guapa como la otra vez, en esta ocasión me pareció que su rostro reflejaba una gran fatiga. No obstante, se puso de inmediato su mejor y más profesional sonrisa.

—Me alegro de volver a verte, Emma. Bien, hoy es el día.

—Sí. ¿Qué tal, mucho trabajo?

—Cada vez más. —Y por un instante dejó de sonreír y suspiró—. Y ahora, vamos en busca de Deirdre. Sólo quiero hacerte una última recomendación, y también advertencia, y no es exactamente respecto a Deirdre. Te recomiendo que no comentes por ahora, más que a las personas muy allegadas, y eso si tú quieres, claro, que Deirdre es una androide. Estamos teniendo ciertos problemas con los antitecnitas, no sé si has oído hablar de ellos; son un colectivo que se opone a la existencia de androides de apariencia y comportamiento humanos, y a otros adelantos tecnológicos. Nos han agredido con virus informáticos y con pintadas en las fachadas de nuestras oficinas. Incluso en algunos países se han manifestado frente a éstas, y han denunciado públicamente a personas que habían adquirido un androide de compañía. En nuestro país no ha habido todavía ese tipo de actos, pero el colectivo antitecnita

está creciendo; por eso avisamos a nuestros clientes. No quiero que te preocupes, sólo archiva en tu memoria esta advertencia.

—De acuerdo —respondí.

—Y ahora, vamos.

Me puse en pie, y la seguí a través de un largo pasillo hasta una puerta donde ponía el rótulo de PRIVADO. Antes de poner la mano en el sensor para que me fuera permitido el acceso, se volvió un instante hacia mí y sonrió más ampliamente:

—Te dejo con ella. Mis mejores deseos, Emma. Me alegro de haberte conocido.

La puerta se abrió. Entré. Había una mujer morena, con el pelo corto, sentada de espaldas en el centro de la estancia. Al oírme se volvió.

—Hola —dijo—. ¿Tú eres Emma?

Sólo fui capaz de asentir con la cabeza.

—Yo soy Deirdre. ¿Nos vamos?

Su voz era suave y no tenía el menor eco metálico. Al verla caminar me sorprendió que tampoco hubiera nada de rígido, robótico en sus movimientos; por el contrario, eran sorprendentemente gráciles, y con esa lentitud armoniosa del taichi.

Una vez en el coche conduje hacia casa, sin parar; tardamos poco. Era viernes, así que teníamos todo el fin de semana por delante.

—Mañana podemos salir a comprar —le dije, en casa—. Quizás necesites ropa ¿no? —Ella llevaba unos pantalones vaqueros y una camiseta sin mangas—. Y comida.

—Yo no como. No estoy preparada para eso.

—Es verdad —recordé que lo había leído en el folleto. Deirdre no necesitaba tomar alimentos; de hecho, era malo para su mecanismo interior. Sí podía beber líquidos, porque luego los eliminaba de un modo semejante al de las personas de carne y hueso. Una vez al mes tendría que *retirarse* para cargar su batería: una especie de sueño que duraba 24 horas, explicaba el folleto. Aunque no le era necesario dormir como los humanos —para nosotros es una auténtica, ineludible necesidad fisiológica— resultaba conveniente que acompañara a su pareja en su sueño diario, algo como una desconexión o un descanso que le beneficiaba a ella también.

—Entonces podríamos salir de Madrid; ir a la sierra, por ejemplo. Tomaremos un aerobús, creo que hará buen día. Te gustará. Y ahora —carraspeé—, no sé qué podemos hacer. Estoy tan acostumbrada a vivir sola que me cuesta pensar en plural.

—¿Nunca has vivido con nadie?

—Oh, sí, con mi familia, con otras personas compartiendo piso... pero con las parejas que he tenido nunca he pasado más que algunos días juntas.

—¿Y qué sueles hacer cuando estás sola?

—Leo, escucho música, veo alguna película, trabajo.

—Puedes seguir haciéndolo, si lo deseas.

—Oh, no, ahora no.

Me miró con sus ojos azulverdosos, tan lindos —su rostro era también bonito, aunque no era guapa en exceso, tal como yo había pedido—, y dijo:

—¿Tienes un álbum de fotos? Puedes enseñármelas, así te iré conociendo mejor.

Me pareció buena idea. Busqué mi cuaderno de fotos de papel, luego puse las fotografías digitales en la tele, por último saqué el cilindro visor de holofotos... Le fui hablando de mi familia —con la que ciertamente no tenía muy buena relación, le expliqué, así que no estaba segura de si quería o no que Deirdre la conociera—, mis amigos, mis viajes... De cualquier modo procuré no ser pesada. Resulta aburrido mirar fotos de gentes o lugares que nada tienen que ver contigo. Ella escuchaba muy atenta, sentada en el sofá, con la espalda muy erguida.

Luego, cené algo y llegó el momento de ir a dormir.

—¿Quieres que te acompañe esta noche? ¿Te apetece que hagamos el amor? —me preguntó entonces.

Me reí, bastante azorada.

—Creo que será mejor que durmamos juntas, sí, pero... nada más. Por ahora lo prefiero así.

Se desnudó. Tenía un cuerpo precioso, perfectamente diseñado según mi gusto, eso era lógico de esperar: los pechos como pequeñas dunas doradas, tensas como arco iris; la línea de las caderas, delicada. Claro que yo necesitaba algo más que un cuerpo agradable a la vista para sentir deseo. Me desnudé también y me metí en la cama, un poco preocupada por lo que le podía parecer mi figura, no precisamente tan ideal como la suya. Ella me imitó. Estuvimos un buen rato tumbadas boca arriba, sin rozarnos siquiera. Luego se acercó, y puso su cabeza en mi hombro y su mano en la mía. El tacto, el calor, eran idénticos a los de cualquier mujer humana: una piel suave; los dedos de la mano, largos y esbeltos. Ahora rodeó con su brazo mi cintura.

—¿Sabes, Emma? Eres tal como yo esperaba.

Pero ¿qué podía esperar una androide? ¿Era aquella una frase preparada por la programación que habían instalado en el disco duro que le servía de cerebro? Y sin embargo ¿acaso los humanos *de verdad* no guardamos en nuestros archivos mentales frases parecidas, para decirlas en situaciones de compromiso, cuando pensamos que es conveniente hacerlo? Acaricié el pelo de Deirdre (¿sentiría ella de algún modo esa caricia?), cabello tan real como el mío, y fui relajándome, y me quedé dormida.

Las semanas siguientes fueron una nueva etapa en mi vida. Deirdre y yo hacíamos muchas cosas juntas. Por la mañana ella debía conectarse vía Internet un par de horas al ordenador central de la Kapek Corporation, para que esa computadora y los técnicos de la empresa vigilaran su estado y le transmitieran información que todavía

resultaba necesaria, al menos las primeras semanas; luego Deirdre navegaba por puro placer, leía los libros de mi biblioteca (de todo: narrativa, ensayo, poesía... yo había pedido que le gustase la lectura), y hasta los periódicos o la prensa digital diaria (puestos a pedir, incluí que sus ideas fuesen semejantes a las mías, para que ese asunto no se convirtiera en motivo de discusión o distanciamiento).

Yo procuraba llegar temprano a casa tras mi trabajo y casi todas las tardes salíamos a dar un paseo; los fines de semana nos íbamos fuera de Madrid, a la sierra. A mí me gustaba hacer trekking y escalar; Deirdre aprendió enseguida, y por supuesto me superó pronto. También me superaba con creces en otros terrenos, por ejemplo el ajedrez; nunca conseguí ganarle, ni siquiera hacer tablas con ella. O jugando a las cartas, y hasta al parchís, un juego que ella no tenía archivado en su memoria y yo le enseñé, para verme derrotada desde la tercera o cuarta ocasión en que nos enfrentamos. Podía conducir mejor que yo, arreglar todo tipo de aparatos electrónicos, y era capaz de repetir de memoria textos enteros que había leído, lo que me fue muy útil para mi trabajo en la editorial. Cada noche, antes de irnos a dormir, hacíamos juntas un par de tablas de taichi.

Lo importante es que nos llevábamos bien. Deirdre era muy cariñosa conmigo y yo podía serlo del mismo modo con ella, y parecía encantada de recibir mis cuidados y mi afecto; nunca nos enfadábamos ni discutíamos a causa de esos pequeños, absurdos motivos por los que los humanos peleamos con tanta frecuencia. Claro que ella no tenía un pasado con su carga de recuerdos felices pero también de sinsabores, heridas, frustraciones y miedos, así que no había acumulado esa rabia que nos lleva, a los seres de carne y hueso, a descargarla con los que tenemos más cerca y decimos querer, o a hacer zozobrar cada nueva relación. Su forma de escucharme resultaba curiosa: más que estar programada para ello, parecía que deseaba aprender de todo lo que yo le iba contando. Ella misma me explicó que la habían diseñado no como una autómatas capaz de dar sólo una única o determinadas respuestas, sino con aptitud para el aprendizaje, para buscar y descubrir nuevas posibilidades de respuesta a las mismas preguntas o estímulos. Ese proceso sería lento; Deirdre podía almacenar en su memoria muchos datos, pero le era bastante más dificultoso relacionarlos entre sí y sobre todo interpretarlos.

Mi labor me parecía, más que enseñar a una máquina, ensayar con un niño, como me había explicado Myriam. Yo ignoraba por completo cómo era posible que Deirdre tuviese esa capacidad de aprender nuevas respuestas, lo que suponía un incipiente pensamiento propio, más allá de su programación. ¿Sabía ella que era un androide? Lo sabía, pero no parecía darle ninguna importancia. Y ¿realmente tenía emociones, realmente sentía hacia mí ese amor que me mostraba? Al principio me atormentaba esa duda, luego no quise pensar más. Su actitud parecía espontánea. Y yo me comportaba con ella como si fuera por completo humana; nunca le daba órdenes y le

preguntaba su opinión en todo.

A veces ella me interrogaba: «¿te alegras de tenerme aquí, contigo?». ¿Y cómo iba a responderle otra cosa que sí? La verdad es que nunca me había sentido tan a gusto con nadie como con esta androide que yo me permitía considerar, aun sabiendo que me engañaba, más mujer que máquina.

A los pocos días de llegar a casa hicimos el amor por primera vez. Me sorprendió estar tan relajada, igual que aquella noche primera en que me quedé dormida a su lado. Le expliqué que me gustaría tocarla, acariciarla, besarla, aunque ella no pudiera sentir de la misma manera que yo. Me dijo que por supuesto. No tenía ningún pudor ni prejuicio frente a cualquier sugerencia mía de lo que podíamos hacer, así que yo me lo pasé realmente bien y día a día y noche a noche fui probando diferentes posibilidades. Aunque su piel fuera igual a la humana, y poseyera un olor para mí muy agradable, parecido al incienso y la jara, es verdad que ni su boca ni su sexo podían tener ese sabor como en una mujer con corazón, vísceras y humores. En compensación, sus dedos y su lengua podían ser extremadamente expertos a la vez que delicados. Me gustaba hacer el amor con Deirdre, y empecé a preguntarme si ella no podría tener un orgasmo aunque fuera electrónico; ¿qué es el nuestro si no una sacudida, una corriente que tiene que llegar al cerebro?

¿Estaba enamorada de ella? Era difícil decir que sí. Empezaba a quererla, pero sin esa pasión que es por otra parte un estado mental alterado —esa pasión que había sentido por Karol aunque discutiéramos tanto; que mantuve, tan larga e inútil, hacia Elisa; ese vínculo apasionado y lleno de dolor que nos había unido a Manuela y a mí, hasta su muerte—; con un afecto más tierno, reposado, tranquilo.

El primer problema surgió la tarde en que mi amiga Silvia —quien ya conocía a Deirdre— quiso que tuviéramos un encuentro con esa otra conocida suya, Leticia, la cual convivía antes que yo con una androide. La pareja residía en un pueblo cercano a Madrid.

Leticia me desagradó desde el principio. Su androide, Karen, era guapísima, morena, de pelo largo, muy alta, con cuerpo de modelo; pero el modo que Leticia la trataba me disgustó profundamente. Era muy autoritaria, y su comportamiento, idéntico al de los hombres machistas de antaño y no tan antaño. La androide parecía amedrentada, y estuvo silenciosa casi todo el tiempo, lo que no hizo sino aumentar los malos modos de la otra. Llevábamos dos horas de velada y Leticia había bebido más de la cuenta cuando me propuso que intercambiáramos nuestras parejas esa noche. Le respondí que desde luego no era sólo decisión mía y que tendría que preguntarle a Deirdre. Se rió.

—Pero bueno ¿tú a qué juegas? ¿Qué pretendes hacerme creer, que te comportas como si tu androide fuese una mujer de verdad? Tal vez pienses que eres mejor que

yo por hacerle ese tipo de absurdas preguntas a una máquina que está programada para obedecerte en todo. Por eso la compraste, si no te habrías enrollado con una chica auténtica. Así que no vengas dándome lecciones.

Me hirió ese comentario en lo que tenía de verdad, pero no estaba dispuesta a dejarme acorralar y culpabilizar tan fácilmente.

—Lo mismo juego yo que juegas tú, querida —le dije—. Tú juegas a macho déspota con alguien que no puede defenderse. Posiblemente muchas mujeres humanas hayan pasado de ti por lo grosera y brutal que eres. Karen no puede hacer eso. Pero en fin, si eso satisface tus frustraciones...

La cosa empezaba a ponerse tan nublada que Silvia se apresuró a intervenir.

—Bueno, bueno, será mejor que nos vayamos, se ha hecho tarde ya.

Nos fuimos rápidamente y una vez en el coche Silvia se disculpó:

—Lo siento, no esperaba que Leticia fuese a comportarse así, se ha pasado con la bebida. De cualquier modo sé que no trata bien a Karen, pero no lo haría de modo diferente si estuviera con una chica humana. En fin, yo había pensado incluso hablar con mi amigo Hugo, que es un antitecnita pero no un fanático, porque él me comentó que en estos casos, cuando alguien no trata bien a su androide, su colectivo llega incluso a liberarlo por la fuerza. Ya os contaré lo que me dice.

Dejamos a Silvia en su casa y le propuse a Deirdre que fuéramos hasta el parque donde solíamos ir muchas tardes. Dimos un paseo silenciosas.

—¿Por qué estás tan callada? —le pregunté al fin.

—Leticia es mala. No me gusta cómo trata a Karen.

—A mí tampoco, pero ya te lo ha dicho Silvia; no se comportaría de modo muy diferente si Karen fuera una chica humana.

—Tú nunca me tratarás así, ¿verdad?

—Espero no tratar así nunca a nadie.

Se quedó en silencio otro buen rato, luego dijo:

—¿Te molestó lo que dijo Leticia sobre ti?

Es verdad, yo no hacía más que darle vueltas a aquellas palabras. ¿Era yo una farisea que se creía mejor que Leticia porque trataba bien a mi androide, cuando de antemano había comprado a alguien obligada a quererme? Eso sería un engaño a los demás, e incluso para mí. Pero ¿y si realmente intentaba convencerme de que Deirdre podía ser como una mujer de verdad, de carne y hueso? Lo primero hubiera sido hipocresía, lo segundo una mentira igual de ciega y peligrosa. Todo eso pensaba, y mi error, mi gran error en ese momento, fue decírselo a Deirdre. ¿O tal vez, me he preguntado con el tiempo, no se trató de un error?

Me escuchó sin responder, pero luego, en casa, cuando nos fuimos a la cama (antes ella se había empeñado como siempre en ducharse conmigo), en la oscuridad, con la cabeza en mi hombro y su cuerpo pegado al mío, me preguntó:

—Emma ¿tú estás enamorada de mí?

Me quedé atónita. Mi Deirdre, mi dulce Deirdre, tan tierna y cariñosa, parecía adentrarse cada vez más por el laberinto del pensamiento propio.

Tuve que ser sincera.

—No lo sé, Deirdre. Quizás todavía no.

—¿Por qué quisiste vivir conmigo en lugar de con una chica de verdad, humana?

—Supongo que tenía muchos miedos. Todas mis relaciones con mujeres de verdad, como tú dices, han sido un auténtico desastre. Una lucha por mantener la independencia, la autonomía, la libertad, que se convierte en obcecación por no ceder un milímetro en nuestros pensamientos y actitudes. Por supuesto que también ha habido momentos buenos, pero no duraron mucho. Yo me sentía herida con demasiada frecuencia por las palabras, esas que por descuido, descortesía, venganza o mala fe los humanos nos lanzamos como estocadas entre nosotros; contigo no me pasa eso. No echo la culpa a los demás, yo tenía excesivos miedos, traumas, complejos; en fin, cosas que a ti por fortuna te son ajenas.

—¿Te enamorarías de mí si yo fuera una chica de verdad y no una máquina?

—Tú no eres una máquina, Deirdre; es decir, no eres como la lavadora, como el televisor, ni siquiera como el ordenador. Eres otra cosa, no humana, desde luego, pero tampoco artificial.

No volvimos a hablar de este tema; sin embargo, a partir de entonces el comportamiento de Deirdre cambió. A veces se callaba más tiempo del habitual, y había en su actitud, en su gesto, algo que yo sólo podía comparar con la tristeza humana. Me dije que, si estaba empezando a pensar, realmente esa melancolía era lógica.

Un mes más tarde volvimos a citarnos con Silvia y otra conocida suya, una tal Laura. Al principio de mi relación con Deirdre habíamos pasado mucho tiempo a solas las dos, para conocernos mejor, porque me apetecía disfrutar de una convivencia de pareja después de tiempo sin tenerla y quizás también porque no sabía cómo presentarla a mis amistades. Poco a poco yo había ido ganando confianza y le propuse a Deirdre que saliéramos más con otras personas. Pensaba que eso le agradaría, hasta aquella tarde en que nos vimos con Silvia y la tal Laura.

Silvia nos había invitado a merendar en su casa. Se había comprado una máquina de realidad virtual y quería enseñárnosla. Le encantaba viajar, pero por motivos económicos no podía permitirse viajes muy largos y costosos.

—Chicas, esto es una maravilla. Ayer estuve en Estambul, anteayer navegando cerca de las islas Marquesas, y el día anterior subí el Kilimanjaro y el guía nativo que me acompañaba me contó muchas cosas sobre su país. Esta tarde os invito a conocer las pirámides de Egipto.

En efecto, visitamos las pirámides. De hecho, vimos también un amanecer de oro

rojo en el desierto, sentimos el primer calor del día, luego la humedad de los pasadizos claustrofóbicos de la pirámide, y llegamos a la cámara funeraria del faraón.

Laura era una morenita muy maja y simpática, y ella y yo congeniamos muy bien y nos reímos mucho haciendo bromas sobre la máquina de realidad virtual. Esa noche, al llegar a casa, Deirdre me preguntó:

—¿Te gusta Laura?

—Es una chica agradable, desde luego, pero si lo que preguntas es si me atrae sexualmente te responderé que no me lo he planteado. Ahora mismo estoy contigo y, la verdad, siempre he pensado que una relación es suficientemente difícil como para querer más de una.

Se trataba de una broma, pero yo muchas veces no era consciente de que Deirdre todavía no sabía interpretar el humor, darse cuenta de que una frase tenía un significado diferente al literal.

Al despertar al día siguiente, sábado, Deirdre se había ido de casa. Sobre la mesa del salón había una nota suya que decía, con una letra de caligrafía perfecta:

«No quiero ser un obstáculo para que encuentres una chica de verdad. Adiós. Te quiere, Deirdre».

Me vestí rápidamente y fui al coche para buscarla, pero ignoraba la hora en que se había ido. Era capaz de moverse por la casa en absoluto silencio, y además tenía visión nocturna, por lo que existía la posibilidad de que se hubiese marchado en plena madrugada. Di unas vueltas por el barrio y luego retorné a casa para reflexionar. Comprobé que toda su ropa estaba allí y no faltaba nada de dinero; Deirdre sabía que éste era necesario para ir por el mundo; de hecho, en los últimos tiempos cada vez salía con más frecuencia sola a comprar, y sin embargo no se había atrevido a llevárselo. Empecé a preocuparme seriamente, pero ¿qué podía hacer? ¿Llamar a la policía, a la Kapek Corp.? Me daba miedo que, si les alertaba, fueran en busca de Deirdre, la capturasen y de algún modo le infligieran algún castigo o *reajuste*. Volví a salir en coche para ir al parque por donde solíamos pasear; tampoco estaba allí. Al regresar, ya cerca de mediodía, pensé que era mejor contárselo a alguien de confianza. Telefoneé a Silvia.

—Deirdre está aquí —me informó, cuando empecé a explicarle lo ocurrido—. Se presentó muy de mañana y me contó más o menos lo que te decía a ti en la nota, y que pensaba que te había gustado Laura. Yo le he contestado que en realidad Laura me gustaba a mí pero además es heterosexual, y le recomendé que volviera a tu casa para hablar contigo; entonces me dijo que tú ya debías haber despertado y leído la nota, y que tenía miedo de que te hubieses enfadado mucho. Me pidió ayuda porque no sabía dónde ir; estaba empeñada en que la llevara a conocer a mi amigo Hugo, el antitecnita, porque ya os expliqué el otro día que su colectivo da refugio a androides con problemas.

—No dejes que se mueva de ahí, voy volando.

Silvia se partía de risa cuando entré en su casa toda apresurada.

—No me lo pasaba tan bien desde hacía mucho tiempo —comentó—. Creo que vuestra relación va como ayudada por el viento solar; ya empezáis a comportaros igual que cualquier otra pareja.

—Deirdre —le dije mientras regresábamos a casa, ya solas las dos—, la próxima vez que tengas un pensamiento como el que te ha llevado a irte esta noche, por favor, dímelo y lo hablaremos; porque si no en vez de tu pareja me sentiré como si fuera tu madre.

Luego la abracé:

—En fin, mi morenita, después, a la hora de la siesta, me tomaré mi recompensa por la preocupación que he tenido.

De nuevo la actitud de Deirdre cambió, ahora de una manera muy curiosa. Parecía empeñada en demostrar que era un ser adulto, e incluso mostraba hacia mí claras actitudes de seducción que no había tenido antes. Pero lo que más me sorprendía era que las cualidades que intentaba destacar no eran precisamente las humanas, sino las de androide. Por ejemplo, cuando jugábamos al ajedrez me derrotaba en un tiempo humillante, y si yo lograba resistirme un poco, repetía después la partida a una velocidad vertiginosa, para enseñarme los errores que yo había cometido; tenía que rogarle que no fuera tan deprisa pues no lograba enterarme de nada. Cuando salíamos a la montaña a escalar hacía tales movimientos y daba unos saltos tan imposibles para cualquier ser humano que le advertía:

—Deirdre, no hagas eso o te vas a descalabrar.

Parecía encantada de demostrarme que era capaz de esos saltos y de estiramientos más inverosímiles aún. Había aprendido a introducirse en el navegador de mi coche desde el ordenador de casa y me obligaba a volver antes de lo previsto aunque tuviera otra cita en otro lugar. Y cuando se conectaba a Internet podía hacer auténticas barrabasadas. Eso sin contar que se aprendía de memoria todas las noticias de la prensa para contarme luego las que creía que me iban a interesar más, o leía cada mañana un libro de mi biblioteca para debatir conmigo después nuestras opiniones acerca de él, o para recitarme todos los poemas de algún autor que le hubiera gustado mucho. También se dedicaba a leer libros de erotismo para proponerme nuevas posturas o experimentos por la noche. Por último acabó diciéndome:

—Me gustaría que le dijeras a todo el mundo que soy una androide y no una mujer humana. A lo mejor tienes miedo de lo que puedan pensar o te da vergüenza, y no quiero que lo tengas.

Yo me divertía con todo aquello, pero no dejaba de preocuparme. Finalmente una mañana, desde mi trabajo, decidí llamar a Myriam; le pedí que esa llamada fuera

confidencial. Le expliqué, sin entrar en demasiados detalles, lo que sucedía.

—Ya te dije que nuestros androides más evolucionados, como tu Deirdre, habían llegado al punto en que estaban siendo capaces de pensar por sí mismos, pero eso no quiere decir que su pensamiento sea el que conocemos como humano. En realidad ni nosotros, en la Kapek Corporation, sabemos cómo será ese modo de pensar. Lo seguro es que Deirdre nunca cambiará de sentimientos hacia ti. No obstante, si quieres que le hagamos un reajuste, estamos dispuestos a ello.

A mí aquello de *reajuste* me sonaba a electrochoque o lobotomía. No deseaba eso. Había temido que Deirdre se empeñara en el deseo de ser humana; que prefiriera desarrollarse como mujer-androide me resultaba admirable.

De cualquier modo, me daba cuenta de que ella no era feliz. Algunos días, al regresar a casa, la encontraba en un estado que sólo podía calificar como depresivo: silenciosa, triste, sin ganas de hacer nada y meditabunda. Pero ¿puede ser feliz o deprimirse un cerebro que es un ordenador? Sin embargo ella me hacía preguntas muy humanas:

—Si algún día encuentras una chica de verdad que te quiera como te quiero yo, ¿qué pasará conmigo?

—Deirdre, tampoco los humanos estamos seguros de que el amor dure para siempre. Algunos incluso lo prefieren así. Otros tenemos que aprender a vivir con esa incertidumbre. Además —añadía yo, riéndome— ¿tú ves que haya muchas chicas aporreando mi puerta para cortejarme? No las hay porque yo no tengo interés, ahora que estoy contigo.

O me decía:

—Si algún día dejo de funcionar ¿qué será de ti? Dices que ahora te has acostumbrado a no estar sola.

—Tampoco antes me acostumbraba a la soledad, Deirdre. Al menos, no siempre. Pero no pienses en eso. Anda, deja que apoye mi cabeza en tu regazo y olvidemos todo lo que no seamos tú y yo y este momento.

Yo sentía por ella una ternura enorme, y la necesitaba a mi lado, pero me atormentaba la idea de que dependiera por completo de mí, sobre todo en lo emocional, quizás porque ese vínculo le había sido impuesto. Ella no podía resignarse a la idea de que el amor acaba, no podía buscar otro amor nuevo porque estaba programada para que yo fuera su único deseo, su última finalidad, todo su mundo.

—Dime —le preguntaba ahora yo—. ¿Qué sientes hacia mí, Deirdre?

—Te amo.

—¿Por qué me amas?

—Porque te amo. Y además eres buena conmigo.

Yo sentía su amor, me envolvía, era una alegría y un regalo, lo valoraba mucho porque conocía lo que es su falta. Pero para seguir teniéndolo no me era necesario

hacer el menor esfuerzo, pues ella no podía dejar de quererme, y además el precio lo pagaba Deirdre, y ese precio era su madurez completa y su libertad.

Después de mucho pensar le pedí a Silvia que me consiguiera una entrevista con su amigo Hugo el antitecnita, entrevista de la cual Deirdre no debía saber nada. Pocos días más tarde puse una excusa en mi trabajo y a la hora del desayuno fui en coche hasta el café donde Hugo y yo habíamos quedado.

Hugo era un argentino con el pelo rizado, rojizo, y de gestos enérgicos, pero mucho más amable y comprensivo de lo que yo esperaba.

—Yo no te juzgo por tener una androide —me dijo cuando le expliqué mi caso—. Y no dudo de tus motivos. Tampoco de que trates bien a Deirdre. Pero lo cierto es que hay una realidad muy distinta allá afuera, aparte de vosotras dos. ¿Sabes que ahora mismo son las y los androides quienes ejercen básicamente el trabajo de la prostitución? Se les puede dar el aspecto que se desee, desde infantil a adulto; nunca se cansan, hacen todo lo que se les pide, no se rebelan de ningún modo contra sus amos ni contra sus clientes, y por añadidura resulta prácticamente imposible que puedan transmitir enfermedades sexuales. De la misma manera, y cada vez con mayor frecuencia, se incluye a los androides como tripulantes de vuelos espaciales peligrosos, o en la colonización espacial, sobre todo, claro está, de Marte. Y aquí en la Tierra realizan oficios muy duros, por ejemplo en las minas y en las centrales nucleares. Sin embargo, tenemos noticias de que las grandes potencias proyectan ampliar la preparación de los androides para insertarlos en las fábricas y en determinados servicios públicos y privados. Parte de la izquierda está preocupada por lo que esto puede suponer en pérdidas de puestos de trabajo para los humanos. Los conservadores dicen que es mucho mejor usar a los androides, que al fin y al cabo no sienten, para la prostitución o para otros trabajos, en vez de a las personas; sin embargo tú has comprobado que sí empiezan a ser capaces de pensar y sentir. Y algunos de nosotros, a los que nos llaman antitecnitas aunque ese nombre no es en absoluto el que queremos llevar, decimos que ya sea con humanos o con androides el problema es el mismo: la esclavitud. Algunos humanos quieren tener esclavos, ya sea sexuales o para otras labores; desean un poder absoluto sobre ellos y beneficiarse de sus servicios, sin dar nada a cambio. Y mi pensamiento es que yo no quiero ser un esclavo pero tampoco un esclavista, igual que no quiero que me maten en una guerra pero tampoco matar. No quiero una sociedad y un mundo así. Para tu caso creo que el problema no está en el modo en que tú tratas a Deirdre, sino en que, la trates como la trates, sigues teniendo una esclava. Y posiblemente por eso nunca logres llegar a amarla; puedes sentir por ella cariño o gratitud, pero no amor, porque sabes que no es libre en su correspondencia.

Asentí con la cabeza. Él prosiguió:

—Yo te ofrezco liberar a Deirdre de la dependencia contigo. Podemos borrar de

su memoria la obligación de quererte; ya lo estamos haciendo en otros casos. No tocaremos nada más, así que la evolución de pensamiento y emocional que ha conseguido no se resentirá apenas. Al principio se encontrará un poco desorientada, pero nosotros la ayudaremos.

—¿Y después?

—¿Después? Lo aconsejable es que prosiga su estancia con nosotros unos meses, hasta que sea capaz de vivir de manera autónoma.

Esa noche, ya en casa, mientras veíamos la televisión, le pregunté a Deirdre:

—Dime ¿te gustaría ser libre, poder hacer lo que quieras y amar a quien desees, a quien tú elijas, no a mí necesariamente?

Estuvo pensando un buen rato.

—Entonces me quedaría sola —dijo después.

En esos días tuve la impresión de que ella intuía algo de lo que yo trataba de decidir. Se dedicaba a hacer sobre todo hologramas artísticos, una actividad que ya había empezado tiempo antes. Extrañas figuras geométricas de luz en movimiento, que según me decía eran la traducción a bits de poemas que le gustaban. También me regaló un cilindro visor para que pudiera ver todas las fotografías en que estábamos juntas, y que había ordenado. Hacíamos el amor con más frecuencia que antes.

Pero yo sabía lo que debía hacer, y aquí no tenía sentido consultarle a ella si estaba de acuerdo.

La noche anterior a la jornada en que Deirdre tenía que *retirarse* durante 24 horas para recargar su batería, nos fuimos a dormir como siempre:

—Mi querida Deirdre... —empecé, mientras ella se abrazaba a mí igual que todas las noches. Pero ¿qué más podía añadir? ¿Que la amaba? Hubiese mentido. ¿Qué le agradecía su amor? ¿Que no me quedaba más remedio que actuar como iba a hacerlo, por su bien? Si decía eso yo parecería abnegada y generosa y en realidad, de haber amado a Deirdre, no hubiese permitido nuestra separación; sí, de haberla amado como ella me quería a mí, aunque nos hubiesen perseguido todos los antitecnitas del mundo más la Kapek Corporation, habríamos huido juntas, y me importaría una mierda que nuestra historia acabara o no de un modo políticamente correcto, como iba a terminar ahora, por mi propia decisión.

A la mañana siguiente, cuando se quedó dormida, llamé por teléfono a Hugo. Me aseguró que al volver de mi trabajo Deirdre ya no estaría en casa. Desde el umbral de la puerta de nuestro dormitorio la miré por última vez.

Ahora paso muchos fines de semana en la casa de Silvia. Hace dos meses tuvo un accidente de coche y se rompió una pierna. Cuando salió del hospital seguía necesitando ayuda. De lunes a viernes tiene una chica —humana— contratada como ayudante doméstica, pero el sábado y domingo voy yo. No obstante, no ha perdido su

buen humor, y asegura que en cuanto pueda caminar sin problema nos iremos las dos por ahí a buscarnos la vida; o sea, a encontrar novia. De carne y hueso o con el corazón de silicio.

A veces veo a Deirdre. Pasa caminando delante de la casa de Silvia con Hugo o algún otro de los de su grupo; el local de su colectivo está próximo a la casa de mi amiga. Sé por Hugo que todo va muy bien, y que Deirdre les sorprende por su capacidad artística, por lo que llaman *abstracciones bíticas*, hologramas en tres dimensiones que traducen al lenguaje artificial poemas y fragmentos literarios, convertidos en prismas de colores, arcos, espirales, facetas, cúspides, aristas, poliedros irisados, líneas de luz que se mueven, cuerpos que giran resplandecientes.

El otro día, viernes, yo estaba en su jardín arreglando unas plantas cuando Hugo entró con ella; seguramente él no esperaba encontrarme allí, incluso se puso nervioso al toparse conmigo. Yo también estaba nerviosa. Saludé a ambos mientras me limpiaba las manos de tierra. Deirdre, claro, ya no se acordaba de mí, yo había sido borrada por completo de su memoria; de no haber ocurrido así no podría haber sido libre. Sin embargo me preguntó por lo que estaba haciendo, y le regalé una rosa blanca (hubiese preferido que fuese roja). Estaba muy bonita, Deirdre, y parecía tan dulce como siempre, pero ahora había en ella una mirada mucho más firme que nunca: sabía quién era, de dónde había venido y que a partir de ahora sólo se tendría a sí misma para sobrevivir, ya no estaba programada para depender de nadie. Siguió preguntándome los nombres de las plantas y cómo había que cuidarlas, hasta que Hugo le dijo que debían marcharse, pues Silvia no estaba.

Desde ese viernes, la imagen de la nueva Deirdre no se me va de la cabeza. Pienso que pronto volveremos a encontrarnos. No será difícil, acaso una visita a alguna exposición de ese arte novedoso, las abstracciones bíticas. No sé lo que pasará entonces. ¿Es posible que haya algún mínimo rincón de su memoria electrónica donde siga guardando un recuerdo de mí? Si fue diseñada para ser mi compañera, mi complementaria, ¿no puede ocurrir que nos busquemos la una a la otra? ¿Sería yo capaz de enamorar a esa Deirdre libre, que puede conocer a muchas otras mujeres que quizás le interesarán?

Silvia sospecha que estoy empezando a enamorarme de Deirdre.

RECUERDOS DE UN PAÍS ZOMBI

Erick J. Mota

Erick J. Mota (La Habana, 1975) es físico y escritor de ciencia ficción, ganador de varios premios en Cuba y otros países latinoamericanos (Guaicán en 2004, La Edad de Oro en 2007, TauZero de novela corta en 2008, entre otros). Ha publicado la antología *Algunos recuerdos que valen la pena* y la novela y colección de cuentos relacionados *Habana Underguater* (2010), que describen un mundo donde los rusos ganaron la Guerra Fría y Cuba es el epicentro de diversos conflictos internacionales. La segunda parte de esta serie, *Los propios rusos*, resultó finalista del premio Minotauro en 2011.

«Recuerdos de un país zombi» es un cuento que refuerza nuestra convicción de que la ciencia ficción puede ser una herramienta válida para reflexionar de forma constructiva sobre nuestro presente. En este caso, sobre la realidad cubana.

Es una metáfora política audaz y pertinente, ingeniosa y cruda, sobre una sociedad estancada que lentamente transforma a sus ciudadanos en muertos vivientes. Un cuento muy divertido sobre zombis, burocracia, socialismo y revolución, que es a nuestro juicio uno de los mejores cuentos cubanos de ciencia ficción que se hayan publicado jamás.

I

El letrero en la pared al final de la calle era tan simple como explícito. Estaba escrito sobre pintura de cal blanca con enormes letras rojas. La consigna del momento, repetida hasta el cansancio en la televisión, la radio y las reuniones.

¡ESTE ZOMBI ES DE FIDEL!

Todo como en los viejos tiempos. Como en el Periodo Especial. Muchas consignas para ocultar la crisis. Lo extraño era que ahora no había crisis alguna, las cosas marchaban bien para nosotros.

O al menos eso pensábamos.

La pared, por su parte, estaba descuidada como si perteneciera a un edificio colonial. Pero no hay casas coloniales en esta parte de la ciudad. Todas las casas datan de principios del siglo xx; por lo tanto, fueron levantadas siguiendo las normas constructivas norteamericanas. Paredes de bloques, columnas de hormigón y techos de cemento. Han pasado más de cien años y cada casa se sostiene sola pese al abandono de años.

Pero la pared, al no pertenecer a casa alguna, está más deteriorada que el resto. El cemento se ha caído en algunas partes dejando ver los ladrillos de arcilla. El moho y los líquenes le dan una coloración verdosa en la parte inferior, allí donde nace la acera. Hasta ayer la pintura y el viejo letrero, junto a la vieja consigna, tenían una tonalidad amarillenta. Incluso el viejo PATRIA O MUERTE de siempre parecía mustio y triste.

La acera, la menos transitada por estar al final de un callejón, luce rajaduras dignas de un terremoto de alta intensidad en la escala Richter. El asfalto de la calle, agotado por los años y la falta de tráfico, luce viejos baches de un pasado medianamente glorioso. Algunas hierbas brotan del contén y se abren paso hacia la acera.

Todo estaba en calma en el barrio. Era un amanecer como otro cualquiera.

Cada vez que salgo de mi casa los perros de las viviendas contiguas comienzan a ladrar. Semejante escándalo es tan desagradable para mí como debe serlo para sus dueños, que apenas comienzan los ladridos los mandan callar. Pero ellos siguen con sus ladridos, sin importarles la disciplina. Siempre es la misma rutina. Yo salgo al portal, abro la reja y ellos comienzan a ladrar como locos. Para ellos es muy simple: me odian y punto. En sus pequeños cerebros no hay espacio para otra cosa. Estoy acostumbrado. Desde pequeño fue así. No tengo sangre para los perros.

—¡Hey, Ricardo! ¡Ricardo Miguel, oiga!

La voz viene de la casa de al lado, la última del callejón. Allí, parado en el portal de su casa, estaba mi vecino Ramón. Alto, gordo y de bigote frondoso. Autoritario, controlador y altamente necesitado de autoafirmación. Habla con esa expresión

autoritaria de todo aquel acostumbrado al mando y sabe que será obedecido. No es ni militar ni director de una empresa, es el presidente del CDR de mi cuadra.

Para aquellos que sean neófitos en esto de la dinámica de la Revolución cubana, CDR son las siglas de Comité de Defensa de la Revolución. Se trata de una organización política creada en Cuba en 1960. Su finalidad nominal fue vigilar cualquier tipo de «actividad enemiga» que pretendiera derrocar al proceso revolucionario. Una especie de organismo paramilitar con fines antiterroristas. Pero con los años se volvió un mecanismo de control y acción política. Poco a poco se fue transformando en una maquinaria cuya única finalidad era que la comunidad de vecinos olvidara conceptos como privacidad. Todo trámite, desde comenzar a trabajar hasta que te pongan teléfono en casa, pasaba por una previa autorización del CDR. En cuyo caso su presidente, cada año elegido democráticamente, era la persona con más poder en el barrio. Alguien veladamente temido a quien había que respetar si no se quería tener problemas. Con los años la institución fue degenerando poco a poco en un sindicato de chismosos que luchan contra la privacidad del vecino. Pero eso no significa que no haya presidentes hijos de puta que esperen su oportunidad para joder al prójimo.

Este era uno de esos casos.

Y el prójimo era yo.

—Hey, Ramón ¿cómo está? —digo en el tono más amable que encuentro.

—Recuerde que tiene que entregarle a Carmita una copia de la carta que me entregó por lo del asunto de su hermano.

—Pero yo ya entregué una carta de mi trabajo con todos los cuños y firmas.

—Pero es necesario que la compañera de Vigilancia tenga una copia.

—Verá, en el centro tenemos trabajo que hacer. No tenemos tiempo para tanta burocracia.

—Es lo establecido. Una copia para el presidente y otra para la compañera de Vigilancia. Yo no puedo autorizar algo así si no se cumplen los canales apropiados.

—No le veo sentido a eso.

—Hace falta que vayas sin falta a casa de Carmita, es aquí mismo, enfrente, y le entregues una copia de la carta del CIDEZ. —Luego dejó de lado el tono de militar autoritario y me puso la mano en el hombro, condescendiente—. Mira que ya les llegó la dieta en la bodega por lo de tu hermano, no vayas a complicar tu situación.

El mensaje había quedado claro.

—Bien, bien, yo me encargo.

—Y recuerde que esta noche tenemos reunión en la cuadra. A las nueve y media. Se discutirá la última intervención del Comandante respecto al tema zombi. Como usted es un especialista en el tema, espero que asista.

Con mucha sutileza me aparté de él hasta que tuvo que apartar su mano grasienta

de mi persona. No resisto a la gente que tiene que hablarle a uno tocándolo todo el tiempo. Es cierto que somos cubanos, y que hablar gesticulando es parte de la identidad nacional, pero ese toqueo ya es excesivo.

—Bueno, Ramón. Me tengo que ir, que se me va la guagua del trabajo.

—Acuérdate, llévale a Carmita el papel de tu instituto.

—Claro, claro.

Y me largué de allí a toda prisa por si se le ocurría seguir hablando. De hecho, ya iba tarde. Como mi casa es la segunda después del final de la calle, tengo que caminar toda una cuadra para llegar a la avenida. En la esquina hay una mesa improvisada, cuatro sillas, un juego de dominó desplegado y cerca de seis personas gritando.

Originalmente el dominó surgió como una evolución del juego de los dados. Según las reglas internacionales, debe jugarse en silencio y por parejas. Pero, como siempre pasa, aquí las cosas se comportan de un modo diferente. El dominó en Cuba se juega con muchos espectadores, gritándole al contrario y a tu pareja mientras todos los demás dan su opinión. El resultado, cuando todo esto se escucha en la distancia, es muy parecido al de una pelea tumultuaria. En cualquier caso es una alteración del orden público, pero como forma parte de nuestra idiosincrasia, las leyes se vuelven un poco flexibles.

—¡Oye Richard, llégate!

Me grita uno de los jugadores y abandona la mesa. Los gritos de protesta del resto me impiden escuchar lo que dice. Pronto otro termina por tomar su lugar en el juego y todo continúa normalmente. Cuando ya está cerca reconozco a Omarito, el hijo de Clarita, la que vive a tres casas de la mía. Nos conocemos desde pequeños pero él es más socio de mi hermano que yo.

—Dile a tu hermano que nos tiene abandonados. Todos los días estamos tirando un dominó aquí y él ni se aparece.

—Habla bajito, mijo. Tú sabes que mi hermano ahora está de zombi. Y tengo al gordo del CDR abriéndome tremendo fuego.

—Verdad, asere. No seas gil. Tú sabes que ese tipo es un tremendo chismoso. ¡Míralo! Está parado ahí en la puerta de su casa, mirando para acá.

—Ven acá, Richard, ¿y eso que a tu hermano le dio por hacerse el zombi?

—Por la dieta.

—¿Te dan dieta por tener a un zombi en la casa?

—Carne de res y picadillo.

—¡Necesito un zombi en casa, pero ya!

—Tiene que ser de la familia y estar certificado por el CIDEZ. Hay que hacer más papeles que para irse del país.

—Pero tú trabajas en el CIDEZ, loco.

—Y así y todo ni el gordo ni la chivatona de Vigilancia se han tragado la historia del todo.

—¡Candela! Ta' bien, dile a tu hermano que vamos a mudar el dominó para por las tardes para que pueda venir. Como zombi, claro.

—Ok, yo se lo digo.

Comencé a caminar en dirección a la calzada. Bajé a toda velocidad las dos cuadras que me faltaban. Ya era tarde y se me iba la guagua del trabajo.

—¡Pero que no sea hoy! —gritó Omarito desde la esquina—. Hay reunión del CDR.

Hice una seña afirmativa con la cabeza y seguí mi camino. Doblé la esquina casi corriendo. Ya estaba en la calzada, el humo de las guaguas y el ruido me aturdieron un rato. Resulta un poco raro para quien vive en un vecindario tan tranquilo que a solo doscientos metros exista un lugar tan bullicioso. Aún no había amanecido pero ya la acera estaba repleta de transeúntes que iban a las paradas del transporte público. Las luces de innumerables autos me encandilaron. Aparté la vista y apresuré el paso. Normalmente la guagua de mi trabajo me recoge en la calzada a las siete y media, pero a veces se adelantaba. Consulté mi reloj pero antes que pudiera ver la hora una voz imperativa me hizo detenerme.

—Ciudadano.

Nadie en todo el territorio nacional llama a otra persona con ese vocativo a menos que pertenezca a la Policía Nacional Revolucionaria. Alcé la vista y ahí estaba, vestido de impecable azul y con la tonfa en la mano, el compañero de la PNR. Tras él, en la misma acera pero pegado al contén, había otros dos policías más revisando papeles frente a dos civiles.

—Su carné, por favor.

El carné de identidad es el documento oficial, análogo al ID norteamericano y al DNI europeo, que teóricamente evita papeleos a la hora de identificar a un cadáver o a un enfermo inconsciente en una sala de emergencias. El único inconveniente del dichoso documento es que portarlo se considera un deber ciudadano. Y no llevarlo encima, claro está, constituye un delito. En tiempos de la universidad, cuando todavía andaba para arriba y para abajo con mi hermano y la gente del barrio, recuerdo que pasé más de una noche en la estación de policía por olvidarlo. Ya ha pasado el tiempo, no tengo el pelo largo, no me reúno con elementos antisociales y soy un investigador de prestigio en el CIDEZ, pero todavía me lo piden con el mismo desprecio que cuando tenía diecinueve años. He llegado a pensar que pedir el carné constituye para la policía algo así como una afición, casi adictiva, como el cigarro o las drogas. Fuese cual fuese la causa, me hacen sentir como un ser despreciable cada vez que me lo piden.

De los dos hombres en el contén, uno de ellos discutía en voz alta con los

policías. Un carro patrulla estaba parqueado cerca. El hombre gesticulaba frente al agente del orden. Esa siempre será una muy mala señal, con dos uniformados en la acera y dos más en el carro. El resultado de esa actitud puede terminar en un calabozo.

Me fijé en la forma de pararse del segundo hombre. La cabeza doblada tres cuartos de ángulo hacia atrás, los brazos caídos a ambos lados como si no pudiera moverlos más y un leve movimiento oscilatorio con la cadera. Su mirada estaba perdida en algún punto entre las azoteas de los edificios y el cielo. Conozco esas características de memoria; al fin y al cabo trabajo con ellos. Ese hombre era un zombi.

Entregué el carné al policía frente a mí. Este ni siquiera se molestó en leer mi nombre, comprobar la dirección o verificar si me parecía al de la foto. Acercó una pequeña linterna a mis ojos. La luz me encandiló provocándome una sensación muy desagradable. Pero mi respuesta no fue hostil. Tengo que pasar por estos controles cada vez que entro a mi trabajo. Ya sé lo que busca, siempre es bueno saber lo que busca la policía. Como normalmente no se trata de individuos inteligentes, aunque por regla general sí muy violentos y con la autoridad de su lado, siempre es bueno darles lo que quieren para que se marchen rápido. Estaba buscando la reacción pupilar natural ante la luz. Buscaban zombis cimarrones, muertos vivientes sin licencia.

—Oiga, compañero —dije mientras sacaba del bolsillo la tarjeta de entrada del trabajo—. Yo no soy zombi, soy de los que los hacen.

El policía enfocó mi mano con la linterna, cosa que considero innecesaria pues ya hay bastante luz. Lee las siglas CIDEZ y su rostro cambia. Extendió el carné hacia mí mientras hablaba con voz plana. La misma voz que tendría un zombi. Si ellos hablaran, claro.

—Disculpe la molestia, puede continuar.

Eché a andar con paso apurado hacia la esquina donde ya podía ver la guagua del trabajo esperándome. A mi espalda quedaba el dueño del zombi sin papeles que gritaba mientras lo esposaban y metían por la fuerza en la patrulla. El muerto viviente no tuvo reacción alguna ante la violencia desarrollada frente a sus ojos fríos. Esperaba pacientemente al camión de la Brigada Especial que lo llevaría a la estación de policía hasta que se aclarase todo.

El ómnibus de mi centro de trabajo es una guagua china marca Yutong. En ninguna parte del mundo son conocidas. Las fabrican en una provincia de China que es más famosa por el templo del Shaolín que por su producción de ómnibus para el transporte urbano. Miré las dos vallas gigantes a ambos lados de la calle antes de subirme. Leí ambas consignas: LIBERTAD PARA LOS CINCO HÉROES, proclamaba la primera; NUESTROS ZOMBIS NO SON HOSTILES, PORQUE SON

ZOMBIS REVOLUCIONARIOS, decía la segunda.

Caminé por el pasillo de la guagua hasta sentarme en un cómodo asiento acolchado. Me senté en el lado donde se veía la valla con la propaganda de los cinco héroes. Ellos no me interesan pero los zombis sí. Los zombis son mi trabajo. Y si no atacan a la gente es por personas como yo. Nosotros, los grises investigadores del polo científico que no tenemos grandes salarios, ni javitas a fin de mes, ni estímulo en dólares. Nosotros le dimos a la Revolución cubana el suero. La última y definitiva herramienta para que este país no explote como un polvorín.

II

—Es increíble que hagan cosas como esta...

Había comenzado a decir María. Ninguna otra persona dentro de los límites del Centro de Investigación y Desarrollo Zombi se atrevía a comenzar una oración de esa manera. La mayoría de los trabajadores del CIDEZ eran estudiantes destacados en sus especialidades, casi todos primeros escalafones y diplomas de oro de su graduación. Todos siguiendo más o menos el mismo perfil: jóvenes, estudiosos, blanquitos y de familia de clase media; respetuosos de las reglas y temerosos de la Revolución. Todos graduados preuniversitarios de ciencias exactas y miembros de la Federación Estudiantil Universitaria. Incapaces todos de protestar ante una injusticia laboral, señalar errores de los jefes o criticar una mala política del centro.

Pero María era un caso aparte. Para empezar, era licenciada en Física, lo cual la convertía *de facto* en un bicho raro. Uno raro entre los raros. Por otro lado, había sido una estudiante tan brillante como indisciplinada, al punto de que no consiguió que la ubicaran al graduarse en ningún centro de investigación de Física pura. Pero como sus notas eran una buena referencia consiguió plaza en el CIDEZ, no como física sino como informática. Esa es la única característica de los físicos que personalmente envidio. Por lo general son autosuficientes y prepotentes pero también es cierto que poseen una multiplicidad asombrosa. Pueden desempeñar cualquier tarea ajena a su perfil profesional y se adaptan con facilidad al rol de ingenieros o biólogos. María era uno de esos casos.

En los escasos tres años que llevaba trabajando en el Centro ya se había convertido en una experta modelando moléculas complejas en computadora. Posiblemente un setenta y cinco por ciento de la modelación requerida para sintetizar el suero se debía a ella, además de administrar toda nuestra red informática y haber montado un clúster de computadoras que no tenía nada que envidiarle al de ninguna universidad extranjera. Por eso tanto la dirección de investigación, la administración

y los cuadros políticos aguantaban su carácter desobediente y conflictivo, así como su manía de cuestionar las directivas de investigación y decirle la verdad en la cara a cualquier investigador jefe.

Digamos que era magnánimamente tolerada y veladamente envidiada.

—Es verdaderamente inaudito —decía.

—¿Qué pasó ahora, María —estábamos en el local de los servidores disfrutando del aire acondicionado más frío de todo el Polo Científico—, que te veo protestando y protestando?

—Nada, que ayer llegó un general y pidió hablar con el director. Después llamaron al jefe de departamento a la oficina. Estuvieron allí cerca de tres horas. El general vino a irse como a las cuatro de la tarde.

—Anjá, los zombis le interesan a todos pero a los militares más que a nadie. Es cosa de seguridad nacional y esas cosas.

—¡Qué seguridad nacional ni qué carajo! Mira lo que añadieron esta mañana en el plan de trabajo.

Me señaló el monitor de su computadora. Acerqué la cabeza y pude leer la lista dentro de una tabla de Excel:

1. *Zombización voluntaria en especímenes militares. Crear condiciones para inoculación mediante el suero.*
2. *Aceleración de las pruebas pilotos de la versión del suero 7143 en forma de aerosol.*
3. *Iniciar primeras pruebas para una campaña de zombización masiva mediante la cepa experimental VZA1-34907.*

Me quedé con la boca abierta. Si lo que decía aquel fichero era cierto, se preparaba una campaña de zombización masiva. No hablamos de usar criminales o disidentes para convertirlos en zombis obedientes mediante el suero. Ni siquiera hablamos de una zombización voluntaria para probar vacunas piloto. Hablamos de convertir en muertos vivientes a toda una población. Eso no podía ser posible. La Revolución no podía dar luz verde a un proyecto tan fascista, debía haber un error.

—¿Entiendes ahora de lo que hablo? Están tratando de desarrollar un virus Z aéreo. Una mutación del virus resistente al oxígeno de la atmósfera, que se propague como la gripe y no por la saliva de los zombis. Y después de esto gasear todo con una versión del suero en forma de aerosol.

—Bueno, supongo que confían en que de un momento a otro obtengamos la vacuna. Gracias al suero podemos hacer soldados zombis.

—¿Estás loco tú también, Ricardo? ¿No te das cuenta que el término «voluntario» en este país es muy relativo? Menos aún en el ejército. No estamos hablando de militares profesionales que decidieron volverse zombis para servir mejor a la patria.

Esos son muchachitos del servicio militar. Niños de diecisiete y dieciocho años que están obligados por la disciplina militar. Y no necesito aclararte lo que significa la palabra masivo cuando se aplica aquí: estamos hablando de un primero de mayo zombi.

—Creo que estás exagerando. A lo mejor solo están buscándole un uso práctico a todos los soldados y policías que fueron mordidos en los primeros días del brote de virus Z.

—¿La palabra zombización te dice algo? Si los militares tuvieran zombis agresivos encerrados en alguna instalación secreta tendría lógica que nos pidieran mucho suero. Si es en aerosol mejor. Pero no necesitarían zombizar a nadie. Te digo que lo que quieren es inocular el virus en individuos sanos. Voluntarios o no.

—Nosotros también hacemos eso. Usamos presos con pena capital y también tenemos voluntarios.

—Y disidentes.

—Sí, disidentes también, pero ellos se lo buscaron por hacer contrarrevolución ¿no?

—Claro, claro, esas cosas se hacen por la ciencia, para lograr la vacuna. Esto es distinto. Están fabricando zombis para la guerra. Ni hablar de lo que esperan contaminando a la población civil.

—Estás exagerando, María. Nadie está en guerra con nosotros y tampoco creo que como marcha el problema zombi en el mundo ningún país se decida a atacarnos ahora. A lo mejor quieren crear una fuerza especial para cazar zombis cimarrones o algo así.

—Y yo que creía que tú eras la única persona con la cabeza en su sitio en este lugar.

—Lo soy, pero tú estás protestando sin fundamento. En la práctica nosotros hacemos ciencia partiendo del sacrificio de seres humanos inculados con el virus. En cierta forma nos apoyamos en el concepto de que los infectados están esencialmente vivos aunque con actividad cerebral baja. Y en la esperanza de conseguir un día una vacuna para revertir el proceso. Eso, amiga mía, es tan inhumano como crear zombis para el ejercito, ya sea para matar a otros zombis o para que desfilen mejor el día 2 de diciembre en la parada militar por el aniversario de las FAR. La única diferencia es que nosotros buscamos conocimiento y ellos buscan objetivos más prácticos. El mundo ya no es como antes y si lo dudas mira las noticias y verás. Ya no son tiempos de derechos humanos, son tiempos de sobrevivir y nosotros sobrevivimos.

III

[Canal 4. Canal Educativo]

En horas de la madrugada de ayer colapsó la zona de contención número 7 en el centro de Tokio. La multitud de zombis derrumbó las barreras y arremetió contra las fuerzas de autodefensa. Las tropas desplegadas poco pudieron hacer para controlar la situación en el área metropolitana de la capital nipona. Según expertos del instituto de investigación zombi, en Yokohama, el exceso de población de la mega urbe provocó una «masa crítica» de muertos vivientes que resultó incontrolable.

[Canal 6. Cubavisión]

El congreso de los Estados Unidos aprobó una ley que autoriza el uso de armas automáticas y de asalto dentro de las zonas de «peligro zombi» tras perder el control de Oklahoma y New Orleans a causa ataques de los muertos vivientes. Una multitud de protestantes se reunió en Washington en horas de la tarde temerosos de que el uso de armas de asalto se hiciera extensivo a las áreas de «riesgo zombi» o de «cuarentena zombi». Los Estados Unidos se vieron obligados a anular el estricto control de armas, tan duramente luchado por los demócratas en el Congreso, tras el brote del virus Z.

[Canal 12. Educativo 2]

Las autoridades israelíes aseguraron que el llamado problema zombi está controlado dentro del perímetro de Jerusalén y que Tel-Aviv se encuentra actualmente en cuarentena zombi. El ministro de salud, en conferencia de prensa junto al ministro del Interior, acusó movimiento de resistencia islámico HAMAS de usar zombis en ataques suicidas contra objetivos militares en Gaza.

[Canal 27. Canal Habana]

Los miembros del G-8 reunidos ayer en Copenhague discutieron una posible sanción del Consejo de Seguridad contra la Federación Rusa por emplear armamento nuclear táctico contra una aldea contaminada con el virus Z, a varios kilómetros al norte de Georgia. Según fuentes de la OTAN, el ataque se realizó usando un proyectil de artillería y la bomba «limpia» creó una detonación de 1,5 kilotones. Tan solo 0,5 por encima de la prohibición nuclear decretada por la ONU tras la firma de los

tratados de no proliferación nuclear entre Estados Unidos y la antigua Unión Soviética.

[Canal 56. Multivisión]

El líder del mando conjunto de la OTAN hizo pública su intención de movilizar tropas en el interior de Europa para poner fin a lo que llamaron «brotes minoritarios de población infectada con el virus Z». Ciudades como Varsovia, Praga y Budapest han tenido que ser puestas en cuarentena tras el brote de la segunda mutación del virus.

La abuela dejó de cambiar los canales y comenzó a concentrarse en el noticiero que ya estaba por acabarse. Luego la imagen comenzó a distorsionarse. La abuela se levantó lentamente y le dio unos cuantos golpes al equipo. La imagen volvió rápidamente y la abuela se sentó de nuevo. A los cinco minutos apagó el televisor. No ponían una novela hasta las nueve; ella lo sabía pero insistía en probar suerte. «A lo mejor ponen algo interesante», solía decir.

Mamá supo que yo llegaba por el ladrido de los perros de al lado. Apenas llegué salió de la cocina y me interceptó antes de que pudiera llegar a mi cuarto.

—¿Trajiste el papel del trabajo?

—No pude, lo traigo mañana.

—Pero Ricardo Miguel, mira que Fernando no me deja tranquila con lo del dichoso papel para Vigilancia.

—¡Ah, mamá! No te preocupes. Los tramites serios ya los hicimos. Anteayer fuimos al oficoda y vimos lo de la dieta. ¿Qué puede pasar?

—Si Rafael fuera en verdad un zombi, no me preocuparía. Siempre que tuviera hígado para tener una de esas cosas en casa.

—¡Mamá!

—Es la verdad. Tú sabes como pienso. Si una de esas cosas te muerde estás muerto aunque te escapes de tu tumba. Pues el caso es que nos pueden descubrir si el descarado del presidente del CDR se entera.

—Mamá, los del CDR no son como en los sesenta. Ahora solo reparten televisores chinos y se meten en tu vida.

—No te creas que porque ahora hay tiendas y dólares la Revolución ha cambiado. Los viejos mecanismos siguen funcionando. En los ochenta a tu abuelo le quitaron el teléfono por tener un hijo en Estados Unidos. Y si a este hombre de aquí al lado se le mete entre ceja y ceja averiguar lo de tu hermano, te pueden hasta botar del trabajo. No te engañes y busca otro papel que certifique que tu hermano es más zombi que los

que salen en el noticiero mordiendo gente allá afuera.

—Está bien, mamá.

—Y te toca ir a la reunión del Comité.

—¿Qué?

—Tu amiguito el presidente quiere que hables de los zombis y del trabajo que haces en el CIDEZ. Siempre será mejor si hablas tú a que discutan otra reflexión de Fidel ¿no?

—¡Me cago en la mierda! Con lo cansado que estoy.

La reunión era tan aburrida como cualquier otra a la que yo había asistido. De hecho, todas han sido igual de aburridas desde que los crearon. En una casa, ya sea porque el dueño sea militante del partido o necesite una carta del comité para que le pongan teléfono, se coloca una mesa con un mantel tan cursi como el de una fiesta de cumpleaños de un niño de un año. Atrás se cuelga una bandera cubana y tras la mesa se paran el compañero presidente del CDR, la compañera de Vigilancia y alguien que posee un cargo llamado «el ideológico», que puede parecer algo así como el que lava el cerebro a la gente pero en la práctica es el que se encarga de actualizar el mural.

El mural es algo que requiere explicación aparte. Cada CDR tiene uno, por lo tanto en cada barrio de la ciudad teóricamente debe haber uno. Se trata de un pedazo de madera, cartón tabla o cartulina gruesa forrado con todo el mal gusto del vestido de una jovencita. Entonces se pegan fragmentos de noticias del periódico, noticias que todo el mundo ha leído, que generalmente son viejas porque nadie las actualiza y a nadie le importan.

Frente a ellos, de pie y distribuidos aleatoriamente por la acera y la calle, está el público. Viejitos que no tienen nada que hacer o pertenecen a la Asociación de Combatientes, mujeres amas de casa que miran con insistencia el reloj para que no se les pase el horario de la telenovela brasileña, funcionarios de empresas y organismos estatales que necesitan una imagen de militancia aunque solo piensen en los precios de las piezas del carro en el mercado negro. Los cederistas clásicos. La viva imagen del barrio.

En fin, la reunión empezó como todo acto político: cantando el himno nacional. La canción no sólo es un símbolo de la patria sino que además es un himno de la guerra de independencia. Ahora imaginemos a un grupo casi patético de amas de casa preocupadas por su telenovela y trabajadores locos por irse a dormir intentando cantar una canción patriótica que fue concebida como un himno de batalla.

*Al combate corred bayameses
Que la Patria os contempla...*

No se puede cantar un himno así esperando que termine antes de empezar. Simplemente no se puede, o el resultado es la viva imagen de la decadencia. Con cada estrofa la poética mambisa fue bajando de tono hasta parecer un bolero.

Que morir por la Patria es vivir.

Para la última estrofa ya la canción era un susurro.

No hay nada más decadente.

—Bueno, vamos a dar inicio a la reunión de nuestro CDR número 23 —comienza a decir Ramón, el presidente—. El compañero Felipe, ideológico de la cuadra, va a leernos un fragmento de...

Y así comenzó una larga perorata que no hacía más que repetir lo que dicen todo el tiempo la televisión y los periódicos. Primero leyeron un panfleto explicando lo mal que le va al mundo y lo bien que nos va a nosotros. Después hablaron sobre la necesidad de que los vecinos dejaran encendidas las luces de los portales por la noche. Hubo algunas protestas por parte de los asistentes, pero los murmullos terminaron cuando el presidente dijo que, si la empresa eléctrica no podía resolver el problema del alumbrado público en nuestro barrio, era deber de los revolucionarios iluminar la calle con la luz de sus casas. Hubo unas cuantas quejas sobre los precios de la electricidad y el presidente terminó hablando mal del bloqueo y del presidente de los Estados Unidos. Yo no entendí la lógica del proceso pero el caso es que la discusión fue zanjada.

Acto seguido el presidente me presentó e informó que les hablaría sobre el trabajo del CIDEZ. Claro que no tenía objeto presentarme porque todos me conocían desde pequeño y sabían de cada piedra que tiré y terminó rompiendo un cristal, de cada novia de la universidad que besé en mi portal. Sabían incluso las notas de todas las asignaturas que aprobé en pregrados y en postgrados. Es lo malo de vivir toda la vida en el mismo lugar.

Comencé explicándoles los esfuerzos del CIDEZ para desarrollar una vacuna contra el virus Z. Les dije que nosotros tratábamos a los zombis como personas infectadas y no como cadáveres que caminan. Les hablé sobre lo incorrecto de pronunciar zombi cuando en realidad se dice zombí, una palabra en creole, la lengua hablada en Haití. Les conté la historia del Bokor, especie de mago oscuro con el poder de resucitar a los muertos y quien había formado con ellos una brigada de cañeros y los usaba como mano de obra sin tener que pagarles. Los familiares de los muertos reconocieron a sus seres queridos, a quienes creían enterrados. Persiguieron al mago oscuro por convertirlos en zombís y devolvieron los muertos a sus tumbas.

Apenas terminé la historia comenzaron los problemas. Parecía como si nadie hubiera entendido nada. En especial el presidente del CDR, quien se levantó de su

silla y me miró con ojos asesinos.

—Un momento, compañero, ¿está usted intentando decir que en nuestro país gobierna un mago oscuro y se usan a los muertos vivientes como esclavos?

—Yo no he dicho tal cosa, Fernando... lo que quise decir fue...

—Todo el mundo sabe que el virus Z fue creado por la CIA para agredir a los países del tercer mundo. Allá en los Estados Unidos las cosas se les fueron de control. Pero nosotros supimos, como dijo el Comandante, convertir el revés en victoria. Ahora los zombis son un arma de la Revolución. Se usan para cortar caña en la zafra pero no son esclavos, no... ¡Son zombis revolucionarios!

—Pero si yo...

—No vamos a permitir ningún intento de desestabilizarnos con esas patrañas inventadas por el enemigo...

Y siguió hablando. Y hablando. Más bien insultando. Y repitiendo frases hechas sobre la revolución, el socialismo y los zombis. Primero intenté explicarle que precisamente el uso de los zombis en la zafra o en los desfiles del Primero de Mayo era posible gracias al suero del CIDEZ, el cual permite desarrollar ligeramente los reflejos primarios del muerto viviente, aminorando el impulso incontrolable de comer y permitiendo así al zombi reaccionar a determinadas órdenes simples, pero no entendía nada. Luego intenté retractarme un poco. Dije que jamás podría haber ocurrido un paralelismo con la leyenda haitiana. Que la intención de la Revolución era la correcta al intentar asimilar el problema zombi de una manera dialéctica. Al fin y al cabo, una leyenda solo es una leyenda. Tampoco entendió nada. Se limitó a pararse con los brazos cruzados y decir:

—Pero además, todo el mundo sabe que en Haití se habla patuá.

Patuá es la forma más racista y colonialista que existe para designar el creole. Comenzó como una burla a la forma de hablar de los esclavos de origen haitiano y terminó siendo una costumbre de los blancos. En muchos lugares era incluso un chiste. No había nada más que agregar. Bueno, sí, quedaba la frase: *Me cago en el coño de tu madre, gordo racista*, pero en casa el televisor estaba roto. Se había filtrado la noticia de que se distribuirían televisores chinos a aquellas personas que sus equipos eran muy viejos o estaban rotos, una campaña más de la Revolución. Claro, como todas las cosas la distribución iba a ser a través de los CDR y si yo cometía el imperdonable error de decirle racista, y lo que es peor, gordo a nuestro presidente, no alcanzarían los televisores para la abuela. Eso sin contar con el pequeño detalle de que Rafael no era un zombi real. Las cosas podían complicarse, incluso yo podía perder mi trabajo si los fuegos llegaban al CIDEZ. Así que decidí morderme la lengua y aguantar los insultos frente a todo el barrio.

Antes de volver a casa me fui para la esquina donde estaba Panchito haciéndose el

zombi con los amigos del barrio.

—¿Bueno y qué, como te fue en la reunión? —dijo Julián mientras colocaba ruidosamente una ficha sobre la mesa.

—Poco me faltó para cagarme en la madre de Ramón.

—¡Esa sí estaría buena! Tú mandando p'al carajo a ese tipo. Cuenta, cuéntalo todo que eso es mejor que la telenovela.

Y les conté. En parte porque tenía que decírselo a alguien o iba a explotar. Necesitaba algo de comprensión o terminaría cayéndole a pedradas a la casa del presidente del CDR, cosa que no era muy buena idea desde el punto de vista racional, pero en ese instante yo no era un ser racional. Por eso necesitaba hablar, para que la razón volviera.

Pero lo cierto era que todo obedecía a un impulso adolescente. Yo, la persona con más categoría científica de todo el barrio, el único que fue a la universidad y terminó trabajando en el instituto más prestigioso del polo científico, había sido humillado públicamente por aquel gordo chivatón. Por eso estaba allí, levantando la voz a altas horas de la noche, con los vagos, los perdedores, los elementos antisociales que ni estudiaron ni trabajan, con los que son mal vistos porque viven del invento, de los negocios en bolsa negra, de vender lo que se roban en los almacenes del estado. A ellos siempre los miran con desprecio porque juegan dominó los lunes por la mañana cuando todos van para el trabajo y aunque no quieran hacerlo van. Porque tienen que ir. Porque no les queda otra. Porque eso hacen las personas decentes, trabajadoras y revolucionarias.

Pero a ellos nadie los regaña por hacer bulla hasta tarde, nadie busca a la policía o los señala con el dedo, nadie es tan buen revolucionario. Porque nadie está loco. Unos le temen al escándalo, otros a una confrontación violenta, pero todos le temen al hecho de que cuando se les acaba la leche que dan por la bodega para los niños tendrán que acudir a ellos. Igual que con la carne o el aceite. Porque ellos «resuelven». Buscan aquí y allá sin importar cuán legales son las cosas. Son delincuentes pero le han matado el hambre a medio barrio.

—Mi hermano, tú estás loco. ¿Cómo se te ocurre intentar explicarle al grupo de comuniones esos lo que es un *bokor* o un zombi? Y mucho menos contarles un cuento donde hay un viejo que explota a los zombis. Sabes que esa gente está todo el tiempo con dobles intenciones, buscando en tus palabras algún comentario ofensivo contra Fidel para ganarse puntos a costa tuya. Si les cuentas el cuento del caballito jorobadito no se van a tragar lo de la épica rusa, van a decir que te estás burlando de Fidel diciéndole El Caballo.

—Mala mía. Pero aprendí la lección.

—Eso, mi hermano. Perfil bajo para que no se metan contigo y nada de protagonismo. Tú eres inteligente y estudiaste. Al final le coges la vuelta a esto.

Regresé cansado a casa y no escuché al perro de la vivienda contigua. No me refiero al *doberman* de Ramón sino al salchicha de Amanda. Era raro que a esta hora de la noche no ladrara ante mi presencia. El foco del alumbrado público estaba roto, por lo que la calle estaba a oscuras. Miré alrededor un poco mareado por el sueño. La noche era fresca y despejada. Al final de la calle sentí unos pasos. Pasos lentos. Como quien arrastra los pies. Pasos de zombi.

Vivo al final de un callejón sin salida y aquellos pasos provenían de la pared que ponía fin a la calle. Si algo, o alguien, caminara desde allí, significaba que había estado toda la noche esperando para ahora echar a andar. ¿Pero esperando por qué? ¿O por quién? Si fuera un humano pensaría en un asalto, pero un zombi... no hay razón para que un zombi aguarde en la noche por un vivo. A menos que fuese... no, no podía ser. Nuestros zombis son pacíficos. Yo mismo trabajo donde les inyectan el suero que los vuelve dóciles.

Los pasos continuaban, se hacían más audibles, se acercaban en mi dirección. Se me erizaron los pelos de la nuca. Un miedo irracional se apoderó de mí. Me apresuré a abrir la cerca. Como es natural, cuanto más apurado y nervioso uno esté, más se enredará con la reja y se demorará en entrar. Mientras destrababa el cerrojo miré atrás y alcancé a ver la silueta bamboleándose hacia mí. Y los ojos vidriosos reflejando la luz de la luna. Abrí la puerta. Era, en efecto, uno de ellos. Un infectado por el virus Z, un muerto caminante, un zombi. Retrocedí dentro de mi casa mientras él continuaba caminando hacia mí. Cerré la reja de un tirón. El portazo le dio en la cara pero no le importó. Clínicamente están muertos, no les importa nada.

En otros países solo piensan en comer, en morder a todo el mundo y, de paso, contagiarte con el virus en su saliva. Los de aquí no son así. Tienen un poco más de actividad cerebral, eso les anula el hambre y la agresividad. A menos que este no hubiera sido inoculado con el suero.

Chocó contra la reja, volvió a chocar antes de detenerse. Normalmente no ven nada pero huelen muy bien. No hizo ruido alguno, no enseñó los dientes contra la cerca. Permaneció allí contra la reja mirándome con sus ojos vacíos, incapaz de verme. Solo un zombi sin dueño, perdido o abandonado. Un zombi sin papeles de propiedad, sin certificado del CIDEZ. Pero inoculado con el suero en algún momento. Me quedé mirando un tiempo al zombi callejero. Este intentó avanzar y volvió a chocar con la cerca.

«Ya se irá» pensé y di media vuelta. En esta casa ya tenemos uno, no necesitamos otra mascota. Cuando abrí la puerta me volteé y ya se había ido. Como por arte de magia, se perdió en la noche a la misma velocidad con la que había aparecido. «Quien sabe, a lo mejor tiene un refugio entre la basura, que por cierto no recogen desde anoche». Traté de imaginármelo inmóvil entre la basura. Esperando. A saber qué estaría esperando. Técnicamente su cuerpo no necesita nada pero los zombis

insisten en estar cerca de las personas. Aunque ya no tengan necesidad de morder les gusta estar con la gente. Después de todo fueron gente hasta el otro día.

Y allí se quedará hasta que huela otro humano y vuelva a levantarse. A caminar hacia él. «Bueno, supongo que también le dará un buen susto a mi hermano cuando regrese» pensé antes de acostarme. No había nada que temer en la noche.

IV

En la pared del laboratorio había un afiche donde rezaba la consigna:
ZOMBIS SÍ, YANKIS NO.

En total eran tres las computadoras repartidas por la habitación, además de un tanque de contención biológica de unos cuatro metros cuadrados. Dentro estaba el sujeto de experimentación, catalogado como número 43. Daba cabezazos todo el tiempo contra el cristal blindado. Sacaba los dientes en un intento estéril de morder algo más allá de su alcance. Había aspirado la versión aerosol del suero, por lo que en breve cesaría de atacar y se mostrará dócil como un perrito. Se dice que esta versión tendrá muchas aplicaciones. Lo cierto es que nos presionaron mucho para obtenerla cuanto antes. En los pasillos se comentaba que lo pondrían en los equipos de fumigación. Muchos aquí piensan que si es necesario fumigar toda la ciudad con el suero significa que el problema zombi se nos está saliendo de control. Otros dicen que vamos a empezar a exportar el suero. ¿Pero a quién se lo vamos a vender? ¿A Venezuela, acaso? Todo allí es ahora mismo una zona Z junto a Colombia. Estados Unidos no nos quitará el bloqueo aunque les regalemos la mismísima vacuna contra el virus Z. Y China es un mal destino para hacer negocios. ¿Nos cambiarán el aerosol del suero por ómnibus articulados o televisores? Además, China dice que tiene controlado el problema zombi. Aunque claro, nadie le cree.

No tiene sentido nada de lo que está pasando.

Por eso, mientras terminaba el experimento, me entretuve en terminar un modelo tridimensional del retrovirus del suero. Un trabajo alternativo que según mi tutor transformará el suero en vacuna. Yo le tengo poca fe pero él es así de entusiasta. Pertenece a una generación que creía en la ciencia tanto como en el Marxismo-Leninismo. Se dice que todos los de su graduación se inocularon el virus Z para probar la primera vacuna. La Taino B, que por supuesto fue un fracaso. Ahora todos sus compañeros son zombis y él viaja todos los años a la Universidad de Málaga a dar un seminario sobre el desarrollo del suero cubano y sus aplicaciones. Nunca ha respondido a la pregunta de por qué no se inyectó el virus. Pero lo cierto es que no es de los partidarios del suero como solución al problema Z. Es un investigador a la

vieja usanza, un buscador de la vacuna.

Ahora discutía con otra de las vacas sagradas de la ciencia cubana, el propio creador del suero e investigador jefe. Este hombre viaja tres veces al año a Dusseldorf a costa de los zombis y dos veces al día lo llaman de la OMS. Él y mi tutor discutían acaloradamente sobre detalles del tema zombi que yo ni siquiera sabía que existían.

—Que yo sepa solo hubo dos grupos poblacionales donde se hallaron versiones no mutadas del virus. En Haití y en Ucrania. En ambas poblaciones los muertos que regresan de sus tumbas son seres amigables que recuerdan su pasado. En ambos casos aparecía la muerte clínica, la necrosis, el minimalismo de las funciones cerebrales pero siempre guardaban memoria y pasividad. Los impulsos agresivos surgieron con mutaciones posteriores. Primero en Ucrania por las radiaciones de Chernóbil, luego en el sur de Estados Unidos por razones desconocidas.

—Esa historia ya la sabemos. Y es tentador pensar que si nuestro suero consigue eliminar los impulsos agresivos, consiguiera también recuerdos. Pero no hay un solo caso registrado después del «Día Z» donde el virus estuviera en su forma original. Y lo de los recuerdos se debe a muestras y observaciones de la época en que los zombis eran solo folklore.

—Pero si modelamos en computadora la estructura molecular más probable del virus Z no mutado podríamos sintetizar un suero de regresión.

—No me queda claro. Cuanto más conseguiremos, y me baso estrictamente en los modelos que disponemos del virus...

—Sí, claro, el modelo que hicieron los rusos y que los japoneses colgaron en Internet antes de que la turba de zombis atacara el instituto de Kobe.

—Eso, porque el norteamericano no lo han compartido con nosotros. Pues si extrapolamos un virus original con esos modelos incompletos lo más que conseguiremos será un aumento de las funciones cerebrales. Y no me quedan claro cuáles.

—Eso es una tontería. Como buscarle una vacuna al virus Z que muta casi tanto como el SIDA. Lo que necesitamos es rediseñar el retrovirus y controlar la situación con el suero en aerosol.

Mi tutor lo miraba con los ojos que debió mirar a sus compañeros cuando le enseñaron las ampulas con Taino B. Hizo un silencio digno. Su viaje anual a la Universidad de Málaga dependía de sus siguientes palabras. No importaba lo que dijera, en su mirada estaba plasmada la frase: «esto es una locura, no lo hagas». Pero el director asumió su silencio como una especie de victoria profesional sobre un colega mentalmente inferior. Se marchó con la satisfacción de haber ganado una pelea justa. Luego mi tutor se volvió hacia mí, el eslabón más débil en esta cadena alimenticia donde importan más los viajes al extranjero que las categorías científicas.

—¿Cómo marcha el modelo, Ramón? —ahora es mi viaje a Málaga el que está en

juego.

—La estructura aún no es estable —digo y no tengo que volverme para ver su ceño fruncido—. Pero quizá con un mejor procesador podría estimar todas las variables.

—Sigue intentándolo —dice taciturno y yo empiezo a temer por mi trabajo—. Ya veremos qué podemos hacer después con el *cluster*. He pedido tiempo para correr nuestra modelación e iterar las ecuaciones básicas pero hasta ahora no he obtenido respuesta. Tendré que hablar con la gente de la UH para que nos dejen usar el suyo.

La UH, la bicentenaria Universidad de la Habana, segunda de América. Yo estudié ahí y puedo asegurar que los matemáticos son tan posesivos con su cluster que no nos lo dejarán usar aunque les llevemos una carta del Consejo de Estado. Creo que mi trabajo no tiene futuro y eso me condena a no tener futuro yo. Con un poco de suerte me mandan para el Instituto de Biotecnología a investigar el SIDA.

Pero aún tengo tiempo hasta que mi tutor, y más tarde el director, se convenzan de que estamos en un callejón sin salida. Mis esperanzas están puestas en que los de la Universidad de Málaga no se den cuenta. Claro, ellos tienen otras cosas en mente. Estaban más cerca que nadie en la Unión Europea de llegar a la vacuna del virus Z, pero cuando el CIDEZ obtuvo el suero detuvieron todas sus investigaciones en esa línea. Por lo que sé, hay una institución que se llama Oficina de Transferencia de Resultados de Investigación, que según entiendo es la interfaz con el entorno empresarial que sugirió que nos contactaran. Desde entonces hacen investigaciones conjuntas con el CIDEZ. Y, lo más importante, realizan intercambios de especialistas.

En mi opinión si la OTRI sugirió que la Universidad centrara sus esfuerzos, y sus euros, en perfeccionar el suero cubano en lugar de una vacuna es porque es más rentable. En ese punto el capitalismo es más asertivo que nosotros. A ellos no les importa que nuestra investigación de la cura sea un desastre: si pueden obtener suero en aerosol, se lo venderán a todas las comunidades autónomas que resisten, aisladas del mundo, los ataques de los zombis en los campos de Europa. Imagino que una bomba de humo que transforme una turba de zombis agresivos en un contingente de trabajadores obedientes debe valer buen dinero ¿o no?

Según la línea jerárquica de los institutos de investigación cubana, me tocaba a mí ese viaje. Pero había otros optando por esa beca. Y un viaje a España en estos tiempos es muy beneficioso para la economía familiar. Seamos sinceros, para cualquiera de nosotros un viaje al extranjero es una lotería. Pero todo dependía del aval que mi jefe de investigación hiciera de mí. Por eso debo concentrarme en mi trabajo aunque me dé cuenta antes que él de que es un fracaso.

El investigador en jefe salió del local. Dentro del tanque de contención el número 43 ha dejado de gruñir y golpear el cristal. No había hablado con María desde el día anterior. Tampoco escuché nada sobre la zombización aunque aún estaba en el plan

de trabajo. No obstante, nadie había tocado el tema; al parecer, para que las cosas funcionen correctamente, es necesario usar el método de María y protestar por todo.

La culpa la tienen estas malditas pruebas con el suero en aerosol.

V

Sábado.

El mejor día de la semana. El día de descanso. El día de dormir la mañana. El mejor momento para que las amas de casa preparen la ropa de lavar, los niños vean animados en el televisor y los adolescentes se preparen para salir en la noche. Es el día de descanso por excelencia. El momento en que la familia está reunida y sin presiones. Quizás por eso los sábados son cuando los inspectores de la Campaña de Lucha contra el *Aedes Aegypti* se deciden a pasar por tu casa.

Pero primero vayamos por partes.

Aedes Aegypti es el nombre científico de un mosquito. No uno cualquiera, es fácilmente reconocible por tener sus patas con rayas blancas. Pero la cualidad que lo hace famoso es que se trata del mosquito transmisor del dengue. Oficialmente la Revolución cubana lo catalogó de Enemigo y se dio inicio a una campaña de proporciones casi militares. Pese a que este año la «guerra contra el mosquito» cumplirá quince años, este pequeño insecto aún no integra las filas de las especies en peligro de extinción. Lo cual vuelve dudosas casi todos los discursos ecologistas sobre el impacto ambiental de la actividad humana.

Respecto al dengue, se trata de un peligro tan real como el virus Z. Pero nuestro gobierno, en lugar de invertir recursos en eliminar salideros de agua, asfaltar las calles para evitar charcos y mantener la higiene en la ciudad, decidió dos cosas: emplear estos recursos en pagar abogados costosos para liberar a los cinco héroes presos en Estados Unidos y echarle la culpa de la proliferación del mosquito al pueblo. Así las cosas, la culpa de los pocos resultados que ha traído la famosa campaña contra el mosquito la tenemos nosotros. ¿Por qué? Pues porque ponemos floreros con agua y no tapamos los tanques de agua. Entonces el ministerio de Salud Pública envía inspectores a cada casa para verificar que todo esté bien.

En la práctica, a los tipos de los mosquitos solo les interesa firmar el visto e irse. El verdadero nombre del visto es Control de Visitas Antifocal, un pequeño papel existente en cada casa. Allí los inspectores registran sus observaciones; luego vienen otros inspectores que supervisan el trabajo de los anteriores y revisan que existan anotaciones en el visto. Y luego vuelven otros que inspeccionan a un nivel más alto a comprobar que existan las dos anotaciones anteriores. En fin, que todo se resume a

firmar papeles, allanar la privacidad ajena y dejar al pobre mosquito tranquilo mientras pone sus huevos en los charcos de la calle.

El inspector que nos toca el timbre de la reja, aunque esté abierta, es de baja estatura, musculoso y de piel curtida por el trabajo a pleno sol. Apenas se mueve, apenas habla. Mamá sale al portal y le grita que no vamos a fumar hoy. No hay contrariedad en el rostro del hombre. Pide el visto, hace un par de anotaciones en él y se marcha.

Desde la ventana de mi cuarto, que da al portal, veo cómo se marcha arrastrando los pies como si fuese un zombi. Inconscientemente miro hacia el callejón. La acera y el letrero en la pared permanecen como siempre. Mis ojos buscan al zombi de la otra noche. En la acera de enfrente hay un latón de basura; como siempre, está desbordado y las bolsas con los desechos de las casas están desperdigadas por el suelo. Es normal, siempre demoran varios días en recogerla. Veo un movimiento entre la basura, leve, casi imperceptible, como si estuviera viva. Como si yaciera alguien dentro.

El grito de mamá me hace fijar la atención lejos del basurero. No tuve tiempo de confirmar que realmente la basura se estuviera moviendo, o solo se trató de una ilusión de mi vista cansada por tanta computadora. Ahora han aparecido dos mujeres en la puerta y están discutiendo con mi madre. Ella me vuelve a llamar y me apresuro a salir.

Las mujeres son de mediana edad, pasadas de peso y con gotas de sudor corriéndoles por la cara. Llevan carpetas con montones de papeles en las manos. Seguramente son inspectoras de algo. Últimamente hay inspectores para todo, a nuestro gobierno le gusta tenernos supervisados todo el tiempo.

—Están preguntando por tu hermano —dice mamá abriendo bien los ojos al mirarme—. Dicen que tienen que inspeccionarlo. Ya les dije donde trabajas pero insisten.

—Mira, niño —interrumpe la más alta de las mujeres—, nosotras somos inspectoras de vivienda. Se nos ha informado que en esta casa hay un zombi registrado. El caso es que nosotras tenemos que hacerle un examen físico para constatar que realmente es un zombi y no un fraude.

—Mire, compañera —comienzo a decir—, yo trabajo en el CIDEZ. Créame que reconozco un zombi cuando lo veo. Yo trabajo con ellos todo el tiempo y...

—Mira, niño, el caso es que tenemos que verlo con nuestros ojos y reportarlo, o si no te vamos a poner una multa de mil quinientos pesos.

—¿Y por qué nos van a poner una multa? —mamá está a punto de perder los estribos.

—Mire, compañera, eso es lo establecido. Sin el visto bueno de la Oficina de Vivienda no vale ninguno de los autorizos. Porque hay mucha gente que está

falsificando los certificados de zombis para coger la dieta de carne que dan por la bodega y eso es ilegal...

—¿Usted me está acusando de falsificar un documento? —Ya mamá está gritando y las cosas pueden subir peligrosamente de tono. Miro para la casa de al lado y no veo al presidente, aún—. Esto es una falta de respeto. Mi hijo es investigador del CIDEZ y...

—¡Como si trabaja en el Comité Central, mijita! —dice la otra mujer—. Si no vemos al zombi, no hay dieta ¿Qué te parece?

—Mamá, hazme un favor —la tomo por el brazo y le hago una seña abriendo bien los ojos—. ¿Por qué no buscas dentro mi identificación del CIDEZ? Creo que está arriba de la cómoda.

—Óyeme bien, muchachito. Cuando tú ibas yo ya venía —comienza a decir la menos alta de las mujeres. Mamá ya está dentro de la casa—. A mi no me importa donde trabajas porque yo tengo que cumplir con...

—¿Cuánto quieres?

La mujer queda paralizada como si yo hubiera sacado un arma.

—¿Qué?

—¿Que cuánto dinero quieres?

—No, compañero —comienza a decir la más alta—, usted está muy equivocado si piensa que nosotras...

—Mira, no estoy al tanto de la burocracia pero me sé de memoria todos los protocolos zombis porque estaba ahí cuando los escribieron. Créeme, mientras tú veías la novela brasileña inocente de lo que pasaba en el mundo, yo estaba acuartelado tomando muestras de muertos vivientes. La Oficina de Vivienda no atiende zombis y estoy seguro que si ahora mismo voy hasta el Poder Popular ustedes estarían en problemas ¿Me equivoco?

Silencio, ya las tenía donde quería. Ahora todo tenía que ser rápido antes de que mamá saliera.

—Pero no quiero que haya ningún problema, y menos un escándalo en la puerta de mi casa. —Con el rabillo del ojo miré a la casa de al lado. Seguía sin haber nadie—. Así que me parece que con tres fulas se resuelven nuestros problemas ¿cierto?

Y saqué disimuladamente un billete de tres dólares.

Es importante aclarar dos cosas. La primera es que no se trataba de tres dólares americanos sino tres pesos convertibles, o equivalentes al dólar, que en la práctica valen por 24 pesos cubanos ordinarios. Con los que pagan los salarios de la mayoría. Lo otro es que Fula era el nombre de una tribu africana suficientemente belicosa para dar mala reputación a los esclavos pertenecientes a esa etnia cuando llegaban de los barcos. Como nadie quería un esclavo fula, el término quedó acuñado como relativo a algo malo o peligroso. El cómo un término como fula llegó a convertirse en

equivalente al dinero fuerte está íntimamente relacionado con el tráfico de divisas en los años ochenta, la despenalización del dólar americano en los noventa y la creación del peso convertible o CUC. Pero esa es otra historia.

Las mujeres guardaron silencio. La más alta cogió disimuladamente los tres fulas y ambas se marcharon en silencio. Para cuando mamá salió con mi tarjeta magnética del trabajo ya iban por la esquina.

—¿Se fueron?

—Finalmente las convencí.

—Esas son unas descaradas, seguro que querían dinero. Pero conmigo están locas si vienen a intentar chantajearme porque no les iba a dar ni un kilo.

—Por cierto, mamá —traté de cambiar de tema—. Qué raro que nuestro presidente del CDR no se asomó a ver que pasaba.

—Está para el hospital, creo que a su mujer la mordió el perro. Parece que lo van a sacrificar.

Algarabía y vítores desde lo profundo de mi corazón. Era una lastima que no hubiera que sacrificarlo a él también.

VI

Siempre era raro cuando estábamos solos en su cuarto y nos sentábamos sobre la cama con los zapatos puestos. María posiblemente sea la única mujer cubana que no está obsesionada con la limpieza. Después de todo, tiene otras cosas en que pensar.

Desde los tiempos de la universidad yo he sido su amigo. He sido su paño de lágrimas cada vez que ha tenido un fracaso emocional y su confesor cada vez que inicia una nueva relación de pareja. La he visitado una noche por semana, nos hemos acostado en la misma cama toda la noche, hemos hablado hasta el cansancio... y nada más.

Lo cual es muy jodido si se tiene en cuenta el hecho de que he querido estar con ella desde que la conocí. Pero cuando una mujer te cuenta sus secretos y te trata como su hermano menor o su amiguito gay, bueno, no hay muchas opciones.

—¿Así que mañana tienes que ir a ver al director? —digo casi con asombro, recostándome a la cabecera de la cama.

—Así mismo. Como en la secundaria cuando te portabas mal. —María casi parecía divertida.

—No te veo preocupada.

—¿Por qué habría de estarlo? Si me botan ya encontraré donde trabajar. Al fin y al cabo soy graduada en Física y estoy acostumbrada a este tipo de rechazos.

Así es ella, eternamente optimista y despreocupada, como si sus problemas no fueran de este mundo. Como si no le importara comer bien o tener una buena casa. Lo más probable era que en su cerebro solo hubiera cabida para complejas series numéricas y teorías cuánticas mezcladas con budismo zen.

—¿Y tu viaje, qué? Por fin te vas a España.

—Si todo sale bien, sí. Mañana voy a ver lo del pasaporte y el viaje y esas cosas. Me perderé tu regaño en el instituto pero prometo llamarte por la noche.

—Está bien. ¿Dónde es que vas?

—Málaga.

—¿Qué parte de España es eso?

—Andalucía.

—Interesante. ¿Hay zombis allá?

—Los hay pero muy pocos. Están haciendo unas comunas autónomas. No solo con energía solar y suministro propio de agua sino verdaderamente autónomas desde el punto de vista jurídico. Como si fuera un país aparte pero con las mismas leyes españolas.

—¿Y quién manda, quién dirige?

—Supongo que hay un consejo o eligen un jefe. La idea es crear un espacio aislado y libre de zombis.

—Un montón de gente armada y sin temor a la ley, con la justificación de un enemigo externo y bajo un mando dudosamente democrático. Eso se me parece sospechosamente a la Revolución cubana. No creo que funcione.

—La verdad es que contigo no se puede ni soñar.

VII

Llegué a la esquina y por suerte no había nadie en el teléfono. El día había sido terrible y agotador. La mitad del día lo pasé haciendo colas para entrar a las oficinas del Ministerio de Ciencia, Tecnología y Medio Ambiente. La otra mitad en entrevistas con funcionarios que me trataron como si intentar viajar fuese un delito y yo su principal sospechoso. A eso y entregar fotos de pasaporte y visa, sellos de timbre y firmar montones de papeles se resumió mi día.

Ahora debía cumplir una promesa hecha la noche anterior. Ya había caminado más de cuatro cuadras y solo encontraba teléfonos descompuestos o fuera de servicio. Finalmente funcionó uno que estaba en una de las columnas de una panadería. La privacidad era nula porque siempre había personas entrando y saliendo. Incluso las veces que se hacía cola quien llamara se encontraba hablando por teléfono en medio

de una cola para buscar el pan. Igualmente mi llamada tampoco era tan privada. Marqué el número de la casa de María. Dio timbre.

Justo en la acera de enfrente, en un taller de reparaciones, había una pancarta nueva con la consigna:

LOS ZOMBIS EN DEFENSA DEL SOCIALISMO.

De repente, por alguna extraña razón, recordé los procesos de zombización y los soldados zombis. Un escalofrío corrió por mi nuca.

—Oigo —era la voz de María.

—Oye, soy yo, Ricardo Miguel.

—Ah, dime.

—Cuéntame ¿Cómo te fue con los jefes?

—Bien.

—¿De qué hablaron?

—Nada importante.

—¿Te amenazaron con botarte del Centro como la otra vez?

—No.

—¿Estás bien?

—Claro. No hay ningún problema.

—Bueno, imagino que llamé en un mal momento. Chao.

—Chao.

Y colgó.

Esa había sido la conversación más rara que habíamos tenido por teléfono desde que nos conocíamos. Normalmente a ella hay que pagarle para que se calle y ahora se mostraba extrañamente lacónica. A mi mente comenzaron a llegar ideas un poco descabelladas. ¿La habrían amenazado finalmente y ella habría cedido a la presión? ¿Qué cosa podría atemorizar a la Ana de hierro que tantas veces se había enfrentado a la dirección científica, a la administración y al sindicato?

Porque decir sindicato en Cuba es lo mismo que decir administración. Las siglas son CTC y significa Central de Trabajadores de Cuba. Teóricamente debe ser un sindicato unido que funciona en todas partes, pero en la práctica solo es una organización más que hay que pagar y no resuelve nada.

Regresé a casa un poco preocupado. Llegando a mi cuadra pero aún en la calzada, la policía revisaba los papeles de un zombi. El dueño permanecía tranquilo, sin gesticular o mover las manos frente al oficial. Sólo hablaba cuando se le preguntaba, parecía tan zombi como el verdadero. Uno de los policías se me acercó y me señaló con el dedo. Le mostré la tarjeta del CIDEZ sin decir palabra, apenas sin detenerme. Hizo un gesto afirmativo y volvió hasta la patrulla. Un acto inexplicable para un policía. Mientras doblaba la esquina volteé la cabeza tan solo para mirar su andar. El agente del orden caminaba lentamente, mirando al suelo, arrastrando los pies. Como

si fuese un zombi más.

«Creo que necesito vacaciones», pensé.

Llegué hasta la puerta de mi casa agotado de la preocupación. Esta vez sólo ladró un perro. En cambio, Ramón salió de la casa y me interceptó antes de que consiguiera cerrar la reja.

—¡Ricardo!

—Dígame, Ramón.

—Quería hablar con usted. Nos ha llegado la orientación para preparar condiciones para una zombización voluntaria masiva. Cada cuadra deberá presentar un voluntario para ser zombizado. Los familiares convertidos en zombis ayudarán en las tareas de choque de la Revolución. Su núcleo ha sido escogido para presentar un voluntario.

—Pero en mi casa ya hay un zombi. —Ni siquiera me detuve a pensar en lo descabellado de una zombización—. Debe haber un montón de casas llenas de gente inútil que ya son zombis y no lo saben.

—Compañero, modere su lenguaje. Su núcleo ha sido escogido por el CDR. Si se niega podría verse como una actitud contrarrevolucionaria. Ahora dígame el nombre de la persona que será zombi voluntaria.

—A ver, a ver, déjeme pensar. ¡Ya lo tengo! ¿Por qué mejor no manda a zombizar al coño de su madre?

—Compañero, mire...

—Mire, Ramón. He tenido un día difícil porque algunos en este país todavía trabajamos en lugar de estar metiéndonos en la vida de los demás. Hágame el favor y lárguese de aquí con esa lista para otro lugar antes de que se la haga comer.

—¡Tú lo que eres es un contrarrevolucionario!

—¡Y tú lo que eres es tronco de chivatón!

Contrario a lo que esperaba, se quedó callado. Ramón tiene mucho más peso corporal que yo y no es que me considere un tipo violento. En una pelea definitivamente él ganaría, pero contra todo pronóstico retrocedió en silencio y miró al suelo como si estuviera avergonzado.

De pronto se escucharon unos ruidos en su casa. Como si un perro grande rasgara con las uñas una puerta. El presidente del CDR se puso pálido, dio media vuelta y entró en su casa.

—¿No habían sacrificado al perro la semana pasada? —dije, pero él ni se molestó en responder—. ¡Ahora te ha dado por guardar al perro impertinente ese dentro de la casa, chivatón!

—¡Ricardo Miguel! —era la voz de mamá—. ¿Qué está pasando?

Cuando ella dice esas cosas me siento como si tuviera siete años.

Finalmente entré.

Ramón entró en su casa sin decir palabra.

VIII

María se había mantenido distante y poco conversadora conmigo. Casi todo el tiempo se lo pasaba encerrada en el local de los servidores y no dejaba entrar a nadie. Ni a mí. Pero como normalmente su carácter era bastante huraño, su comportamiento sólo me resultaba sospechoso a mí. Hasta que volviera a pasar por su casa decidí concentrarme en el trabajo.

Estaba en el sótano de contención número cuatro. Allí todo está refrigerado, aislado y bien empaquetado. No solo hay que pasar varias barreras de contención biológica, además hay que usar trajes aislantes. Por lo general, a los investigadores no nos gusta bajar. No por los peligros que entraña sino porque es muy incómodo trabajar con los trajes.

En realidad se trata de un búnker anexo al Centro de investigación donde se guardan las cepas de todas las mutaciones del virus Z encontradas en Cuba. Pese a que el virus no es aéreo, como la gripe o el ébola, los niveles de seguridad son ridículamente altos. Cosa comprensible si somos lo suficientemente paranoicos para imaginar una mutación del virus zombi que se propague como la gripe y no por la saliva de los infectados.

Estábamos allí buscando muestras de versiones no mutadas como parte de la zombización voluntaria. También había un teniente que aseguraba ser graduado en Bioquímica y pertenecía a la división de ingenieros en las industrias militares de la FAR.

El ministerio de las Fuerzas Armadas Revolucionarias se creó a finales de 1960 sobre los restos del Ejército Rebelde que derrotó a Fulgencio Batista en 1959. Al principio, tanto el uniforme de sus soldados y oficiales, como su equipo de campaña se parecían mucho al U. S. Army. Pero poco a poco los fusiles M-1 fueron dando paso a las AKM, así como las bandas de las mangas se transformaron en charreteras con estrellas doradas al puro estilo del Ejército Rojo.

El teniente lucía como cualquiera de nosotros salvo porque estaba pelado, afeitado y cuando comía lo hacía muy rápido y como un cerdo. Pero era eficiente y callado en el trabajo, así que no puse reparos en trabajar con él.

—O sea que planean convertir estos zombis en soldados —dije en parte para romper el hielo y en parte para olvidarme de María.

—Por el momento no serán soldados capaces de entrar en combate, pero servirán para marchar. Tenemos el desfile del 2 de diciembre arriba y no disponemos del

personal humano suficiente para la parada militar.

—¿Pero cómo harán para que marchen bien? Yo he pasado el servicio militar y me pasé mucho tiempo marchando y, créame, eso requiere una coordinación que no tienen los zombies.

El Servicio Militar General, o SMG, antes se llamaba Servicio Militar Obligatorio pero su nombre fue cambiado después porque al parecer el nombre lucía demasiado fascista. Pero en la práctica es lo mismo: cada ciudadano debe servir al menos dos años en el ejército regular y luego pasar a la reserva. Una manera de mantener un ejército considerable y al mismo tiempo ahorrarse el dinero que cobraría un ejército profesional. Una fórmula eficiente que parecía salida del libro «El Arte de la guerra» de Nicolás Maquiavelo.

El oficial me miró y esbozó una media sonrisa.

—¿Ustedes aún no se han dado cuenta de la sincronización?

—¿La qué?

—Parece que no. Bueno, en realidad no sabemos cuál es la causa. Se trata de un hecho experimental pero tan cierto como la corriente eléctrica. Nuestros físicos están tratando de darle una explicación más o menos coherente antes de informar al Ministerio de Ciencia. Los zombies que conviven mucho tiempo juntos se sincronizan, si fueron inoculados con el suero al mismo tiempo funciona mejor. Prefieren andar en grupos, caminan igual y el grupo recibe órdenes como si se tratara de un solo zombi.

—Pero eso es imposible.

—Es teóricamente poco fundamentado, pero es un hecho. En las industrias de las FAR tenemos grupos de trabajo de cinco y diez zombies que funcionan como un mismo individuo. Pueden realizar tareas de choque con una eficiencia nunca antes vista. Así los hacemos marchar.

—¿Pero qué lo causa?

—Te repito que no hay nada claro aún, pero he escuchado a los físicos hacer lluvias de ideas al respecto. Nada de lo que te cuente ahora ellos lo confirmarían pues está en juego la reputación científica de mucha gente importante y el asunto parece cosa de ciencia ficción.

—Anjá, te escucho. A mí me encanta la ciencia ficción.

—Bien, al parecer, de alguna manera que no conocemos y que nuestros instrumentos no pueden medir, los zombies intercambian información entre ellos. Te repito que es solo una conjetura. Pero resulta que cuando analizas su comportamiento grupal, ya sea en grupos pequeños bajo los efectos del suero o en grandes masas como en los disturbios en el extranjero, pues surge un patrón.

—¿Un patrón?

—Un patrón de aprendizaje. Una pauta de inteligencia grupal. Cada individuo no manifiesta rasgos de aprendizaje o inteligencia pero el conjunto de muchos

individuos, sí.

—Como una mente colmena al estilo de las hormigas y esas cosas.

—Esa es la palabra que emplean los físicos a menudo, mente colmena. Yo no entiendo mucho pero se ponen a hablar de la teoría del caos y la complejidad y hablan de intentos de crear mentes colmena uniendo computadoras. Incluso dicen que es una forma de inteligencia. Inteligencia colmenar, le dicen.

—¿Estás diciendo que el virus Z se comunica entre sí a nivel molecular y toda la comunidad viral crea una inteligencia gigantesca que funciona como un hormiguero?

—Eso lo dijiste tú. Yo oficialmente no te he dicho nada.

—De acuerdo, compadre. Queda entre tú y yo.

Y en ese momento sonó la alarma de escape biológico.

IX

Caía la tarde en el barrio y el sol iluminaba el letrero al final de la calle. Una figura caminaba lentamente por la acera, a varios metros de la casa. Se dirigía hacia la avenida, tres cuadras más allá, justo donde paran el P2 y la 174, las únicas rutas que pasan por este barrio. El caminante andaba en silencio y de un modo torpe, arrastrando los pies. Se movía de un modo que parecía casi gracioso. Por momentos movía la cabeza hacia los lados buscando equilibrio. A ratos parecía un borracho, incapaz de controlar su cuerpo y a punto de caer sobre la acera. No era ni un niño grande, ni un alcohólico sin remedio, tenía la piel arrugada y a medio descomponer. El sol había quemado las llagas en su rostro y brazos, la sangre coagulada asomaba por las heridas sin cerrar. Habría que ser muy tonto para no reconocerlo. Era un zombi.

No un zombi cimarrón cualquiera, de los que atacaban por las noches los primeros días de la crisis Z; este, con seguridad, había sido inoculado con el suero y abandonado después por su dueño.

Un zombi sato, callejero, como un perro sin hogar.

¿Por cuánto antes un zombi callejero podía andar suelto a esta hora sin que alguien llamara a la policía? Las cosas han cambiado realmente. Antes había controles en todas partes. Solo en la noche se veían los zombis jíbaros. Gente mordida por sus propios zombis y luego transformada, agresiva y sin suero. Pero eso solo fue al principio de la epidemia, después vino la Brigada Policial Anti-zombis que patrullaba por las noches. Un camión completo que acudía al llamado de la compañera de Vigilancia del CDR.

Hace días que no veía al presidente del Comité. Al parecer, después del problema

que tuvimos, decidió meterse el rabo entre las piernas y encerrarse en casa. Tampoco el incidente tuvo consecuencias mayores. Cuando pasaron repartiendo los televisores por el CDR nosotros estábamos en la lista y la abuela tiene ahora un *Atec-panda* chino nuevecito. Nadie en casa tiene muchas esperanzas de que dure porque con las cosas chinas nunca se sabe. Tenemos el triste ejemplo de las guaguas chinas que a estas alturas están rotas casi todas.

Carmita, la de Vigilancia, tampoco ha pasado a joder con lo de la copia de la carta y los autorizos por lo de mi hermano. Ya este mes le dieron a mamá la dieta de Panchito. Las cosas se van relajando. Como siempre pasa en este país. Pasa un zombi sin autorización ni acompañante por la cuadra y nadie llama a la policía, nadie hace la guardia del CDR por la noche, el alumbrado público no se enciende y después de las diez de la noche todo el mundo apaga las luces. Incluso nuestro presidente. Ya no pasan los carros patrulla en la madrugada. Se nota que pasó la furia de los zombis y la histeria política con el suero y el virus Z. La consigna de CON LOS ZOMBIS, CONSTRUYENDO EL SOCIALISMO quedará desteñida y pasada de moda como SOCIALISMO O MUERTE y todas las demás. Ahora los muertos caminan solos por la calle y nadie les tiene miedo. En este país todo siempre será un relajo.

Me aburro mucho desde que estoy todos los días en casa. Estoy condicionado para levantarme todos los días a las cinco de la mañana, fajarme con dos guaguas llenas de gente y trabajar ocho horas. No sé hacer otra cosa. Es lo que he hecho toda la vida. Primero en el Instituto de Biotecnología, luego en Medicina Tropical y finalmente en el CIDEZ. Cuando ocurrió el accidente mandaron a todos los investigadores para su casa con el 60% del salario; un escape biológico, nos dijeron. Pero ha pasado más del tiempo establecido por los protocolos de cuarentena, no han llamado por teléfono ni nadie del Instituto ha venido a buscarme. Cosa rara. Los jefes siempre exigen trabajo y nunca dan más descanso del que están obligados a dar. Algo grande debe haber pasado en el CIDEZ, algo que justifique este silencio. Antes se la pasaban jodiendo a toda hora, por cada anomalía en el comportamiento zombi llamaban. Si me negaba, decían que el teléfono me lo habían dado precisamente para poder localizarme. Mas ahora todo es silencio. Nada de llamadas a las tres de la mañana, ni carros del Instituto parqueados en la puerta de la casa. Me ha pasado por la mente llamarlos y preguntarles. A veces temo por la naturaleza de ese misterioso escape biológico. Temo se les haya escapado de las manos. ¿Qué otra cosa de origen biológico puede escaparse de un Instituto como ese si no son zombis? ¿Qué tipo de zombis puede crear tanto alboroto?

Decidí no llamarlos. Con los años he aprendido que nunca se debe ir de voluntario. Si no me quieren llamar, mejor para mí. Todos los meses cobro mi dinero en el cajero automático. No necesito hacer trabajo voluntario y, después de todo, un buen descanso no me venía mal. Al menos eso pensé al principio. Ahora me matan

las ganas de hacer algo, aunque sea algo inútil. Me aburro de un modo inimaginable. Me sigo levantando a las cinco de la mañana, todos los días, religiosamente, aunque no tenga donde ir.

Pero ahora tengo tiempo de ver las cosas con más detalles. De seguir los patrones de la sociedad. Ahora que no tengo que levantarme para ir al trabajo, puedo ver cosas que no veía antes. Como que hay un zombi que está todo el tiempo entre la basura de la esquina, como si fuera un perro callejero. La gente le tira cosas y las mordisquea. Como si fuese un sato abandonado, como si nunca le hubieran puesto el suero y algo en su interior le dictara que no debe morder a la gente para sobrevivir. Ese fue el zombi que vi aquella noche. Antes me pareció raro, ahora es parte del paisaje.

—Creo que ahora hay más zombis en la calle —dije en voz alta, apartándome de la ventana. En realidad hablaba conmigo mismo pero Panchito me escuchó y pensó que hablaba con él.

—Ni se te ocurra hablarle otra vez a los vecinos sobre los zombis —dijo desde la puerta del cuarto—, recuerda lo que pasó en la última reunión del Comité.

—Es verdad. Panchito, dime la verdad —intenté desesperadamente cambiar de tema para olvidar aquel hecho tan desagradable de mi mente—. ¿Tú no extrañas bañarte?

—A veces, en verano, sí, pero ahora que está llegando el invierno... total, a mí nunca me gustó mucho el agua. ¿No es verdad, mi hermano?

—Verdad que sí. Recuerdo tus gritos para entrar al baño. ¡Cómo se ponía mamá!

—Ahora, al menos resuelvo algo para la casa con eso de no bañarme. Antes tenía que aguantar las peleas de la vieja todo el tiempo. Que si Panchito no trabaja, mira a tu hermano en el CIDEZ y tú de vago, que si te van a meter preso. Y además tenía que bañarme. Ahora por lo menos está tranquila.

—El que está a punto de irse a jugar dominó en la esquina soy yo. ¡Clase de aburrimiento tengo!

—No creas, cada día son menos los que van a jugar a la esquina. La mayoría parecen zombis pero no lo son. Lo sé porque la piel no está corrompida ni los ojos en blanco, pero tienen la mirada perdida y se mueven torpemente. El otro día fui a la esquina y había una pila de gente alrededor de la mesa. Estaban jugando el Timba y el hijo de Pancha... ¿Cómo se llama?... Omarito. Todo estaba en silencio, un silencio de tumba, mi hermano. ¿Cuándo se ha visto jugar dominó con todo el mundo callado?

—Bueno... ¿Pero no lo habían inventado unos monjes con voto de silencio?

—¡Pero en Cuba se juega al dominó dando gritos, mi hermano! Eso es lo que pasa. Los zombis se han puesto de moda. Ahora hasta los chamaquitos quieren parecer muertos vivientes.

—¡No me jodas!

—En serio. No es mi caso, yo lo hago por el picadillo de la cuota, y para quitarme de arriba al jefe de sector —que no es más que una mezcla mal hecha de policía y trabajador social encargado de hacerle la vida imposible a los que no están «integrados socialmente», como era el caso de mi hermano antes de zombizarse—. Pero hay chamaquitos, de los que se sientan en el parque de la calle G...

—¿Dónde iban los *frikis* antes?

—Allí mismo. Se maquillan como zombis. Lo único que hacen es caminar en silencio desde 23 hasta el malecón y del malecón hasta 23. Después llega la policía, les grita que se vayan para sus casas, nadie protesta. Todos se montan obedientes en la última guagua de las dos de la madrugada. Ese P2 viene para acá repleto de *emos* y *frikis*. Todos callados. Tan callados que puedes escuchar tu respiración. Como en una tumba.

—Estás exagerando.

—Te lo digo de verdad. Prefiero no salir a la calle.

En el comedor la abuela seguía mirando su televisor nuevo, recién sacado de la caja. Mamá estaba cocinando algo allá atrás. Yo decidí entretenerme con el periódico. El Granma es el único que recibimos. Las letras rojas forman, con extraña tipografía, la palabra «abuelita» en inglés. Más abajo, en letras blancas contra fondo negro, se lee: Órgano Oficial del Partido Comunista de Cuba. El Granma es un periódico que sigue la ya extinta tradición de los órganos oficiales de los partidos comunistas, como lo fue el Pravda en su momento. Generalmente son diarios que no admiten la competencia y solo expresan una opinión: la del gobierno.

Llevo años leyendo el mismo periódico y no me canso de leer esa parte. Como si se tratara de algo maravilloso y excitante, como si fuera a cambiar de la noche a la mañana, como si un día amaneciera escrito bajo las letras rojas: Órgano Oficial del Partido Republicano Cubano. O quizás Órgano Oficial del Partido Demócrata Cristiano.

Leo el titular: LOS ZOMBIS, UN ARMA DE LA REVOLUCIÓN.

Ni siquiera me molesto en leerlo. Seguramente es una mierda, como todo en el Granma. Tiro el periódico a un lado. No sabes qué hacer, tampoco tengo nada concreto por hacer.

Tocaron a la puerta y mamá gritó un largo «vaaaaa». Panchito corrió para su cuarto a interpretar su papel de zombi. Era un tipo de los mosquitos, el mismo de siempre. Pero esta vez lucía más raro que de costumbre, demasiado callado. Pero su piel está en buen estado y caminaba con cuidado pero no con la torpeza del zombi. Era humano, uno vivo, al menos. He pasado tiempo suficiente con zombis para asegurarlo.

—¿Tienen tanques de agua? —preguntó con voz plana, como de contestadora de

teléfono.

—Dos, uno en el techo y otro abajo.

Mamá estaba frente a él con el Visto en la mano. Papel que nunca he entendido bien su razón de existir, pese a mi Master en bioquímica.

—¿Tienen vasos espirituales?

—No.

Algo raro sucedía con este hombre. Cada pregunta que formulaba parecía como si fuera a anotar respuesta, pero nunca llegaba a hacerlo. Hacía las mismas preguntas de siempre, las mismas desde que le declararan «la guerra» al mosquito. Eso en lugar de reconocer el peligro inminente de una epidemia de dengue (siempre hemos sido buenos inventándonos un enemigo). Sin embargo, en este hombre había algo diferente. Decía las preguntas correctas en un lenguaje plano y atonal. Eso podía ser normal; por lo general, ellos no tienen muchas luces. Cuando le respondían hacía como si anotara en la tablilla pero nunca escribía nada. No fingía escribir, simplemente no lo hacía. Como si la escritura fuese recuerdo antiguo y abstracto enterrado en el subconsciente.

Raro, muy raro. Sobre todo porque ya había visto esa especie de ciclo no terminado en las funciones motoras. Lo he visto demasiadas veces en el trabajo para pasarlo por alto. Es una reacción típica de los sujetos de experimentación. Pero este hombre no lucía como uno. Incluso podía hablar. Claro, no lo he oído todavía decir una sola frase compleja.

—¿Tienen flores con agua? —dijo.

—Eso depende del tipo de flores —interrumpí la conversación, pese a la mirada asesina de mamá.

Sabía bien lo que hacía, tan solo intenté un experimento. Si estaba en lo cierto, no podría responder una pregunta de ese tipo. De todo corazón deseé estar equivocado. Por su parte, a mamá no le hacía ninguna gracia mi intervención.

—¡Ricardo, de qué estás hablando! Mira que el compañero está apurado...

La frase se congeló en el aire. El compañero inspector de la campaña contra el mosquito acababa de saltar sobre mí como un depredador. Tenía los ojos en blanco y la boca abierta. Hacía un pequeño rugido mientras avanzaba hacia mí con la mirada perdida.

—¡Panchito, saca a mamá de aquí! —grité.

De un salto mi hermano salió del cuarto, tomó a mamá por los hombros y la alejó del zombi. Panchito siempre fue muy presto cuando era necesario, no es el vago que todos dicen. Mientras, me aparté de la trayectoria del zombi y le di una patada en la pantorrilla. Ni siquiera fue necesaria una patada muy fuerte, ellos no manejan bien el sentido del equilibrio. He visto hacerlo a los tipos de la seguridad del CIDEZ. El cuerpo cayó pesadamente.

No teníamos mucho tiempo. Estaba en peligro la vida de todos. Una sola mordida, un solo roce de la saliva y habría un nuevo zombi en la familia. Después solo sería cuestión de tiempo que no hubiera familia.

—¡Aguántalo, rápido —le grité a Panchito—, no puede levantarse!

Mamá gritaba histérica. Panchito y yo lo sostuvimos uno por cada hombro en un intento estéril de inmovilizarlo. El zombi gruñía e intentaba levantarse. Su fuerza era inmensamente superior a la de nosotros dos juntos. Poco a poco se fue levantando pese a nuestros esfuerzos. Fue ganando la batalla contra la fuerza de gravedad. Era solo cuestión de tiempo. Mamá no dejaba de gritar.

Pero la abuela callaba. El televisor seguía encendido pero ya no había nadie frente al *Atec-panda*. La abuela siempre fue la más práctica de toda la familia. En silencio, se levantó de su querida butaca y caminó, lentamente porque a sus años no tiene sentido ir rápido a ningún lugar, hasta su cuarto. Volvió a aparecer cuando el zombi casi estaba de pie. Nosotros colgábamos de sus hombros con tal de hacer el peso suficiente. Apenas podíamos retardar sus lentos movimientos. En el comedor sonaba la música del Noticiero Nacional de la Televisión Cubana. Aún no mordía a nadie.

La abuela llevaba en sus manos el viejo y pesado bastón del abuelo. El temible bastón del Viejo, que en paz descansa. Cedro con empuñadura de plata. El terror de los asaltantes del barrio cuando intentaron una vez robar a un pobre e indefenso jubilado. Un recuerdo de cuando las cosas venían de los Estados Unidos en lugar de Rusia o de China. Mamá calló.

El zombi gruñía sin parar.

La abuela descargó un golpe que sonó seco. La sangre coagulada manchó el piso y las paredes. Sentí el crujir de los huesos del cráneo al romperse. La abuela permanecía inmóvil sosteniendo el bastón. Lucía como un samurái en una película de Akira Kurosawa. El zombi, en el piso, no gruñía ya, siquiera se movía.

—¡Cierra la puerta! —Mamá volvió a tomar el mando de la situación. Panchito corrió a obedecerla—. Ricardo Miguel, tú trabajas con zombis. ¿Qué es esto de un muerto viviente que puede hablar?

No solo podía hablar, también podía mirar a los ojos y no tenía la piel podrida. Aunque la sangre aún estaba coagulada. Odio cuando todos me miran en espera de una explicación convincente. Estudié con atención el cuerpo en el suelo con la cabeza destrozada. Revisé la piel, comprobé los reflejos de los miembros que aún se movían de manera autónoma, como el rabo de una lagartija muerta. Esto no podía ser posible. Violaba el principio de crecimiento de la entropía y no sé cuántas más leyes de la física. Esta piel lisa, sin degenerar, no encajaba con la forma de actuar del virus Z. Tampoco esa mirada centrada, casi como la de un humano. Incluso podía decir frases simples.

—Es evolución —dije en voz alta, pero en realidad hablaba para soltar todo este

horror que permanecía en mi mente—. Se están adaptando a nosotros. Se han comenzado a mimetizar.

—¿Cómo que adaptándose? —Panchito estaba casi histérico—. ¿Cómo que evolución? Ellos no pueden evolucionar porque no son nada. Son zombis, muertos vivientes. Eso es todo.

—No son los zombis, es el virus.

No tiene mucho sentido explicarle esto a la familia, no entenderían nada. Los zombis son algo más que muertos vivientes, son sistemas bióticos. El reservorio de la única forma de vida que no hemos podido erradicar: los virus. Nadie sabe a ciencia cierta si son entes vivos o autómatas orgánicos. Podemos exterminar depredadores más rápidos y más fuertes, pero no hemos podido derrotar a un adversario menor como la cepa de la gripe. Tampoco pudimos con el VIH. Ahora el virus Z está un paso por delante de los demás. Toma el control de nuestros cuerpos, los mata, reordena el ADN y nos convierte en máquinas de morder. Para así poder diseminar más virus Z entre los humanos.

—La culpa es nuestra —dije y acto seguido llegó ese silencio horrible indicador de que todos me estaban prestando atención—. Fue nuestro suero quien lo ayudó a adaptarse a nosotros. Nos equivocamos. Queríamos usarlos como esclavos y le dimos al virus Z la herramienta para adaptarse a nosotros.

—¿Pero, por qué? ¿Por qué quiere adaptarse a nosotros?

—Es común en los animales lucir como sus depredadores. Así consiguen sobrevivir.

—Nosotros, los depredadores del zombi ¡Ahora sí te tostaste, mi hermano! ¿Acaso no ves el noticiero? La gente en otros países huye de ellos porque se los comen vivos ¡Ellos son nuestros depredadores!

—Nosotros les disparamos con balas explosivas, les lanzamos gas y los quemamos con lanzallamas. Incluso los encerramos en lugares como el CIDEZ para usarlos como cobayas. Somos su mayor amenaza, aunque parezca imposible. Y el suero les permitió parecerse a nosotros. Tengo que volver al CIDEZ. Debo informar... hay que analizar estas muestras.

—¡Nadie va a ir a ninguna parte! —dijo rotundamente mamá.

Su rostro estaba serio. Su voz nos había paralizado a todos, como cuando éramos chiquitos y nos regañaba. Ni bromeaba, ni rogaba, ni imploraba. Y se trataba de mamá. No había manera de enfrentarse a ella. La abuela, por su parte, había vuelto a sentarse en su butaca y nos miraba en silencio.

—Mucho menos tú, Ricardo Miguel. No sabemos lo que pasó en el CIDEZ. Ni siquiera sabemos algo sobre ese misterioso «escape biológico».

—Pero, mamá —replicó Panchito—. Hay que hacer algo, avisar a alguien.

—¿A quién vas a avisar? ¿Al presidente del CDR? A ese ya ni se le ve por el

barrio porque a su mujer la mordió un zombi en Venezuela y no lo declaró en la aduana. A estas horas él también debe ser uno de ellos. Con o sin suero. ¿Acaso a la policía? ¿A esos que nunca han hecho nada por nosotros, que se pasan todo el día en la calzada pidiendo identificaciones para luego devolverlas sin decir nada? ¿Acaso a tus amigos del barrio que ya no forman escándalos como solían hacer? Ya ni siquiera las viejas chismosas vienen a contarme la vida y milagros de todo el mundo. Los niños ya no tiran piedras, tampoco nadie protesta. Esta cuadra es una tumba. Una tumba donde los cadáveres aún no saben que han muerto. Ahora cualquiera puede ser un zombi.

No había nada más que hablar. Ella tenía toda la razón. El tipo de las FAR también tenía la razón. Ellos son una mente colmena mucho más inteligente que nosotros. Y ahora se estaba adaptando.

X

Estoy parado frente a la puerta de la casa de María y me siento como en tiempos de mi primera novia. Nervioso e inseguro. Escucho sus pasos dentro. Me preocupa que arrastre los pies para abrir la puerta.

Es la misma María de siempre. Solo que más callada. Y sin ese brillo de inteligencia en sus ojos que la hacía tan sensual. Ahora es una persona común que arrastra los pies al caminar. Justo como el hombre de los mosquitos, si es que puedo llamar hombre a ese títere.

He venido a comprobar una teoría que ha surgido en mi mente entre el horror y el estrés. La mente de un científico a veces puede generar cosas increíbles cuando está bajo presión. Allí donde un humano normal sucumbiría ante un ataque de nervios, la mente entrenada y organizada de un científico puede comenzar a trabajar con un rendimiento extraordinario. Y así conservar la cordura, tal y como me pasó a mí.

—Lo sé todo.

Digo a secas y la escena me parece salida de una película de serie B japonesa. Nosotros dos allí en el umbral de la puerta, parados uno frente al otro. Mirándonos sin tocarnos y hablando monosílabos.

—Define todo.

—Lo de la mente colmena. Lo que están haciendo ustedes.

—¿Nosotros?

—Creo que sería más apropiado decir lo que haces tú. Porque todos son parte de la misma mente ¿no?

—Algo más o menos así. Es mucho más complejo de lo que imaginas. ¿Cómo te

diste cuenta?

—Simple análisis. Juntando un dato aquí y otro allá. El suero, siempre fue el suero. No podíamos crear una vacuna. El virus Z poseía cinco veces más variabilidad antigénica que la cepa del resfriado común. Decidimos cambiar el ecosistema del virus, el zombi mismo. Nos convenía obtener un zombi menos voraz, más manejable. Como en la leyenda del Bokor haitiano. Zombis amigables, fáciles de controlar. Zombis revolucionarios. Cambiamos la química de sus cerebros para conseguir desarrollar funciones vitales como el olfato, la vista o el tacto. El suero consiguió mitigar el hambre incontrolada presente en todos los ejemplares de Norteamérica, Europa y Japón. Pensamos convertirlos en seres manejables.

—Como siempre pasa, estás a un paso de la verdad pero los árboles te impiden ver el bosque. Es cierto lo que dices del virus Z, todo, pero cometes un error. Lo estás viendo como un antígeno o una enfermedad. Y el virus Z es un ser pensante. No como nosotros, claro, es un virus. Pero tiene todas las cualidades que definen inteligencia. De hecho, es una inteligencia superior que se propaga por medio del virus. Antes les habías llamado autómatas orgánicos. Es un buen concepto. Hasta ahora piensas que se trata de una mente controladora cuando en realidad es una mente común. Una mente colmena. Primero parasitó las mentes de los cadáveres. Hay una razón muy práctica para eso: son mentes completas, humanas, pero con poca complejidad. Vacías. Buenos soldados para parasitar organismos más complejos: los vivos. ¿Crees acaso que el suero fue un invento nuestro? El doctor Álvarez estaba tras la vacuna cuando fue mordido. Pero el virus no lo zombizó. No era necesario como soldado. Sus conocimientos de bioquímica, además de su reputación en el polo científico, fueron necesarios para desarrollar una nueva fase del plan inicial. Lograr una zombización lenta y sutil.

—¿Cuándo te zombizaron?

—En la oficina del director. Supongo que empezaba a ser molesta para ellos y decidieron callarme. Usaron la nueva versión aerosol de virus-suero en un mismo gas. Pero el tiro les salió por la culata. La mente colmena me permitió conservar mi individualidad a cambio de poder usar mi mente entrenada.

—Tu planeaste el escape biológico, ¿cierto?

—Deberíamos haberle llamado fuga masiva. Había cientos de zombis prisioneros allí. Pude comunicarme con todos, sentir su dolor, su frustración. ¿Sabías que lo sienten todo igual que nosotros? Solo que no se comunican como los humanos. Hablan directo con la Mente pero son tan humanos como nosotros.

—Tan humanos como una hormiga haciendo su trabajo.

—Tan humano como cualquier empleado gris en cualquier parte del mundo. Tan humano como cualquier cubano que espera leer el periódico para saber qué debe pensar hoy. La mente colmena no es el final, es solo una forma más eficiente de

civilización. Míralo como un comunismo altamente evolucionado. Un mundo sin guerras, sin crímenes, sin propiedad. Aquellos que buscaron el comunismo depositaron su confianza en el altruismo de sus líderes. Vladimir Ilyich Lenin, Joseph Stalin, Mao Zedong, Kim Il-sung, Fidel Castro... Todos se convirtieron en dictadores, a todos los cegó el poder. Porque eran humanos. Pero la Mente es más que humana. Es alienígena. Viaja por el cosmos en cepas del virus Z y cuando cae con los meteoritos en un planeta con vida inteligente les trae la paz a sus habitantes.

—Los coloniza.

—Los lleva a la utopía. Al verdadero comunismo. Lo que no pudieron hacer ni Carlos Marx ni Federico Engels en la Tierra. Pronto terminará esta crisis, terminarán las guerras, la delincuencia, los policías, el dinero. Poco a poco el mundo se volverá comunista.

—¿Cuál es el plan?

—El mismo plan que supongo tenían las primeras bacterias que respiraban oxígeno en la atmósfera primitiva y rodeadas de enemigos que respiraban aire no oxidante. Lo que intentamos los humanos fallidamente por detenernos a llorar por los árboles de la Amazonia y cuatro pandas muertos en China: terraformar el planeta. Obligar al resto de las especies a adaptarse. El virus Z, o debería decir la colmena Z, acaba de tomarnos la delantera en la evolución. La raza humana acaba de caer en el nivel de los lobos. Todavía hay algunos en Europa y Estados Unidos que se sienten seguros en sus bosques y muerden a los dueños del mundo. Nosotros somos como los perros: evolucionamos, sobreviviremos igual que sobrevivimos a la Revolución, al Campo socialista y al Período Especial. Ya China es una nación zombi. Sus ciudadanos estaban listos para asimilar la Mente mejor que nadie. Cuba es el próximo paso. Después, poco a poco, y gracias a la exportación del suero, las fronteras de los países irán desapareciendo.

—Eso es horrible.

—Sabes mejor que yo que no lo es. Sabes que no significa erradicar la humanidad. Tan solo erradicar sus defectos.

Se acerca. El destello de inteligencia en sus ojos brilla nuevamente. Ya es la María de siempre, inteligente y hermosa. Tan inteligente y hermosa que nunca me atreví a tocarla, o a besarla. Ahora me mira fijo, como nunca me había mirado, como siempre quise que me mirara. Como si supiera lo que estoy pensando.

—Esto es un regalo mío. Ya he hablado con la Mente y me ha prometido que no dejará que te fusiones con ella como hice yo. Tan solo dejará que veas el mundo por los ojos de todos los zombis del mundo. Pero la decisión final siempre será tuya. En esto también la Mente Colmena supera al Marxismo-Leninismo.

Y me besó.

Como siempre quise que me besara.

Y después me mordió.
Como temí que hiciera.

XI

Han pasado tres meses desde el ataque del zombi de los mosquitos. Ya no nos bañamos. Solo salimos para buscar los mandados en la bodega y la dieta de Panchito en la carnicería. Nos movemos lentamente. Hablamos en monosílabos. Como hace el bodeguero, el carnicero, los policías y los delincuentes del barrio. Todos son zombis ahora. O fingen serlo para sobrevivir, como nosotros.

Nunca abrimos la puerta.

Ni a los de los mosquitos, ni a los fumigadores, ni a la policía si viniera. Por la noche dormimos con las ventanas cerradas y todas las puertas aseguradas. Ya ni los perros ladran por la noche.

Panchito dice que en algún lugar las cosas deben de funcionar bien. De lo contrario, no habría electricidad, gas o agua corriente. A lo mejor tiene razón y alguien está tratando de contener esta epidemia. Yo personalmente no lo creo. En este país las cosas han marchado siempre igual. Por inercia y de puro milagro. Los cuerpos de los zombis en las termoeléctricas, o los acueductos, recuerdan sus funciones cuando vivían. Fingen ser seres humanos haciendo mecánicamente su trabajo de siempre. Supongo que algún día habrá fallas verdaderamente complejas y no podrán solucionarlas. Entonces vendrá la oscuridad. Y el hambre.

Pero eso ya ha pasado antes.

La abuela no se despegaba del televisor. A ella siempre le gustó pero ahora busca desesperadamente un rostro no robotizado. Los locutores repiten las noticias sobre el imperialismo, la hermana nación de Venezuela y los Cinco Héroe. Todos con la misma monotonía del inspector de Salud Pública de hace tres meses. Ella cree que los de *arriba* no saben nada sobre esta invasión silenciosa. Piensa que por eso no han tomado medidas al respecto. «*Pero en algún momento Fidel se enterará, y ya verán esos zombis...*» dice mientras se aferra al mando y cambia canales compulsivamente.

Según Panchito, a estas alturas todos deben ser zombis. Los dirigentes, los generales, los del Consejo de Estado, los ministros, todos. Por eso Fidel dice estar enfermo. No puede dar discursos de más una hora porque es un zombi.

Mamá, por su parte, se empeña en decir que todo es culpa de los americanos. «*Terminarán tirándonos una bomba atómica como siempre quisieron*», nos dice. «*El virus sólo les dará una justificación ahora que todos somos zombis*».

En mi opinión no importa si los jefes están muertos o no. Los zombis les

convienen a todos. No se quejan por trabajar horas extras, no protestan por las guaguas llenas, no hay que pagarles estímulos en dólares, no escriben blogs disidentes, no se amotinan. En el fondo este país, de alguna manera, siempre ha sido de zombis. Al menos siempre ha funcionado como tal. Nosotros creamos y aceptamos el mecanismo. El virus Z, así como el suero del CIDEZ, solo crearon las personas idóneas para sobrevivir aquí.

¿Los norteamericanos? ¿Las Naciones Unidas? ¿La Organización Mundial de la Salud? Esos ya nos dieron por imposibles mucho antes del primer zombi. Se limitan a ver nuestra televisión e imaginan que nos va bien. Aquí no hay tiroteos, ni estados de emergencia, todo el mundo es feliz frente a las cámaras y siempre se cumplen las metas propuestas por el Partido.

María tenía razón. La mente colmena no me dejó fusionarme con ella. Tan solo puedo saber lo que pasa en el mundo. Poco a poco las cosas van cambiando y el caos desaparece.

Ya no quiero ir a España. Temo encontrar allá lo mismo que aquí. La fórmula del suero fue compartida con los investigadores de la Universidad de Málaga. Ellos se dedicaron a desarrollar una versión comercial del suero. Lo vendieron a empresas privadas que se dedicaron a distribuirlo por toda Europa. Lo peor de todo es que nos pagaron por ello y usamos el dinero para hacer campañas estúpidas contra los norteamericanos.

Los Estados Unidos ya no son el futuro. Ni Rusia, ni China. El virus Z es el futuro. El final tan anunciado en el 2012. La muerte de la humanidad a manos de una mente colmena, de un virus inteligente. Pero nuestro suero les dio una oportunidad de sobrevivir. Convencer a esa mente colmena de coexistir con nosotros en un Mundo Feliz al estilo Cuba.

Y las empresas privadas de Andalucía están creando ese Nuevo Orden. Un mundo ordenado y organizado donde los humanos conviven con el factor Z sin aniquilarse unos a otros. Un mundo donde el individuo ya no es necesario.

Sólo el bien común.

La colmena.

He escuchado noticias sobre comunidades autónomas en Andalucía donde no hay zombis en las calles. Comunidades que viven al margen de la anarquía que genera el estado de excepción zombi que reina en Europa. La gente está comenzando a emigrar hacia allí. A la vieja derecha conservadora no le importa si estas comunidades se asemejan sospechosamente al sueño utópico del Marxismo-Leninismo. Como todo humano, sólo quieren sobrevivir. Moverse hasta donde no lleguen los zombis. Vivir bajo la sombra de quienes les garanticen seguridad a sus hijos. No importa si son los comunistas los que pueden garantizar esto. Todo es parte del mismo plan.

He quemado mi permiso de salida y mi pasaporte. No quiero montarme en un avión y aterrizar en una Andalucía Revolucionaria. Con Comités de Defensa de la Revolución, Milicias de Tropas Territoriales y Policía Nacional Revolucionaria. Con pancartas políticas y miradas vacías en los transeúntes. Sin cuerpos a medio podrir por la calle intentando morder al prójimo. Una sociedad socialista zombizada. Un modelo político importado desde el Caribe que libraré a todos de la extinción.

Al parecer, finalmente, algo de los cubanos conquistó España.

No me cabe duda que estamos viviendo un Período Zombi. El siguiente paso en la evolución, como diría María.

Veo a la abuela viendo el desfile del 2 de diciembre. Uno tras otro marchan los muertos vivientes con ropas de camuflaje, fusiles Kalashnikov y visores Vilma. No se cansan, no sudan, no pierden el paso. Son perfectos como las tropas de Hitler. Demasiado perfectos para una isla desorganizada en medio del trópico. Los cubanos nunca hemos hecho las cosas con semejante precisión. Podría decirse que este es nuestro momento de gloria.

Allí, bajo la tribuna donde brillan las estrellas de los generales, justo delante de la gran estatua de José Martí, hay un letrero blanco con grandes letras rojas donde puede leerse la sentencia que el destino depara para nosotros:

JUNTO A LOS ZOMBIS, CONSTRUYENDO EL SOCIALISMO.

ENCIENDE UNA VELA SOLITARIA

Víctor Conde

Víctor Conde es un autor prolífico y polifacético, responsable de una quincena de títulos de ciencia ficción, fantasía y terror, entre los que podemos destacar *El tercer nombre del emperador* (Equipo Sirius, 2002), *Mystes* (Minotauro, 2005), *El teatro secreto* (Parnaso, 2008), *Hija de lobos* (Minotauro, 2011) y *Crónicas del Multiverso* (Minotauro, 2010). Por esta última novela obtuvo los premios Minotauro e Ignotus de la Asociación Española de Fantasía, Ciencia Ficción y Terror. Su única antología propia hasta el momento es *El libro de las almas* (Erídano, 2010). Es miembro de Noche, la Asociación Española de Escritores de Terror.

Conde ha cultivado la práctica totalidad de temáticas del género fantástico, incluyendo hibridaciones, desde la ciencia ficción de aventuras, la científica y la metafísica, hasta la fantasía clásica, la fantasía oscura, el terror, el *steampunk*, la temática zombi o la novela juvenil, donde destacan *El dragón estelar* (Timun Mas, 2007) y la trilogía *Heraldos de la Luz* (Hidra). Sus relatos han sido incluidos en la inmensa mayoría de publicaciones especializadas tanto de España como de Iberoamérica. Su novela corta *Oniromante* (2011) sirvió para inaugurar la nueva colección Scylaebooks dedicada a libros digitales de la editorial Planeta.

«Enciende una vela solitaria» es un cuento corto de arriesgada factura que no teme explorar los límites del lenguaje narrativo y enmascara en último término una profunda crítica a las redes sociales y su evolución extrema. Fue inspirada por la lectura de un artículo publicado en la revista *Investigación y Ciencia*.

1: Me gusta

Conduce. Conduce, otra línea más, otra pequeña barrera hacia ninguna parte que se traga el parachoques. Un desfile de hormigas en tiempo lento, fotografiadas con una cámara con el obturador expuesto, hormigas pintadas de blanco extendidas en el tiempo. Líneas en medio de la autopista.

Conduce.

Llegar. Debo llegar. Miranda me está esperando; bueno, no a mí, pero sí un milagro que podría venir desde cualquier parte, cualquiera, incluso desde el cielo. Miranda está herida. Miranda se muere. Miranda está sola y el mundo quiere tragársela, como ya se tragó tantas cosas. Quiere fagocitarla, no, no debo pensar eso, no debo acordarme del mundo. Miranda, y yo, dos, por Dios, sólo dos. Uno y medio es multitud.

La imagen que me devuelve el retrovisor... y sí, cargada de un yo que quiere ser sólo eso, no oigo los gritos del mundo, todo lo que está más allá de la ventanilla del maldito camión se queda fuera, lejos, en tiempo lento, pasando con languidez pintada de cobalto por la ventana, el

COLECTIVO

de durmientes que está esperando para hacerme daño. Para sumarme a la estadística, uno más, uno menos, poner palabras en mi boca, sentidos en mi corazón, ilusiones en mi futuro, pero yo no, no quiero, no quiero desaparecer en la masa, enciendo el mechero, el pequeño milagro de la física que se esconde tras la apariencia de una llama de alcohol caliente la redoma con los polvos, empieza a alzarse el vapor *mysto* en la cabina del conductor...

Nunca he tenido tantísimo miedo.

De un lado de la carretera surge de repente una mujer con tres niños de la mano, uno de ellos llora, los demás imitan el gesto, se han contagiado. No son una persona, ni cuatro, son un ente grupal, un solo pensamiento, me gusta, me gusta, me gusta, dicen sus rostros de Buda volando en un barco de ácido. Carecen de personalidad independiente, la perdieron hace mucho en alas de la epistemolia.

¡Qué gracia!

La epistemolia los devoró, dejando sólo una carcasa que se llena cuando hay más

entes grupales cerca. Ansiosos de opiniones, de sentimientos, ávidos de una voluntad que les diga qué hacer, adónde ir, por qué deben seguir respirando, con qué llenar sus horas muertas, a qué se tiene que parecer su penosa vida.

Sin otras personas cerca no son nada, sólo carcasas vacías. Eso me puede pasar a mí si me descuido. No, no me acercaré tanto. Subo del todo el cristal de la ventanilla. Acelero. CambiademarchadeunasantavezporDios!!!

Grito

¡PELLEJOS, FUERA!

y mis ruedas hacen chask-boom a medida que atropellan a uno de los niños, una de las extensiones vacías del ente grupal. No le ha dolido demasiado, el conjunto sigue entero y funcional. Es como si un adulto perdiera un dedo en una noche ahogada en recuerdos, en ácido, en formol. No les duele mucho, o eso me han dicho. Eso quiero creer.

Ninguno llora, pero todos se estampan en mi retrovisor con esa postura de haber sido cogidos a mitad de un movimiento que jamás acabarán que tiene la epistemolia.

Patético.

Prisa, prisa, debo llegar antes del anochecer. Miranda me espera, no aguantará mucho más. El milagro va en el maletín que le robé al colectivo de Nuevo Holocausto cuando paré a por combustible. Dios, que nunca más me tenga que acercarme a una de sus ciudades. No soporto la idea de imaginarlos tras los cristales de los edificios, esperando, supurando ansiedad, comiéndose su propio sudor y la sangre que les llega compartida por cien sistemas circulatorios más, a través de los tubos. Masas de carne, montones de sudor, bocas hambrientas, venas que palpitan suplicando que alguien estimule sus centros de placer.

En las ciudades.

Montañas y montañas de ellos.

Apilados unos sobre otros, como mantas vivas, como sellos, como símbolos del ocaso de una especie.

Durmientes.

En la oscuridad.

Compartiéndolo todo, TODO, hasta el alma, lo inasible, lo inexistente.

Comparten lo que no existe.

Me dan miedo.

La aguja del combustible aún no ha golpeado el dibujito gracioso del surtidor, ese que palpita rojo corazón cuando la máquina comienza a agonizar. En la radio

continúa esa voz misteriosa, llena de hechizo:

«... el santo contragolpe, el santo contragolpe, el santo contragolpe...»
Lleva días así. Estoy empezando a creer que es una grabación.

Un cartel a la derecha, una salida próxima, dos kilómetros (menos, menos un metro, menos dos, menos tres); un cartel que indica el nombre del pozo de condenación al que me dirijo:

MADHATTAN.

Madhattan, la mayor reunión de carne compartida que se haya visto jamás. El lugar donde se inventó el software original. El último lugar del mundo donde quisiera estar.

A donde tengo que ir por fuerza si quiero salvar a Miranda.

El efecto de la última inyección está pasando. Vuelvo a la realidad, lentamente, paso a paso. Cada milímetro de esa caída eleva un grado el índice de peligro, suma uno y medio a la posibilidad total de que ellos me encuentren y vengan a por mí. Que empiecen a sugerirme ideas locas, estúpidas, pulsa el botón de la amistad, me gusta, me gusta, nene gutta, como si fuésemos infantes sin cerebro.

Y eso, maldita sea, es lo que somos ya.

No sé cómo me pude enamorar de ella. La conocí en *Joint Paradise*, el refugio del pervertido de Nicolas Check. O la Central de Control del Ácido, como a nosotros nos gustaba llamarla. Los dispersos estaban allí, y trataban de inmunizarse contra el efecto de fusión en una sola mente, pero pocos podían. No se puede tener el maldito implante detrás del lóbulo frontal (¡qué gran timo, el mayor engaño de la historia de la *sifilización!*) y empeñarse en no oír la llamada del colectivo.

No puedes taparte unos oídos que tienes dentro del cráneo, a menos que te lo abras con un estilete y entierres tus propias manos en la masa encefálica. El Gran Bob, un amigo del Centro de Control, lo intentó una vez. El Gran Bob nos dijo que había encontrado el remedio para aislarse de la fusión de mentes. El Gran Bob es ahora un vegetal babeante.

Mientras las ruedas dejan una firma en el asfalto con la sangre de aquel niño sin mente, la mía, que aún existe (sí, quiero creerlo, no, lo afirmo, espera... ¡puedo incluso demostrarlo!), se marcha sin pedir permiso al pasado lejano y rebota en la era de los dinosaurios y llega dando saltos hasta una fecha alejada del Big Bang, más o menos al momento en que yo nací. Eso me hace pensar en el concepto, epistemológico o no, de la muerte.

Dicen que la vida entera pasa ante tus ojos cuando tu cerebro sabe que va a morir. Yo vengo haciéndolo poco a poco desde hace años, una escena cada vez, porque

estoy convencido de que ni de coña le va a dar tiempo a mi larga y compleja vida de reproducirse en media décima de segundo. Es pura física. Ni siquiera un «grandes éxitos» recopilados de mi vida.

Por eso lo hago, por eso visualizo un trocito cada vez de la película, treinta años sin editar y sin descanso para ir al baño, para que cuando llegue el momento de mi muerte

(y lo siento cerca)

sólo queden ya los títulos de crédito y la escena sorpresa que a veces aguarda al final.

Así sí que me dará tiempo de hacer realidad el cliché, y podré concentrarme en admirar el maldito túnel de los huevos.

La muerte. ¿Qué decir? Hola, tía, encantado.

Este soy yo llegando al pueblo de mis padres hace unos años, antes de que todo se fuera a la mierda (foto), bajándome del autobús con aspecto de extranjero y quejándome por lo dolorida que tengo la espalda (foto, baja los brazos que no se te ve la cara), y entrando en el bar más cercano para ventilar el canario. Supongo que habrá que consumir algo o el dueño te mirará con mala cara. No, señor, no voy a ensuciarle gratuitamente la taza ni a mearme por fuera, estaría bueno, póngame por favor un café con leche, no, espera, eso no es lo más barato que tiene, un cortado descafeinado, sí, que son unos céntimos menos, estamos en crisis (foto).

El paisaje de ese recuerdo es igualito a las fotos de mis viejos.

Creo recordar que...

Me sacaron de la isla cuando era un bebé, así que a menos que en mi cabeza funcione una especie de memoria atávica de la especie o un circuito cerrado de televisión con mi subconsciente, no puedo acordarme de nada. Pero la sensación... sí, la sensación, esa cosa indefinible y que por no estar en el rango de lo explicable (¡lo Inexpresable!) metemos alegremente dentro de la palabra «cosa», perdura y me llena de algo que no son recuerdos pero tampoco mentiras, sino un concepto intermedio. Sí, claro, la espuma, y las barcas, y los faros, y cuánto de esto no habrá sido imaginado y de repente ahora cobra forma, se hace carne, efecto Jesucristo turboplús, «encarnación» de los deseos de la infancia.

¿Es este el lugar al que me han conducido mis pasos? Tiene que serlo, porque hay huellas a mi espalda.

Esquivo un conejo que estaba en medio de la carretera, moviendo de manera graciosa su naricilla. Él sí que merece vivir. No se ha fusionado con millones de primos descerebrados. Sigue siendo un ser único. Lo merece, merece vivir, por eso me aparto, derrapo, estoy a punto de chocar. Prefiero morir yo que matar a un solo ente único más. ¡Muack!, me beso el anular, toma ya Kant, por esta!! ¡Algún día

llegaré a comprender tus crípticos libros!

No me quedan familiares vivos. Mis abuelos murieron hace años, cuando yo tenía quince, maternos y paternos, todos a la vez. Es como si la garantía o el permiso de estancia de mi familia en esta galaxia expirase de repente. Qué miedo me dio. Todos el mismo día, todos de muerte natural. Eso me da qué pensar. Quizá estemos condenados, también los de mi generación, a espicharla de pronto, sin aviso previo, cuando la garantía de mis genes expire.

Brrrr. Esss... c... c... c... calofrío.

Justo cuando creía que ese era el destino que quería compartir con la epistemolia (sólo por joder), apareció... Miranda.

Para echar por tierra todos mis credos, mis padrenuestros, mis ilusiones y las ganas de vengarme del mundo.

Para decirme con su suave mirada y su tierna sonrisa que sí, y vamos, que hay o puede haber algo más, algo que no tengamos que compartir necesariamente con ochocientos millones de personas más.

Algo que sea sólo nuestro, sin derecho a que los demás hurguen ni metan sus apestosa narices.

Ya no quedan ideas así en este mundo compartido de mierda.

Me quedo sin ti. Te has ido sin siquiera darme un beso. Te odio, mas no puedo parar de amarte con locura. Dios se descojona de fondo. Construyo puzzles en el suelo del salón, las porcelanas manchadas con polvo de gigante roja.

.Còsmicos... socimsóC.

Sonidos cósmicos.

Lo siento, chaval: alcanzaste el secreto demasiado pronto.

2: Ya no me gusta

Hiperestimulación. Metaestimulación. Ontoestimulación. Acidificación.

—¿Hay alguien más ahí fuera? ¿Alguien que sea *alguien*? —grito por la ventanilla. Espero que sólo una voz me responda. Pero no hay más que viento acelerado lamiendo el metal de mi camión.

Qué afortunado soy, en el fondo, me cago en la hostia.

Otra bifurcación, una salida hacia la izquierda.

Siento cerca una comuna de durmientes. Están ahí, ocultos en refugios subterráneos anti-bomba, esperando a alguien que se sume a su colectivo de locura y depravación. Otra ameba que les venda el cerebro por una pizca de comprensión

grupal, de amor de grupo, de sexo en grupo. Enséñame tus fotos que yo te enseñaré las mías. Ya no puede haber excitación sexual cuando toda la humanidad se ha fusionado en un solo individuo. El sexo se ha convertido en una suerte de onanismo planetario, ya no haces el amor con otro, te lo haces a ti mismo con otra cara.

Hazme sitio que me parto de la risa.

Al pasar cerca de la comuna puedo oír su canción. Me aterra, el efecto del LSD está pasando. Maldición. No puedo parar, no, no pararé, por nada del mundo, ni siquiera para chutarme. Tengo que estar

DESPEJADO.

Siento cómo su canción crea ecos en las bóvedas de mi cerebro, me llama, notas de sirena, embrujo de Ulises, cogorza de San Juan evangelista, ojalá os vayáis todos juntitos al infierno, de un solo salto. Ojalá haya un hueco allí para mí, un empleo libre y con derecho a vacaciones, pero como vuestro carcelero, con un látigo de púas. Seguro que Satanás se enrolla y me contrata. Tengo que pensar en otra cosa, distraerme, acelero, acelero, la aguja salta como una cigarra en el contador de millas, tengo que...

... pensar...

... en...

... otra...

... cosa...

Budastimulación. Testiculación. Fatidiculación.

Deificación.

Una vez vi una película sobre los experimentos reales de un tipo que exploraba los estados hiperestimulados de conciencia. Se encerraba en un tanque de privación sensorial durante días y se metía unas bolas de peyote, hasta que su mente empezaba a alucinar de verdad. En una ocasión creyó transmutarse (físicamente, no figuradamente) en una especie de hombre de las cavernas. En otra, el cordero de Dios vestido con una escafandra le dictó a toda velocidad y en hebreo la segunda parte del Apocalipsis, el Regreso. Luego echó un polvo con la Inmaculada y después ella siguió siendo así, Inmaculada, pero él no, él estaba manchado de por vida. Su nombre pasó a engrosar la lista de los más buscados del Cielo, tienen su foto allá arriba, pegada en un corcho, con la recompensa ofrecida. Me provocó repelús su historia.

Durante casi una década he intentado ser como ese tipo, mantener mi individualidad aunque fuera a costa de mi cordura. Una llama débil en la eterna oscuridad, una vela azotada por un vendaval en un barco a la deriva. Por eso me tatué

medio cuerpo entero con una serpiente azul, para ser *único*. Por eso experimenté con todos los tipos de drogas y estimulantes conocidos. Por eso, en última instancia, acabé llegando por pura casualidad a la Central de Control de Nicolas Check. Y él me presentó a una de sus «primas», pero de las de verdad, de las consanguíneas: Miranda.

Check me recibe en su sancta sanctorum de los colgados (otra vez estoy allí). Puede que algún defensor de lo políticamente correcto exclame

¡HOLA CHAVAL! ¡DAME UN ABRAZO!

pero que lo haga en vez de que lo diga, que los actos son los que definen a las personas y no sus discursos. Check es así, una persona expansiva, con un aire general de Jesucristo de Dalí, ese de los

PANTALONES VAQUEROS

y la papelina en la mano, que te saluda desde su trono sobre las aguas del Mar Rojo y te invita cordialmente a pasar a su mundo, a sus intifadas, a sus cruzadas antimoros, a la enajenación religiosa que sólo puede terminar en martirio.

Check sabe quién soy antes siquiera de que me presente, algo en los pómulos que son de mi padre y en la barbilla que es exclusiva de mi madre, una reacción en cadena que lleva a desgranar en su cabeza el nudo genético que me parió, y ¡hala! Hola chico, bienvenido al fin, te estábamos esperando. Pasa a la antesala de mi vida de pesadilla y

PONTE CÓMODO.

Miranda. Está desnuda, en la playa de al lado, tomando uno de sus baños matutinos. La veo (aún en el recuerdo) salir de las aguas como Moisés habiéndose olvidado del báculo. Las dos partes del mar han caído sobre ella pero no le han hecho daño, sólo han mojado su pelo moreno, su piel llena de pecas, sus pechos pequeños, casi infantiles, que son todo areola, los dedos de los pies que se entierran graciosamente en la arena mojada, una forma única de dejar huellas atrás.

La veo por primera vez

¡¡ZAS BOOM BANG!!

cuando brota de las aguas cual ninfa marina, cual náyade sonriente de mercurio y sal,

y la visión de su cuerpo desnudo es como una psicosis comprimida, una catarsis de estados cuánticos, un pubis afeitado que gotea sal y espuma, una singularidad del fin del universo hecha mujer que reorganiza a su voluntad todas las conexiones de mis neuronas, poniendo mi maldito subconsciente a pegar gritos de auxilio.

¡No-puede-ser!

Creo que ya tengo a la protagonista femenina de mi vida.

Y yo, como un idiota, me enamoré. No sé si la idea de que Miranda aún no hubiese probado la epistemolia, de que fuera aún virgen de pensamiento pero no de cuerpo (a saber cuántas veces se la habría follado Check antes de decirle que todo era una mentira, que la Revelación Divina final es un chiste), pero lo cierto es que caí en sus redes como un imberbe soñador recién salido del huevo.

Miranda.

La chica de la mirada tierna.

La chica con la enfermedad incurable.

El único ser de este mundo que ha desarrollado un implante natural, sin cirugía, detrás del lóbulo parietal, por lo que está condenada a que su cerebro se convierta en un biomódem que la fusione con la puta epistemolia.

El siguiente paso evolutivo.

La naturaleza que harta de grifa se quiere apuntar a las redes sociales.

Mi amor, al que trato de salvar con esquizofrénica intensidad de su destino.

Los rascacielos de Madhattan están ahí delante, los diviso al fin tras la última curva. El miedo, el miedo puro se esconde en ellos. El terror.

Tengo que atravesar los niveles inferiores de esa inmensa favela que conserva parte de su nombre prehistórico, pre-epistemolia, pero no creo que el camión aguante. Es una antigualla de los tiempos en que la gente aún tenía trabajo. Pero no creo que resista cual Bucéfalo de diez ruedas el ataque final de mi cruzada.

No, tendré que dejarlo en la parte de debajo de la favela, donde cae todo el detrito. Donde ni siquiera ellos se atreven a aventurarse.

Check me espera. Dice que Miranda agoniza, que los últimos resquicios de su ser individual se licuan a cada segundo que pasa. Que soy lo único que puede salvarla.

Me preocupa que emplee esa expresión, ese impersonal «lo» en lugar de unos familiares y humanos «el» o «la». Puede que sólo piense en mí como en una cosa, un instrumento. Una parte más de su arsenal médico de extirpación de la epistemolia, de lobotomización de la pantalla de radar social humana.

Si es así, bienvenido sea su plan, me da igual en qué consista. Lo único que me importa a estas alturas, lo único que me hace sentirme humano, es la posibilidad remota salvar a Miranda. De coger a la estúpida naturaleza y enseñarle por dónde se puede meter su último y demencial paso evolutivo.

Aparco (o más bien incrusto el camión, con sus mil toneladas de furia y sus diez

ruedas bañadas en sangre de pellejos) en la parte de debajo de la favela, en la montaña de mierda. Cojo la escopeta y me bajo de la cabina. Miro hacia arriba.

Los rascacielos.

Ellos están ahí, lo sé. Puedo notarlos. La última inyección, la saco del paquete, me hago un *seppuku* con ella en el brazo. El veneno, el dulce veneno, empieza a rodar arteria abajo, abajo, abajo, acumulando inercia, ganando más y más velocidad. Saltándose los semáforos en rojo. Llevándose por delante los ecos de la canción de los durmientes.

La Vía Láctea al completo

EEEEESTALLAAAAAAAAA

ante mi alucinada retina. Protégete de la onda expansiva de mi cerebro, chaval.

Hola, soy yo, otra vez. Uno y único. Estoy aquí.

Cargo la recortada con un fílmico y épico ¡clack-chak!, haciéndola girar con una sola mano. Carga, dispara y vuelve a recargar, y un nódulo menos de carne durmiente en este mundo. Una célula menos del Gran Organismo de la que preocuparse.

No sé si será por el subidón del ácido o por toda la rabia que llevo acumulada en mi interior, pero joder, ardo en deseos de empezar a repartir estopa.

3: Me gustas

Trepo, temo, tiemblo.

Trepo por las chavolas de Madhattan, por los amontonamientos de heces, por las lianas de fibra óptica quemada que una vez condujeron aquello que insensatamente llamaron «la salvación del mundo». Tengo la vista puesta en el objetivo. Un maletín con medicina milagrosa en una mano, el antídoto definitivo contra el mal definitivo en la otra.

La casa santuario de Check, el Centro de Control, está allá arriba, en el lugar menos probable, en la encrucijada tecnológica desde donde el nuevo gurú de la individualidad quiere parir una tecnología que combata la epistemolia. Sin resultados espectaculares, al menos por el momento.

Me siento un cruce entre Charles Bronson (una vieja estrella de películas ultraviolentas de cuando yo era niño) y Tarzán. Tarzán de los monos. No, Tarzán del mono, el que me da alas y me lleva volando a

¡Dios, pellejo a las diez en punto, BANG, vómito de fuego de mi cañón,

reconfortante retroceso contra el hombro, sesos que vuelan y manchan la pared, ja ja, tres puntos colega!

ese lugar que está más allá del punto de no retorno, justo al oeste del Oeste. Concéntrate, chaval, concéntrate, por Yahvé y Zarathustra y Buda y todos los antiguos traficantes de medias verdades. Concéntrate para que no te caigas o serás un bonito sello de correos sobre el techo del camión

¡Otro saliendo por la izquierda, click-chack, BANG BANG, un brazo, dos piernas, su carita de cuelgue metafísico que me mira como si pidiese disculpas por no haber entendido el chiste! ¡Ja ja, otro menos!

Ellos no suelen desplazarse en grupo a ningún sitio, salvo que tengan hambre o que alguno de sus corpúsculos haya sufrido una herida que esté transmitiendo dolor constantemente al resto, y haya que o bien curarla, si se puede, o bien amputar ese corpúsculo.

Pero cosas así, abandonadas a su libre albedrío, han degenerado en auténticos horrores de colectividad humana.

Por los laberintos de las favelas se arrastran monstruos creados por la fusión de mentes y cuerpos, pesadillas animadas dignas de los antiguos libros medievales, que hay que exterminar a toda costa. Los ciempiés humanos, por ejemplo, que serpentean en silencio en busca de más eslabones que unir a su delirante cadena. Bestias nacidas de la evolución espontánea de los durmientes, hermanadas por cadenas de respiración y hambre. Pero no son los únicos.

También están los sebos de carne, enlazados por cadenas de excreción interna, unos en las bocas de otros en un ciclo sin fin. O los más espantosos a mi entender, las estrellas de mar: Nódulos de siete o más miembros unidos por la cabeza, sus cerebros combinados en una sola cosa, en una sopa proteica de neuronas que desea alcanzar el summum del pensamiento único.

Monstruos de la post-modernidad. Heces humanas en un mundo al que ya no le importa nada.

Me encuentro con una de esas estrellas de mar cuando ya estoy empezando a creer que nada podrá detenerme. Siete cuerpos desnudos de diferentes edades y sexos, cosidos por un titiritero loco a la altura de sus cabezas, un dios que tenía un soplete y no sabía qué hacer con él.

La estrella me mira con sus dieciséis ojos y se pregunta, seguramente, qué hará esta presa sola andando por allí, con una serpiente azul tatuada en el cuerpo. ¡Un signo de identidad, cómo se atreve! ¡Blasfemia, blasfemia! ¡Todos a por el hereje, a la voz de *arrrr!*

Disparo. Doy gracias a mi divinidad particular porque la escopeta cubra un cono con sus postas, no una línea recta, porque así cojo a más de ellos. La estrella se retuerce de dolor, sangrando, perdiendo varios miembros. Los demás chillan, apretando agónicamente el botón cerebral de ¡no me gusta, no me gusta! que les permita expulsar a sus miembros dañados. El botón milagroso que niegue el dolor. Jo jo, por las bragas de la Virgen, no pienso darle ese placer.

Otro disparo y agoto la munición. Apunto al núcleo, a la masa encefálica. Una explosión de hueso y lo que hay debajo sale como un surtidor, manchando el tejado de la chavola, un tejado cocido al sol. La masa encefálica, la sopa de cerebros, comienza a hervir.

Clack-chik y mierda, me convenzo de que no me quedan postas. Arriba, es mi única posibilidad, arriba y a la derecha, en la dirección de Nunca Jamás. Allí está la salvación, el santuario de Check.

Entonces se escucha otro disparo. No he sido yo. Y los pellejos no saben usar armas, así que tiene que haber sido otro *individuo*. Otra presa.

Elevo la vista. Check, esperándome en su atalaya, con un rifle de repetición en las manos. Vamos, sube, tío, y yo que sí, mierda, qué te crees que estoy intentando. Y él me da la mano y vacía el cargador en lo que queda de la estrella de mar, reduciéndola a un montón de cuerpos temblorosos que hasta ese momento pensaban que eran parte de otra cosa más grande, el sueño de la *gestalt* infrahumana.

—Has tardado —me dice a modo de saludo. Una amarga sonrisa hiere sus labios. Se ha dejado barba, y seguro que no ha encontrado el peine aquel que le presté hace años.

—He tenido que venir de lejos —me excuso. Pero ya no importa. He llegado, y estoy vivo. Sigo siendo yo.

Qué subidón. Lucy se bajó del cielo robando los diamantes.

Entro por la puerta principal (dos planchas de uralita amontonadas) en el Centro de Control del Ácido. Allí, Check custodia como si fuese el mismísimo espíritu guardián de Camelot el cuerpo incorrupto de Miranda.

La veo tumbada en un catre, vestida con una especie de túnica que aúna su figura con los mitos de la antigüedad, una Helena de Troya que ya no es de allí sino de Madhattan, los ojos cerrados, los párpados echados como la cortina de un viejo teatro donde la ilusión se acabó hace mucho. Parece dormida. No, parece... muerta.

Ese pensamiento me produce terror, casi un dolor físico, pero Check se apura a tranquilizarme.

Me cuenta que su cerebro ya no puede aislarse de la canción. No puede taparse los oídos porque están dentro del cráneo y si la operamos para ponerle unos tapones de fibra podríamos arriesgarnos a perderla, como al Gran y Estúpido Bob. Bob el as del escalpelo. El vegetal viviente, que está allí, sí, mirándome sin verme desde una

esquina. Check lo usa a veces como florero o colgador para su chaqueta. Otras veces lo emplea como altar para ponerse en

CONTACTO

con entidades extrasensoriales.

Al pobre Bob, en el fondo, le da igual una cosa que otra.

—Sólo hay una solución, y es evitar que los nodos receptores de la epistemolia se sigan multiplicando por su cerebro —dice Check como si hablara de un experimento científico que salió mal. Pero eso es lo que Miranda viene a ser, en el fondo: un audaz truco de la naturaleza que estamos intentando hacer que fracase. Ponerle al Gran Hacedor un gorro cónico con orejas de asno.

—¿Cómo? —pregunto en un alarde de originalidad. Menos mal que no hay un dramaturgo cerca para lanzarme mis frases de folletín a la cara. Tiraría a dar.

—Completando lo que se ha atrofiado de su cuerpo con el de otro ser vivo e independiente. Un ser que jamás se haya unido a la epistemolia. ¿Has traído el maletín con la medicina?

—Sí, claro, pero...

Y él me mira

Con su más genuina cara de tacháaaaaan.

Dios, cómo duelen las dobles lecturas, los sentidos ocultos, cuando son tan obvios que guardarlos detrás de la lengua es gritarlos a pleno pulmón.

Yo soy la solución, la parte que le falta a Miranda. Eso es lo que Check, el cirujano loco, propone. Y sabe que si la amo lo suficiente, aceptaré el sacrificio, la danza de los bisturís, la orgía de sangre.

Yo, que hice todo este viaje para ser uno con mi amada, para fundirme con ella conservando mi individualidad, *nuestra*, la de los dos... voy a tener que desaparecer para que ella viva.

¿Y sabéis qué?

Que me importa un carajo. El placer sigue fluyendo por mi cuerpo, cayendo y cogiendo velocidad vena abajo.

Soy yo. Siempre. Para siempre.

El único ser humano con conciencia de sí mismo que quedó sobre la faz de la Tierra cuando la eterna promesa del «un día todos calvos y hermanos» se cumplió.

Yo. El tío de la serpiente.

Miranda despierta. Ha vuelto a tener ese sueño recurrente. El gran águila tatuada que sobrevuela el bosque. Es muy grande, demasiado para la cordura de una sola persona. Sus plumas consumen noche y arrojan fuego. El pico refulge con el oro de los incas y la plata de los aztecas. De las puntas de las alas surgen dos chorros de vapor, estelas que subrayan sus giros entre las nubes, por encima y por debajo de la tormenta, secándose con relámpagos. El águila es vieja como el universo, sabia como la Totalidad que es más que la suma de las partes. Es tan infinita que cuesta comprenderla.

Luego la olvida, olvida el águila igual que se olvidan todos los sueños con la Aurora, y también si alguna vez tuvo un significado.

Miranda se mira a sí misma. Está en un catre, en una habitación polvorienta. ¿Qué hace aquí? De fondo se escucha una especie de griterío, la algarabía sumada de mil muchedumbres que gritan a la vez, llamándola, pidiéndole que se una a ellos, que les cuide y les mime y les limpie a todos las caquitas y los haga felices. Y la algarabía sería insoportable de no ser porque hay un muro, una especie de barrera en su cerebro que apantalla el sonido.

Es como si hubiera alguien más ahí dentro, protegiéndola de la sordidez, haciendo pantalla con sus manos.

Miranda se pone en pie y observa el nuevo día. Los rayos del sol son cálidos. El amanecer le acaricia con ternura la piel.

Su piel.

Entonces lo pregunta, en voz alta, y ninguna otra voz le contesta, ni siquiera esas lejanas que bullen en un infierno de lamentos. Ni tampoco esa tan cercana que le susurra cosas bonitas al oído, que le dice que a partir de ahora estará a salvo, y lo más importante, que será una sola cosa. Un solo ser. Un ser hecho de dos.

Ninguna voz es capaz de explicarle por qué la mitad de su cuerpo tiene tatuada una enorme serpiente azul.

CUERPOS

Juanfran Jiménez

Juanfran Jiménez ha ganado dos veces el concurso de microrrelatos de *El Mundo* en su edición digital y ha sido finalista de los premios Domingo Santos (en tres ocasiones, en 2002, 2008 y 2010); además, su relato «Intercambio» resultó finalista del premio Alberto Magno de Fantasía Científica de la Universidad del País Vasco en la edición correspondiente a 2004. Ha publicado relatos en diversas revistas y antologías, como *Artifex Cuarta Época* y *Antología Z. Los mejores relatos de muertos vivientes 3* (Dolmen, 2011).

«Cuerpos» es, quizás, uno de los relatos seleccionados que más y mejor cumple la premisa argumental con que nació la presente antología: historias centradas en las preocupaciones actuales del ser humano y los problemas del futuro próximo, planteadas desde una perspectiva crítica y creativa, adaptada a nuestro presente y referentes culturales.

Este *thriller* futurista se ambienta a comienzos del siglo XXII en una Europa convertida en una burocracia seudodemocrática globalizada, en donde las leyes se aprueban en función de los intereses de los grupos de presión y la neutralidad, el anonimato y la privacidad de las comunicaciones son cosa del pasado. Entre las nuevas oportunidades que la tecnología brinda al hombre se encuentra la industria químico-turística del intercambio de mentes. La oferta de cuerpos en destinos exóticos inunda el mercado con reclamos de «agencias de viajes» que presentan abiertamente a sus potenciales clientes las ventajas del turismo sexual disfrutado en cuerpo ajeno, joven y bello; un intercambio en el que el prestador alquila su cuerpo de forma temporal como medio de ganarse la vida. O, como en el caso del indio Padovani, para intentar huir de su pasado.

«La división internacional del trabajo consiste en que unos países se especializan en ganar y otros en perder»

Las venas abiertas de América Latina. Eduardo Galeano.

I

El purgatorio era una sala de espera sin revistas. El indio Padovani volvió a mirar la hora en el reloj de la pared. Se preguntó por qué nadie editaba ya revistas en papel, y en cambio los relojes como aquel seguían siendo analógicos. Tal vez en Europa habría libros electrónicos, sujetos con una cadena, para entretener a los que huyen de algún infierno. Rechinó los dientes.

En la sala penaban otros tres hombres, mucho más jóvenes que él. Dos tenían aspecto de echar de menos una botella, y no precisamente para leer su etiqueta; el tercero no le quitaba la vista de encima. Llevaba un traje nuevo, que alguien generoso, y dos tallas más corpulento, le debía haber prestado. Padovani le sonrió. El otro ni siquiera parpadeó. Está muerto de miedo, se dijo. Será víctima o verdugo, pero en cualquier caso primerizo. Casi un niño. Si el indio Padovani hubiera tenido que educar a alguno de sus hijos —y en su descargo hay que decir que al menos lo intentó con dos de ellos, hasta que las respectivas madres le abandonaron—, le habría gustado poder enseñarles el arte del disimulo y el engaño. Cuanto más pequeño se empiece a aprender algo, mejor.

Por el altavoz llamaron a George Bartolomé. Ese era el nombre que figuraba en su pasaporte falso, así que se levantó del asiento, e intentó caminar con naturalidad. No pudo evitar tambalearse un poco, pero eso era normal: hacía menos de una hora que le habían agujereado el cráneo para introducirle un implante de red.

Abandonó la sala de espera y continuó por el pasillo. Todavía no estaba a salvo. El del traje prestado, o cualquiera de los hombres con los que se había cruzado durante las pruebas médicas, podía ser un sicario de Dientefijo, un confidente de la policía, o las dos cosas. No había reconocido ninguna cara familiar. Eran todos

demasiado jóvenes. En cualquier caso, se alegró de llegar por fin al control de seguridad de la aduana. Otro paso más en la buena dirección, la que le llevaba fuera del país y podía salvarle la vida.

—¿Es la primera vez que se intercambia con un ciudadano europeo, señor... Bartolomé?

Padovani ya había rellenado, con las mentiras apropiadas —empezando por su edad—, un formulario infinito que respondía a aquellas preguntas. Era el mismo papelito que el agente de la Europol sostenía con dos dedos que no llegaban a ser tan gruesos como el cuello de una boa. Contestarle «¿es que no sabe leer?» no era una opción.

Cuando el indio tenía veinte años, que para él era casi tanto como hablar de la prehistoria, había pasado algún tiempo en Madrid. Las leyes de inmigración ya eran duras por entonces, pero aún se podía entrar en el viejo continente, si se tenía el dinero necesario. Quién sabe si no habrá algún nieto mío pateando las esquinas de la Gran Vía en este momento, pensó Padovani.

—La primera vez —respondió.

Era la única verdad del formulario. Nunca se había intercambiado, ni con un europeo ni con nadie. Por eso tenía una cicatriz reciente en la cabeza y todavía andaba un poco mareado. Se esforzó en atender las explicaciones del policía, el cual había puesto sobre la mesa el contrato de FarmaCom, y repasaba en voz alta las cláusulas más importantes. Ahora soy yo el que no sabe leer, pensó el indio.

—Le recuerdo, señor Bartolomé, que el visado especial que se le concede es estrictamente temporal, y su vigencia es de un mes. Usted no podrá abandonar en ningún momento el centro de internamiento, o de lo contrario será detenido y expulsado antes del plazo —aplastó con el dedo un párrafo del documento comercial—. Y además no cobrará sus honorarios.

El indio abrió mucho los ojos, e intentó fingir que aquellos mil quinientos euros le importaban. El agente dejó a un lado los papeles y se giró hacia la pantalla del ordenador.

—Si conoce a algún ciudadano europeo, puede solicitar un régimen de visitas en el centro de internamiento. ¿Desea hacerlo, señor Bartolomé?

El indio tenía sus propios planes con respecto a visitar gente en Europa. Concretamente, a una persona cuyo nombre no era desconocido para la policía. En todo caso prefería ir él mismo al encuentro de su viejo amigo, y no recibirlo en un vis a vis carcelario. Padovani fingió desconcierto.

—No conozco a nadie, señor.

El policía señaló la casilla correspondiente en la pantalla, y después abandonó su asiento, el cual chirrió posiblemente de alivio, para acompañarle hasta la sala de vaciado. A Padovani le pareció una habitación demasiado pequeña con respecto a lo

que se había imaginado, y la sensación de agobio aumentó cuando el agente cerró la puerta y le indicó con un gesto una silla de tela gris, que debía haber sido adquirida en la subasta de bienes de un vertedero en quiebra. Padovani sacó del bolsillo un pañuelo de papel, y trató de limpiar la mugre antes de sentarse. No le extrañó ver que el policía se colocaba unos guantes de látex, con los que él hubiera podido cubrirse la cabeza.

—¿Es usted alérgico a algún medicamento?

Respondió que no. No había tomado muchos en su vida. En cambio, tenía experiencia de consumo esporádico de casi todas las drogas existentes, y seguía vivo; podía darle un voto de confianza a su resistencia frente a la química.

—Esto es una pastilla de vaciado neuronal. —El agente la sostuvo para que pudiera verla bien—. Es un fármaco autorizado por la Comisión Europea.

El policía recitó, con voz monótona, una serie de disposiciones legales. Seguramente llevaba años repitiendo en voz alta el mismo texto. Ya no debía importarle que sus oyentes no le prestaran atención. Padovani se pasó la lengua por los labios. Estaba muy cerca, pero aquella cantinela no se terminaba nunca. Empezaba a ponerse nervioso.

Intentó concentrarse en no demostrar su ansiedad y escuchar las explicaciones del agente. A pesar de su nombre, aquella pastilla —cuyos componentes serían propiedad de FarmaCom incluso cuando ya hubieran sido asimilados por su cuerpo, cláusula 375.c— no vaciaba el cerebro. En realidad se utilizaba para potenciar la plasticidad neuronal hasta sobrepasar los límites humanos. El hardware y el protocolo de red IPv12 hacían el resto del trabajo: codificación, transporte seguro del mapa electroquímico cerebral, reconfiguración de la sinapsis. Pero la dichosa pastillita era la llave para que lo demás pudiera ocurrir. Sin ella, sin la parte biológica del asunto, el intercambio digital de personalidades no era posible. Era algo que Padovani tendría muy en cuenta cuando por fin estuviera en Europa.

—¿Necesita un vaso de agua para tragar la pastilla?

El indio casi se la arrebató de las manos. Tenía la boca seca, pero ya se había demorado bastante la partida.

—No hace falta, señor. Me la tomaré a las bravas.

El agente sonrió por primera vez. Tenía los dientes tan blancos que parecía llevar un protector bucal. Padovani sintió la pastilla avanzar lentamente por su garganta. De ser necesario, la habría empujado con los dedos hasta llegar al estómago. Quería gritar de felicidad. Pero aún tenía que disimular su euforia un rato. ¿Cuánto tiempo? Todavía no notaba nada en la cabeza.

—Cuando... —empezó a decir. En ese momento llamaron a la puerta. El indio se aferró a la silla para no saltar. Afortunadamente, el agente pareció molestarse por la interrupción. Se acercó hasta la puerta y giró un pestillo que había en el pomo.

—¡Ocupado! —gritó.

Los golpes en la puerta aumentaron de intensidad. Padovani cerró los ojos y apretó los dientes hasta hacerse daño. Sintió un zumbido en el cráneo.

—¡Abre la puerta! ¡Somos nosotros!

El rostro del agente de la Europol reflejaba su desconcierto. Dudó un par de segundos, y después devolvió el pestillo a su posición original. No tuvo tiempo de hacer nada más. Los dos hombres que estaban al otro lado, sus «colegas» locales, entraron en tromba.

—¿Qué coño queréis?

—¿Se ha ido ya? —Uno de los recién llegados señaló hacia la silla—. ¿Cómo se llama?

El agente miró hacia la persona que estaba sentada. De pronto le pareció que todo el bochorno del maldito país había entrado en el cuarto, acompañando a aquel par de hijos de puta del distrito seis. Se llamaban Mendoza y Salinas, aunque no recordaba quién era quién. Vestían de paisano, siempre con el mismo traje arrugado. Nunca se quitaban la chaqueta, pero al mismo tiempo se las arreglaban para que se les vieran bien las pistoleras. Lo peor de volver a encontrarles, pensó el agente, era constatar que, gobernase quien gobernase al mes siguiente, izquierda o derecha, aquellos dos rufianes seguían siendo policías. Ni siquiera tenían que cambiar el uniforme.

Sus preguntas sólo podían significar una cosa: alguien la había vuelto a cagar. En ocasiones como aquella, se le pasaba por la cabeza desenfundar el arma, liarse a tiros, y mandar a unos cuantos al infierno antes de tiempo. Pero no se hacía ilusiones: los otros estaban acostumbrados a disparar de verdad. En aquel país, donde nadie le llegaba al pecho, hasta los niños eran más peligrosos que él.

El agente respiró hondo, se secó el sudor de la cara, y tocó al hombre de la silla en el brazo. Era difícil moverse en aquella sala, pero Mendoza y Salinas no retrocedieron ni un paso.

El hombre se sobresaltó, abrió los ojos y miró a su alrededor. El agente pensó que la expresión de su rostro respondía a la primera pregunta que le habían hecho, pero de todos modos decidió que lo mejor era dejárselo claro a los dos chacales. No fueran a ponerse nerviosos y cargarse al tipo equivocado.

—Señor, ¿habla usted español?

El de la silla tragó saliva un par de veces, antes de asentir.

—¿Puede decir su nombre en voz alta?

—Julian... —el hombre carraspeó—. Julian Marfleet. Qué raro es... esto.

El agente de la Europol se volvió hacia sus colegas, y esperó a ver si tenían algo que añadir. Uno de ellos movió los labios hasta componer una sonrisa gastada de tanto ensayarla.

—Bienvenido, señor Marfleet. Permítame acompañarle... Tiene que rellenar unos

formularios, pero enseguida podrá disfrutar de sus vacaciones, ¿listo?

Ayudó al hombre a levantarse, y le ofreció un brazo en el que apoyarse y dar los primeros pasos inseguros, hasta que consiguió ponerse derecho del todo. Salieron juntos de la sala, dejando a los otros dos solos.

—El otro era George Bartolomé. —El agente suspiró—. ¿Me vais a explicar lo que pasa, o mejor me olvido?

El del traje —Mendoza o Salinas— no dijo nada, pero demostró que sabía imitar una sonrisa igual de bien que su compañero. Quitarse los guantes de látex, hacer una pelota con ellos, y arrojarla a la basura: eso era todo lo que el agente de la Europol pensaba hacer con respecto a George Bartolomé.

II

Comisario William Jefferson Polanco. Así quería mandarlo imprimir en las tarjetas de visita, en la firma del correo electrónico, y en la puerta de su recién estrenado despacho. Ya llevaba un mes al frente del distrito seis. «No soy partidario de formalismos exagerados», les había dicho a sus subordinados, para después añadir: «Pero no perdamos nunca el respeto hacia la dignidad democrática de mi cargo».

Mendoza y Salinas entraron sin llamar. El primero se arrellanó en la única silla que había para las visitas, cruzó los pies encima de la mesa, y derribó el bote de los lápices.

—Mira lo que haces, pendejo.

Mendoza retiró los pies de la mesa con desgana. Su compañero juntó los lápices, y después agarró el pequeño marco que contenía una foto familiar.

—Qué linda está Laurita. —Enseñó la foto a Mendoza—. El viejo Willy Jota es un papá afortunado.

El comisario le quitó el cuadro de las manos y lo colocó boca abajo en la mesa. Con Mendoza y Salinas le iba a resultar difícil imponer su nuevo rango. Los tres se conocían desde la época de los paramilitares. Aunque ya entonces él había prosperado más deprisa, porque sabía hablar inglés. Decidió darles ejemplo, adoptar un tono serio, y ceñirse a lo profesional.

—¿Qué hacéis aquí? ¿Quién vigila el hotel?

—Carlitos, y ese otro negro que va con él... Ya nos tocaba descansar.

—El españolito es muy aburrido —añadió Salinas—. Apenas sale.

Polanco rebuscó entre sus papeles.

—¿Marfleet es español?

Salinas se encogió de hombros.

—Español o madrileño, ¿no? Vino de allá.

—Ahora son todos europeos.

—Y nosotros apenas americanos.

Polanco permaneció serio, concentrado en sus papeles.

—¿Habéis identificado visualmente a algún sospechoso?

Mendoza torció los labios.

—Afirmativo, Willy Jota. Identificación visual, como quien dice. Y además los hemos visto.

Salinas rio la ocurrencia de su compañero. Polanco estranguló los papeles para contenerse.

—Antiguos legales de Dientefijo —continuó Mendoza—. Creo que han desfilado por el vestíbulo del hotel todos los que no están en la cárcel. Incluido el abogado ese, el chingón de los tirantes... ¿Sabes quién te digo? Que se cree un mafioso italiano.

Polanco no pudo reprimir un «sí, ya sé... el maricón de los tirantes».

—Hemos hablado con él. La cosa está tranquila. No es cuestión de pelearse por nada. Toca esperar a que terminen las vacaciones del españolito.

Polanco asintió. La situación estaba controlada, al menos durante un mes. Entre la antigua banda de Dientefijo, y la policía, probablemente no había nadie mejor vigilado en todo el país que el turista Julian Marfleet. Encerrado en una caja fuerte no podría encontrarse más protegido. Porque si aquel hombre moría, el indio Padovani entraría en un limbo legal que le retendría en Europa para siempre.

—Me alegro de que hayáis hablado con el abogado. Ellos deben darse cuenta de una cosa: nosotros —Polanco tomó aire—, los cuerpos y fuerzas de seguridad que apoyamos a este nuevo gobierno democrático, tenemos que hacer cumplir las leyes y capturar a Padovani para llevarlo a prisión. —Hizo una pausa—. Otra cosa es lo que le pase luego dentro de la cárcel, que a mí personalmente me importa un carajo.

—Eso está claro, Willy Jota. El abogado piensa lo mismo. Pero creo que hay otros de la banda de Dientefijo que no están seguros de que el indio los traicionase. Esos son los que me preocupan.

—Bueno, pues que se maten entre ellos, pero el indio va a la cárcel, ¿listo?

—Listo, Willy Jota.

—En cuanto le hagan regresar es nuestro —añadió Salinas.

El comisario se rascó la barbilla, pensativo.

—Los gringos nos pueden ayudar con la Europol, para que Padovani vuelva antes de que se cumpla el mes. De momento, volved al hotel, que no me fío de Carlitos. Seguro que ya está borracho... ¿Y decís que Marfleet casi no sale a la calle? ¿Entonces a qué ha venido ese huevón?

—Sí, es medio raro...

—Llevalle una chica al hotel. Pero que sea discreta. —Polanco miró un momento

hacia el techo—. Y si no, probad con un muchacho, que algo le gustará.

—¿Qué te parece Verónica, la mulata? ¿Servirá ella?

Verónica. La lengua de Polanco, acto reflejo, asomó entre los labios. Pero allí no encontró el sabor de las curvas que recordaba en su imaginación.

—Perfecto —respondió, con la voz quebrada.

Le molestó que Mendoza le guiñara el ojo. Definitivamente, pensó, nunca van a dejar de llamarme Willy Jota.

III

«Cuerpo fibroso de indígena curtido al sol». Julian Marfleet no tenía ninguna duda: la agencia de viajes le había estafado. Era difícil aventurar la edad del hombre con el que se había intercambiado, pero desde luego superaba el «máximo treinta y dos años» que le habían asegurado por contrato. Empujando mucho, quizás se podría hacer sitio para colocar una arruga más en aquella cara. Y lo que era peor: después de conocer a la mulata y llevarla a su habitación, había descubierto que el nativo era impotente. Lo que se dice un timo en toda regla. Si Verónica no había conseguido resucitar el fiambre que yacía entre sus piernas, nadie podría. Sonrió mientras recordaba la escena, porque, a pesar de todo, Julian se sentía la persona más feliz de la Tierra.

Tenía un poderoso motivo para ello. El mismo que le imposibilitaba denunciar a la empresa de viajes, filial de FarmaCom: no pensaba volver a Europa. De hecho, no podía hacerlo. Siempre había tenido problemas de corazón, una enfermedad degenerativa con la que se resignó a convivir, aceptando la decadencia de su cuerpo porque no tenía más remedio. Pero cuando finalmente los médicos le hablaron con sinceridad, y lo que le quedaba de vida se concretó en cifras tangibles, descubrió algo que antes apenas sospechaba: estaba dispuesto a hacer lo que fuera necesario para no morir. Incluso cargarle su condena a otro hombre.

Sobornó a un funcionario europeo para que le permitieran intercambiarse. Nunca habría superado los análisis médicos de otro modo. Gastó el resto de su dinero en contratar un mes de vacaciones con FarmaCom. Era suficiente. Tenía que serlo. Su intercambio moriría en Europa, antes de que terminara el mes, y él podría quedarse en América legalmente y aprovechar su segunda oportunidad. Ni siquiera la impotencia podía amargarle el viaje.

Aunque tenía intención de comprar algunas pastillas para intentar arreglar su problema. Verónica lo merecía. Mientras paseaba sin rumbo por el vestíbulo del hotel, se preguntaba a quién le podría confiar un secreto. No iba a salir a la calle sin

más, en busca de una farmacia. Pasaría desapercibido entre los oriundos del país, pero sólo si no abría la boca. Llevaba muchos años viviendo en Madrid, y hablaba un español casi perfecto, lo que no le servía de nada allí porque el acento le identificaba como europeo. Podía ser peligroso deambular sin escolta por calles desconocidas.

En realidad, empezaba a pensar que sí tenía escolta. Cada vez que salía de la habitación, no tardaba demasiado en encontrarse a los dos policías de paisano que le habían dado la bienvenida al país. Nunca se acercaban a hablarle ni le saludaban, pero tampoco se molestaban en disimular su presencia, como si fueran cobradores que quisieran recordarle que la deuda estaba a punto de vencer. Julian supuso que aquello era lo normal, que FarmaCom cuidaba así de todos sus clientes en el extranjero. Pensó que deberían advertir en la letra pequeña que los agentes de la ley parecían criminales.

Recordó a Verónica y decidió que no tenía nada que perder. Por señas, hizo ver a los policías que quería hablar con ellos. Uno se acercó con paso lento, mientras el otro permanecía en el sitio, mirando hacia los lados.

—¿Puedo ayudarle en algo, señor Marfleet?

Julian tardó un minuto largo en explicarle la situación, dando muchos rodeos y hablando en voz tan baja que temió que no llegara a entenderle. Cuando terminó, se dijo a sí mismo que aquella actitud era absurda. La impotencia afecta a muchos hombres, sobre todo con esas edades. Y qué demonios, aquel cuerpo ni siquiera era suyo. Pero la vergüenza que le hizo sentir el policía sí que le salió de dentro.

—¿No le funciona la cosa?

Sin esperar respuesta, el policía regresó junto a su compañero, y con gran profusión de gestos, le hizo partícipe del problema de Julian, entre carcajadas. Pero eso no fue todo. Apareció por allí otro hombre, que debía ser cliente del hotel porque recordaba haberle visto antes; Julian reconoció los tirantes que llevaba. Los dos policías le llamaron, y entre los tres continuaron las risas a su costa.

Nada iba a amargarle el viaje, pero tuvo que reconocer que estaba empezando a enfadarse. Y encima no sabía si aquel bastardo le iba a conseguir las pastillas. Se dirigió a los ascensores. Mientras esperaba, respiró hondo. Tranquilo, se dijo, no querían ofenderte. Diferencias culturales, sólo se trata de eso. Por suerte, tenía muchos años por delante para acostumbrarse.

IV

El nombre oficial del centro era Residencia para Intercambiados Turísticos FarmaCom, pero tanto los que estaban conformes allí dentro, esperando el momento

de volver a su país para cobrar el resto de lo estipulado en el contrato, como los que querían escapar y sumarse a la inmigración —cada vez más perseguida— en Europa, lo llamaban «la guardería».

Dentro del recinto vallado de la residencia había dos pabellones: uno para los hombres, y otro, más pequeño, para las mujeres. En ellos trabajaba mucha gente: nutricionistas, entrenadores, técnicos, esteticistas, cocineros, fisioterapeutas, médicos, psicólogos... cuidaban de los cuerpos de sus clientes mientras ellos estaban fuera, disfrutando de las vacaciones. Obligaban a los intercambiados a hacer dieta, tratamientos de belleza, y ejercicio, mucho ejercicio. También había guardias armados con porras eléctricas y pistolas narcotizantes. Eran los «carceleros».

Normalmente, estos guardias no se mezclaban con los intercambiados, ni hablaban con ellos si no era necesario. Pero si alguno de los clientes era una persona importante, vigilaban su cuerpo más de cerca, hasta el punto de acompañarlo a las duchas. Tenían que hacerlo porque allí no había cámaras de vigilancia. FarmaCom garantizaba a sus clientes que nadie podía grabar imágenes inapropiadas mientras ellos estaban de viaje, y eso incluía cualquier tipo de desnudo. Los intercambiados se duchaban en grupos fijos de quince, siempre con los mismos turnos. Por eso terminaban conociéndose bien, y como en todo grupo consolidado, se observaba con especial atención a los recién llegados.

—¿Qué carajo le pasa a ese?

El negro Vladimiro señaló a un hombre gordo, nuevo en el grupo, y que se comportaba de un modo extraño. Estaba vuelto hacia la pared de azulejos, ruborizado, sin atreverse a mirar a nadie, como si le diera vergüenza estar desnudo. Lo cual era ridículo, pensó Vladimiro, porque aquella desnudez no le pertenecía, ni era responsable de su aspecto. Un par de guardias, con el rostro cubierto de sudor por la humedad, no le quitaban la vista de encima.

—Me han dicho los carceleros que es una mujer —le respondió Ringo, en voz baja, sin dejar de frotarse jabón.

—No te lo puedo creer.

—Se llama Leidi. Es margariteña... de Venezuela.

—Carajo... ¿Pero cómo es posible?

Ringo se encogió de hombros.

—Algún maricón degenerado, que quiere ser mujer y probar la verga de los caribeños. Y el cliente debe manejar mucha plata, porque los carceleros no la dejan sola.

Los dos hombres terminaron de enjuagarse en silencio. Después Vladimiro meneó la cabeza.

—Pobre muchacha... —Se agarró el pene y lo estiró con fuerza—. Yo no sé si podré aguantarme un mes con esta pinga de blanco, pero por lo menos no me

pusieron un bollo.

Se rieron a carcajadas. Los guardias se acercaron a ellos, y amonestaron a Vladimiro por retorcer el pene del cliente. Si volvía a hacer algo así, le impondrían una multa descontar del salario. Vladimiro levantó las manos.

—Ahí se la dejo, carajo, ya no la toco más.

Ringo aprovechó para quejarse en voz alta.

—¿Y a ustedes no les da vergüenza traerla a ella aquí? Todos sabemos que es una mujer. ¡Debería estar en el otro pabellón!

Hubo un murmullo generalizado. Las miradas del resto del grupo eran inequívocas: al contrario de lo que afirmaba Ringo, se estaban enterando en ese momento de lo de Leidi. No podían haber imaginado que aquel gordo de piel sonrosada tuviera la mente de una mujer.

Uno de los guardias se metió el pulgar por detrás del cinturón de las armas y se encaró con Ringo.

—No te preocupes por ella. Estamos aquí para impedir que os pongáis cachondos y la violéis.

El otro guardia se rio. Detrás, alguien masculló un «hijo de puta» que se escuchó perfectamente. El carcelero que se había encarado con Ringo se dio la vuelta. Uno de los intercambiados, al que llamaban «viejo» o «indio» —aunque por supuesto no lo parecía— le aguantaba la mirada sin pestañear. Tenía los puños apretados, y el agua resbalaba por su piel pálida, cubierta de vello rubio.

—¿Qué miras tú?

Ringo se interpuso entre los dos hombres, diciendo que iba a presentar una queja a la directora. El guardia le apartó de un empujón, con la vista fija en Padovani. Nadie respiraba. Una voz masculina, grave y llorosa, rompió el silencio.

—Por favor, ya he terminado... Por favor.

Todos se volvieron hacia el hombretón que al parecer se llamaba Leidi. Después, sin decir una palabra, los guardias la acompañaron de vuelta al vestuario. Al único que había.

V

—Tenemos que llevárnosla.

Ringo hablaba en voz baja, sin quitar la vista de los naipes, pero mirando de reojo al indio Padovani y a todo el que pasaba por delante de la celda que ambos compartían. El indio tiró una carta encima de la cama donde estaban sentados y robó otra del mazo. Apenas movió los labios para hablar.

—La vigilan mucho.

—No aguanta más aquí, viejo. Se está volviendo loca.

—¿Qué va a hacer fuera? ¿Quién se va a ocupar de ella?

—Ya sabes quién. Tu amigo.

El indio negó con la cabeza.

—Demasiada gente. Mi amigo es tímido. De hecho, creo que tú tampoco deberías venir conmigo.

Ringo tragó saliva.

—Está bien. Yo me iré con ella, por mi cuenta. Pero ayúdame a sacarla de aquí, viejo... Vamos a joder vivos a estos carceleros. Que se rían de su puta madre. Seguro que se te ocurre algo.

Padovani levantó la mirada hacia el techo. El turista que había intercambiado su cuerpo con él no parecía español: tenía los ojos azules y las pestañas rubias. Pero el fuego que había detrás de las pupilas era del indio. Incluir a Leidi en el plan de fuga parecía un riesgo innecesario; estaba demasiado gordo, y no sería muy ágil. No obstante, se le ocurrió una idea con la que podía incluso mejorar las posibilidades de éxito de los tres, si ella les acompañaba. De todos modos, se mostró prudente y no prometió nada.

Ringo no insistió más, como si supiera que la decisión ya estaba tomada y era favorable a Leidi. Padovani se preguntó si, después de tan solo un par de semanas, empezaba a resultar demasiado transparente para su compañero de celda. No le gustaba tener que confiar en un desconocido, pero Ringo deseaba escapar tanto como él, y parecía un tipo con recursos.

—Necesitaremos algo de dinero para encontrar a mi amigo.

El indio dijo aquello más para sí mismo que esperando una réplica. Ringo le preguntó cuánto dinero haría falta. Padovani rebuscó entre las fichas de parchís que usaban para apostar y levantó una amarilla.

—Menos que esto.

—¿Veinte euros? Creía que hablabas en serio.

Padovani sonrió.

VI

De la necesidad, virtud. Esa era su auténtica ideología política. Cuando tuvo que ser revolucionario, el más ferviente. Cuando consiguió convertirse en latifundista, el más celoso de sus tierras. Y cuando la rueda volvió a girar, y llegó el momento de perderlo todo, adelgazó de pura hambre hasta recuperar el cuerpo fibroso de su

juventud y así engañó a FarmaCom sobre su edad. Era la única manera de escapar de su país. La policía del nuevo régimen le estaba buscando para meterle en prisión, como había hecho con Dientefijo. Su antiguo camarada —y después socio comercial— debía estar esperándole con impaciencia, igual que a los pocos miembros de la organización que se habían librado de la cárcel. Padovani no le había traicionado, pero sabía que Dientefijo desconfiaba de la buena suerte de sus compinches; por eso cada vez tenía más enemigos, reales o imaginarios. La cosa no terminaría hasta que un número suficiente de personas hubieran muerto asesinadas. Mejor desaparecer y no entrar en ese sorteo.

El indio firmó el contrato de intercambio con una identidad falsa —que había comprado al auténtico George Bartolomé, por más dinero de los mil quinientos euros que ofrecía FarmaCom a los intercambiados—, se dejó poner un implante de red IPv12 en el cráneo, y escapó al mismo tiempo de la cárcel y de Dientefijo. No iba a esperar a que le dieran la pastilla de vaciado para regresar. Que se quedaran con su polla —si es que aún servía para algo— y con su culo, y los llenaran de enfermedades venéreas si querían. El indio Padovani no admitía devoluciones.

Fiel a su filosofía, ayudando al gordo que era una chica, Padovani se beneficiaba a sí mismo: después de incluir a Leidi, el plan de fuga resultó ser mucho más sólido. El negro Vladimiro fingió un ataque de locura en la ducha y comenzó a golpearse contra las paredes. Los guardias que vigilaban a Leidi se asustaron. Intentaron sujetarle en un rincón de las duchas, y al hacerlo se descuidaron. Ringo y el indio les atacaron por la espalda. No tuvieron que malgastar la munición de las pistolas narcotizantes en dejarles inconscientes; bastaron unos cuantos puñetazos. Después, los arrastraron hasta el vestuario.

Leidi se había adelantado y ya estaba vestida. Siempre se daba mucha prisa para tapar su desnudez. Ringo también parecía ansioso por arrebatarle el uniforme a uno de los guardias. Padovani no podía evitar observarle. Le preocupaba que lo echara todo a perder con su nerviosismo. Con movimientos más calmados que su compañero, tardó menos en disfrazarse. La ropa le quedaba un poco grande, pero se podía disimular.

Después de vestirse, Padovani quiso estrechar la mano a sus compañeros de ducha, uno por uno. Por último abrazó al negro Vladimiro, que seguía muy excitado y no paraba de reírse y de repetir: «ahora que me multen a su gusto». El indio había intentado convencer a varios compañeros para que colaboraran en su plan, apelando a los motivos que —creía— podían resultar más convincentes a cada uno. Hasta que, finalmente, Vladimiro se ofreció voluntario para poner su granito de arena en la «lucha contra el imperialismo». El negro no quería ni oír hablar de acompañarles en la fuga, y eso que Padovani se lo ofreció con sinceridad porque pensaba que era un buen aliado. Pero lo único que realmente deseaba Vladimiro era volver a su cuerpo

cuanto antes, y no abandonarlo nunca más.

—Buena suerte.

Esa fue su despedida. Padovani se sentó en el banco de madera del vestuario, al lado de Leidi. Mientras Ringo luchaba con las botas, Vladimiro y los demás formaron un grupo apretado, para sostener en el centro a los guardias inconscientes; entre gritos y burlas, salieron del vestuario en dirección al módulo de las celdas. Ringo terminó de vestirse y se dejó caer en el banco con un resoplido. Después sonrió a Leidi y le guiñó un ojo. Parecía haberse tranquilizado. Esperaron mientras las voces del grupo se alejaban. Padovani, cuyo verdadero cuerpo apenas transpiraba bajo los rigores del sol tropical, se tuvo que secar el sudor de las manos.

—Vamos ya.

Flanquearon a Leidi hasta las escaleras, como si la escoltaran de regreso a su celda. Subieron juntos al segundo piso y entraron sin llamar en el despacho de la directora. El indio tenía pensado ser el primero en hablar, pero Ringo se le adelantó. Abalanzándose sobre la mesa, sacó la pistola y apretó el cañón contra la mejilla de la mujer.

—Haz lo que digamos o te mato.

Ni el más mínimo temblor en la voz, ni el más pequeño titubeo. Padovani estaba impresionado. La directora también, aunque por otros motivos. Parecía que los ojos se le iban a escapar rodando. Moviò ligeramente la mano hacia la mesa, y Ringo le clavó con más fuerza la pistola en la cara. Ella se quedó paralizada.

—Muy bien. Ahora se supone que usted va a comprender, así de repente, que Leidi estaría mucho mejor en el pabellón de las mujeres.

La directora miró hacia Leidi, que permanecía con su corpachón apoyado en la puerta del despacho, como si quisiera impedir la entrada de alguien.

—Prepare todo lo que haga falta para que podamos trasladarla —añadió Padovani—. No intente engañarnos. Usted vendrá con nosotros.

Ringo retiró un poco la pistola. La directora respiró hondo.

—Esto es absurdo, no... —comenzó a decir.

La pistola cayó sobre su mandíbula con la fuerza necesaria para dejar medio talado un árbol. La cabeza de la mujer cayó hacia un lado, y Padovani sintió una punzada en el estómago. Hizo un gesto de muda desesperación a Ringo. Si dejaban inconsciente a la directora, o algo peor, no les serviría de nada.

Había una botella con agua en la mesa. Se la echó por encima y la directora murmuró algo incomprensible. La zarandéo hasta que volvió a abrir los ojos. El indio asumió el papel de poli bueno que le correspondía después de la actuación de Ringo.

—Por favor, señora. Haga lo que le decimos. No queremos hacerle daño.

La directora cerró los ojos y negó con la cabeza.

—No os va a servir de nada... La policía de red...

Padovani frenó con el brazo a su compañero, que parecía querer rematar el trabajo con otro golpe. Después obligó a la directora a mirarle a los ojos, y le habló con toda la calma que pudo.

—Señora, no voy a volver a mi país, pase lo que pase. Usted no puede amenazarme con nada que sea peor que eso —hizo una pausa—. ¿Comprende bien lo que le estoy diciendo? No voy a rendirme.

Tras un instante eterno, la directora hizo un gesto afirmativo. Entonces Padovani se dio cuenta de que su corazón llevaba un buen rato galopando desbocado. Le pareció sentir un hormigueo en el brazo. Intentó concentrarse en respirar más despacio, hasta que sus latidos se calmaron. Todavía quedaba lo más difícil.

—¿Cómo te apellidas? —le preguntó a Leidi.

El rostro del hombretón, que seguía junto a la puerta, estaba encendido por el rubor. Se señaló a sí misma con su mano regordeta.

—¿Yo?

Padovani asintió.

—¿Cuál es tu nombre? Leidi, y qué más.

—Leidi —dijo ella, y tardó un instante en añadir—: Leidi Zorzano.

Padovani se giró hacia la directora.

—¿Puede usted confirmar que es una mujer?

Ringo volvió a amenazarla con la pistola narcotizante.

—Dale. Haz lo que te dice el viejo.

La mujer se encogió en la silla y dijo que lo haría. Bajo la atenta mirada de los dos hombres disfrazados de carceleros, buscó en su ordenador la ficha de Leidi y les mostró la foto. No podía ser más diferente a su actual aspecto, pensó Padovani. Comparó la sonrisa de la mujer joven y bellísima, cuya imagen veía, con la mueca de estupor del hombre que estaba medio derrumbado sobre la puerta.

—Imprima el contenido de la ficha —ordenó Ringo—. Y busque también los datos de su intercambio. Del hombre que está en Venezuela.

La directora buceó un poco más en la base de datos de FarmaCom. Apareció en la pantalla la fotografía del hombretón. Padovani se acercó un poco más para leer su nombre: Philip S. Abramov. No le sonaba de nada.

Cuando la directora hubo terminado de imprimir los expedientes, Ringo le ordenó que firmara las hojas y las sellara. Después le arrebató la documentación de las manos y se la metió dentro del uniforme, como si fuera comida que acababa de robar en el supermercado, sin que el indio tuviera tiempo ni de echarle un vistazo. A Padovani le molestó su actitud, pero no había tiempo para discutir. Le preguntó a la directora si necesitaban preparar algo más para justificar el traslado de Leidi al pabellón femenino. La mujer se levantó de la silla, buscó unas tarjetas de visita en la mesa y se las guardó en el bolsillo.

—No hay nada que preparar. Ya había tomado la decisión de trasladarla esta mañana —miró a Leidi—. Siento mucho... las molestias de estos días. Aunque supongo que ya no tiene sentido decirlo.

Los tres intercambiados permanecieron en silencio, observando a la directora mientras cruzaba el despacho con aire decidido. Leidi se apartó de la puerta. Antes de que nadie abriera, Padovani se adelantó y puso la mano en el pomo.

—Un momento —se volvió hacia Ringo—. Enfunda el arma.

Su compañero le obedeció. Volvió a examinar al grupo y, cuando terminó, abrió la puerta.

—Las damas primero.

La directora pareció dudar. Leidi le hizo atravesar el umbral de un empujón.

VII

Todo el mundo les franqueaba el paso. Debía ser cierto que ya habían tomado la decisión de trasladar a Leidi al pabellón de mujeres. Ella suscitaba algunas miradas de curiosidad, pero nadie reparaba dos veces en los guardias que la escoltaban. Por fin, atravesaron las puertas del edificio y salieron al patio común. El sol les cegó unos segundos, hasta que se acostumbraron a él. ¿Y ahora qué?, se preguntó el indio.

Ringo se acercó a la directora para obligarla a cambiar de dirección.

—Mejor vamos por allí.

Señaló una camioneta de reparto. No parecía mala idea. Padovani tocó el brazo de Leidi para indicarle el nuevo rumbo. Pronto pudieron distinguir el anuncio en el lateral de la camioneta: «Grupo norteños. Carne excelente». Padovani se detuvo en seco. Había visto movimiento en la cabina del conductor. No estaba vacía. El chófer de la camioneta bajó sin mirarlos, como si no existieran, y corrió a abrirles la puerta del compartimento de carga. El vello rubio de la piel del indio se erizó. Miró hacia Ringo. Al ver la cara de su compinche, comprendió que este había planeado el resto de la fuga sin contar con él.

—Vosotros id dentro, con ella —Ringo señaló a la directora—. Yo iré delante.

El indio echó un vistazo alrededor. El patio estaba desierto. Los guardias de la puerta exterior no parecían atentos, a no ser que tuvieran ojos en la nuca. Había que aprovechar la situación que se le presentaba para huir; ya tendría tiempo de preocuparse por los planes secretos de Ringo.

Agarró a la directora por el brazo y la obligó a entrar en el compartimento de carga. Después ayudó a Leidi y subió detrás de ella. Cerró por dentro. Dio un par de golpes en la parte que les separaba de la cabina. La camioneta no tardó en arrancar.

Después de acomodarse como pudieron en el suelo, Padovani sacó la pistola.

—No se le ocurra gritar.

La directora agachó la cabeza. El indio echó un vistazo al compartimento. Ni rastro de reses muertas. Leidi tenía cercos de transpiración debajo de las axilas, y respiraba con la boca abierta, subiendo y bajando el pecho. Ninguno de ellos parecía «carne excelente», pero quizás los llevaban al matadero de todos modos.

La camioneta se detuvo. Se escucharon los sonidos amortiguados de una conversación. Reanudaron la marcha. Ruido de tráfico. Debían de haber salido del recinto. Padovani se dio cuenta de que le dolía la mano de apretar tan fuerte la culata de su pistola. La directora levantó la mirada.

—Ya queda poco. No se preocupe.

Se felicitó en su fuero interno porque había sonado convincente, incluso aunque él mismo estaba bastante nervioso. El corazón volvía a salirse del pecho. Respiró hondo y trató de relajarse. Permanecieron callados el resto del viaje hasta que la camioneta volvió a detenerse. Escucharon cómo se abrían y cerraban las puertas de la cabina del conductor. Padovani estaba atento a los sonidos así que la directora le pilló por sorpresa. Se abalanzó sobre él. Pero sólo quería decirle algo.

—Comprendo lo que estás haciendo, pero es un error... Ringo no es quien tú crees. Su enemigo es FarmaCom y lo que te pase a ti no le importa. Regresa al centro y hablaremos, no habrá represalias.

La mujer le deslizó una tarjeta en el bolsillo de su uniforme. Padovani no tuvo tiempo de reaccionar. Miró a Leidi; ella lo había visto todo, incluida la tarjeta. La puerta del compartimento se abrió, y Ringo asomó su rostro sonriente. Ya no vestía el uniforme de carcelero sino un traje. Lanzó un montón de ropa al interior.

—Seguimos a pie, viejo. Poneos eso.

Si algo estaba claro, pensó el indio, era que a Ringo no le había hecho falta su ayuda para escaparse de la guardería. Entonces tenía que ser otra cosa lo que necesitaba de él y Padovani empezaba a sospechar de qué se trataba. Sacó la tarjeta del bolsillo y la palpó. En aquel fino cartoncito podían haber escondido un localizador nanoscópico. Hoy en día los introducían en cualquier parte. De ser así, el gesto y las palabras de la directora no serían otra cosa que una trampa, un ardid para que desconfiara de su compañero. Hizo lo que creyó más prudente: se demoró un segundo en leer el número de teléfono y después rompió la tarjeta y arrojó los pedazos.

—Antes que regresar a mi país soy capaz de cualquier cosa.

Esperaba que Ringo y aquella mujer interpretaran el mensaje de un modo diferente.

VIII

El chófer de la camioneta entregó a Ringo un teléfono móvil y le dio algunas instrucciones. Padovani no pudo distinguir claramente sus palabras, pero le pareció que el conductor le estaba queriendo hacer entender la urgencia de que hiciera alguna cosa que no logró discernir. Ringo parecía tomárselo a broma, como si las prisas no fueran con él. Sacó del interior de su chaqueta los papeles que la directora le había firmado y se los enseñó al chófer. Este quiso examinarlos, pero Ringo no los soltó. Dejó que el otro los viera brevemente y volvió a guardárselos.

Después de un rato de discusión, el chófer regresó a la cabina del vehículo. La camioneta de los Norteños se alejó a toda velocidad, con la directora como única carga. Padovani pensó que era mejor no preguntar a dónde la llevaban. Echó un vistazo a ambos lados de la calle. Estaban en una urbanización de casas bajas, rodeadas de jardines. No se veía un alma.

La ropa que le había dado Ringo era de su talla. Se sujetó la pistola narcotizante en la parte de atrás del pantalón.

—Dentro de la chaqueta tienes dinero —le dijo Ringo—. ¿Hace falta más? Te lo puedo conseguir.

El indio encontró un fajo de billetes de cien euros en el bolsillo interior; pensó en las fichas amarillas del parchís. Ringo lo tenía todo previsto y no iba a resultar fácil darle esquinazo. Sopesó el fajo, fingió que contaba el dinero, y después dijo que había suficiente. Necesitaba mucho menos para encontrar a Terry. Pero era agradable contar con un excedente para otros gastos.

Leidi también parecía cómoda con su nueva vestimenta, un traje hecho a medida, de chaqueta cruzada, con el que habría podido conseguir fácilmente un papel en una película barata de mafiosos. Padovani le tendió la mano e intentó repetir la misma despedida que le había brindado al negro Vladimiro.

—Buena suerte.

Leidi no hizo amago de devolverle el saludo. Fue Ringo el que habló.

—¿Qué sucede?

Padovani no tenía muchas ganas de averiguar si el bulto que se marcaba en la chaqueta de Ringo escondía algo más peligroso que la pistola narcotizante del guardia. Pero no siempre se hace lo que uno quiere. Echó un vistazo rápido hacia atrás. El final de la calle quedaba muy lejos.

—Nada. Aquí nos separamos. Os deseo mucha suerte.

—¿Por qué tanta prisa? —Ringo sonrió—. ¿Tienes algo que hacer?

El indio volvió a evaluar a los dos hombres que tenía delante. En realidad, Leidi era una mujer —si la ficha que habían visto en el despacho de la directora no mentía—, pero en cualquier caso no dejaba de ser una persona bastante corpulenta. Parecía

poco probable que pudiera alcanzarle si salía corriendo. Pero Ringo iba armado. Decidió devolver la sonrisa y responder con una pregunta.

—¿Qué me sugie...?

Ringo desenfundó antes de que la última sílaba saliera de su boca, se acercó a él y le quitó el arma del guardia. Después volvió junto a Leidi y se la entregó. Ambos le apuntaron.

—Sugiero que vayamos a ver a ese amigo tuyo del que me hablaste.

Padovani apretó los puños. El indio conocía a muchos miembros de organizaciones armadas, de inspiración o estética marxista, que acudían de todas partes del mundo para entrenarse en su país en los viejos tiempos revolucionarios. El amigo al que se refería Ringo era un contacto de aquella época, que actualmente se hacía llamar Terry. Antes de firmar el contrato con FarmaCom, le había enviado un mensaje para averiguar si, llegado el momento, podría ayudarle a desaparecer con su nuevo cuerpo, sin dejar un rastro que pudiera seguir la Europol. No sabía hasta qué punto Terry seguía relacionado con Dientefijo, pero tuvo que arriesgarse. La respuesta tardó un mes en llegar: «Si consigues escapar de la guardería, búscame». Venía acompañada de las instrucciones necesarias para encontrarle. Terry no se las habría dado a cualquiera. Esa debía ser la única razón por la que Ringo le necesitaba. Para llegar hasta Terry.

—No tienes nada que temer —continuó Ringo—. Sabemos quién es tu amigo, su relación con grupos antisistema... Estamos en el mismo lado. Sólo queremos pasarle una información.

—¿De qué se trata?

Ringo y Leidi se miraron durante un segundo. Si hubo algún intercambio de gestos entre ellos, Padovani no alcanzó a descubrirlo.

—Digamos que tu amigo estará encantado de conocer a Leidi. Ya lo comprobarás cuando le veamos.

Padovani asintió. Aquello podía ser cierto o no, pero le daba lo mismo. No iba a dejar que le utilizaran dos veces.

—Está bien.

Le explicó a Ringo que, para encontrar a Terry, primero debían ir a un parque muy grande que se llamaba algo así como «El Respiro».

—Será «El Retiro», viejo.

El indio tomó buena nota de que Ringo conocía la ciudad. Estaban bastante lejos para ir andando, pero no dijo nada. Se limitó a caminar delante de ellos, obediente, deteniéndose en cada cruce para pedirle a Ringo nuevas indicaciones. Iban a un paso tranquilo; si el chófer le había metido alguna prisa a Ringo, este no parecía estar haciéndole mucho caso. Leidi resoplaba por el esfuerzo de mover el corpachón de su cliente. Padovani sentía otra vez los latidos irregulares en el pecho, pero como no

iban muy deprisa no se encontraba fatigado.

Cuando por fin divisaron la verja del Retiro, Ringo le preguntó por dónde debían entrar y él se detuvo a pensar. Señaló un pasadizo subterráneo que cruzaba la calle y se adentraba en el parque. Ringo le ordenó que fuera despacio, y al mismo tiempo le hizo un gesto de advertencia, señalándose el interior de la chaqueta.

Entraron en el pasadizo subterráneo. Olía a orines. Padovani titubeó. Podía ser el último momento para echar a correr. Se imaginó atravesando el túnel, a contraluz, y recibiendo un tiro fácil por la espalda. Es difícil especular cuando es tu vida lo que se cotiza. Decidió esperar un poco más. Salieron al exterior. Padovani iba unos pasos por delante y enseguida se fijó en el grupo del banco. Tres estaban sentados y el resto de pie, alrededor. Eran negros, probablemente subsaharianos ilegales, y llevaban gafas de sol a pesar de que la sombra de un enorme sauce les cubría. Uno de los que estaban sentados hizo un gesto, restregándose los dedos con el pulgar. Padovani interpretó que le estaba ofreciendo droga. Asintió levemente, esperando que Ringo no se diera cuenta.

El negro se levantó del banco y caminó despacio hacia él. Padovani se giró y estudió la situación. Leidi boqueaba en busca de aire, apoyada todavía en la pared del pasadizo. Estaba fuera de combate. El indio sintió un pinchazo en el pecho. Se le estaba acelerando el pulso.

—Voy a hablar con el moreno —le susurró a Ringo—. Él nos llevará hasta Terry. Vigila por si acaso.

Ringo asintió. Toda su atención parecía puesta en el camello que se acercaba y en el grupo de compañeros que les miraban desde el banco. Padovani sonrió al negro y le ofreció la mano. Cuando este se la estrechó, tiró de él con fuerza.

—¡Hijo de puta! —gritó—. ¡Me vendiste mierda!

Enredó su pierna con las del camello y le empujó hasta caer con él. Rodaron juntos por la arena, abrazados. El otro tenía más fuerza; Padovani no pudo contenerle mucho tiempo y pasó a cubrirse la cara para evitar sus golpes. Sintió que le levantaban en volandas y le daban puñetazos en el estómago. Ringo sacó el arma y empezó a gritar que lo soltaran, mientras iba apuntando la pistola de uno a otro. Padovani aprovechó para dar la voz de alarma.

—¡Policía!

Los negros le soltaron y todo el mundo, incluido él, empezó a correr hacia el banco. El indio saltó por encima del asiento para ocultarse cuanto antes entre los árboles. Los camellos no tardaron en adelantarle. Trató de seguirlos, porque se imaginaba que le conducirían hasta alguna salida; debían estar muy acostumbrados a huir de la policía. Pero eran más veloces que él y les perdió la pista. Se detuvo en un claro, junto a la verja del parque. Miró hacia atrás y no vio a Ringo, pero le pareció escuchar el vozarrón de Leidi.

Se quitó la chaqueta y, protegiéndose las manos con la tela, trepó por los barrotes de la valla. El pecho le iba a estallar. Con gran esfuerzo enrolló la chaqueta alrededor de la punta de lanza, para no clavársela mientras pasaba por encima. Se descolgó hacia el otro lado y saltó a la calle.

Permaneció en cuclillas, escondido contra el murete, para recuperar el aliento y que la cabeza dejara de darle vueltas. Le pareció que las palpitaciones del pecho eran cada vez más irregulares.

Echó a andar hacia la Puerta de Alcalá, en mangas de camisa. Todavía respiraba con dificultad, pero no podía demorarse. Nadie le seguía. Pensó en subir a un taxi que estaba estacionado cerca de Cibeles, y se dio cuenta de que había olvidado el dinero dentro de la chaqueta, colgada en la verja.

—Mierda.

Se detuvo un momento a pensar. No necesitaba tanto dinero. Podía prescindir del fajo de billetes. Seguro que no le costaría robarle la cartera a un turista —a uno de esos «anticuados viajeros analógicos que todavía utilizan aviones», según la terminología despectiva de los anuncios de FarmaCom— en la Puerta del Sol. Pero no quería tentar a la suerte y que le detuviera la policía. Miró de nuevo hacia el trecho de calle que había dejado atrás. No se veía a Ringo, ni a Leidi, por ningún lado. Estarían buscándole dentro del parque. Con un poco de cuidado, podría regresar sin que le vieran y recuperar la chaqueta. Decidió intentarlo al menos, con los sentidos alerta y los reflejos a punto para salir corriendo. Nunca había sido más rápido que las balas, pero llegar a viejo con una biografía como la suya debía significar algo.

Dio la vuelta y se situó detrás de un edificio, desde donde podía observar, sin ser visto, el lugar por donde había escapado del Retiro. Se pegó a la pared y asomó la cabeza. Una mujer que paseaba a su perro se asustó al verle. Pero eso a Padovani le daba igual. Lo que le preocupaba era que había visto a Ringo dentro del parque, justo debajo de su chaqueta. Se ocultó rápidamente.

No me ha visto, pensó. Asomó de nuevo la mínima cantidad posible de cabeza que le permitía escudriñar a su enemigo. Ringo hablaba por el móvil que le había dado el chófer de Norteños. Gesticulaba mucho, y de vez en cuando señalaba la chaqueta, que permanecía enrollada en la punta de lanza. Aun desde tan lejos se podía percibir su enfado. En cambio era imposible adivinar el estado de ánimo de Leidi, que aguardaba a su lado, porque no hacía nada, salvo secarse el sudor. Pero de pronto se cayó de bruces al suelo.

—Coño.

Había sido un desmayo fulminante. Padovani atendió a la reacción de Ringo, que fue rapidísima. El murete de la verja no le dejaba ver bien, pero se intuía que estaba tratando de reanimar a Leidi en el suelo. Tal vez le hizo un boca a boca, o un masaje cardíaco, o las dos cosas. Fuera lo que fuera, después de un minuto, Leidi volvió a

ponerse en pie con su ayuda. Y entonces el hombretón comenzó a golpear a Ringo.

El indio se estremeció. Sentía el mismo desconcierto que se reflejaba en la cara del propio Ringo. Leidi le tenía agarrado por el cuello y trataba de derribarle al suelo. ¿Qué demonios estaba ocurriendo? A Padovani se le pasó por la imaginación una idea terrible: aquel corpachón ya no contenía a Leidi. ¿Pero cómo era posible? ¿Cuándo había tomado la pastilla de vaciado? ¿Quién se la había dado? Repasó mentalmente las últimas horas, aterrorizado. Estaba seguro de no haber tomado nada.

Ringo se liberó de los brazos de Leidi —o de quien fuera— y echó a correr, huyendo de aquel enfrentamiento. El hombretón debió de comprender enseguida que no iba a poder alcanzarlo, porque ni siquiera lo intentó. Padovani le observó apoyarse contra la verja. Con cada respiración le temblaba el cuerpo. Cuando por fin recuperó el aliento, se tanteó la ropa, y encontró la pistola narcotizante. Con ella en la mano, fue tras los pasos de Ringo. La chaqueta con el dinero seguía en el mismo sitio. El indio esperó un poco más, por si acaso alguno de los dos volvía. No apareció nadie.

La impaciencia le impidió esperar más. No quería tener que pelearse con cualquier ladronzuelo por la americana. Cruzó la calle y trepó por los barrotes. Llegó lo más arriba que pudo, estiró los dedos, y atrapó una manga de la chaqueta. Tironeó de ella hasta que consiguió desprenderla.

Se dejó caer al suelo con su botín. Estaba exhausto. El forro de la chaqueta se había desgarrado un poco, pero el dinero seguía en el bolsillo. Apoyándose en el murete, Padovani se levantó. Aguantó derecho hasta que pasó el mareo. Se puso la chaqueta. Tenía que encontrar a Terry cuanto antes. Le preocupaba lo que le había ocurrido a Leidi. Él no iba a ser tan tonto como para tomar ninguna pastilla, pero... ¿era eso lo que había pasado?

Escuchó un ruido de voces. Al otro lado de la calle, unos negros, a los que reconoció al instante, le acababan de ver. Se lanzaron hacia él, en una actitud que no presagiaba deseos de amistad. Padovani dedujo que el truco de gritar «policía» no le iba a funcionar más con aquel público. Salió corriendo, en la dirección que llevaba a la Gran Vía, con la esperanza de que la presencia de más gente disuadiera a los africanos. Antes le habían alcanzado con demasiada facilidad. No sabía cuánta velocidad era capaz de alcanzar —y mantener— el cuerpo de su cliente. Iba a averiguarlo enseguida.

IX

Entró en la floristería jadeando. El tendero le echó un vistazo, deteniéndose en los faldones de su camisa. Padovani la remitió dentro de los pantalones, se secó el sudor

de la frente, y con voz temblorosa pidió trece rosas. El florista dejó de prestar atención a su ropa.

—¿De qué color las quiere?

El indio apoyó una mano en el mostrador y tragó saliva antes de contestar. El ambiente estaba muy cargado por el olor de las flores.

—Grisés... como una losa de piedra.

Sacó el último billete de cien euros del bolsillo de la camisa. El resto los había tirado al aire mientras corría, para entretener a sus perseguidores. También se había deshecho de la chaqueta.

—¿Podría cambiarme este billete? —hizo una pausa para respirar y tocarse el pecho—. No he podido conseguir cambio. Por favor.

Le pareció que era una petición razonable, pero temió que el tendero no quisiera ayudarle. Se sentía como el alumno que sabe de memoria todo el temario, a excepción de la pregunta que cayó en el examen. Miró al hombre que estaba al otro lado del mostrador, cuya apariencia física era más bien de tallo endeble. El florista tomó el billete con aire cansino, lo introdujo en la caja registradora, y le devolvió al indio su cambio, incluyendo todas las monedas necesarias. Padovani juntó con avidez los billetes y las monedas, tiró al suelo lo que no le hacía falta, y depositó encima del mostrador diecisiete euros con ochenta y nueve céntimos. Ese era el código exacto para contactar con Terry: uno, siete, ocho, nueve. Seguramente habría otros muchos. Pero la Revolución Francesa le correspondía a su antiguo camarada.

Vio al encargado de la floristería contar el dinero.

—Tendrá que esperar un poco —dijo el hombre—. Puede sentarse en aquella silla.

Padovani cerró los ojos y se desplomó contra el suelo.

Soñó que tenía el cuello metido en el cepo de una guillotina. Recuperó la consciencia, atado de pies y manos a un sillón de dentista. Veía doble. Trató de enfocar la vista en la correa que sujetaba su brazo derecho. Forcejeó con ella. Después se dio cuenta de que no estaba solo. Un hombre, vestido con bata verde de cirujano, parecía empeñado en revolver toda clase de objetos metálicos punzantes, que repiqueteaban sobre la bandeja de una mesa auxiliar. Tardó unos segundos en reconocerlo. Tenía el pelo blanco, escaso, y despeinado, llevaba gafas, y estaba bastante más gordo. Los años habían cambiado su cuerpo. Pero no tanto como a mí, pensó Padovani.

—Terry.

—¿Quién eres?

—Soy yo... —tenía la lengua dormida, como anestesiada—. El indio Padovani.

Terry le acercó un vaso de plástico hasta la boca, y él se bebió el líquido de un trago. Había pensado que sería agua, pero tenía un regusto amargo. Cerró los ojos y

suspiró.

—Creía que ya te habían intercambiado de regreso. Por eso te até a la silla.

Al indio le costaba mantener los ojos abiertos.

—¿Pueden hacerlo sin que me tome la pastilla de vaciado? Desátame, por favor.

Terry regresó junto a la mesita y dejó en ella el vaso de plástico.

—La pastilla de vaciado es un cuento chino de FarmaCom... Ellos necesitan hacer creer a la Comisión Europea que su química es necesaria, pero el hardware IPv12 puede hacer todo el trabajo. Hace años que lo sabemos. La Europol también lo sabe. De hecho, nos enteramos gracias a ellos, aunque esa es otra historia.

Eso explicaba lo de Leidi.

—Han intercambiado a alguien que se fugó conmigo. Trajeron al cliente de vuelta, sin necesidad de pastilla...

—¿Al cliente? —Terry negó con la cabeza—. No creo que eso fuera lo que sucedió. Cuando escapasteis de la guardería, FarmaCom perdió el control sobre vosotros, lo cual es bueno, pero tiene una parte negativa: la policía de red toma el mando. Se supone que tienen que pedir una orden judicial para desalojar un cuerpo, pero en la práctica hacen lo que les da la gana. Tienen gente preparada para este tipo de intercambios. Tu amigo estará ahora dentro del cuerpo de un funcionario de la Europol, y probablemente lo estarán interrogando en este mismo instante.

—¿Y entonces el cliente...?

—El cliente ni se habrá enterado. Seguirá tan tranquilo con sus vacaciones, y luego volverá a su cuerpo, intercambiando su mente por la del funcionario que ahora lo ocupa, sin enterarse de nada. Es una carambola a tres bandas.

Padovani se sentía tan desinflado que se extrañó de que las correas que lo sujetaban no le quedaran grandes. No comprendía por qué Terry no le soltaba, y tampoco tenía fuerzas para insistir. Pero sí para hacer una nueva pregunta.

—¿Por qué no me han intercambiado también a mí?

—No tengo ni idea. Tendrán alguna razón. Pero no dudes de que lo harán en el momento oportuno, sin que puedas evitarlo. A no ser... —agarró unas tenacillas largas de la mesita y sonrió— que antes consiga ponerte el inhibidor. Por eso ahora conviene que dejes de protestar y sigas atado.

Padovani se espabiló de golpe. Las tenacillas sujetaban en su extremo una especie de araña metálica diminuta.

—¿Qué vas a hacer con eso?

—Hurgarte hasta el fondo de la nariz. Tranquilo, te he dado un anestésico disuelto en el agua.

—Una pastilla...

Terry se rio.

—Confía en mí. No estoy a sueldo de FarmaCom. —Se rascó la cabeza con la

mano libre—. Aunque reconozco que la droga se la compré a ellos... Pero no es una pastilla de vaciado. O igual sí, no puedo saberlo... Bueno, qué más da. Es sólo para evitarte el dolor. Quédate quieto.

Padovani no podía creer que hubiera sido tan descuidado. A la primera oportunidad, habían conseguido drogarle. Justo lo que se había propuesto evitar desde que llegó a Europa. Sintió un dolor en el pecho. El corazón se le estaba acelerando de nuevo, y en su loca carrera se saltaba un latido de cada tres. Terry decía que no estaba a sueldo de FarmaCom, pero podía trabajar para Dientefijo.

—¿Sigues en contacto con los viejos camaradas?

—Hummm... no. Aunque leo las noticias. Últimamente os nombran mucho.

Sonó un timbre. Terry se giró.

—Mierda. Hay alguien en la puerta.

Padovani estiró el cuello en la dirección que miraba Terry. Reconoció a Ringo en el pequeño monitor de circuito cerrado.

—Es uno de los que se fugaron conmigo.

—¿Te ha seguido?

—¡No! —Padovani estaba empapado de sudor y el pecho le ardía—. Me dijo... Me dijo que quería pasarte una información. No sé cómo nos ha encontrado...

—Te ha seguido. No me gusta eso. Acabemos de una vez.

—Por favor...

Dejó caer la cabeza en el sillón. La pastilla disuelta en el agua le estaba causando muy mal efecto. Nunca había sufrido un ataque al corazón y no tenía con qué comparar aquel dolor, así que no sabía si le quedaba tiempo para anunciar que se moría, ni si merecía la pena hacerlo. Necesitaba el inhibidor, o la policía le encontraría y eso sería igualmente la muerte. Si todo era una trampa de Dientefijo, ahora Terry se lo diría. Querrían que él lo supiera, que comprendiera quién le estaba matando y por qué. Pero Terry no parecía saber más que él sobre lo que le estaba sucediendo.

—¿Qué te pasa?

—El brazo... —señaló con la cabeza hacia la izquierda.

—¿Tienes problemas cardíacos? —Terry se tocó las gafas y echó otra mirada al monitor, donde la imagen de Ringo seguía esperando—. No lo sabes, claro. La verdad es que yo tampoco me he leído el prospecto del anestésico. Espero que no tenga contraindicaciones.

«Sería una putada», añadió por lo bajo. El timbre volvió a sonar. Terry sujetaba las tenacillas a medio camino de la nariz de Padovani.

—Acaba ya —suplicó el indio.

—Estoy pensando que si a ese tipo —señaló al monitor— tampoco le han intercambiado... A lo mejor es un policía de red infiltrado en la guardería. Suelen

hacer esas cosas... Claro, por eso quería encontrarme —empezó a jadear—. Estamos bien jodidos.

Padovani se ahogaba. El dolor del pecho y del brazo era insoportable.

—Date prisa...

Las manos de Terry temblaban. No acertó con el agujero de la nariz, y la arañita se le cayó al suelo. Ni siquiera intentó buscarla.

—¡No puedo hacerlo! Tengo que largarme. Lo siento.

Arrojó las tenacillas a la mesa. Padovani gritó.

—Escucha...

Terry no esperó a que terminara y salió corriendo de la habitación, dejándole atado a la silla. De no haberse marchado, el indio quizás le habría podido dedicar a su antiguo camarada algún epíteto, no demasiado elaborado, pero sí muy sincero, acerca de su madre. También querría haberle señalado la incoherencia de sus hipótesis: suponiendo que Ringo fuera policía, y la persona que había entrado en el cuerpo de Leidi también... ¿por qué demonios se habían enfrentado en el Retiro? Todo eso podría haber dicho, si hubiera tenido aliento para hacerlo y alguien que le escuchara. No era el caso.

Intentó toser con fuerza, ya que había leído que es lo que debe hacerse en caso de infarto, cuando nadie puede ayudarte. De pronto algo empezó a zumbar en su cráneo. Apretó los dientes. El timbre de la calle volvió a sonar, pero él ya no estaba allí para escucharlo.

X

Seguía atado de manos, pero ahora estaba tumbado en una cama. Por el rabillo del ojo percibió una sombra que se movía a su derecha. Giró la cabeza en esa dirección y se encontró mirando a los ojos de un viejo conocido. Un segundo después, silencioso como un fantasma al que acaban de asustar, el hombre se escabullía de la habitación y cerraba la puerta.

Desató con facilidad las ligaduras que sujetaban sus muñecas al cabecero. Habían utilizado un pañuelo de tacto sedoso para inmovilizarle. Se incorporó en la cama. A su lado había una mujer desnuda, de cuerpo esbelto y moreno, larga melena negra, tumbada boca abajo. Parecía dormida.

Él también estaba desnudo. Incluso un poco más, de cintura para abajo. Su vista se detuvo en el pene erecto, que señalaba hacia el techo sin titubeos. No había pasado tanto tiempo fuera como para no reconocer su propia polla. Aunque hacía muchos años que no la veía tan tiesa. Su cliente debía haber aprovechado la ausencia de

problemas cardíacos y seguramente se había tomado alguna pastilla para conseguir aquel prodigioso efecto. También debía influir la calidad de la compañía, y su experiencia jugando con pañuelos de seda.

Padovani suspiró. Estaba de vuelta. Aquello parecía la habitación de un hotel; era más grande que muchas de las casas en las que había vivido de niño.

Escuchó ruido de carreras en el pasillo. Llamaron a la puerta.

—¡Policía!

«Mierda», pensó. Aquella voz le sonaba. Se levantó de la cama y corrió hacia la ventana. El cristal no se podía abrir. Volvieron a aporrear la puerta. Miró hacia la cama. La muchacha del pelo largo seguía dormida, a pesar del ruido. Padovani tragó saliva. Se dio cuenta de que estaba muerta.

Doble mierda.

—¡Abre la puerta o la echamos abajo, indio!

Ese es Mendoza, se dijo. Aprovechó los pocos segundos que tenía, antes de que tiraran la puerta, para sacar una toalla del cuarto de baño y taparse la erección. Ya que no podía escapar, al menos se rendiría con algo de dignidad. Mendoza y Salinas derribaron la puerta y entraron al mismo tiempo, con las pistolas desenfundadas y apuntándole.

Quiso recibirles con algún comentario irónico, para estar a la altura de su reputación, pero no le dejaron ni abrir la boca. Mendoza le atizó un culatazo en la mandíbula que lo envió directo a besar el suelo.

—Hijo de la gran puta... ¿Qué le has hecho a Verónica? ¡Te voy a matar!

Esa era la voz de Salinas, que solía ser el más razonable de los dos. Padovani hizo un esfuerzo por articular de nuevo la mandíbula, para poder alegar algo en su defensa antes de que le descuartizaran.

—Yo no he sido. Acabo de llegar.

Los dos policías ya le habían levantado, agarrándole por los brazos, y se disponían a patearle el alma cuando una lucecita se encendió en el cerebro del indio.

—¡Ha sido Ruggeri!

Salinas le dio un manotazo en la cara y preguntó: «¿Ese quién es?». Mendoza añadió «responde», y le propinó otra bofetada.

—El abogado de Dientefijo... el de los tirantes. Le he visto irse de la habitación, justo cuando he llegado.

Los policías le dejaron caer al suelo, seguramente por si quería besarlos de nuevo. Se quedó echo un ovillo, con los sentidos alerta. Había dicho la verdad, pero si no le creían estaba dispuesto a vender cara su piel. Intentaría morderle la tibia a uno de ellos y patearle los huevos al otro. Aunque no parecía que fueran a atacarle por el momento. Mendoza y Salinas se miraban con una expresión cargada, ya que no de inteligencia, al menos sí de malicia.

—El espagueti maricón... Nos hemos cruzado con él.

—Y parecía nervioso. Creo que el pichafloja dice la verdad.

—Verás cuando se entere Willy Jota. ¿Pero por qué lo habrá hecho?

—Querría que nos cargáramos al indio —Mendoza miró hacia abajo—. Ganas no me faltan.

—Pues te las aguantas. No vayamos ahora a joderlo todo.

«Pichafloja» pensó el indio. Al parecer, durante su ausencia, le habían cambiado el mote. Cabrones.

—¿Puedo irme ya? —preguntó.

Los policías se rieron. Al menos no se llevó más golpes.

XI

Debía admitir que el crimen tenía una buena escena: acostado con una chica cuyo cuello estaba recién partido, y la policía a punto de entrar. Ruggeri le había preparado el escenario, pero dudaba de que fuera el único director de la obra. La sincronización del abogado con la persona, o personas, que le habían intercambiado de vuelta había sido casi perfecta. El «casi» era lo que le permitía contarlo. Que él supiera, sólo FarmaCom o la Europol podían haberle hecho regresar. Así que Ruggeri tenía relación con alguna de esas dos organizaciones. ¿Qué pintaba Dientefijo en todo esto? Presentía que, ahora que estaba encerrado en la misma cárcel que su ex socio, lo iba a averiguar de un modo traumático.

Su historial previo ya bastaba para condenarle a muerte —o, visto desde la perspectiva del régimen anterior, concederle una medalla— sin necesidad de añadir el asesinato de Verónica. Mientras estuvo en espera de juicio, en prisión preventiva, los días pasaron con la bendición de la soledad. Después del juicio le enviaron a una cárcel que estaba igual de sucia y abarrotada que cualquier otra del país; pero era obvio que no la habían elegido al azar.

Aquello no era como la guardería de FarmaCom. Se aseaban una vez a la semana, ordenados por galerías, en un cuarto embaldosado hasta media pared, en el que había un par de grifos de agua congelada. Los parias experimentados se agrupaban en las esquinas y procuraban no llamar la atención. Pero siempre había alguno que todavía estaba aprendiendo.

—¡Soy inocente!

Un cholo, bajito y patizambo, no dejaba de dar la matraca. Desde que había entrado en las duchas repetía la misma cantinela. Padovani miraba a aquel pobre infeliz. Intentaba adivinar cuánto faltaba para que alguien se hartara de él y le partiera

la cabeza; mientras lo hacía, bajó la guardia. Alguien se le acercó por detrás. No se dio cuenta hasta que escuchó su voz, susurrándole al oído.

—Pásate por la celda de Dientefijo, a las cuatro.

Se le erizó el pelo de la nuca. El indio sintió aquella orden como una puñalada en los riñones. Sólo pudo contemplar la espalda del muchacho que le había transmitido el mensaje. Llevaba una camiseta interior de tirantes, y unos vaqueros de fondo bajo. No lo había visto venir. Soy un viejo ridículo, pensó, más que ese cholo aullador. De todos modos, era buena señal que Dientefijo quisiera hablar con él. No iba a matarle en su propia celda. Si tenía que suceder, sería en cualquier otra parte. Probablemente en las duchas.

A las cuatro menos dos minutos, entró en la celda de Gonzalito Mendieta, alias Dientefijo. «Porque si te muerde no te suelta», recordó Padovani la aclaración, recibida muchos años atrás, casi milenios. Mejor no hacerle esperar. Se sentó en el catre que había frente al que ocupaba su antiguo jefe, camarada, socio, y, durante algún breve periodo de tiempo, tal vez seis o siete días en treinta años, amigo. Dientefijo sonrió, y el indio casi se atraganta al ver un diente de oro. Había pensado cuál sería la mejor manera de saludar a Mendieta, pero con la sorpresa se olvidó por completo.

—Compadre... más fijo que nunca, el Dientefijo.

—¿Qué?

—Que si mordiste un lingote.

Dientefijó cerró la boca como el que deja caer una trampa.

—Se me cayó un diente. La edad no perdona. Me han dicho que a ti tampoco, que ya no hay peligro de que nazcan más indiecitos por el mundo.

La carcajada descubrió de nuevo el oro de Dientefijo. Padovani no tenía ganas de reírse, ni de andar con rodeos.

—¿Qué quieres de mí?

—¿Qué quiero yo, puto? Me han dicho que andabas buscándome, que tenías que platicarme una cosa.

—Eso es mentira.

Dientefijo meneó la cabeza.

—Mira, indio... Sé que estás esperando que dé el primer paso, y lo comprendo. —Quiso interrumpirle, pero Dientefijo le hizo un gesto—. No, está bien, déjame hablar. Lo tengo merecido. Ese cabronazo de Ruggeri me llenó la cabeza de embustes contra ti. Quería que yo mandara liquidarte, y así él podría controlar la organización sin que nadie le discutiera el mando, mientras me pudro aquí dentro. Sé lo que ocurrió en el hotel. Ruggeri debe tener contactos en la Agencia, es la única explicación. Averiguó lo que iba a suceder y quiso intentar que no llegaras vivo a la cárcel, que no pudieras hablar conmigo. Pero se le fue la mano con la apuesta, y va a

pagarlo. Willy Jota andaba medio enamorado de la puta muerta.

Padovani meneó la cabeza. Willy Jota estaba a sueldo de la CIA desde la época de los paramilitares y no se molestaba en ocultarlo. Era hasta cierto punto lógico que la Europol hubiera colaborado, trayéndole de vuelta. También resultaba más que probable que Ruggeri hubiese intentado aprovechar la oportunidad para quitarle de en medio. Lo que Padovani no llegaba a entender era por qué estaba pensando todo aquello dentro de la celda de Dientefijo.

—Un muchacho con camiseta blanca, de tirantes, y pantalones caídos —dijo—. ¿Lo conoces?

—Así visten todos aquí, viejo. Ni pizca de estilo.

—Me dijo que viniera a verte a esta hora.

Dientefijo resopló.

—No sé nada de eso. Pero me alegro de que hayas venido.

Padovani no comprendía nada, y eso era muy peligroso. Se removió en el catre, y al hacerlo su mano tocó algo duro, debajo de la manta.

—¿Qué es esto?

—¿El qué?

Metió la mano debajo de la manta, y sacó el objeto. Era un cuchillo enorme. Dientefijo retrocedió en su colchón, hasta pegar la espalda contra la pared.

—Hijo de puta.

Padovani soltó el cuchillo encima de su catre.

—Escucha... yo no...

No pudo terminar la frase. El zumbido no le permitió hablar. Se frotó los ojos, y cuando volvió a mirar era de noche. Estaba sentado en la mesa de un restaurante. El mantel tenía manchas de vino y restos de una cena para dos. Había una velita encendida. Música suave de violín. Sentado al otro lado de la mesa, Ringo miraba la hora en su reloj. Después sonrió.

—Creo que ya eres tú. ¿No es así, viejo?

Padovani abrió la boca, pero enmudeció al verse las manos. Se las acercó a los ojos. Tenía los dedos finísimos... y las uñas de porcelana.

XII

Mientras hablaba, Ringo recorría el mantel con los dedos, juntando un rebaño de migas desperdigadas. El indio Padovani tuvo que hacer un gran esfuerzo para concentrarse en sus palabras, y apartar el resto de estímulos y sensaciones que reclamaban su atención. Como por ejemplo el roce del sujetador en la piel. Debía ser

un sostén demasiado pequeño, y le apretaba las tetas. Sus propias tetas. Aquella experiencia era demencial. También se sentía un poco ebrio. Había copas en la mesa, apuradas hasta las heces. Interrumpió a Ringo con un gesto, para aclarar una duda.

—¿Este es... el cuerpo de Leidi?

Tenía la lengua trabada por el alcohol.

—Puedes estar seguro, viejo —respondió Ringo—. En estos días he llegado a conocerlo muy bien.

Su risa llamó la atención de la mesa vecina. Padovani echó de menos sus puños, para poder partirle la cara. Intentó olvidar lo que sentía y centrarse en las explicaciones que estaba recibiendo. La cosa era más o menos así:

El cliente de Leidi, el turista llamado Abramov que había querido pasar sus vacaciones en el cuerpo de una mulata venezolana, era el director de la Agencia Europea de Evaluación de los Medicamentos. La misma Agencia que —entre otras muchas cosas que afectaban de lleno al negocio de FarmaCom— regulaba el uso obligatorio de pastillas de vaciado para los intercambios. A los dueños de la multinacional les gustaba organizar viajes de placer, e invitar a ellos a sus amigos y colaboradores. Estos viajes eran vox populi, pero se llevaban a cabo de un modo tan discreto que, cualquiera, incluso uno de los políticos más conocidos de Bruselas, podía permitirse satisfacer en ellos sus fantasías, sin temor a que nada trascendiera. Se trataba de un «intercambio de favores» poco ético cuando menos, si no abiertamente corrupto y delictivo. Los antisistema, los euroescépticos, los grupos civiles que luchaban por restablecer la neutralidad de la red... estarían encantados de filtrar aquel cohecho a la opinión pública, con las pruebas en la mano. Y qué mejor prueba que una entrevista con la propia Leidi, hablando desde el cuerpo de Abramov.

—Pero FarmaCom reaccionó enseguida. Cuando se dieron cuenta de nuestra fuga enviaron a uno de los suyos a ocupar el cuerpo de Abramov. Tiene gracia. No utilizaron una pastilla de vaciado. No son tan imbéciles como para creerse sus propias mentiras. Pensamos que, mientras tuviéramos secuestrada a la directora, no se atreverían a forzar el intercambio. Nos equivocamos en eso.

—Vi lo que pasó en el Retiro. El gordo casi te aniquila.

—Me imaginé que regresarías a por la chaqueta. La única pista que me habías dado para encontrar a Terry era que necesitabas dinero.

—Un amigo me dijo que seguramente los dos erais policías de red, o de algún otro departamento de la Europol. Pero eso es absurdo, porque entonces no os hubierais peleado. No podíais estar en el mismo bando.

—¿Terry pensó eso? No me extraña que digan que es un paranoico.

—Ahora deduzco que, si el otro era de FarmaCom, tú debes ser el policía.

Ringo sonrió y no dijo nada.

—¿Por qué queríais pasarle a Terry la información sobre Abramov?

—Por lo mismo que se hace todo en Bruselas. Alguien decidió que el gordito no debía presentarse a las primarias de su partido. También era un toque de atención para FarmaCom. Terry habría conseguido distribuir la información. Los antisistema saben cómo hacerlo sin utilizar la red, porque ya no les queda otro remedio. Pero FarmaCom sabría que habríamos sido nosotros.

—Porque ellos ya sabían cuál era tu labor en el centro, y para quién trabajabas.

—Digamos que lo sospechaban.

—¿Te puedo hacer una pregunta personal?

Ringo miró el reloj.

—Adelante.

—¿Tienes un implante IPv12?

—Por supuesto que no. Son muy inseguros.

No había el más leve rastro de ironía en su respuesta. Ringo dejó de jugar con las migas, y se sacudió las manos. Después echó otro rápido vistazo a su reloj.

—Tengo que admitir que me asusté mucho cuando vi el cadáver en el consultorio de Terry. No me avisaron de ese intercambio, la orden vino de muy arriba. Al principio pensé que eras tú, viejo.

«Me alegro de haberte ahorrado ese disgusto», pensó Padovani. Se le estaban cerrando los párpados. Leidi había bebido demasiado. Clavó las uñas de porcelana contra la palma de su mano para espabilarse. Las estropeó todas.

—¿Cómo encontraste el consultorio?

—Ya te lo he dicho. La única pista que tenía era que necesitabas una cantidad indeterminada de dinero. Siempre se nos ha dado bien seguir el dinero.

Localizadores nanoscópicos. Introducidos en cada uno de los billetes. Padovani había cometido un error de principiante: no le hubiera costado nada conseguir los veinte euros de cualquier otra manera. Al menos le quedaba el consuelo de que sus perseguidores le creían más inteligente de lo que era, porque ni siquiera se había deshecho de la ropa que le dieron.

—Encontraste la floristería.

—Sí, después de perder bastante tiempo con el dinero que llevaban los negros. Tardé mucho menos en conseguir que aquel hombrecito de la tienda me dijera a dónde te habían llevado.

—Lo torturaste...

—Por favor... No me ofendas. Esas cosas sólo pasan en tu país. Nosotros no lo necesitamos. Tenemos toda la información... al menos la que circula por la red, claro. Por eso Terry se nos escapa. Pero casi nadie resiste al cien por cien. ¿Sabías que el tendero de la floristería, con lo mal que le va el negocio, mantiene a su familia y a una amante? —Ringo levantó las manos—. No me entiendas mal. No pretendo juzgarle. Sé que es un padre responsable, que educa bien a sus hijos. La mayor, Sara,

casi nunca se mete en líos.

—Ya veo.

—Era sólo un ejemplo, viejo. Normalmente no nos hace falta ni insinuarlo. Los antisistema, los que tienen antecedentes, ya saben lo que hay. Ni se molestan en ocultarnos nada.

Padovani carraspeó.

—¿Qué puedo decir? —hablaba despacio, para pronunciar bien las palabras—. Es una buena historia. Pero no explica que me hayan crecido los pechos.

La ocurrencia provocó en Ringo un golpe de tos que, con cierta benevolencia, podría pasar por risa perruna. Apoyó las manos encima del mantel, echó otro vistazo disimulado a su reloj.

—Unos amigos querían aprovechar la situación de tenerte en la cárcel, con tu implante IPv12 casi sin estrenar, para transmitirte un mensaje a Dientefijo. Leidi está ahora mismo comunicándose.

Volvió a mirar el reloj. Padovani se restregó los ojos.

—¿Qué amigos?

Ringo meneó la cabeza.

—De los que devuelven los favores.

Y a ti el favor te lo han hecho trasladando a Leidi a Europa, pensó el indio. Ringo tenía los ojos brillantes. Como si hubiera tomado algo más que vino. No dejaba de mirar el reloj.

—¿Es muy largo el mensaje? Parece que Leidi se está entreteniendo.

La expresión del rostro de Ringo se endureció. Sacó un teléfono móvil y lo puso encima de la mesa.

—No te apures. Enseguida me avisarán.

Permanecieron en silencio. Padovani miró el teléfono. Le pareció que era el mismo que le había entregado el chófer de Norteños. Recordó la escena y se le ocurrió preguntar algo.

—¿Sigues teniendo los papeles que te firmó la directora? La ficha de Abramov y su intercambio con Leidi. Aquello fue una buena jugada. Seguro que valen mucho dinero.

Ringo desvió ligeramente la mirada antes de contestar.

—Ya no los tengo. ¿Para qué? Los entregué hace tiempo.

Otra de las lecciones que el indio hubiera querido poder enseñar a sus hijos era esta: si una conversación honesta y sincera dura lo suficiente, siempre finalizará con una mentira.

Una mujer joven y alta se levantó de la mesa vecina y pasó a su lado, en dirección a los servicios, con un bolsito en la mano. Llevaba un vestido de noche muy corto, y ambos hombres no pudieron evitar acompañar sus piernas con la mirada. El indio

Padovani echó hacia atrás la silla, arrastrando las patas, y se puso en pie.

—¡Me estoy meando! —anunció con voz lo suficientemente alta para que le oyeran en las mesas de alrededor.

Tenía dificultades para mantener el equilibrio. Se recolocó el sujetador, a ver si eso le ayudaba a no caer. Ringo quiso agarrarle la mano, pero él se zafó.

—A donde tengo que ir no puedes acompañarme.

Le guiñó un ojo. Ringo hizo un gesto, como quitándole importancia al asunto.

—Está bien —acarició el teléfono—. Vas a «regresar» en cualquier momento.

Padovani ni siquiera intentó caminar derecho sobre los tacones, y siguió a la chica de las piernas bonitas lo más deprisa que pudo, teniendo en cuenta que al primer paso ya se había torcido los dos tobillos. Entró en el servicio de mujeres, sonriente, y se dirigió al lavabo para refrescarse la cara con agua fría. En el espejo vio que se le había corrido el maquillaje. Se secó la cara con una toallita de papel y esperó a que la joven terminara en el excusado para hablarle. Dijo que se encontraba mal, lo cual era evidente, y le pidió prestado su teléfono para llamar a alguien que viniera a llevarla a casa. La joven dudó, pero finalmente rebuscó en el bolsito que llevaba y sacó un móvil. El indio le dio las gracias y marcó el número de la directora de la guardería. Todavía lo recordaba.

No le costó explicar la situación: estaba en un restaurante, cenando con el hombre que podía arruinar la carrera de Abramov, el buen amigo de FarmaCom en la Agencia Europea. La directora dio nuevas muestras de ser una mujer pragmática: no tardaron en llegar a un acuerdo beneficioso para ambas partes. Ahora lo que le preocupaba al indio era poder disfrutarlo.

—Ringo espera una llamada. No estoy seguro, pero supongo que me ayudaría que no pudiera recibirla.

—Eso es fácil. Dígame dónde están.

Padovani dudó un segundo, pero no tenía otra opción. Debía cumplir con su parte y esperar. Le preguntó a la chica del vestido corto la dirección del restaurante. La dueña del teléfono tenía cara de no estar entendiendo nada. Tardó en reaccionar, pero finalmente le dio el dato. Padovani pensó que pronto empezaría a asustarse, así que no se demoró en pasar la información y cortar la llamada. Devolvió el móvil a la chica, la cual salió corriendo del servicio, sin esperar a que le diera las gracias por haberle salvado la vida.

XIII

Quizás Leidi había estado bebiendo para darse valor. Un cuchillo de ventaja no era

algo definitivo contra Dientefijo. Padovani decidió aprovechar que estaba en el servicio para vaciar la vejiga. Levantó la taza del retrete y se quedó de pie, inmóvil, dubitativo, hasta que su cerebro asimiló que no había nada que su mano pudiera agarrar para afinar la puntería. Suspiró. En la vida hay cosas mucho peores, pensó mientras se sentaba para orinar.

Después volvió a lavarse la cara. La sonrisa de Leidi era preciosa, mucho más bonita en vivo que en la foto de su ficha. Se sentía bien al verla. En el camino de regreso a la mesa estuvo ensayándola. Ahora le tocaba a él entretener a su compañero de mantel, hasta que apareciera la gente de FarmaCom. Ringo miraba su teléfono con gesto de preocupación, como si no funcionara bien.

—Has tardado mucho.

—No te vas a creer lo que me ha pasado en el servicio.

Buscó con la mirada a la chica del vestido corto, y afortunadamente no la encontró. El indio pestañeó exageradamente, se sentó sin acercar su silla a la mesa y cruzó las piernas.

—La chica esa de antes. Me ha tocado las tetas, y nos hemos besado.

Ringo dejó de mirar el móvil. Padovani estiró la espalda y sacó pecho. Si iba a pasar el resto de su vida siendo una mujer en el extranjero, debía empezar a acostumbrarse. Al menos, tenía experiencia de primera mano sobre lo que le gustaba a los hombres heterosexuales. Empezó a inventarse la historia de lo que podía haber sucedido en el cuarto de baño.

—¡Venga ya! —repetía Ringo. De vez en cuando miraba de reojo su móvil, pero no le prestaba tanta atención como antes.

Llegó un camarero nuevo, uno al que no había visto antes, y les ofreció una copita de licor.

—Invita la casa.

El camarero le guiñó un ojo. Entonces Padovani supo que ya podía ir terminando su relato.

XIV

Ringo yacía con medio cuerpo encima de la mesa, inconsciente. El resto de comensales habían sido desalojados, con la excusa de un pequeño incendio en la cocina.

Tal y como había pactado con la directora, le introdujeron un inhibidor por la nariz allí mismo, en el restaurante. Para ganar tiempo, pidió que lo hicieran sin anestesia porque es bien sabido que las mujeres aguantan mejor el dolor.

Después, vio que los de FarmaCom empezaban a registrar el cuerpo de Ringo.

—No creo que lleve los papeles encima.

El camarero, el mismo que les había servido la copita de licor, le sonrió. Padovani le devolvió la sonrisa, encantada de ver lo amable que era todo el mundo con ella, ahora que era una chica joven y guapa. Quién sabe, se dijo.

Quizás la vida le estaba dando una nueva oportunidad para educar hijos.

UN DÍA SIN PAPÁ

Ian Watson

Ian Watson es un escritor inglés con fuertes vínculos con España, asistente habitual de la Semana Negra de Gijón. Es uno de los autores de ciencia ficción y fantasía más respetados por la crítica y los lectores, con una extensa producción que incluye títulos como: *Empotrados*, *El modelo Jonás*, *Visitantes milagrosos*, *Embajada alienígena*, *Carne*, *El jardín de las delicias*, *El gusano de fuego*, *Magia de reina, magia de rey*, *Putas de Babilonia* y *El viaje de Chéjov* entre otros. Es, además, autor del guión de la película *A. I.: Inteligencia Artificial*, dirigida por Steven Spielberg. Sus mejores textos se caracterizan por exponer conflictos sociales y culturales con una mirada lúcida bajo el prisma de la ciencia ficción.

Watson es conocido también como un fértil y original escritor de cuentos que lleva reunidos en una docena de libros de relatos, ninguno de ellos publicado en castellano. No obstante, cuentos suyos pueden encontrarse en la mayoría de revistas de ciencia ficción de ambos lados del Atlántico, historias impactantes publicadas en *Gigamesh*, *Galaxia*, *Solaris* o *Asimov Ciencia Ficción*, que no dejan indiferente al lector y que, en palabras del editor Luis G. Prado, definen a Watson como «el maestro de las ideas extravagantes desarrolladas con razonable rigor».

«Un día sin papá» es una comprometida historia sobre una madre de familia que debe responsabilizarse, además, de la personalidad digitalizada de su padre. Fue publicado originalmente en 1997, en una de las antologías *New Worlds* editadas por David Garnett, y no ha perdido un ápice de su vigencia.

—¿Me haces un favor, cariño? —pregunté a Miranda durante el desayuno. Para mi sorpresa, mi adorada hija me miró dubitativa—. ¿Te importa cuidar hoy de tu abuelo?

Miranda clavó la vista en el cuenco de muesli. El pelo rubio le caía alrededor de la cara y no me permitía ver su expresión.

—¿Puedo dejarlo durmiendo, mamá? Esta mañana tengo un examen de francés y... y por la tarde hay pruebas de natación.

—El abuelo te puede ayudar con el francés.

—No digas tonterías. Eso es hacer trampa. Si te pillan, te ponen mala nota.

Cuando dije «hacer trampa» miré a Paul sin querer, pero coincidió que estaba consultando el reloj.

¿Cuándo había sido la última vez que mi querido esposo me había hecho el amor de verdad? Ni una desde hacía tres años, cuando papá se quedó a vivir conmigo. «¿Seguro que está dormido, Cath?». «Pues claro». «Pero si pierdes el control...». Paul creía que papá iba a aparecer en medio de mis espasmos de placer, como espectador y crítico. ¡Y no me atrevía a pedirle a Miranda que cuidase de papá una hora por la noche para que sus progenitores pudieran disfrutar de un poco de intimidad espontánea sin especificar! Qué vergüenza, qué anti erótico.

Cada vez estaba más segura de que Paul había tenido alguna aventurilla durante el último año, algo que sin duda se autojustificaría por la supuesta necesidad de satisfacer sus instintos masculinos; como si yo me hubiera convertido en una especie de monja sin deseos ni frustraciones. Alguna chica del Agreste, cuando iba a entregar un Jaguar a un cliente. Una chica que se conformaría con un regalito en metálico...

No sería yo la que hiciera naufragar nuestro matrimonio. Paul era sensato. Yo también. Las aventuras serias y los divorcios eran un desastre financiero. En los tiempos que corren, los asuntos económicos rigen la vida de la mayoría de la gente. Por lo menos, la nuestra. Llevar al día las facturas de la casa, la salud, la calefacción, los seguros, los servicios y todo lo demás. Invertir en el futuro de Miranda. Ojalá su talento para el diseño la haga rica; es obvio que tiene un don.

Aunque Paul y yo sólo rondábamos los cuarenta, nos obsesionaba invertir en nuestra vejez y no llegar a ser una carga para Miranda, como lo era papá para mí.

—Si pudiera, te ayudaría encantado —murmuró Paul. Sabía de sobra que era imposible. Sólo se puede alojar a familiares cercanos a nivel genético. Es por no sé qué de los patrones cerebrales—. Así practico un poco —bromeó, no muy convencido.

La verdad es que no hacía falta. Los padres de Paul no llegaban ni siquiera a los sesenta. Betty y Jack estaban más sanos que una manzana. Aun así, Paul señalaba a su hermana como firme candidata a quedarse con ellos si llegaba a ser necesario. Con los dos. ¿Cómo vas a separar a una pareja que lleva junta toda la vida? Eileen tendría que hacerse cargo de ambos.

—Mamá, sabes que normalmente no me importa —dijo Miranda—. Es sólo que... es por lo de la natación de esta tarde.

A Miranda no le apetecía estar en los vestuarios con un hombre de setenta y tantos años en la cabeza. Como un voyeur. Si sus amigas se enterasen se pondrían histéricas, aunque ella jurara que su invitado estaba suprimido. Tendría que pasarse el día fingiendo que estaba sola: una situación tensa para ella y algo alienante para papá.

¿Por qué no había mencionado las pruebas de natación hasta ahora? Contaba con ella...

Respuesta: yo no estaba muy pendiente de sus clases de natación. Lo que quería era que Miranda se centrara en el arte, campo en el que demostraba un innegable talento. Pero ella soñaba con ser campeona de natación, lo que le daría un poco de fama pasajera aunque no mucho dinero a largo plazo. Si el arte era un camino equivocado, al menos conduciría hacia algo especial. O quizá fuera un horrible callejón sin salida, y por eso se esforzaba tanto con la natación y soñaba con medallas, patrocinadores y campañas de publicidad. Miranda no destacaba demasiado en economía, ciencia, o informática.

Por lo general, no le importaba darme un descanso de vez en cuando con papá. No es que papá estuviese presente todo el tiempo de manera intrusiva, pero aún así lo sentía siempre conmigo, bajo la superficie, o sobre ella directamente.

¿Qué elección tenía salvo aceptar la responsabilidad de tener a papá en la cabeza cuando dejó de valerse por sí mismo? El precio de una residencia nos habría dejado a Paul y a mi con el agua al cuello.

Podría haber sido peor. Si mamá hubiera vivido lo bastante para alojarla, tendría a los dos compartiendo mi cerebro.

Así que, ¿qué podía hacer mi hija, salvo ayudarme de vez en cuando?

—No puedes tener a un invitado suprimido todo el día —le recordé—. Se pondría...

—Muy nervioso —dijo Paul, sin ayudar demasiado—. Quedaría aislado sin contacto diario. Necesita seis horas de experiencias al día.

¿Ahora Paul era el experto? ¿Él, que no tenía invitados y probablemente no los tendría nunca?

De lunes a sábado, las seis horas diarias de papá —o más, que sería lo ideal— tenían lugar, obviamente, mientras yo realizaba televentas desde casa para conseguir algún ingreso extra y Paul estaba a treinta kilómetros, en el concesionario de Jaguar del Manso de al lado, sonriendo sin parar a los clientes potenciales de aquellos enormes y elegantes coches de lujo. En secreto, odiaba su opulencia, pero era un comercial extraordinario. Tras un largo día de palmaditas en la espalda y falsas apariencias, lo que menos le apetecía era compartir la tarde con papá.

Nos conformábamos con lo que había. Sobrevivíamos, y Miranda era nuestro

mayor tesoro, tanto como nuestras inversiones, que crecían a paso de tortuga. Era sólo que ya no nos sentíamos nada jóvenes. Quizá a la mayoría de gente como nosotros le pasaba lo mismo. Tener a papá en la cabeza no ayudaba.

—Lo haré mañana —prometió Miranda.

Tendría que posponer cierto asunto. Y dar las gracias, sobre todo por una hija que al menos estaba dispuesta a compartir mis obligaciones.

—Estupendo, cariño.

Paul se estremeció. Tenía frío vestido con su traje de comercial, camisa de rayas y corbata con el emblema de Jaguar.

No me preguntó qué iba a hacer esa tarde. Lo haría al día siguiente, cuando me hubiera librado de papá. Si me hubiera preguntado, le habría dicho que tras el almuerzo me pondría algo de abrigo y daría un paseo hasta el parque, a los invernaderos, que aún no cobraban entrada. Perdería ventas potenciales pero me moría por ver las orquídeas en flor, por estar a solas en un sitio caliente. Pero si tuviera a papá en la cabeza me sentiría obligada a compartir esa belleza con él; seguro que estar sentado realizando televentas no era su pasatiempo favorito.

No tenía ninguna intención de ir al parque.

El concesionario de coches era una especie de invernadero para Paul, aunque el paisaje era sólo metal pulido. Durante el invierno, para mantener a los clientes, la estancia tenía que estar mucho más cálida que nuestro pequeño adosado.

Ya era hora de que Paul se pusiera el abrigo y se apresurara a coger el autobús. En un cuarto de hora, Miranda haría lo mismo. Papá estaba conmovido. Le gustaba ver cómo su nieta se iba al colegio. No le hacía falta ver a Paul. A Paul no le hacía falta verlo a él.

Tenía el reloj programado para asegurarme de que papá disfrutaba al menos de seis horas de libertad. Por supuesto, si tenía que ir al baño o ducharme podía suspenderlo. Siempre me tentaba dejarlo latente más de lo necesario.

—Esta tarde Miranda tiene unas pruebas de natación —anuncié cuando tomé asiento frente a la pantalla aún apagada, con papá alerta en mi interior.

—Oh, me encantaría asistir.

—Yo tampoco puedo ir.

Le oía como si fuera una voz en mi interior. Para que me oyese, yo tenía que hablar en voz alta. Los invitados no tenían acceso a nuestros pensamientos privados, sólo a lo que veías, decías y hacías. Seguro que había huéspedes que lo pasaban mucho peor que yo, si tenían la mala suerte de que su adorado progenitor fuera un antipático o un déspota. Con un padre desequilibrado dentro, podías volverte casi esquizofrénico. A menudo tenía que recordarme qué parte real era Cath y qué era qué en el mundo, para afirmar mi propia identidad. Al menos, aún no había sentido la

necesidad de consultar a un asesor de huéspedes, y eso que el servicio era gratuito.

Menos mal que no hay invitados seniles: una mente senil no puede llevar a cabo la transferencia.

—No quiere que vayas, ¿verdad? No es que la desconcentres, pero nadar es la manera que tiene de ser ella misma. De lanzarse.

—Papá, no sé si eso que acabas de decir es un cliché o verdad.

—Cath, era broma.

Pobre papá. Él lo intentaba.

—Otro día de seguros, ¿eh?

—No hay más remedio.

—Me estoy haciendo un experto, a mi edad.

¡Ah, si papá hubiera sido un experto en llevar sus asuntos hace años! Nunca diría eso en voz alta, y confiaba en que Paul tampoco lo hiciera en su presencia. Papá había sido escultor de metal, y bastante reconocido en su momento. En los recuerdos de mi infancia siempre permanecería el calor penetrante del estudio, su sabor y olor metálicos. Evidentemente, sus dotes artísticas se habían saltado una generación y las había heredado Miranda. Las comisiones que sacaba con su trabajo le dieron para vivir decentemente, pero no para mantener a una familia. En aquella época, la mayor parte de la gente no era consciente de cuánto había que trabajar para llegar a tener capital suficiente que financiase sus cuidados futuros. Y luego la artritis se apoderó de él. Tras la muerte de mamá, acabó viviendo solo en una habitación alquilada, de la que siempre decía con orgullo que era perfectamente adecuada para sus escasas necesidades. Hasta que la artritis empeoró.

Papá: pobre y viejo.

Su trabajo con el metal era caro de mantener, así que él y mamá decidieron retrasar el momento de tener a su única hija hasta que fuesen un poco mayores, justo al contrario que los padres de Paul.

—Un penique por tus pensamientos.

No, papá, no.

—No te preocupes por Miranda, estará bien.

¿En la piscina del colegio? ¿...O en las aguas del futuro, infestadas de pirañas financieras?

Al final, encendí la pantalla.

Pero primero...

—Papá, necesito ir al baño.

Lo que era cierto. Ajusté el cronómetro. Con un impulso interior, que se había convertido en una segunda naturaleza, empujé a papá a sumergirse en sus recuerdos, desconectado de mis actos.

Hacía frío en el baño. No era una estancia reconfortante, a pesar de los posters de Brueghel que decoraban las paredes. Para Miranda eran una estimulación creativa, pero para Paul y para mí eran una sana advertencia. Me identificaba con aquellos campesinos medievales, capas y capas de ropa y circunstancias adversas. Y, si algo salía mal, no muy lejos acechaban el frío, el hambre y la enfermedad.

Ya me había entretenido demasiado.

Antes de traer de nuevo a papá, telefoneé a cierto número para disculparme ante la señora Appleby, tal como se hacía llamar. Un nombre jovial y reconfortante.

Lo siento, señora Appleby. No puedo ir esta tarde. Un problema familiar. Por favor, ¿podría buscar otra persona? Pero me gustaría hacerlo mañana.

No me extrañó que la señora Appleby me recordase, con un bufido de desaprobación, que se suponía que era el día de mi primer... compromiso, según dijo.

No nos veíamos en pantalla, aunque nos habíamos inspeccionado visualmente cuatro días antes, cuando habíamos llegado a un acuerdo. Yo le había enviado una foto mía en bañador de hacía un par de años. Paul, Miranda y yo habíamos disfrutado de un fin de semana en la Cúpula Tropical de West Midlands. Miranda se había deleitado en las olas del océano simulado. Yo había paseado encantada por el jardín selvático. Paul, feliz, jugó con fichas de valor virtual. La cúpula era un recinto familiar. La señora Appleby, cuyo discreto anuncio había visto en la Web, constató que aún era igual de esbelta que en la foto. Todavía tenía buen aspecto. Me aseguró que había muchas mujeres casadas en su base de datos.

Hubo una pausa, mientras la señora Appleby consultaba su agenda.

—Muy bien, querida. Mañana por la tarde. El mismo sitio: hotel Meridian. Habitación 323. ¿Lo has apuntado? A las dos en punto. Es un hombre de negocios alemán, treinta y tantos años. Asegúrate de contar el dinero. Recuerda que la tarifa de mi agencia incluye la habitación.

—De acuerdo, señora Appleby.

—Disfruta, querida.

¿Disfrutaría? Un acto de lujuria neutral con un perfecto extraño...

Y alemán. Probablemente fuera eficiente y muy educado. Si andaba sólo por los treinta seguro que aún no había echado barriga. Estaría en forma y bronceado, y sería mejor que cualquier británico que me estuviera perdiendo. ¡Había esperanza!

Entré en el sistema Insure. Volví a ajustar el cronómetro y a llamar a papá, y miré las notas de trabajo. El nombre Industrias Vikingas me llamó la atención. Cuando estaba a punto de consultar su perfil de empresa, el nombre se puso en rojo. Uno de mis telecolegas en otra parte del país había llegado antes.

Tras cuatro llamadas infructuosas a empresas, escaneé el perfil de una quinta opción llamada KhanKorp. Acababa de registrarse; eran importadores de especias. Aunque

es posible que tuviera sus propios seguros acordados con la comunidad asiática, puede que éstos fueran laxos y carentes de todos los requisitos legales, que cada vez eran más minuciosos.

—Cath, el Bruto y la araña...

Sí, papá, sí. Cuando Robert el Bruto se escondió en su famosa cueva, se dedicó a romper una y otra vez una tela de araña, y la araña siempre volvía a construirla. Moraleja: persevera.

De hecho, sólo necesitaba convencer a media docena de empresas a la semana de que aceptaran realizar una encuesta gratuita para cubrir el alquiler del equipo y el sistema de Seguros Omega, el último grito en protección industrial. Si una de esas encuestas conseguía un contrato, ya salía ganando, aunque modestamente. Aún así, aquello llevaba horas y horas.

—¡Especias! Canela, cardamomo, fenogreco...

A papá le encantaba el curry. Ya había llovido desde los días en los que podía saborear cualquier cosa, salvo en sus recuerdos.

Al final llamé a KhanKorp. Solicité una ventana cara a cara. Sonreír, sonreír. Recitar el discurso.

Tarifas milagrosamente competitivas, plan de reaseguro blindado, lo último en polución y detectores de radones y sensores de peligro según las normas más recientes del Euro. Evitar multas graves. Sobre todo, sé amable. Cuidado con caer en chantajes. (Pregúntese, caballero, qué pasaría si la Inspección de Seguridad le hiciese una visita sorpresa la semana que viene).

Al menos no tenía que andar dándole la mano a la gente, como hacía Paul antes de mostrar la armadura metálica de los Jaguares, y los filtros de partículas y polen, y la terminal dirigida por voz del coche y todo lo demás.

KhanKorp fue otro fracaso. El Khan que negoció conmigo era bastante brusco. El que llevaba esos asuntos era alguien de nombre chino, Chung Hong o algo así. Quizá era una empresa de la Tríada.

Y justo entonces, *ring ring*. En la pantalla apareció el icono de un teléfono, que fue sustituido por la cabeza y los hombros de una joven en cuanto acepté la llamada. Al mismo tiempo, la mini-cámara que había sobre mi pantalla me mostró, con mi vestido negro de trabajo sobre ropa térmica. Ella era un cuadro: pelirroja con pecas, jersey dorado de lamé, enormes pendientes de aro. A su espalda, unas letras brillantes formaban un logo deslumbrante e intrincado.

—¿Catherine Neville? Soy Denise Stuart, de TV NET. *Excusez* la interrupción, Cath. Estoy entrevistando a jóvenes profesionales que tengan un invitado mayor...

Imagino que había encontrado mi nombre en el registro público de invitados y huéspedes.

Me pagarían una cantidad adecuada por la molestia. Un simple contrato reemplazó la imagen de Denise y se expandió. Lo leí rápidamente, y observé que incluía una entrevista a papá además de a mí. Quizá estuvieran interesados en algo más que los factores humanitarios del asunto —como recoger la experiencia de mujeres que habían aceptado a su padre o a su madre, para quienes estuvieran considerando dar ese paso— y buscaran la tensión, las frustraciones, el arrepentimiento, e incluso el conflicto.

—La cantidad merece la pena.

—Ajá —musité.

—No diré nada embarazoso. Si no le gusta algo de lo que digo, Cath, simplemente no lo repita.

Aquello resultaría incómodo. Denise preguntando algo, y yo saltándome las frases.

—Esto podría convertirla en asesora.

¿Podría? Papá tenía esperanza.

—Lo haría muy bien.

Mi única ventaja como «mujer profesional» era usar una pantalla moderna, cortesía de Omega. Las verdaderas trabajadoras de éxito deberían poder permitirse pagar un asilo, a menos que el amor y el afecto les impidiesen abandonar a su progenitor en manos de cualquier Gerry Barrack a cargo de una gran compañía de seguros. Denise Stuart no debía de estar sacando nada de su búsqueda de mujeres pro.

Asentí, no sin bastante recelo. Era un cambio respecto a telefonar a empresas con amenazas veladas.

—Cath, ¿sabe que los japoneses serán capaces de albergar la mente de los mayores en ordenadores de muchos terabytes dentro de dos o tres años?

¿De veras?

Intentaba cazarme por sorpresa. Provocar una exclamación de «Por fin, gracias a Dios».

—Lo creeré cuando lo vea —contesté—. Si pudiéramos cargar una mente en cualquier cerebro viejo, carne o máquina, no necesitaríamos el apoyo de los familiares cercanos.

—¿Echaría de menos estar con su hija, George?

—Mi trabajo era esculpir metal. Tendría gracia acabar siendo parte de una máquina.

—Mi padre dice que era escultor de metal... —repetí, etcétera.

—¿George, se siente a veces *un peu* sofocado ahí dentro?

—Sería un poco asfixiante para mi nieta si tuviera que cuidar a sus padres y además a mí cuando Cath se haga mayor.

Lo parafraseé.

Denise hizo una mueca.

—¡Bien! Ha planteado un tema importante, George. Las nuevas tecnologías arrasan ¿verdad? Un ciudadano mayor que necesite atención va a morir tarde o temprano... A no ser que las máquinas lo mantengan con vida hasta que tenga cien años. *Ça coute cher!* ¡Y eso cuesta mucho dinero! Y aun así no existe todavía un límite legal con los invitados mayores, a no ser, claro está, que el huésped pida la evacuación alegando buenas razones...

¡Evacuación! Aborto mental. ¿Estaba intentando asustar a papá?

—... Sin embargo, George, tiene dónde volcar su mente si aún no ha llegado a los cien años, ya que su cuerpo ya ha sido incinerado, *n'est ce pas?* Tal como yo lo veo, la evacuación acabará siendo obligatoria cuando los invitados lleguen al siglo. ¿Cree que su Cath huirá a alguna isla del Caribe, por ejemplo, para mantenerle? Quiero decir, si se basa en la experiencia que tiene hasta el momento de compartir su cabeza con usted.

Una isla en el Caribe era una fantasía.

—Señorita Stuart, está usted intentando crear problemas.

—Denise, está usted intentando crear problemas.

—¿Eso piensa su padre? *Vraiment?*

—Créaselo.

Denise mantuvo la serenidad.

—Cath, ¿qué hay de la sabiduría de los ancestros? Era costumbre reverenciar a los ancianos por sus conocimientos. He oído que incluso los Neandertales los cuidaban, y cuando las cosas se ponían mal masticaban la comida por ellos. Pero, *il faut demander*, en un mundo en el todo cambia tan rápido, ¿de qué vale la vieja sabiduría? ¿Cuánto aporta su padre diariamente a sus negocios? ¿Le pone impedimentos? ¿A qué se dedica, exactamente?

—Hace demasiadas preguntas. Te está avasallando y es una charlatana.

Vi la manera ideal de concluir la entrevista sin perder el dinero.

—Ya que pregunta, Denise, represento a Seguros Omega, popularmente conocidos como el último grito en protección industrial. Por ejemplo, podría preguntarle si conoce la última norma del Euro en cuanto a emisiones de radiación de equipos electrónicos como los que puede haber en su estudio...

—¡Muchas gracias, Cath! *Au revoir!*

Denise cortarí la entrevista en «Créaselo», para acabarla con una nota truculenta. Pondría la siguiente pregunta: «¿Los huéspedes siempre dicen la verdad?».

—Bien llevado.

—Has ayudado, papá.

Algunos familiares mayores se suicidaban antes de imponerse a sus hijos. En la actualidad, los médicos siempre estaban dispuestos a echar una mano con dosis indoloras.

¡Que te privasen de tu propio cuerpo! ¡Ser un invitado sufriente en el cuerpo de tu propio hijo adulto! Perderte una gran parte de la vida real, aunque los invitados puedan pasear, soñadores, por sus propios recuerdos durante las horas del día en las que no son convocados para ver u oír lo que sucede. ¿Había escogido papá la opción valiente o la cobarde? Era difícil saberlo.

En el transcurso de la tarde convencí a dos compañías para que aceptasen encuestas de seguridad. Una era una pequeña fabricante de pintura anti vandálica con su propia patente, que usaba aditivos exóticos. Potencialmente peligrosa.

Cuando Miranda llegó a casa del colegio estaba toda ruborizada, tanto por la satisfacción como por el frío exterior. Como era de esperar, había superado las pruebas con facilidad. Papá estaba muy orgulloso.

—Mañana estaré contigo todo el día, abuelo —me dijo alegremente, y a él en mi interior. No se había olvidado—. ¡Todo el día en el colegio! Será un cambio, ¿verdad?

—No me habías dicho nada, Cath.

—No quería decepcionarte.

—Mamá, pero si lo había prometido.

Hacía tiempo que nos habíamos acostumbrado a tener aquel tipo de conversaciones, con una voz que no se oía.

Vestida con un jersey, Miranda se apresuró a hacer los deberes de matemáticas, asignatura a la que no tenía mucho aprecio, con la ayuda de mi monitor. Si no fuera por el programa interactivo accesible a bajo precio, conducido por el siempre paciente y simpático «Tío Albert», las odiaría del todo.

Cuando Paul llegó a casa quedó fascinado al enterarse de la entrevista con Denise Stuart. Hasta el final del almuerzo, que consistió en verdura y soja deliciosamente especiadas, no confesó con modestia que esperaba llegar a un acuerdo con un cliente chino por un XJ5000 fuera de serie, y que estaba pendiente de una prueba final de conducción por el Agreste a la mañana siguiente. La venta implicaría una comisión de varios cientos.

—Conducir por el Agreste en vez de ir por una autopista...

—Seguro que es un jefe de la Tríada —bromeé—. Necesita llevar cosas a sitios turbios. —Miranda tenía que ser consciente de ciertos aspectos de la vida, al menos en abstracto.

—Sí, seguro —acordó Paul—. Sam Henson dice que ha oído que, hace un par de

meses, un narcotraficante alojó a un recaudador chino de impuestos clandestino en la cabeza de un mono.

—Eso es imposible, ¿no? —preguntó Miranda, estremecida.

—Desde luego —aseguré—. El jefe de tu padre es un poco racista.

—¿Por eso vende coches deportivos? —preguntó con una mueca. Miranda sabía bastante de la vida en la calle, o eso creía ella. Por supuesto, vivir en el Manso la mantenía protegida. En su colegio no había drogas, pandillas ni vicio. O eso esperábamos—. Si algún día fuera posible —prosiguió—, creo que me gustaría compartir algún día la cabeza de un delfín, por ejemplo...

Ah, la natación. Claro.

—... Pero sólo si luego pudiera volver a mi cuerpo. Como cuando el abuelo vuelve al tuyo, mamá. ¿Vas a ir a algún sitio especial mañana? —soltó.

—Sólo al parque. Al invernadero de orquídeas. A pasar un rato sola.

—Te lo mereces —dijo Paul.

A Miranda le preocupaba que me pasara algo, como que me atropellase un coche. Entonces tendría que cargar con el abuelo el resto de su vida. A no ser, claro, que el abuelo insistiese noblemente en que lo evacuasen, o que Paul hiciera la petición. Aquello sería traumático para Miranda.

Normalmente sabía si tenía algo especial que contarme, y al final lo soltó.

—Mamá, hay una chica en primer curso que se llama Jenny O'Brien. Su madre acaba de tener un bebé con leucemia. Va a morir. Ha pedido alojar al bebé.

—¿La chica? —preguntó Paul, incrédulo.

—No, papá, ¡su madre! La señora O'Brien quiere criar al niño en su cabeza. Enseñarlo. Darle una oportunidad. Es católica, sabes.

—Dios Santo —dijo Paul.

Yo también estaba atónita.

Alojar una mente aún sin formar... ¿Qué clase de mente sería? Estaría llena de deseos infantiles, pocos de los cuales se podrían atender. ¿Sería capaz de aprender a ver a través de los ojos de su madre o de aprender a hablar?

Igual que una Helen Keller moderna. Por lo menos Helen Keller tenía un cuerpo propio, aunque naciese ciega y sordomuda.

—Se supone que es un secreto, mamá, pero Jenny O'Brien está muy disgustada. He pensado que mañana podía presentarle al abuelo. Enseñarle que su madre no va a estar todo el rato ocupada con el bebé.

El gesto era tan amable que casi me avergoncé del propósito por el que le pedía a Miranda que cuidase de papá. Miranda podía darse el lujo de ser así de considerada por vivir en el Manso. También podía haber crecido siendo prepotente y egoísta, llena de falsas expectativas. Sin duda el frío que hacía en nuestra casa en invierno y el calor agobiante del verano habían puesto freno a cualquier mojigatería y la habían

convertido en una persona realista.

—A tu Denise Stuart le interesaría mucho saber esto —apuntó Paul.

—¡No, papá, es un asunto privado!

—La señora O'Brien necesitará publicidad si quiere tener alguna oportunidad de persuadir a la oficina de alojamientos. Una campaña que la apoye.

—Si es así —dije—, lo mejor es que la haga ella misma.

—Nunca ha pasado nada parecido ¿verdad? Se habría hecho público. Parece un experimento fascinante. Quizá lo sepa Denise Stuart —insistió Paul.

—¡Quizá lo sepa Sam Henson! —Esperaba no haber sonado muy brusca. Sentía que debía proteger la confianza que Miranda había puesto en nosotros. No quería que estuviese triste toda la tarde, ni al día siguiente por la mañana.

—Mamá, la comida estaba deliciosa... —dijo Miranda, en un intento por cambiar de tema.

—¿Te ha ayudado el tío Albert?

—Sólo un poco —respondió con un gesto cómico.

Nos fuimos a la cama temprano para entrar en calor, y Paul me dio un beso, se dio la vuelta rápidamente y quedó tumbado boca abajo, como si cualquier otra posición fuese a provocar alguna demanda física por mi parte. Justo la idea que yo tenía de una recompensa ambigua por su éxito con el jefe de la Tríada.

Probablemente al día siguiente estaría profundamente desilusionada y asqueada conmigo misma. Quizá mi amante alemán no fuese nada amable. ¿Cómo iba a saber lo que significarían para mí sus caricias y embestidas? ¡Al fin podría hacer algo que era completamente imposible cuando papá estaba en mí! ¡Algo de lo que él me inhibía, igual que inhibía a Paul!

A la mañana siguiente, antes del desayuno, Miranda y yo realizamos el intercambio.

Nos sentamos una frente a otra, con las rodillas entrelazadas. Sujetamos entre las dos los binoculares: así habíamos llamado, inevitablemente, a la versión doméstica del instrumento de transferencia.

El producto derivaba de la tecnología usada en los cascos de los pilotos. Pilotos de élite de aviones de guerra hipersónicos. Iban cubiertos de gel y envueltos en trajes ceñidos que masajearon su circulación sanguínea y minimizaban los desmayos durante las maniobras, no podían mover ni un dedo para controlar los aviones. Volaban conducidos por el pensamiento y las proyecciones.

En el caso de los pilotos, sus nervios ópticos se conectaban a cables inteligentes y protoplásmicos de alta capacidad de datos, y con nosotras sucedía de igual forma. Los nervios eran como gusanos finos, blancos y filiformes, y que encajasen sólo había supuesto una intrusión menor en las cuencas de los ojos. Una vez insertados, los cables se abrían camino y establecían sus propias conexiones retinales y neurálgicas.

Nada de esto habría ocurrido nunca si hace seis años no se hubiera estrellado un hiperjet en su base de Nevada. Si el padre del piloto, el coronel Patterson, no hubiera sido el comandante de la base. Si su hijo, herido de gravedad, no se hubiera quedado atascado en la abollada cabina de mando en una determinada posición. Si el propio coronel no hubiese estado preparado para vuelos telepáticos. Si el amor por su hijo no le hubiera hecho arriesgarse a un infierno inminente para despedirse. Si no hubiera clavado la mirada en los ópticos del casco de su hijo moribundo... y de repente hubiera recibido su mente en su propia cabeza.

O su alma, como lo expresó el coronel.

Los países islámicos habían prohibido los alojamientos. Los budistas los recibían con los brazos abiertos. En Gran Bretaña había miles de personas en mi situación.

Fijé la vista en las lentes. Miranda hizo lo propio desde su lado. Presioné el botón de encendido. Mi campo de visión se inundó de mandalas y se transformó en un túnel de luz intrincada que se iba alejando, y que enseguida se encogió hasta quedar reducido a un punto de fuga mientras Miranda dejaba escapar un suave jadeo, un suspiro, nada grave.

Apagué los binoculares y los metí en su funda acolchada.

—Hola, abuelo —saludó.

Si alguna vez se inventase una forma de transferir una mente a una máquina, habría tumbas vivientes para que fuéramos a visitarlas. O para que se nos olvidase ir. Y la gente sería casi inmortal.

—A lo mejor quiere ver las noticias.

Reacio a compartir el comienzo del día con papá, Paul encendió la televisión.

Guerra en Filipinas, Polinesia desmantelada a causa de una inundación, un ciclón en Nueva Zelanda, cuarenta grados bajo cero en Alaska, altercados en el Agreste del Dundee, hogares en llamas que daban calor a una noche amarga... Yo estaba pensando en mi tarea (por decirlo de alguna manera), y no tenía duda de que Miranda estaba pensando en Jenny O'Brien y en su acto de caridad.

Quizá nuestra hija era una santa, un ángel.

Las visiones de túneles que describía la gente que acababa de volver de la muerte se parecían bastante a lo que Miranda y yo veíamos durante la transferencia: se alejaba desde mi extremo y se acercaba al de Miranda. Un par de años atrás, el coronel Patterson se había suicidado. Los honrados evangelistas se habían aprovechado de él. Llegó a creer que era el culpable de que su hijo no llegara al cielo y que tenía que retractarse.

—No te preocupes por las noticias, abuelo —exclamó Miranda—. Todo va a salir bien. ¡La vida continúa!

La verdad es que todos nos vendemos. Los que tienen suerte se venden por mucho, los que no por poco. Era perfectamente lógico que yo me vendiese aquella tarde, a cambio de nada y encantada, como parte de este proceso. Y para satisfacer una ardiente y premeditada curiosidad.

Tras llamar a un par de compañías, mandé un mensaje a Denise Stuart de TV NET. Aborrecía a aquella mujer, su ostentosa posición en la empresa, que se dedicara a molestar a todo el país desde su superioridad.

Denise respondió enseguida. Llevaba un kimono negro con diodos que emitían luz y resplandecían, y pendientes de cristal largos en forma de estalactita.

—¡Oh, la representante de Omega! Así que al final aquélla no fue nuestra *dernier mot*.

—Denise —dije con calma—, una pregunta hipotética. ¿Qué pensaría de una mujer que quiere alojar a su hijo moribundo? Antes de que empiece a hablar o a caminar.

De repente estaba alerta, ávida.

—¿Habla en serio? Eso serían mil por el hallazgo. En exclusiva.

—Siento decepcionarla —contesté. Me vendería de otra manera, aunque ni siquiera por la mitad. Me desconecté, y programé la pantalla para que bloquease cualquier llamada futura de TV NET.

Me invadió una gran satisfacción al rechazar a Denise.

Desde nuestro barrio cercado por alambradas salía un autobús hacia el Meridian que cruzaba un gran trecho del Agreste.

A través de las rejas de las ventanillas del autobús observé las chabolas y las tiendas, de aspecto casi tan medieval como las escenas de Brueghel que teníamos en el baño de casa. También eran extrañamente pintorescas. La ropa andrajosa y de colores vivos. Los niños harapientos. Los perros mestizos con correa, pues el que no la llevase acabaría pronto asado en una barbacoa. Bares clandestinos y hogueras. Coches y furgonetas abandonados, convertidos en hogares. Recolectores en un extremo del vertedero que rebuscaban como cuervos. Una banda de percusión que tocaba al borde de la carretera, como si las monedas fueran a llover de los coches que pasaban por ahí.

¡Qué decorativo! La mayoría de los residentes de la zona llevaba al cuello un mugriento collar de aros. Indicaba alguna especie de libertad de autoexpresión. Libertad de la economía. Libertad para temblar de frío y adelgazar (o engordar muchísimo) a base de los paquetes dietéticos del gobierno.

Un camión lleno de soldados nos siguió durante parte del trayecto. Los hombres tenían esas multiarmas que disparan proyectiles explosivos, o balas de goma

humanitarias, o gas de la risa, que te hace reír hasta que te pones enfermo.

Llegamos a campo casi abierto. Pastos de ovejas rodeados de alambradas eléctricas y charcas de cerdos tan embarradas como el Somme. Zonas de silvicultura valladas. Un enorme lago de poca profundidad lleno de truchas, con una torre de vigilancia en una isla pequeña en el centro. Por la noche, si cualquier cosa más grande que un zorro se aproximaba al borde del agua, los detectores de movimiento infrarrojos accionaban los focos.

Al poco entramos en otro Agreste. Una chica solitaria con el pelo grasiento y un andrajoso abrigo de piel sintética, mitones y uno de esos sombreros rusos nos hizo señas, al tiempo que mostraba en alto su billete y su identificación para que el conductor las viese. Llevaba una mochila a los hombros.

Mientras caminaba hacia la parte trasera del autobús, se desabrochó el abrigo para refrescarse. Su aroma a pachuli enmascaraba el olor corporal que había liberado el calor del autobús. Me sonrió. Abrió la mochila, que contenía pulseras y colgantes de estaño intrincado hechos a martillo. Un trabajo exquisito. Si papá hubiera estado allí conmigo, ¿la habría elogiado? Seguramente habría disfrutado de la excursión.

—Sólo valen veinte cada una —me dijo. Veinte significaba diez.

—No puedo permitírmelo, de verdad —contesté—. El seguro, la hipoteca, ya sabes.

No lo sabía, aunque quizá sí. Para ella yo era un fantasma del érase una vez, del posible mundo en el que sus padres podrían haber vivido.

—No se preocupe —me consoló—. Las mujeres se preocupan, los hombres gastan.

No era cierto, pero al menos valía como excusa. Esperaba que no se bajara en el Meridian y se pusiera a merodear por el aparcamiento para pregonar su artesanía a los hombres de negocios extranjeros. ¿Arte étnico inglés, *mein Herr*? ¿*Monsieur*? ¿*Danasama*?

—No se inquiete, señorita del Manso.

Me había puesto elegante para mi inminente encuentro. Bajo el pañuelo grueso y el abrigo acolchado llevaba un resplandeciente vestido de cuello alto que revelaba unas medias de red brillantes por una abertura lateral; botines negros, guantes negros de encaje hasta los codos: todo llevaba años guardado en un cajón. También me había arreglado con un poco de colorete que tenía desde hacía mucho tiempo. Una bolsa hermética había evitado que se secase.

No tardamos en llegar a la valla que rodeaba el barrio y al puesto de control. La escarcha que aún no se había derretido hacía relucir los suburbios; las casas parecían tartas delicadamente expuestas en el escaparate de una gran tienda. Los coches eran como juguetes nuevos en comparación con las ruinas del Agreste.

Los ciegos no podían alojarse. Menos mal que papá no había llegado a perder la

vista, que el metal fundido nunca le saltó a los ojos cuando aún podía sostener el soplete.

La chica del Agreste se quedó en el autobús mientras yo me levantaba para bajar. Seguramente se dirigía al centro comercial, o más bien a sus alrededores, donde se libraría del personal de seguridad. Quizá hasta la dejasen entrar; tenía pinta de tener la identificación limpia.

Al bajar del autobús vi que, desde el aeropuerto que había más allá del centro comercial, un dardo plateado se elevaba hacia el cielo en dirección a un lugar al que yo nunca podría ir. La hipernave, arrastrada por su propia onda expansiva a velocidad Mach 4, podía llegar a las tierras de las orquídeas antes de que Paul volviese del trabajo. Puede que su lejano destino fuese abominable, lleno de mendigos y refugiados. Aún así, me invadió una poderosa y volátil serenidad.

El vidrio bronceado del hotel Meridian había perdido el color de tal manera que parecía lleno de charcos grasientos que flotaban en vertical.

En el espacioso vestíbulo de imitación de mármol, un grupo de chinos y coreanos vestidos con trajes elegantes y perfectamente planchados estaban negociando con sus homólogos británicos que, a pesar de ser del Manso de al lado, tenían un aspecto desarreglado y mediocre: los rostros británicos son demasiado rojizos e irregulares en comparación con los rasgos suaves y cremosos de los asiáticos. Incluso bien peinado, el pelo de mis compatriotas parecía un montón de paja al lado del hirsuto y pulcro pelo negro oriental.

Ojeé con aparente interés la pizarra del menú que había en el exterior del restaurante y esperé a que mi reloj indicara que se acercaban las dos. Sobre la pizarra, un salmón saltaba por encima de la espuma de agua fractal para escapar de las tenazas de una langosta; luego caía y volvía a saltar. Los precios de cristal líquido titilaban como si no se creyesen ni a sí mismos.

Cuando me quité el pañuelo y el abrigo, un par de asiáticos se quedaron mirando mi vestido *vamp* vietnamita con interés, incluso con anticipación, como si yo fuera el colofón de un acuerdo.

Me dirigí al ascensor, aún con el abrigo en la mano, pues temía que lo robaran si lo dejaba en el perchero del mostrador.

Habitación 323. Llamé. La cerradura se abrió con un clic. Seguramente estaba programada para admitir una visita y volver a cerrarse. Empujé la puerta y entré en una habitación en penumbra. La luz invernal se colaba por las cortinas cerradas. La poca iluminación que había llegaba del cuarto de baño.

Un hombre bajito y regordete, con pelo negro y rizado, emergió de un sillón,

descalzo y vestido sólo con camisa y pantalones. No se parecía ni de lejos al alemán que había imaginado, ni siquiera bajo una luz tan tenue.

—¿Herr Schmidt?

—En persona, señorita. —Su acento carecía también de la perfección con la que la mayoría de los alemanes habla inglés.

Debí de parecer desconcertada, pues enseguida procedió a explicarse con orgullo. Sus padres habían sido trabajadores turcos, pero él era alemán y se había cambiado el nombre. Le había ido bien, era la historia del éxito de sus padres: un europeo completo. Manfred Schmidt; quizá en otro tiempo fue Mustafá.

Cuando no estaba en Alemania podía permitirse jugar a ser un poco turco, lo que se materializaba en chistes de harenes y esclavas —a las que yo representaría voluntariamente durante una hora— y proverbios tontos.

—Las mujeres poseen un candelero precioso —me ilustró—, ¡pero es el hombre el que tiene la vela!

Y la vela de Manfred Mustafá necesitaba atenciones. De hecho, era bastante dulce y atento. «Un león nunca haría daño a una dama». Aun así, no me hubiera gustado nada ser su mujer.

—Ábrete a mi como los pétalos de una flor —ordenó.

Me imaginé que era una orquídea. Una orquídea suave, exuberante y aterciopelada, tomada al asalto por una hipernave que planeaba de manera mágica para conseguir su néctar, con alas que se movían tan rápido como los latidos de su corazón, y pronto también del mío.

Incluso me estremecí, cosa que le sorprendió.

—Una gallina no puede vivir sin su gallo —opinó. Pero entonces, su vela se apagó—. Los hombres tienen un deseo —susurró con tristeza—; las mujeres, nueve.

Más tarde, vestida de nuevo con mi ropa de vampiresa vietnamita, lo dejé. Llevaba el abrigo en la mano, para que me diera calor, y los guantes de encaje negro guardados en el bolsillo.

Supe desde el primer instante que era Paul el que salía de la habitación más próxima al ascensor. Iba silbando sin entonar ninguna melodía en concreto, fingiendo despreocupación, por si encontraba a alguna empleada en el pasillo.

Rabia. Sentí mucha rabia.

—¿Todavía está aquí? —pregunté.

Dio un brinco. No me reconoció inmediatamente, con mi vestido de abertura lateral, los botines y el maquillaje.

—No... —Entonces, se dio cuenta— ¡Cath! —Qué pálido se quedó.

Mi rabia ya se había disipado. Casi podía ver cómo se le atropellaban los pensamientos en la cabeza. Era como una máquina tragaperras estropeada que no podía parar en ninguna combinación ganadora. Creía que yo había sospechado que me era infiel y que lo había seguido para pillarlo. Era aún peor: sospechaba que me era infiel y que yo le subvencionaba, sentada todo el día frente a mi pantalla Omega.

¿Hasta qué punto valdría que se inventara una novia ficticia y prometiera no volver a verla? No, aquello no arreglaría nada. Yo pediría detalles hasta dejar su mentira hecha trizas.

¿Y por qué iba yo tan arreglada? ¿Era un disfraz?

—¿Cómo...? —preguntó.

—¿Cuántas veces...? —pregunté yo al mismo tiempo. Hablábamos en el idioma de los que se conocen desde hace mucho tiempo. Manfred Mustafá estaría aun en la ducha, arreglándose. Tardaría cinco o diez minutos en salir y dirigirse a cualquiera que fuera el asunto que le había traído allí. Yo estaba al mando de la situación.

—¿Cuántas veces, Paul?

—No muchas —protestó. No tenía agallas para prometer que había sido la primera y única vez—. A veces, Sam Henson me da algo de calderilla a escondidas, no se contabiliza...

Así que la máquina tragaperras había escogido una combinación ganadora de... dinero, por supuesto. Yo esclavizada frente a un monitor y él derrochando. Poniéndole los cuernos al presupuesto familiar. Es lo que pensaríamos en estos tiempos, ¿verdad?

Le seguí el juego. Para entonces ya era casi imposible que me acusara de algo, a no ser que quisiéramos echarlo todo a perder y arruinar el futuro de Miranda con un divorcio.

—Estás robando el descuento...

—Algo así —convino.

La contabilidad creativa es el alma del negocio del motor. Se venden coches a la propia compañía para llegar a ciertas cantidades. Señales de entrega en valores imaginarios. Seguros y comisiones financieras.

Me miró, confuso, sin estar seguro de haber escogido la línea ganadora apropiada pero incapaz de poner de nuevo en marcha la máquina.

—No volveré a hacerlo —prometió. Yo asentí. De hecho, casi podría haberme reído. Pero hubiera sido una risa histórica.

—Vaya —dije—. Qué sorpresa.

No era una sorpresa tan grande, aparte de la coincidencia de nuestro encuentro, pero ni siquiera aquello era tan increíble. ¿Sería Paul un cliente de la señora Appleby o tenía otro intermediario?

—Me voy a casa —dije—. Vuelve al trabajo, anda.

—No volveré a hacerlo —prometió—. Es sólo que...

—No, no es sólo por eso.

Llevarme de vuelta a casa a través del Agreste, si asumimos que había llegado al Meridian en un Jaguar, hubiera sido tan poco práctico como absurdo. El modelo del escaparate tenía que volver enseguida a la sala de cristal acorazado.

Miranda llegó a casa sólo diez minutos después que yo, más cansada de lo habitual pero eufórica.

—Hemos hablado con Jenny O'Brien, ¿verdad, abuelo? Creo que ha valido la pena. Mamá, ¿qué tal las orquídeas?

—Indescriptibles —dije con sinceridad—. ¡Cuánto calor necesitan para ponerse tan hermosas!

Volvimos a transferirme a papá. Parecía que un día de colegio le había hecho mucho bien. Se aposentó, contento, en mis profundidades. Cuando Paul llegó a casa, tenía muchas dudas sobre cómo iba a ser recibido.

—Denise Stuart me llamó esta mañana —le dije—, pero la mandé a la mierda.

Miranda me miró boquiabierta.

—Hay gente con la que te tienes que poner en tu sitio —le expliqué a nuestra hija—. Sin echarlo todo a perder si no es necesario; sin hacer zozobrar el barco para que se hunda.

—Eso es cierto —afirmó Paul débilmente.

—Cuando el marido llega a casa, la esposa tiene que contarle los dientes —le dije, fingiendo acento extranjero. En realidad, Manfred Mustafá había expresado justo lo contrario. Ningún hombre debería permitir que su mujer le cuente los dientes, ni que sepa cuánto dinero tiene.

Paul me miró extrañado. ¿Creería que estaba sugiriendo que hiciéramos el amor esa noche?

—Las flores se abren por completo —dije.

Aquello también podía resultar sugerente. Sin embargo, estaba pensando en dentro de unas semanas, cuando fuese razonable pedirle a Miranda que cuidase a papá otro día.

Insistiría en otro extranjero. Cualquier extranjero. No quería a ningún compatriota. La tiranía del dinero había empeorado con los años. Pero no a la exaltada manera americana (qué generalización tan ridícula), sino de forma egoísta y divisoria; había creado una sociedad atemorizada llena de esperanzas absurdas, y acabaría destruyendo el alma del país.

La capacidad de albergar el alma o la mente de un ser querido, todos aquellos actos de caridad y sacrificio, parecían una excepción. Pero, maldita sea, no lo eran. Sólo extranjeros, señora Appleby, sólo extranjeros. Por supuesto, tendrían sus propios

problemas. Incluso invitados. ¿Conocería alguna vez a un hombre que quisiera disfrutar de mí con un invitado?

La flor se abre por completo.

Paul estaba intrigado, pero sabía que no era buena idea preguntar qué había querido decir.

MEMORIA

Teresa P. de Mira Echeverría

La bonaerense ***Teresa Pilar Mira de Echeverría*** es doctora en filosofía y profesora universitaria, directora del Centro de Ciencia Ficción y Filosofía del Departamento de Investigación de la Fundación Vocación Humana. Estudia e investiga sobre la interrelación entre filosofía, mitología y ciencia ficción, y posee una tesis con varias secciones dedicadas a la ciencia ficción. Ha publicado artículos y cuentos en *Cuásar*, *Próxima*, *NM* y *Axxón*, entre otros medios, y es una de las voces más interesantes surgidas en este siglo en la ciencia ficción argentina.

«Memoria» narra la historia de un muchacho en el planeta Marte de un futuro relativamente cercano. Sus inicios despiertan ecos de *Crónicas marcianas* de Ray Bradbury, aunque pronto revela ideas mucho más radicales y arriesgadas en lo tocante a relaciones personales y roles sexuales, empleando como telón de fondo el gigantesco proceso de terraformación marciano.

A mis padres, Olga y Héctor, que fomentaron mis sueños más alocados. A mi marido, amigo y compañero de ruta, Guillermo, que comparte y hace posible esos sueños. Y a mis hermanos del taller «Los clanes de la luna Dickeana» que leyeron, corrigieron y aportaron su ayuda: Lau, Axxonita, Omar, Rolcon, Adry, Lex y Rox, Vero, Maxi, Fede y Facu.

Desde que tengo memoria, vivo en Olympic.

Aunque mi padre dice que no nací aquí, que llegamos cuando era muy pequeño; hará unos diez años, supongo.

Aquí murió mi hermana al nacer. De mi madre nunca habla.

En realidad, mi padre no habla casi nunca de nada.

No es que yo hable mucho, pero a veces siento la necesidad de comprobar que puedo hacerlo.

Mi vecino es el señor Capadocia.

El señor Capadocia es un hombre viejo, muy viejo. Tiene un chevy Bel Air rosa, descapotable, que jamás ha salido de su patio, y un perro que se llama Borzoi, pero que no es un borzoi sino algo indefinido, gris y grandote.

El señor Capadocia es mi amigo. Bueno, todo lo amigo que un hombre de más de cien años puede serlo de un chaval de casi once.

Todos los días me llama y me deja jugar con Borzoi.

Mi padre no quiere que tenga un perro.

Esa mañana hacía un poco de fresco, lo justo para sentirse con bríos sin transpirar y, como habían terminado las clases, apenas salimos de la misa del domingo ya me encontraba ocioso. Dejé que los otros chicos salieran corriendo y gritando hacia el campo de juego, mientras me ignoraban como siempre, y me fui a pasear por las diez o doce calles que conforman Olympic.

El monte Olympus domina la mente de todo el que vive en Marte, como domina todo a varios cientos de kilómetros a la redonda. Pero nosotros nos hallábamos en otro lugar, en Isidis Planitia, casi en las antípodas. Aún no sé por qué a los colonos se les ocurrió ponerle Olympic a un pueblo desde el que no se puede ver el monte Olympus.

Llevaba puesto mi mejor pantalón, el negro con tirantes, el cual me quedaba como una bolsa sobre mis piernas flacuchas; y las botas que tenía desde siempre, las flexogrand viejas y ajadas que habían ido estirándose conforme yo crecía (aunque no había crecido tanto como hubiese querido). Me había calado el sombrero de ala ancha hasta las cejas (único regalo de mi padre, que recuerde) e iba por ahí sin prestar demasiada atención a nada, soñando con el día en que saldría de este sitio y tratando

de resignarme a que, en realidad, nunca lo haría.

Iba cavilando acerca de estas cuestiones cuando sucedió algo digno de asombro. Por la calle, justo a mi lado, se detuvo el chevy Bel Air rosa descapotable del señor Capadocia.

—¡Jedediah! —gritó con su voz de lija—. ¡Mira, anda!

Mis ojos se salían de sus órbitas al ver la increíble mole magenta, de más de trescientos cincuenta años de antigüedad, en funcionamiento. La estilizada águila de plata brillaba impaciente en el morro del automóvil.

Pero algo más captó mi atención.

Al volante iba un nativo.

Yo nunca había visto un nativo en mi vida. Sólo había leído sobre ellos en mis libros o los había visto en los holos.

La señorita Lombroschia también nos había hablado de ellos, los hombres genéticamente alterados, enviados a terraformar Marte hacía cientos de años.

Los nativos constituían algo así como una casta especial, extraña. Oficialmente odiados y segregados de un mundo que ya no les pertenecía y en el que ya no hacían falta; eran, en el fondo, secretamente admirados por su bravura y su libertad. Y eso hacía que la gente recelara aún más de ellos.

Algunos nativos vivían en las afueras de Olympic, en la reserva del cráter Peridier. Pero la mayoría era mestizos tan martificados como yo o cualquier otro colono, que tejían carrugas e interpretaban el papel del indio para los turistas.

Sin embargo este hombre era otra cosa.

Tendría unos veintiocho o treinta años, llevaba los finos tentáculos del cráneo recogidos en dos coletas a los lados de la cara fuerte y olivácea. Los ojos plateados miraban al frente con seguridad sin el impedimento de nariz alguna y las garras azules de sus manos se aferraban al volante con delicadeza.

Imaginé que el asiento del chevy le resultaría incómodo a sus articulaciones inversas, pero una rápida mirada me dijo que eran dobles y que podía sentarse en el asiento tan bien como yo o cualquier otro humano.

El señor Capadocia me hizo un gesto con la mano y me acerqué. Borzoi iba suelto en el asiento de atrás, un poco inquieto con el zarandeo y la polvareda roja que levantaba el auto. Como siempre, llevaba alrededor del cuello y a modo de collar la vieja cuerda cortada y añadida cien mil veces.

—¿Quieres ayudarme con el perro? —me preguntó sonriente, con su dentadura brillando metálica a la luz del pequeño Sol lejano.

Miré, instintivamente, en dirección a donde se encontraba nuestra casa. Mi padre ni siquiera notaría que no estaba. Respondí con un efusivo movimiento de cabeza, y en mi rostro se instaló una enorme sonrisa apenas sentí el duro vinilo del asiento bajo mi trasero.

Tomé la cuerda de Borzoi, que me lamió la cara con efusividad, como bienvenida, y partimos.

El chevy iba arrancando nubes de polvo fino a media que avanzábamos, como una estela de espuma en un mar rojo.

Yo no podía quitar mis ojos del nativo. ¡Guau!

Era... no sé, tenía un aura de dignidad, de fortaleza. Parecía un príncipe en harapos. A los pocos kilómetros de viaje yo lo admiraba furiosamente. Para cuando terminamos el recorrido, ya había decidido que, de mayor, quería ser como él.

En realidad todo se basaba en su imagen y en esa especie de atmósfera que emanaba de su persona, porque en todo el tiempo que duró el viaje no abrió la boca ni una sola vez.

Sin embargo, el señor Capadocia no había parado de hablar, reduciendo así el silencio de nuestro chófer y el mío; éste último, por cierto, legendario ya en Olympic: «¿El chico callado ése, el hijo de Amos? Es tonto, ¿no?».

Y no, no lo era, para nada. Pero mejor así. Me dejaban tranquilo. Lo suficiente para poder devorar mis libros de aventura y ciencia, de historia y fantasía, mis comics y mis sagas de ciencia ficción.

Nos detuvimos en la reserva.

El señor Capadocia bajó con un poco de esfuerzo del automóvil y se dirigió a un descampado sobre un promontorio. Allí nos esperaban dos muchachos de unos dieciocho años, mestizos ambos.

Llevaban el pelo trenzado en un intento de imitación de los tentáculos, y la piel curtida estaba delineada con líneas sinuosas de colores chillones.

Montaban dos *sleipnir* tan nerviosos como ellos.

El señor Capadocia presentó al nativo y ellos bajaron de las cabalgaduras e hicieron una reverencia profunda y respetuosa. Luego, se apartaron un poco de mí, y conferenciaron sobre algo de lo que apenas pude captar una que otra frase, tal como «debe hacerse», «es imperioso», «ahora, o luego será peor», y cosas por el estilo.

El nativo habló varias veces y pude sentir una voz baja y profunda que parecía retumbarme en los huesos.

Sentí un cosquilleo dentro de mí cuando, por un instante, sus ojos de plata se cruzaron con los míos, desde lejos.

Al cabo de un rato, los dos muchachos asintieron en silencio, nerviosamente, y treparon a los *sleipnir* tal como en los holos, de un salto, para luego salir al galope por las arenas marcianas en dirección a Utopia Planitia.

El señor Capadocia me hizo una seña para que me quedase donde estaba y se fue hacia a las casas de adobe rojo, en donde un grupo de gente, tan vieja como él, le dio la bienvenida.

El nativo permaneció afuera, apoyado en sus piernas-patas, descansando.

Yo me acuclillé junto a Borzoi y le di un poco de agua que llevaba en la cantimplora.

Estudiaba al nativo de reojo, temeroso de ofenderlo con un escrutinio directo.

La piel, del color de las aceitunas, estaba totalmente cubierta de unas pequeñas y apretadas espirales de plata, cuyo brillo muy, muy débil, hacía que adoptasen diversas tonalidades a medida que la luz incidía desde ángulos diferentes.

Yo sabía que, a la noche, esas espirales le otorgaban un poder mimético extraordinario, que lo hacía casi invisible.

Cuando alcé la vista de nuevo, él me estaba mirando fijamente.

Me estremecí, pero no de miedo. Fue algo... «raro».

Su voz resonó suave y aterciopelada, pero muy grave:

—Eres Jedediah, ¿no?

Me quedé sin palabras.

Sonrió con ternura y algo de compasión:

—Mi nombre es Áyax.

Asentí con los ojos semiescondidos en mi sombrero.

Él aspiró profundamente el aire marciano, cerró los ojos con satisfacción y, luego, con una sonrisa tan feroz como jamás había visto en toda mi vida, dijo:

—La cacería comenzó.

Sólo muchos años después supe que lo que las ranuras de su boca habían olido en aquel momento era la sangre de la matanza.

Se sentó en una roca, mirándome. En silencio.

Mi corazón comenzó a latir desbocadamente, tal y como cuando uno sabe que tiene algo importante que decir pero la vergüenza es tan grande que se lo impide; y entonces se entabla una lucha interna que dura lo suficiente para que el momento pase y uno permanezca callado, con algo importante que decir atragantado para siempre en la garganta y la sensación de ser un cobarde inútil que nunca hará nada significativo.

Me ardían las mejillas de coraje contenido.

El tiempo pasaba y si no hablaba me arrepentiría, como siempre lo hacía.

Sin levantar la mirada, escupí tan rápidamente como pude:

—Cuando sea mayor quiero ser como usted.

Mis mejillas enrojecieron aún más.

Una risa suave salió, como un ronroneo felino, de la garganta del nativo.

—¿Cómo yo? ¡Pero si no tengo ni diez de honor!

¡Diez de honor!, ¡guau!, pensé. Diez de honor era una fortuna. En mi mente desfilaron las diez monedas de oro relucientes.

Yo apenas tenía cuatro de níquel ahorradas a lo largo de varios años de vallas pintadas, perros paseados y recados de todo tipo.

Sabía que todo el tesoro de mi padre consistía en ocho monedas de plata o, como se las llamaba, ocho «de perdón».

Diez de honor era, para mí, un tesoro, y eso mismo solía significar en la jerga de los mineros.

Lo miré entrecerrando los ojos, tratando de captar un destello ácido o sarcástico en él, pero no había nada de eso en su mirada franca.

Entonces hice algo que aún hoy, después de todo lo sucedido, recuerdo con asombro. Sin saber por qué ni de donde salían esas palabras, dije:

—Yo puedo ser sus diez de honor.

¿De dónde había salido eso?

Me puse colorado como nunca, creía que mis pecas se me iban a salir de la cara. Pensé que hasta mis ojos celestes se deberían de haber puesto tan rojos como mi pelo, como la arena de Marte.

Sentí su mano en mi mejilla, grande y rugosa.

Se había acercado tan furtivamente que no había podido escuchar nada.

Temblé ante la idea de su sigilo.

—Y lo serás.

Alcé los ojos desconcertado. ¿Qué podía significar aquello?

Hizo una mueca con su boca marrón y agregó con la mirada triste y algo vidriosa:

—Y eso te traerá muchos problemas.

Sentí como si lo conociera de toda la vida, como si él me conociera desde hacía siglos.

El cosquilleo interno volvió, pero era placentero.

Me puso la mano en la cabeza y la palmeó un poco fuerte, como quien quiere ser bueno con un chiquillo pero aún así mantener la distancia.

Sus piernas de lobo dieron dos pasos para atrás y volvió a sentarse, mirando el valle extendiéndose unos sesenta metros bajo nosotros y creciendo hasta volverse una utopía.

El silencio llenaba todos los huecos entre ambos y el viento tejía sus arabescos de sonido sobre ese pesado lienzo en blanco.

Cada tanto, sentía la mirada de Áyax en mí, con una mezcla de incomodidad y regocijo. Casi diría, de orgullo.

El nativo me estudiaba de una manera que me hacía pensar que, quizás... tal vez... casi de milagro... yo podía ser importante para alguien.

Pasaron horas de ese modo.

Yo ardía de deseos de preguntarle tantas cosas y él simplemente me miraba, como a alguien muy querido. Como a alguien con quien se comparte un secreto.

Un secreto que yo, obviamente, no poseía.

Aún.

¿Y por qué no me habla mi padre?

Pues, simple, porque no le habla a nadie.

No es una cuestión personal; es, sencillamente... el polvo. Sí, ésa es mi teoría.

El polvo es algo omnipresente en Marte. Es fino, es rojo y hace llorar.

Se te mete en la ropa, en las botas, entre el pelo. No hay sello de seguridad que lo mantenga a raya en ninguna casa, ni siquiera en la Alcaldía Municipal, menos aún en la Iglesia, y eso que la gente sólo entra allí una vez a la semana o cuando hay un funeral.

Pero sobre todo, se te mete en la garganta. Es como una mano asfixiante y seca.

Y mi padre es seco, como el polvo marciano.

Tiene olor a sudor y talco. Sólo bebe alcohol los fines de semana, mucho. Trabaja de sol a sol, reza y calla.

Y yo no parezco existir a su lado. Es como si me volviese invisible en el instante mismo en que cruzo el porche de la casa.

Una casa que aún tiene las mismas cortinas color lavanda que siempre tuvo, porque son las que mi madre había elegido —según contó mi padre, una noche de Navidad, en que había sido especialmente indulgente con el ouzo—.

A veces quisiera estar en cualquier otro sitio.

Aquella noche volví con la sensación de haber participado en algo grande.

Cuando el chevy estacionó en la puerta de casa, los cuatro —si incluimos a Borzoi— éramos una masa de arena rojiza.

Nos sacudimos lo mejor que pudimos, a esa extraña manera cansada en que lo hacemos los marcianos, casi resignados al hecho de su inutilidad.

El señor Capadocia me dijo que no le dijese nada a Amos, que era sólo para evitar explicaciones.

Yo asentí, de todos modos no pensaba contarle nada de esa maravillosa jornada.

Desaté a Borzoi, que me lamió la cara, dejando una huella tangerina en ella y aguardé a que el Bel Air estuviese de nuevo en su lugar del patio, bajo el sauce amarillento.

Me quedé en la valla, esperando, haciendo tiempo pateando piedritas.

Una hora después salió el nativo.

Me miró con una expresión divertida:

—¿Todavía estás aquí?

Me alcé de hombros, sin apartar la vista de una piedrita especialmente difícil de patear. Sentía cómo me hervía la cara.

—¿Querías hablar conmigo?

Su voz sonaba más tierna.

Levanté la cabeza y me encontré con sus pupilas de plata.

Era intimidante y, al mismo tiempo, me inspiraba una confianza que jamás había tenido con nadie antes.

Puso su mano en mi cabeza, despeinándome el pelo sucio, rojo sobre rojo.

—No te olvides de mí, ¿quieres?

—¡Nunca! —dije con un tono más vehemente del que hubiera querido.

Sonrió con una media carcajada.

—Bien, bien.

Me echó una última mirada teñida de nostalgia.

Comenzó a alejarse, caminando lentamente por el centro de la calle. Estaba oscuro ya.

Algo dentro de mí quemaba.

Salí corriendo y me crucé en su camino. Lo que dije era más una súplica que una declaración:

—¡Quisiera ser su amigo!

Bajó la vista hasta mi rostro. Hubiese jurado que, en la oscuridad de la noche, vi brillar una lágrima.

Tomó mi cara entre sus manazas, con una delicadeza impropia de un coloso como él.

Apoyó su frente en la mía y susurró unas palabras que no entendí hasta mucho tiempo después:

—Claro, Jedediah, siempre lo serás. Nunca olvides lo que siento por ti.

Entonces, se quitó un collar que llevaba puesto y me lo pasó por la cabeza, en silencio. Yo tenía un nudo en la garganta. Me dio una palmada en la espalda y partió, caminando muy lentamente.

Yo me quedé en mitad de la calle hasta que se perdió de vista.

Pasé toda la noche observando el óvalo de hueso y sus intrincados diseños, soñando con el tiempo en que fuese lo suficientemente mayor para ir a buscarlo y ser igual que él.

No me siento especialmente distinto. Quiero decir, no creo que tenga nada particularmente bueno que me distinga de los demás.

Pero sé que no soy como los demás. Tal vez algo falle en mí.

No me llevo muy bien con la gente de mi edad.

Todos quieren ser soldados para pelear en las revueltas cismáticas. Pero a mí me disgustan las guerras y todo eso. No creo que sirvan para nada.

Lo que sí me gusta mucho es hablar con el señor Capadocia. Más bien escucharlo. Oír todas las historias de cuando estaba en los cuadros de exploración de asteroides.

El señor Capadocia me ha dicho muchas veces que, cuando tenga edad, me regalará el chevy... No creo que sea cierto, pero mientras tanto me deja subir a él cuantas veces quiera, en su patio, debajo del sauce.

También me gusta mucho jugar con Borzoi; es bueno y cariñoso. Es un perro muy inteligente. Algunas noches lo dejo entrar por la ventana de mi cuarto y duerme conmigo un rato.

Últimamente pienso mucho en el señor Áyax. He dejado de soñar con ser un piloto de los planetas exteriores y pienso en ser arqueólogo o antropólogo o genetista, o cualquier cosa que me permita trabajar cerca de los nativos.

Es un sentimiento raro, que le da algo así como sentido a mi aburrida vida.

Creo que lo llaman esperanza.

Cuando cumplí los dieciséis habían pasado muchas cosas raras en Olympic.

Primero fue la «larga peregrinación». Los nativos del cráter Peridier habían optado por emanciparse y se dirigieron a los territorios autónomos, al otro lado de Utopia Planitia; un nombre nunca mejor escogido para un lugar de promesas.

Allí se iban aquellos que yo tanto había admirado.

Más tarde cerró la mina, porque la ruta de acarreo había quedado en plena zona de conflicto. De ese modo me encontré sin empleo, ya que había empezado a trabajar para ganar unos níqueles con los que poder salir de allí.

Fue una tragedia para el pueblo, que pasó de unos pocos miles a unos escasos cientos de habitantes en meses. Aunque el señor Capadocia decía que el cierre de la mina había sido una bendición para mí en particular, puesto que había evitado que mi espíritu se quebrase con el cobro de un sueldo regular capaz de llenar apenas mi estómago y nublar lo suficiente mis entendederas para decidir, finalmente, que no tenía objeto irme de allí.

Pero el viejo se equivocaba; yo quería salir de Olympic con todas mis fuerzas y ése era el único motor de mi existencia.

Después murió el señor Capadocia y yo heredé un perro viejo que no aguantó más que una semana de tristeza para al fin reunirse con su amo. Lloré como jamás lo había hecho, tanto por uno como por otro. Mi infancia se había ido de mi lado para siempre, y aunque yo sabía que eso había sido cierto desde hacía tiempo, por primera vez era palpable.

Heredé el chevy y la casa, el viejo los había dejado a mi nombre. No podía creerlo. En Marte a los dieciséis eras un adulto, pero sin oro eso no valía de nada y él lo sabía. Ahora podía elegir mi tutorazgo, que era como se suplía la falta de universidades en las zonas mineras; o podía mudarme a una gran ciudad y entrar en un Colegio Mayor. Pero yo sabía lo que quería, lo sabía desde hacía casi cinco años.

Y entonces tuvo lugar lo más asombroso de todo cuanto pasó ese año en Olympic:

mi padre me habló. Poco y agriamente, claro. Borracho como estaba —tal vez para darse ánimos—, se tambaleaba con las palabras, desacostumbrado a usarlas. Pero me dijo algo extraño, algo que quizás definiría mi modo de proceder de ahí en adelante. Me dijo que siempre me había amado y que se alegraría mucho si me iba de ese pueblo roñoso.

Esa misma noche partí de casa, llorando y jurando que jamás dejaría pasar toda una vida para poder tener un alma y mostrarla. Que nunca más me quedaría callado.

Enfilé directamente hacia el este, más allá de los montes Phlegra, a la zona cismática.

No era un mercenario ni un médico de la cruz azul. No tenía ni idea de qué tareas podía desarrollar allí.

En realidad, no era nada más que un tipo que había pasado rápidamente de ser un mocoso bajito y flacucho a un muchacho alto, flacucho y desgarrado; que tenía un chevy Bel Air rosa por toda fortuna y un collar de hueso al que le rezaba todas las noches. Un simplón que lo poco que sabía lo había aprendido en los libros y en las historias de un viejo.

No tenía ni idea dónde me estaba metiendo.

El magenta es un buen color en Marte, casi un camuflaje.

Así que no, no le cambiaré el color al Bel Air.

Y no lo pienso hacer, un poco por eso, un poco como homenaje al señor Capadocia y otro poco porque, bueno, porque no puedo darme el lujo de repintar el vehículo.

Igual es un clásico o, lo que es lo mismo, una carraca con ínfulas de eternidad.

Estoy muy nervioso. ¡Por Zeus, estoy tan nervioso!

Sé que es muy improbable que Áyax esté allí, que se acuerde de mí o que siquiera le interese verme. Menos aún darme un empleo.

Tal vez ni siquiera sepa qué cosa soy bajo toda esta capa de polvo.

Pero para eso voy, sí.

Lo sé, lo sé; cinco años y éste es el mejor plan que tengo: ir y pedirle un empleo.

Pero en realidad voy sólo para eso.

Y tal vez para asegurarme que todo aquello no fue un sueño.

Sabía que los nativos envejecían tan lentamente que podían vivir cinco o seis veces más que un humano común. Pero nada me preparó para verlo tal cual estaba aquel remoto día de mi infancia en que mi vida cambió.

No había fronteras visibles para cruzar a la zona cismática, pero en cuanto atravesé la línea imaginaria ocho nativos en *sleipnir* rodearon el chevy.

Paré el motor y salí despacio. Me sacudí el polvo que caía a raudales de mi ropa y cabellos, y esperé quieto, como en los holos, con las manos levantadas.

Uno de los hombres, el que venía a la zaga, aceleró de pronto el paso de su cabalgadura de ocho patas y la frenó a unos pocos metros del auto. Bajó de un salto y corrió hacia mí con la ligereza de un depredador y una elegancia tal, que provocaba admiración y terror el sólo verlo.

Cuando llegó a mi lado se abalanzó sobre mí y me abrazó hasta que me dolieron las costillas. Con fuerza sobrehumana me elevó en el aire y empezó a reír. Entonces reconocí su profunda y cálida voz:

—¿Áyax?

El nativo dejó que mis pies tocaran el suelo nuevamente y me revolvió el pelo polvoriento y rojo, como aquella vez hacía cinco años.

—¡Has vuelto a mí, Jedediah!

Luego clavó sus ojos en el collar que llevaba al cuello.

Le sonreí con orgullo.

—No me ha olvidado —le dije con la voz entrecortada. Tenía el mismo nudo en la garganta que cuando era un mocoso. Una emoción extraña que me hacía pensar que al fin estaba en casa.

—¿Olvidarte? —Una alteración atravesó su rostro, como si un impulso irrefrenable lo impeliera a hacer algo y hubiese tenido que utilizar toda su fuerza de voluntad para contenerse—. ¡Eso es imposible!

El resto de la tropa se fue a una señal de su mano. Él liberó al *sleipnir*, que comenzó a seguirnos de cerca como un perro cariñoso mientras regresábamos en el chevy.

Áyax reía muy fuerte con todas mis historias insulsas, o se maravillaba con anécdotas pueblerinas, como si le estuviese contando la *Odisea*.

Era exactamente igual a cómo lo recordaba, pero distinto, más humano, más amigo.

Creo que nunca estuve tan exultante en toda mi vida.

Al llegar a la ciudad me quedé asombrado por la grandiosidad de la arquitectura nativa. Los edificios eran espectaculares y orgánicos. Como si Gaudí hubiera resucitado y fuese marciano.

Me llevó directo a su casa y nos sentamos a comer. Bueno, yo lo hice. Él me estudiaba ignorando el tiempo transcurrido y retomando la observación que había suspendido cinco años atrás.

—¿En qué deseas trabajar?

Tragué apuradamente la inmensa cucharada de guiso de garbanzos y morcilla que estaba ingiriendo, y Áyax sofocó una risa por lo bajo.

—Cualquier cosa en lo que pueda ser útil.

El nativo se quedó pensativo, ponderando aquello. Yo temí que esa pausa respondiera al hecho de que no fuese muy útil en nada. Pero él alzó la cabeza de pronto y me dijo:

—¿Te interesaría ser mi asistente de campo?

Yo salté a ponerme de pie y grité un «sí» tan contundente, que volteé lo que quedaba de guiso al suelo.

Después de recoger el plato de lata y los cubiertos, y mientras limpiaba el piso, se me ocurrió preguntar:

—¿Y qué es lo que usted hace?

Áyax esbozó una amplia sonrisa:

—Martifico Marte.

Debí quedarme muy quieto y con una cara bastante extraña porque una nube de oscuridad cruzó su rostro. Posiblemente pensó que un chaval como yo, criado en una colonia minera de terráqueos, sería uno de esos recalcitrantes defensores de «Marte por y para la Tierra».

Mi única respuesta fue un no muy inteligente «¡Guau!».

Sopesó la expresión por unos segundos y pareció comprender o recordar algo que lo tranquilizó:

—¿Estás de acuerdo, entonces?

Obviamente dije: «Sí». Un sí rápido y entrecortado, pero no por eso menos firme.

Una aceptación que tenía —tanto ante la ignorancia infantil de esa época, como a la luz del conocimiento actual— sesgos preternaturales; casi como un voto matrimonial.

No sabía en qué me embarcaba. Por supuesto que no comprendía ni una décima parte del alcance de la tarea que los nativos y algunos poquísimos humanos, estaban afrontando. Y sí, no tenía ni idea de lo difícil, peligroso y maravilloso que aquello resultaría para mí, en lo personal. Estaba a las puertas de algo tan grande que absorbería mi vida, mi mente y mis ideales; y que, no obstante, valdría cada instante de zozobra.

Yo, por supuesto, sólo estaba deslumbrado por él: por mi héroe. Una persona que despertaba mi más fanática admiración y de la que no sabía prácticamente nada. Alguien en quién había depositado toda mi confianza con los ojos tan cerrados que, durante los últimos cinco años, sólo había podido pensar una sola cosa: ¿por qué?

Una densa niebla se extiende, muy baja, a los pies de las montañas.

El color de la bruma, a la luz de la madrugada, es de un tono amoratado y se enrosca en las patas de los sleipnir en volutas fantasmales.

Mientras que el resto del paisaje participa de un monótono rojo herrumbre oscurecido, el cielo apenas si esboza un celeste similar a los ojos que el agua le

devuelve a mi mirada.

Fobos corre como un alma en pena hacia su encuentro con el sol naciente.

Tengo frío y tengo miedo.

Áyax se me acerca con el sigilo propio de las horas previas a una incursión. Se coloca a mi lado y me hace un ademán. Cuesta distinguirlo en su «casi» invisibilidad; el camuflaje de los dibujos tornasolados en su piel lo ocultan y lo revelan a la vez.

Saca la cantimplora blanca y ofrece una libación: miel de caralado mezclada con agua de las nieves del monte Olimpus. Me pasa la cantimplora y hago lo mismo. Luego ambos vertemos un poco de nuestra propia sangre a la arena marciana: rojo sobre rojo.

La hora se acerca, estoy temblando.

Áyax pasa su mano sobre mi cabeza y me despeina, como cuando era un chaval. Sonrío y me enojo al mismo tiempo. ¿Cuándo entenderá que no soy un niño? Mientras siga siéndolo en su mente, ¿qué oportunidad tengo?

Como si estuviese leyendo mis pensamientos, me susurra:

—Paciencia.

Lo miro indignado: ¿cuánta más paciencia?

—Yo no tengo tu clase de memoria —rebato en un murmullo áspero—, yo no puedo vivir por adelantado. ¡Necesito...!

Me da un beso corto y suave.

—Pronto, Jedediah —vuelve a susurrar junto a mi boca—, muy pronto.

La incursión había sido todo un éxito: regresamos todos los que fuimos.

Había algunos contusos y unos pocos heridos de consideración, pero todos estaban vivos y eufóricos.

Yo, por otro lado, no había tenido la cabeza en mi sitio en lo que duró toda esa jornada. Sólo me preguntaba, «¿será hoy el día, finalmente?», una y otra vez.

Eso casi me cuesta la vida en más de una ocasión; y varias llamadas de atención y advertencias por parte de Telamón y Ainitze, los superiores de mi escuadra. No puede haber distracciones cuando se lucha a favor de una tormenta de polvo.

Al llegar a la ciudad, me fui directo a las duchas y me tiré en el piso mientras el agua me limpiaba el cuerpo y la mente.

Hoy cumplía veintiún años.

Diez de ellos giraban en torno a Áyax. Cinco años lo había estado esperando, cinco años lo había estado acompañando.

El agua parecía aclarar mis ideas junto con mi piel. El rojo de Marte se iba a las plantas recicladoras, y mis pensamientos se decantaban en el fondo de mis anhelos.

¿Cuándo exactamente mi devoción se había transformado en deseo? ¿Cuándo mi

admiración, en amor?

No podía responder a eso. Con una lentitud y familiaridad imperceptibles, mi mundo había inclinado su eje ante su presencia y se había acompasado a su ritmo.

Dejé que la calidez del agua reciclada pasara una y otra vez sobre mí, hasta que se me arrugaron las yemas de los dedos.

Sí, recordaba a la perfección el día en que, finalmente, había reconocido lo que siempre había estado allí.

Aquella mañana, en las inmediaciones de Tyndall, Áyax me habló serenamente, mientras caminaba con ese andar de mecedora que le imponían las dobles articulaciones de lo que deberían haber sido las rodillas en un hombre sin modificar: «¿Recuerdas cómo te admiraba en silencio cuando nos vimos por vez primera, Jedediah?».

Nuestro tema de conversación había girado en torno a la probable tormenta en formación, más allá de Cerberus, y en cómo podríamos aprovecharla, reencauzándola igual que a un río; tal como hacíamos normalmente.

El comentario me tomó por sorpresa.

Asentí lentamente, como hacía cada vez que estaba confundido: «Para mí, aquel día fue muy especial. Yo ya te conocía, pero era la primera vez que te veía».

Lo miré con asombro, totalmente confundido. Áyax tuvo piedad y continuó: «*Siempre* te he conocido. Apareces en mi horizonte desde el día en que nací».

Entonces comenzó a relatarme la historia de su vida, la historia de su especie artificialmente creada para terraformar Marte. Y el modo en que yo encajaba en toda esa historia: «Una parte de mi memoria trabaja *hacia adelante*. Supongo que recuerdo mi posible futuro. Eso es útil cuando puedes evitar aquello que es potencialmente dañino para una misión. No fue un cambio planificado por nuestros creadores, simplemente sucedió. Después, en algún momento de mi infancia, apareciste tú. Eras un anciano y un niño, eras como ahora y como fuiste y como serás. Destellos de tu persona me han acompañado siempre.

»Durante mi muy breve infancia, despertaste mi curiosidad. Poco a poco comprendí que, dependiendo de mis acciones, de mis elecciones, te convertías en el centro de la memoria futura o te desvanecías de ella. *Enfocarte* requería un equilibrio entre lo que deseaba, lo que debía hacer y lo que te traía a mí.

»Al principio fue un juego, luego una necesidad».

Traté de imaginar aquello, los cientos de años de vida de un nativo dominados por memorias de posibles acontecimientos. La idea de estar presente en su mente durante tanto tiempo, cuando ni siquiera existía aún, me daba una suerte de sentido, de propósito. De alguna manera, yo había sido «llamado».

Ahora el agua seguía empapándome. Su calidez me envolvía en una caricia reconfortante que me permitía enfrenar los claroscuros de la evocación.

Aquella noche, mientras descansábamos bajo los pliegues del declive oeste del cráter, supe lo que sentía por primera vez. Y se lo dije.

Aún las lágrimas se asomaban a mis ojos al recordar su agridulce respuesta: «Lo sé, siempre lo supe. Me honra ese sentimiento y no es lejano del mío. Pero aún no es tiempo».

Y el tiempo se había vuelto una obsesión.

Me sequé con vehemencia, para no perder el calor del baño y para apaciguar mi frustración.

Él me había hablado muchas veces del tiempo justo, de aquel que permitiría que nuestros futuros convergieran en uno solo. Pero para mí, sólo era un tiempo que me estaba robando el presente.

Tomé al azar uno de los monos de trabajo limpios y me vestí. Me envolví en un saco térmico y salí a la calle.

Áyax estaba esperándome afuera.

Se acercó lentamente, con su paso bamboleante. Su rostro dolido aún me decía que no. Giré sobre mis talones, furioso, y me subí al chevy. Conduje lo más lejos posible.

Nunca es bello ser rechazado, aunque sea por amor.

Me siguió a cierta distancia, yo lo sabía.

Me apeé del auto casi en las estribaciones de los Phlegra, cerca de las cuevas donde criábamos las esporas.

—¡Entiéndeme! —gritó con desesperación.

Pero eso no me calmó, sólo me enardecí aún más. No podía ser racional, no con tanto dolor y tanta esperanza rota.

—¿Y cuándo será el momento? —dije furioso—. Tú tienes nuestros recuerdos, ¡yo no tengo nada! —Áyax bajó la cabeza, como si le hubiese asestado un golpe en el rostro—. ¿Qué pasa si una tormenta cambia de curso?, ¿qué, si la Tierra envía nuevas cepas de oleaginosas que matan nuestras globeas con su polen? ¿O si hay un nuevo atentado contra un poblado nativo? El futuro siempre cambia, deberías saberlo ya. Y cada variante influye en tus recuerdos míos, en tus recuerdos *nuestros*. —Enfaticé la palabra, quería que él saboreara, por un instante, la injusticia a la que me sometía y, al mismo tiempo, me dolía en el alma hacerlo sufrir. Pero debía pelear por nuestro amor—. ¿Es que tú, que has estado conmigo en tus recuerdos desde siempre, no me entiendes a mí, acaso?

—A veces un sacrificio es necesario para...

—¡Sin sacrificios! —lo interrumpí—. Tú ya los has hecho todos. —Bajé el tono y me acerqué a él; nunca antes lo había visto temblar—. Sé que aún los haces, sé cómo intentas conducir el devenir de nuestras acciones procurando el mejor futuro posible. Sólo Zeus puede entender cuánto sufrimiento has debido soportar viendo cómo una

simple variable, más allá de tu alcance, destruía años de elaborada construcción. Cómo un futuro brillante para ambos se desvanecía como un castillo de arena en una tormenta. —Tomé su cara entre mis manos, tuve que ponerme de puntillas para ello—. La agonía de vernos separados o muertos frente a un giro de los acontecimientos. ¡Claro que te entiendo! Pero ahora déjame decidir a mí. Atesora nuestros mejores recuerdos futuros, posibles o perdidos ya, y *vive este momento conmigo*.

Como si un sello se hubiese roto, Áyax emitió un rugido barbárico, un desahogo de las centurias de batallar contra el tiempo.

Luego me abrazó como nadie lo ha hecho nunca, con la fuerza arrolladora y la tierna delicadeza que sólo el amor puede lograr en un solo movimiento. Y me amó, allí, en el frío de las estribaciones marcianas, entre el polvo y el miedo, desoyendo su memoria y escuchando sólo los susurros de mi gratitud.

Áyax me dice que el futuro jamás estuvo más «empolvado». Él usa esa palabra cuando lo compara con una tormenta de polvo marciana, una de esas que afectan a todo el globo y duran más de trescientos días.

En una semana tendré treinta y cinco años. Ésta ha sido la más gloriosa década de mi existencia: trabajo codo a codo con quien amo, aprendo de él, duermo en sus brazos cada noche. Y nuestra encomienda no podría ser más gloriosa.

Ahora mismo oigo su respirar acompasado a mi lado, los dos corazones pugnando por salir de su pecho, retumbando bajo su piel olivina.

Aún dormido, los tentáculos de su cabeza se entretienen con mi rostro, como reasegurándose que soy yo, que sigo aquí, que no me desvanecí de su lado como tantas veces lo hizo mi recuerdo de su memoria. Esas funestas noches cuando despierta gritando, y a las que le siguen días de frenética acción, reestructurando decisiones, reelaborando planes, sólo para retenerme a su lado.

Murmura algo con su voz de trueno ahogado. Le acaricio la frente. Se tranquiliza.

No podía comprenderlo, estaba totalmente desconcertado. Pero él sonreía más feliz que nunca y eso era lo que me lastimaba.

La muchachita era delgada y rubia, tenía los ojos de un negro profundo y lúgubre, y grandes ojeras. Yo sabía que trabajaba en el nuevo grupo de Telamón.

Áyax la traía casi empujándola, con un brazo por encima de su hombro. Cuando advertí que ella lo miraba con los mismos ojos de admiración que yo había tenido a su edad, sentí un escalofrío.

—¡Jedediah —me dijo él, exultante—, ella es nuestra ancla! ¡Mira qué hermosa es!

Y la besó.

La besó en la boca en medio de la calle polvorienta, delante de mí, con una pasión que le arrancó la vida a mi corazón, deteniéndolo por un segundo.

Luego tomó mis manos laxas y las colocó alrededor de la cintura de la jovencita, empujándola suavemente contra mi pecho.

Alcé los ojos fácilmente por encima de la cabeza de la chica y lo miré alarmado.

Él me contemplaba expectante. ¿Qué esperaba que hiciera? ¿Qué locura era todo aquello?

El sol apenas ascendía en la madrugada. Ella olía a perfume dulce, mezclado con sudor y polvo.

—Su nombre es Hebe. —Hablaba de la chica como si ésta no estuviese allí y como si yo entendiera algo de lo que decía—. Ella es la clave.

Bajé mi mirada y la observé con detenimiento. Tendría unos dieciséis años y estaba muy asustada de mí. Su cabeza apenas si rozaba mi mentón. Se me aferró, reluciente pero sumisa, acurrucándose contra mi pecho.

Cuando ingresó al movimiento, a los catorce, había permanecido a mi cargo durante una semana. Yo la había visto modelar el ojo de una tormenta junto a Telamón y sabía que podía ser casi temeraria. Siempre estaba probándole a todos su valía. Tenía una mente matemática brillante, algunos se burlaban llamándola «Ábaco», pero ella había adoptado ese mote como un título de honor.

—¿Qué es todo esto, Ábaco? —susurré con furia en su oído.

Ella tembló y se agarró más fuerte de mi camisa.

Áyax depositó su mano en mi espalda:

—Con ella, el futuro es límpido. ¡*Nuestro* futuro! —clavé mi mirada en la suya—. Si ella es parte de... lo que somos, estaremos juntos por siempre. Es como un catalizador que nos mantiene unidos a través del tiempo, no importa lo que pase.

Él la apartó lentamente de mi lado y cruzó sus brazos sobre su pecho. Apoyó la barbilla en su cabeza dorada y volvió a sonreír como quien ha hallado el Elíseo:

—¿Entiendes? El polvo del tiempo sólo provenía de nuestra cualidad de pareja, porque nuestro amor sólo circula entre dos; ¡pero si somos un trío, todo se equilibra!

Hebe tenía los ojos cerrados y su rostro adoptó una expresión de placidez ante esas palabras.

¿Un trío?

¿Quién era esta mocosa para integrarse a nosotros, para usurpar nuestro amor?

—¡No! —grité irritado.

Áyax se envaró, realmente sorprendido:

—Pero, Jedediah, ¿qué sucede?

Señalé a Ábaco:

—¡Es una extraña! Apenas la conozco, ¿pretendes acaso que la quiera? ¿Te has

vuelto loco?

Un rastro de súbita comprensión iluminó su rostro:

—Ay, mi amor, a veces olvido que somos dos y que tú no compartes mis memorias... ¡Tanto así te amo! —Soltó a la muchacha y caminó hacia mí. Ella se sujetó a su mano. Yo retrocedí varios pasos.

Miré a Ábaco y escupí mi diatriba:

—¿Y tú? ¿Tan poco te respetas que vas a dejar que te usemos para seguir juntos, como a un mal necesario?

Ella respondió suavemente:

—Yo lo amo.

—¡Ay, niña! —dije con una risa cínica—, tú no sabes nada. ¿Admiras a Áyax, no es así? ¡Pues, él es mío! ¡Mío! Y yo soy suyo antes de mi propia existencia. Tú sólo eres un capricho del destino, una variable obstinada de las probabilidades, ¡nada más!

Ella siguió mirándome desafiante pero dulce, con la misma bravura que demostraba en las operaciones. Me respondió con la voz quebrada:

—Al maestro Áyax lo admiro, sí... —luego, su voz se volvió un susurro doliente—. Pero a quien amo es a usted, señor.

Me quedé frío. Un fondo de suspicacia me hacía desconfiar. En mi mente sabía muy bien que el futuro era un libro abierto para mi amante, pero me negaba a aceptar esto. Me sentía manipulado.

—Alguna vez me pediste que te comprendiese. —Áyax se había movido a mi lado y me hablaba quedamente, pegado a mi oído. Yo no apartaba la vista de esa rubia figura desvalida que había quedado de pie, sola, en medio de la arena marciana—. Ahora entiéndeme tú. He visto nuestro futuro, sé que la amarás, sé que yo la querré mucho, y sé muy bien cuánta adoración sentirá ella por ambos. Pero mi vida está construida a tu alrededor, y está atada a la tuya por una fuerza que no creo que hayas comprendido aún. Haría lo que fuera por retenerte a mi lado. ¡Lo que sea! Incluso atar esta joven vida a la nuestra por cualquier medio posible, incluso obligarte a yacer con ella aunque la desprecies.

Aquella madrugada sentí miedo de su amor, de esa profundidad insondable que poseía, tan oscura como los ojos de Hebe.

—Pues la desprecio —susurré a mi vez.

Áyax me miró con ojos de hierro fundido, el sol reluciendo en la plata de sus pupilas. Tomó mi cabeza entre sus manos y me besó con furia.

Toda mi determinación se disolvió sobre su lengua.

Se apartó de mí apenas unos milímetros y me dijo con una crueldad imposible de asociar a su ternura:

—No me importa. ¡Tú me importas! ¡Tú! Hoy mismo, cuando caiga la tarde, la haremos nuestra, lo quieras o no. —Volvió a besarme con algo parecido a la

impotencia. Y yo volví a desamarme en su boca—. Es eso, o la comeremos viva. ¡Tú elijes!

Entonces se apartó lentamente de mí, tomó a la muchachita de la mano, y la llevó tiernamente a nuestra casa, con su andar bamboleante.

Muy dentro de mí sabía que esto no podía ser real. Que Áyax quería colocarme entre la espada y la pared, posicionándose a sí mismo de modo tal que yo tuviera que proteger a la niña de él, para así encariñarme con ella.

Pero también sabía que, de ser necesario, cumpliría su amenaza.

En ese momento sentí asco, no de él, eso era imposible, sino de mí mismo, del modo en que estaba cayendo en su trampa con mi más absoluta anuencia.

Yo tampoco hubiese soportado perderlo.

Cuando entré en la casa, Áyax estaba hablando plácidamente con Hebe. ¿La hubiese devorado de ser necesario; él, que nos había visto a los tres ser felices en el futuro y sabía lo que llegaríamos a sentir los unos por los otros? Indudablemente.

Me senté frente a la chica pero mis palabras iban dirigidas a mi amado:

—Cuéntale todo entonces. Si ha de quedarse con nosotros, debe comprender cabalmente a qué se enfrenta y por qué.

Áyax suspiró sonoramente y luego comenzó su largo soliloquio: la historia de su vida y de la mía, el modo en que ella encajaba allí, la manera en que ese rol podía ser satisfecho.

Ni un rasgo en la cara de Ábaco mostró su sorpresa o su miedo, pero los sentía. Ella podía ser nuestra amante o nuestra cena, pero fuese lo que fuese, debería ser decidido antes de esa noche. Áyax dejó muy en claro que no dejaría pasar esta oportunidad.

Yo intervine en ese punto:

—Si decides irte, podrás hacerlo, te lo prometo, tienes mi palabra. Áyax y yo sabremos cómo resolver esto.

Mi amado bajó la vista, pocas veces se rendía y ésta era una de esas veces. Mi juramento podía representar la ruina de nuestro mundo personal.

Tras unos segundos de tenso silencio, la muchachita preguntó:

—Pero si yo me voy, ¿qué sucederá con su futuro juntos?

—Quizás nada o tal vez se complique de tal forma que...

—Ya no existirá —interrumpió Áyax—. Tú eres nuestra única esperanza.

Ella asintió pensativa:

—Y usted, señor Jedediah, ¿qué haría si eso sucediese?

No lo dudé ni un instante:

—Mi vida no tendría sentido lejos de Áyax, ¿para qué extender una agonía tal?

Él me regaló una sonrisa de alivio, una sonrisa de adhesión que trasuntaba una lealtad más allá de esta vida.

Hebe se levantó en silencio y se retiró de la casa.

—Lo siento, ¿mis celos pueden habernos condenado?

—Todo lo que somos está en las manos de esa muchacha.

Me envolví en sus brazos.

—Supongo que no habrías seguido a mi lado si la hubiese obligado a permanecer aquí, ¿no?

Sonreí con la cara cubierta por sus tentáculos:

—Te amo sin condiciones.

—Oh, mi Jedediah, el amor es un gran maestro de misericordia y atrocidad.

La muchacha abre la puerta tímidamente. Entra con un bolso en la mano, lo deposita en el suelo.

Está llorando pese a su esfuerzo por ocultarlo:

—En verdad lo amo, señor Jedediah, aunque usted no me corresponda. Lo he hecho desde que ingresé en las milicias.

El pelo rubio le cae en rizos desiguales por la frente y sobre los oídos, el resto lo tiene muy corto. Sus pequeños ojos negros parecen dos pozos de oscuras aguas quietas. Lleva el mono característico de un técnico aprendiz.

Parece tan pequeña en el contraluz de la tarde.

¿Ésta es la mujer que salvará el futuro de Áyax y mío? ¿Ésta es la persona que, con su presencia, asegurará nuestro amor?

Hebe, la diosa de la juventud, la que escancia la ambrosia, la que alista a Marte mismo...

De pronto siento por esa muchachita tal gratitud que me sorprende. Su amor desinteresado, el que yo desprecié, me está regalando una vida con Áyax. Y esa gratitud sólo se empareja con la compasión que me inspira.

Quizás, reconozco a mi pesar, se pueda amar de muchas maneras. Tal vez cada amor sea único y propio: un amor distinto para cada amado.

Áyax se levanta de la silla y se coloca a su lado; es tan enorme junto a esta muchacha que apenas si ha dejado de ser una niña, que me estremezco. Y pienso: ¿cómo amar a esta criatura frágil, como desear a este sutil renacuajo? Es bella como una filigrana de oro, pero es tan leve y dúctil, tan opuesta a lo que deseo en mi compañero.

Me duele su idealizado amor por mí; ¿tal vez del mismo modo que el mío le doliera alguna vez a Áyax?

Pero, ¿por qué me amaría esta criatura maleable y tímida, esta ninfa acorazada en su inteligencia y en su laboriosamente construido valor?

Él se agacha y le susurra algo al oído. Ella reprime una exclamación, no sé si de miedo o de asco. Luego asiente en silencio y baja la cabeza.

No hay ceremonias para lo nuestro; Áyax las inventa, lo sé, a medida que las necesitamos. Luego la sociedad marciana las adopta, como las leyes que en verdad son: estatutos emanados de la praxis vital de uno de sus más grandes héroes. Del hombre que inició y lidera la lucha por la emancipación del planeta.

Sé lo que le ha pedido. Me sorprende que ella acepte.

¿Será acaso amor, entonces? ¿Qué otra cosa le haría soportar aquello?

Se para frente a nosotros, cierra los ojos y extiende sus manos.

Áyax la reprende con excesiva dureza. Debe mirar.

Hebe abre sus ojos valientemente. ¡Por Zeus, es sólo una niña asustada!

Dudo, pero Áyax me obliga a arrodillarme junto a la mano izquierda de la muchacha, mientras él lo hace junto a la derecha.

Ella no debe verme titubear, es imperioso que no sepa que, por dentro, le estoy implorando perdón por lo que le voy a hacer. Endurezco la mirada, la vuelvo brutal. Mi propia mano derecha se cierra sobre la vieja herida.

Miro rápidamente de reojo: Áyax ha hecho lo mismo.

Hebe tiembla.

Apuro la prueba, la ofrenda, la comunión. Tomo su dedo meñique y le arranco de una dentellada la quinta falange distal. El segundo grito confirma que mi amado ha hecho lo mismo un instante después. Como en silencio, mientras aplico cicatrizante en la herida, lo más delicadamente posible. Ella es fuerte, no se desmaya, no llora, sólo mira como hipnotizada nuestras bocas que mastican, el rastro de su sangre en nuestros labios, la lenta deglución de una parte de su propio cuerpo en los nuestros.

Trago reverencialmente; ya está, no hay vuelta atrás.

La sostengo entre mis brazos y con gentileza la ayudo a ponerse de rodillas.

Tácitamente sé que debo ser el primero. Extiendo mi mano izquierda y coloco la única falange meñique que conservo junto a su boca. Hace casi quince años, Áyax ensayó este rito en nosotros. Ella me mira con amor, con verdadera devoción en sus ojos. Ábaco fue mi deidad hace unos instantes, y ahora yo soy su dios que se le ofrece.

Besa mi dedo con veneración, luego duda y, finalmente, muerde. Su mandíbula adolescente no tiene fuerza, insiste, tironea, hunde sus dientes hasta que un crujido confirma la obra. Soporto la agonía con mi mejor máscara, sonriéndole afectuoso, dándole coraje, instándola a seguir. Ella finaliza, mareada. Tose, come lentamente, evita el vómito. Finalmente traga.

Alza la vista avergonzada. Le beso la frente perlada de sudor y acaricio sus mejillas mojadas. La insto a seguir.

Ella avanza de rodillas hasta Áyax; lo mira asombrada, agradecida, abrumada. Y muerde sin fuerzas, pero resueltamente.

A medida que observo el rito, pienso en el nuevo Marte que se avecina, en la

nueva cultura que se forjará en él. Intento imaginar las manos mutiladas en señal de pertenencia, de comunión. Lo salvaje que le parecerá a los ojos terrestres, lo sublime que es para mí; el peligro de su tergiversación, la seguridad de su morigeración y simbolización a medida que se licue en el tiempo.

Quizás la cultura marciana adopte la forma triádica de matrimonio como norma general o, mejor aún, tal vez la multiplicidad sea la moneda corriente. Donde el amor no tenga límites, ni cadenas; donde amar a un esposo o esposa, sea tan universal y pleno como amar a un hijo o a un hermano o a un amigo: a quienes se quiere sin condición alguna, sin importar su sexo o si son uno o cinco o mil. Un mundo en el que se ame a las personas por ellas mismas, no por su género o por su número...

Y mientras la ceremonia termina y Áyax auxilia a una Ábaco demasiado aturdida, intento vislumbrar cómo será el mito que se teja en torno a este momento.

Ábaco yacía en mis brazos, suave y perfumada. Ese dulce aroma a benjuí, canela y sándalo sorprendidos por el cardamomo, me mantenía despierto y subyugado. Su piel, excesivamente blanca, contrastaba con el tono rojizo de mi piel curtida, y con el verde oliváceo de la de Áyax, cuyos brazos se cerraban alrededor mío.

Yo era un contenedor contenido, en medio de mis dos amores.

Nuestra pequeña —como me gusta decirle—, había cumplido veintidós y yo cuarenta y uno, el mismo día. Áyax sobrepasaba los trescientos noventa y tantos, pero desconocía su fecha de eclosión, por lo que había adoptado la de nuestro nacimiento.

Nuestro acostumbrado festejo había quedado opacado por algo mucho más importante: Marte era libre.

Los festejos de la independencia habían sido humildes, después de tanta muerte y destrucción. Sin embargo, la felicidad aún colgaba del aire enrarecido que ningún humano podría volver a respirar ya —los trajes de supervivencia atmosférica eran un pequeño precio por nuestra libertad—.

Marte había vuelto a ser Marte y no un sucedáneo barato de la Tierra. Los nativos se paseaban orgullosos en los *sleipnir* bajo el cielo cubierto de nubes blancas, azules y amarillas; el pecho henchido de dióxido de carbono, la sonrisa recobrada. Casi cuatrocientos años después, Marte había vuelto a ser Marte y el cielo era nuevamente de un suave naranja rosado.

Ese día, todos nos permitimos planear una vida por primera vez, soñar con una profesión, bromear acerca de ciudades gaudianas con chevys en sus calles.

Cuando cayó la noche, Áyax nos preguntó, inesperadamente, si deseábamos un hijo.

Yo nunca había pensado en eso; con mis dos amores tenía todo lo que podía llegar a desear. Pero creo que ellos sí lo habían hecho y me sentí un poco avergonzado de

ignorar esa faceta de sus proyectos para nuestra vida. Me sentía egoísta otra vez.

Pensé en cómo lo haríamos: Áyax había sido diseñado para reproducir sólo humanos, por eso los mestizos no tenían ni un sólo rasgo nativo, pero tanto él como Hebe podían gestar en sus vientres. En realidad, yo no deseaba un hijo en lo más mínimo. No tenía un muy buen recuerdo de mi padre y ninguno de mi madre; pero podía llegar a entrever un ser que fuese el fruto de nuestro común amor, de mi absoluta adoración por Áyax y mi agradecida pasión por Ábaco. Un ser que tuviese los genes de mis amantes, de aquellos que le daban sentido a mi existencia.

Así, gozosamente, les comuniqué cómo planeaba renunciar a mi propia perpetuación en favor de la suya.

Pero Ábaco se negó con vehemencia:

—No, Jedediah, no es así como *somos*. Somos tres. Si hemos de dar fruto, será de los tres.

Áyax sonrió orgulloso, nos abrazó en su amplio pecho que podía cobijarnos fácilmente a ambos y rubricó:

—En eso, exactamente, es en lo que estaba pensando. Pero creo —dijo viendo mi rostro—, que aún no es tiempo.

Hebe me mordió dulcemente el labio inferior y lanzó una risa divertida. Luego, sus brazos llenos de cicatrices entretejieron un conjunto de tentáculos en la cabeza de Áyax y los colocaron sobre sus pechos. Aquella noche gozamos nuestro amor con una paz y una libertad completamente nuevas.

Cuando ambos se quedaron dormidos, el perfume de mi muchachita adorada me mantuvo en vela, pensando una y otra vez en la posibilidad de un hijo.

Ahora, ella estaba encerrada en mis brazos y yo en los de Áyax. El cielo había comenzado a clarear con acentos rojizos en torno del empequeñecido Sol marciano.

Marte era libre y yo tenía todo lo que siempre había deseado y más.

Acaricié un brazo lácteo de Ábaco, deslizando cuidadosamente la punta de mis uñas por el dédalo de líneas cetrinas y nacaradas que conocía tan bien. Esas cicatrices eran vías que me conducían a los recuerdos de todas las heridas que habíamos restañado juntos y todas las batallas que las habían provocado. Nuestra pequeña se estremeció en mis brazos y suspiró entre sueños. En una respuesta casi refleja, los tentáculos de Áyax cobraron vida y me cubrieron el rostro por completo; eran una selva de zarcillos que buscaban mi boca, mi nariz, mis ojos y mis oídos para hundirse en sus huecos y comisuras. Estreché fuertemente a Ábaco entre mis brazos, acariciándola con frenesí, apretándola hasta despertarla, hasta hacerla responder a mis deseos. Y ella lo hizo hermosa y dulcemente, como siempre.

Y tuve mucho miedo de que el mundo cambiase.

Pero sabía que eso era irremediable; así que me aferré a nuestro amor, al único modo que conocía para hacer de tres seres una sola alma, y me entregué a ellos total y

completamente.

El parto es duro.

Estoy aterrado.

La única manera posible había sido utilizar su propio cuerpo como laboratorio. Nunca se habían mezclado los genes puros de un nativo, con todas sus modificaciones intactas, a los de un humano ordinario; menos aún a los de dos.

Habíamos barajado todas las posibilidades a lo largo de aquel año.

Mi propuesta había sido desechada de plano: un hijo de Áyax y Ábaco.

Hebe había propuesto una suerte de combinación del material genético de los espermatozoides de ambos en sus óvulos, pero aunque eso me sonaba frankensteniano a mí —al parecer a ellos dos, no—, aún subsistía el problema de que la descendencia de mi amado no conservaría sus modificaciones genéticas.

La idea definitiva había sido una suerte de mezcla entre clonación y combinación. Jamás entendí el proceso, pero mis consortes sí. Nuestro hijo sería un ser humano, con los genes de los tres... Una aberración condenada por todas las leyes de la Tierra, y un triunfo de Marte para nuestra gente.

Sería un híbrido, debería gestarse las primeras semanas en el vientre de Áyax y luego ser transplantado al útero de Ábaco.

Simbólicamente eso era perfecto. En la realidad, me angustiaba.

Ni siquiera sabíamos en cuantos meses nacería.

Fueron doce y casi matan a nuestra pequeña.

Capadocia Bel nació con un conjunto de combinaciones erróneas. En su hermosa carita verde, dos ojos celestes y uno negro llegaron a mirarnos por unos cuantos minutos. Luego, murió.

¿Habrás alcanzado a saber cuánto la amábamos?

Creo que reconoció nuestras voces, las que cada noche la acunaban en el vientre de su madre, con canciones e historias.

Tal vez heredó el poder de Áyax, ése que lo había traicionado al predecir su salud. Quizás en esos minutos vio todos los futuros posibles junto a sus tres padres y disfrutó, no de una, sino de mil vidas a nuestro lado, envuelta en el cariño que ansiábamos tanto transmitirle.

No sé si me engaño, pero aún me aferro a esa idea para poder seguir adelante. El dolor es atroz.

Áyax se culpaba, decía que era imposible no haber visto este futuro, que su ilusión había velado su buen juicio. Ábaco pasaba las noches sin dormir, enfundada en el traje, parada en el porche, como esperando algo. Yo había vuelto a soñar con mi

madre y tenía el rostro de Hebe.

Creo que, por extraño que parezca, fue la noticia de esta tragedia la que dio impulso al contraataque terrestre.

En Marte, nuestra niñita ya era una bandera antes de nacer. Un personaje casi mítico: la hija de la libertad marciana que vencería, incluso, el condicionamiento genético de los terraformadores. Cuando esa bandera fue arriada por el desastre, la Tierra no desperdició la oportunidad y atacó a un pueblo desmoralizado ante una señal incomprensiblemente oscura.

Yo sólo lloraba a mi hijita perdida.

En una de esas tardes interminables, cuando nos aprestábamos a la batalla, Áyax me apartó por unas horas del comando de mi tropa y me sentó en el chevy rosado que aún permanecía estacionado, inerte ya, en la puerta de nuestra casa.

Percibí un brillo extraño en sus ojos de plata; aún a través del cristal de mi casco, tenían una cualidad triste.

—¿Sabes por qué comencé esta rebelión, mi Jedediah?

Por alguna razón me sentí como un niño de nuevo. Había sopesado esa pregunta en mi cabeza durante años. Había ponderado todas las variables políticas, sociales y filosóficas. La necesidad de libertad, lo injusto de una raza creada para servir y luego descartada ante el cumplimiento de su misión, lo terrible de un mundo que se arrogaba el derecho de convertir cualquier otro sitio a su imagen y semejanza sólo porque podía hacerlo.

Miré la belleza de este Marte recobrado, rojo, puro, auténtico. Sabía que valía la pena preservar el universo de la garra terraformadora; pero algo en el fondo de mi mente me decía que Áyax no había considerado nada de eso en su decisión de iniciar un movimiento martificador.

Así que negué con la cabeza, como cuando era un niño de once años.

—Por ti. Era el único futuro en el que tú estabas a mi lado.

La vanguardia está sitiada, pero así se suponía que debía serlo.

Áyax está allí, soportando la arremetida principal.

Rezo en silencio a Zeus, por él. Rezo en silencio a Zeus, porque Ábaco llegue a tiempo con la tormenta. Grito a voz en cuello las órdenes a mi diezmada escuadra.

Vuelvo a apartar de mi cabeza la posibilidad de que Áyax deje que Marte se nos escape de las manos sólo para seguir juntos. Y también la idea de ganar este mundo a costa de su amor.

La columna de polvo se alza más allá del monte Olimpo, avanza como el fin de todas las cosas.

En los visores se aprecian los fragmentos de la armada terrestre arrojados en todas direcciones.

Ábaco me da la señal: un triple centelleo de rayos. Arrojo la miel y el aguanieve en el suelo junto a unas gotas de mi sangre.

Me lanzo a la carga, no tenemos más que un puñado de armas y nuestros sleipnir, pero nos arrojamos contra el segundo flanco de acorazados sin titubear. Sólo debemos concederles unos pocos minutos a la tormenta.

«Hay cosas por las que vale la pena dar la vida», ése es mi mantra, el que evita que titubee, el que me impide quedar paralizado de terror, allí en la batalla, por la suerte de mi esposo y mi esposa; el mismo que le da sentido a una rebelión que fue depositada sobre mis hombros desde el primer instante en que Áyax me amó.

Los hombres caen a mi alrededor pero todo lo que importa es que los terrestres no reaccionen a tiempo.

Algo me golpea en la cabeza, me desplomo confundido. El dolor es terrible, me doy cuenta que una parte de mi cara ha desaparecido. Miro mis manos, agradecido al universo por los dos meñiques faltantes. Si tan sólo hubiésemos tenido tiempo lo habríamos intentado otra vez, y a esta niña le hubiésemos puesto Laurea, lo sé.

El ojo del huracán se forma sobre mí, es enorme, pero se ha cerrado lo suficiente para tragarse la flota terráquea entera.

Entre los escombros, lo que queda de mi tropa, liderada por Oileo, recoge los sleipnir y se aferra con ganchos al suelo, tal como les ordené. ¡Bien!

Ahora ya no hay viento, sólo una cortina de polvo en el aire que desciende lentamente sobre kilómetros de muerte y destrucción. Entre las nubes rojizas, Áyax corre en mi dirección, Ábaco está a su lado. Ambos son figuras rojas que se me acercan como en espasmos de visión. ¡Gracias a Zeus!

La sangre me impide ver con claridad, rojo sobre rojo.

—Laurea —repito. No creo que me entiendan—. Laurea...

Laurea caminaba resuelta hacia nosotros con su andar bamboleante de nativa.

La piel blanca y los ojos negros, bajo una cortina de tiesos cabellos rojos entremezclados con zarcillos del mismo color.

Se cruzó de brazos con un mohín que conocía bien en su madre y se aclaró la garganta como uno de sus padres... yo.

—Bueno, ¿ya lo decidieron?

Áyax se reía por lo bajo. Lo miré y volví a sentir el mismo asombro de siempre al hacerlo: tenía prácticamente el mismo aspecto que cuando lo viera por primera vez en Olympic, hacía ya cincuenta años.

—¡No te rías, fue idea tuya! —respondí falsamente colérico.

Ábaco se había colocado detrás de mí y me envolvía en sus brazos:

—¿Y bien? —insistió la madre, ahora.

—No me acorralen, ¿sí? ¡Y tú menos que nadie, niña! —Señalé a mi hija con

energía.

Laurea reprimió a su vez una carcajada: la huella de su otro padre.

Ponderé la respuesta con tranquilidad, o al menos la repasé, ya sabía lo que le diría y, por supuesto, tanto Laurea como Áyax habían visto esto en su memoria futura. En cuanto a Ábaco, me conocía demasiado para no adivinarlo.

Creo que yo era el único sorprendido ante ella.

Me pasé la mano por el rostro y mi mano chocó con el casco. La reconstrucción me había quitado algunos años, pero aún así seguía siendo el que aparentaba mayor edad del grupo, y eso me daba un aura de autoridad en la familia y en el Triunvirato Social.

—¡Bien, si quieres arrancarte tres dedos, hazlo! —dije de manera poco convincente; en realidad no podía estar más orgulloso del destino familiar de nuestra hija—. ¡Pero ni siquiera ellos te merecen!

Laurea saltó de alegría y salió corriendo en dirección a los dos nativos que la aguardaban a una respetable distancia, junto a una bella humana de unos veinte años, la misma edad que nuestra pequeña.

La noble hija de los libertarios marcianos, la niña-leyenda que al fin había roto el condicionamiento genético terraformista, se unía a Telamón, uno de los míticos generales victoriosos; a Oileo, el jefe de caballería de mi escuadrón suicida, y a Gloria, su propia amiga de la infancia.

El espectáculo me fascinó y me llenó de orgullo: otra familia marciana que crecía sin restricciones, sin miedos, sin tabúes. Y nuestra niñita iba a integrarse en ella.

Áyax me sorprendió con su comentario:

—Creí que se quedaría con nosotros, como los Proioxis.

Los Proioxis habían sido la primera familia endogámica del Nuevo Orden. Su permiso de matrimonio había tardado meses, pero había sido aceptado finalmente, replanteando todo el proceso de prohibición del incesto hasta destruirlo.

La fama de los marcianos en la Tierra no podía ser peor. Pero lejos de imperar un libertinaje aborrecible, como ellos pregonaban, nuestra sociedad era tolerante, pacífica y sumamente ordenada.

Por suerte, la pía y virtuosa Tierra no había insistido y, finalmente, dos años atrás, había terminado por reconocer oficialmente nuestra independencia. Sin más guerras, ni biocots, ni ataques con armas biológicas. Todo eso lo reservaban para sí mismos ahora.

Algo se estremeció en mis entrañas. Yo no podía ver a Laurea de esa manera, pero tampoco podía culpar a mi compañero. En algún futuro Áyax había visto... No, no quería siquiera pensar en eso.

—Será una maravillosa familia —agregó.

Observé a los cuatro alejarse con paso acompasado. Los bamboleantes andares de

los centenarios nativos, el mismo balanceo en el cuerpo híbrido de Laurea y el trote de la jovencita que intentaba seguirles el paso a los tres gigantes, de ahora en adelante, sus esposos y esposa.

Pensé en nuestra familia, en cómo estaba floreciendo; en cómo Marte estaba dando frutos marcianos.

Suspiré tranquilo, sentía que todo había valido la pena.

Cuando Oileo sale del cuarto de arena, lleva al bebé en sus brazos. Acaba de dar a luz pero está fuerte y completamente repuesto. Eleva al niño en su mano y les muestra su nuevo hijo a sus otros progenitores, orgulloso.

Áyax deja escapar un grito que alguna vez fue de guerra y que ahora recibe nueva vida. Todos lo imitan. Ábaco me abraza emocionada.

La familia de Laurea es amplia y generosa con la vida, tiene ya cuatro hijos, diez nietos, dos bisnietos y, desde hace unos pocos meses, un cónyuge nuevo: Diomedes, conformando así un quinteto, la forma más usual de familia en Marte.

Vuelven a mi mente los recuerdos de las batallas, cuando este fiero nativo salvó la vida de Áyax en pleno combate, en Noctis Labyrinthus.

Ahora lo veo llorar de felicidad frente a su hijito, que ostenta los indiscutibles ojos de Laurea y los de Gloria, al mismo tiempo.

Los híbridos son imprevisibles. Sus cuerpos y sus mentes están cada vez más y más alejados de la humanidad primordial; son cada vez más marcianos, porque la marcianidad es algo que ellos mismos definen a medida que evolucionan.

Telamón recoge al bebé y nos lo muestra al resto de la familia, a los padres de Gloria, a sus sobrinos, a nosotros.

Mi nieto está en mis brazos ahora: cuatro manitas, cuatro ojos, una ranura pequeña por boca, branquias batientes en sus mejillas y la piel del color del monte Olimpo... reconozco en él mi cabello: rojo sobre rojo.

Para mí, como para cualquier habitante de Marte, este niño es hermosísimo, una joya inestimable.

—Capadocia —me susurra Oileo—. Ése será su nombre, es justo que así sea.

Se me hace un nudo en la garganta. El rostro arrugado del señor Capadocia se presenta en mi recuerdo, llamándome para que juegue con Borzoi. Supongo que yo debo verme muy similar a él con mis doscientos y tantos años.

—Entonces el Bel Air será tuyo, ¿no? —bromeo con el bebé.

El niño sonrío con su pequeña boca. Tal vez ya esté contemplando su futuro.

El capataz le grita con fuerza y lo vuelve a golpear.

El nativo cae, se arrastra y, cuando va a levantarse, siente el látigo de nuevo en su

espalda. Gruesas gotas de sangre caen sobre la arena marciana: rojo sobre rojo.

El nativo, apenas un chaval de nueve años, lo mira de reojo y agacha la cabeza. No hay resentimiento en su mirada, su naturaleza lo insta a obedecer al terráqueo, para eso fue creado junto con sus cuarenta hermanos, para obedecer y trabajar.

—¡Vamos, bichos! ¡Bastardos de probeta! Piensen en la vida larga que les hemos regalado y dejen de holgazanear.

Tal vez de allí provenga el odio del capataz, de los cientos y cientos de años de vida que la Tierra les entrega como pago por su existencia no solicitada.

Todos los niños tienen la misma edad, todos son varoncitos aunque con vientre de mujer; sus cuerpos verdes se doblan flexibles bajo los látigos sónicos de sus capataces, aunque ya los superan en tamaño. Sus piernas con dobles articulaciones inversas resisten días de carrera, sus pulmones respiran la atmósfera marciana semitransformada por las factorías de oxígeno, su color los hace fácilmente ubicables en el campo ante los ojos de los ingenieros de terraformación bajo cuyas órdenes estarán durante los próximos años. Su fuerza les permite hacer el trabajo duro aún durante las tormentas de polvo. Tampoco descuidaron, al diseñarlos, un cerebro privilegiado, capaz de singulares juegos de estrategia que les permitan resolver dificultades sin el auxilio de sus superiores humanos.

Son los únicos cuarenta que existirán, sus genes morirán con ellos, así fue planeado por la Tierra; son una raza en sí mismos, una raza condenada que nació extinta.

Si alguna vez fructificasen entre ellos, o con otros seres humanos, sólo serían capaces de engendrar a sus propios carceleros: humanos puros.

¿No era ésta la peor de las esclavitudes, la más ingeniosamente diseñada?

El campo de entrenamiento es duro. Pienso en mi propia infancia en Olympic y me siento afortunado.

El niño vuelve a recibir un golpe del látigo pero esta vez no cae, sólo mira el horizonte. Sus ojos plateados, que ven aún entre la tormenta más cerrada o la noche más oscura, están mirando más allá, incluso podría jurar que me están viendo a mí.

Lo reconozco con un estremecimiento: ¡Por Zeus! ¡Es Áyax, *mi* Áyax! Un nuevo golpe es asestado sobre su espalda, ahora sí, finalmente, cae... ¿Cae o caigo?

El golpe me vuelve a la realidad, a mi ser, a mi existencia. Yo no soy Jedediah aunque lo he sido durante doscientos años... ¡No, durante apenas unos segundos!

¿Cómo puede ser?

—¡Vamos sabandija, levántate y corre!, ¿qué estás viendo?

Me levanto aturdido, aún no sé bien quién soy, si el operativo terraformador Áyax o ese tal Jedediah.

Corro con todas mis fuerzas, pronto dejo atrás al capataz gritando que aminore la marcha. Lo ignoro. Entro a las duchas.

Telamón y Oileo me esperan. Sus miradas son extrañas.

Ellos han visto algo también, podría jurarlo.

Cenamos en silencio como siempre. Diomedes se nos acerca para los ejercicios nocturnos.

Esta noche nos toca reconocimiento de terreno en los montes Phlegra.

Acurrucado en el frío inclemente, recuerdo parte de esas vivencias que hoy experimenté, toda una vida en pocos segundos; sentimientos que me superan. En esta montaña hablamos... o hablaremos de amor, en este sitio... ¿Amor? ¿A un humano puro?

A unos diez metros a mi derecha Diomedes tiembla. Veinte metros más allá, sobre una cornisa, Telamón y Oileo se han sentado uno junto al otro.

¿Qué está sucediendo?

Algunas veces hemos hablado entre nosotros, en las barracas, por medio de susurros y códigos secretos, acerca de visiones del futuro. Sabemos que podemos ver lo que pasará dentro de unos minutos o unas horas —Alcínoo dice que ha llegado a ver hasta tres días hacia adelante—, pero lo de esta tarde... ¡Toda una vida en apenas unos segundos!

Me concentré en lo vivido esta tarde. Durante unos minutos, incluso, no había sabido quién era yo. En la visión, me había visto a mí mismo en los ojos de este hombre. Había oído su voz relatando acontecimientos a medida que transcurrían, como si fuese la mía propia. Y, sobre todo, había *sentido* lo que él sentía. Y eso era perturbador, porque lo que él sentía por mí era amor.

—Amor —susurro—, ¿cómo puede ser que un humano me llegue a amar y tanto?

Leo las órdenes claramente en el juego de luces a la distancia: debo descender hacia el poniente, mientras el otro grupo lo hace hacia el naciente.

Me levanto y comienzo a bajar por la ladera.

Pero hay un sentimiento extraño de vacío en mi vientre. Un temblor en mis corazones, como si estuviese a punto de perderlo todo, aunque, ¿qué puedo perder yo, que no tengo nada, que no tengo ni diez de honor?

—¿Jedediah...? ¡Jedediah!

Me detengo. El clamor en mis vísceras se detiene, es una vibración.

Doy un paso más. Lo estoy perdiendo, y eso me duele, pero no en el cuerpo.

¿Qué hacer? ¡Me han dado una orden, no puedo desobedecerla! ¡Eso es imposible!

Pero hay alguien que puede llegar a amarme...

—¡Áyax!

El grito llega desde lo alto de la estribación a mis espaldas.

Giro. Telamón y Oileo están de pie, tienen sus manos unidas. Diomedes se haya a su lado.

En mi recuerdo eso tiene sentido.

Subo lentamente, todo dentro de mí es culpa y desesperación: estoy desobedeciendo una orden. Pero hay algo más detrás de esa cortina de oprobio, algo que brilla cálido y me da fuerzas para vencer el condicionamiento.

Al llegar, mis ojos se pierden en ese nudo de manos entre Telamón y Oileo. Es algo extraño, prometedor. Miro a Diomedes y susurro:

—Algún día...

—En Noctis Labyrinthus —completa él.

—¡Gracias!

Él inclina apenas la cabeza en una reverencia sutil, un saludo de honor entre guerreros.

¡Entonces ellos también lo han visto! Han visto el futuro.

Empiezo a comprender. Si me alejo de ellos y sigo la orden, mi futuro, nuestro futuro, ya no será ése. Pero si desobedezco y bajo la montaña de este lado, todo lo que vi será real. O, al menos, empezará a serlo.

Como si me hubiese leído la mente, Telamón me dice:

—Va a ser un camino difícil. Vamos a tener que destrozarnos este mundo y volver a armarlo.

Lo sé.

—¡Por favor, Áyax, tú sabes a quien esperamos nosotros!

La voz de Oileo es una súplica infantil. Pero está pensado en mi hija, mi hija a cientos de años por nacer.

Miro a mis compañeros.

Lentamente se acercan otros: Alcínoo, Rexénor, Laodamante.

En ellos hay ansias de libertad, de dignidad, de justicia; pero en mí, sólo hay deseo de amor, de reconocimiento, de cobijo. Sin embargo, no encuentro discrepancias entre esos anhelos.

—Jedediah —susurro y comienzo a descender hacia el naciente.

Allá, bajo los reflectores de la fábrica de oxígeno, brilla el auto rosado del nuevo ingeniero genético de acondicionamiento. Es un muchacho joven que nos recibe con alegría. Él es distinto, no tiene odio en la voz.

Sé que será fundamental para nuestra causa.

—Bueno, ¿qué tenemos aquí? ¿Siete, eh? Yo había solicitado cuatro pero... —se acomoda la máscara de respiración y se rasca la cabeza—. ¿Quieren estar juntos, no? Los entiendo, cuando yo tenía su edad no me separaba de mis amigos.

Tomó nuestras manos y nos puso la marca en el dedo meñique: («grupo 5, clase 2, neofauna – Capadocia»).

—Vamos entonces. Pueden llamarme Capadocia. ¡No, no en el camión, aquí! Los voy a llevar en un vehículo digno de Marte. ¿Qué les parece?

El chevy rosado es enorme, extemporáneo y bellísimo.

—Un Bel Air del '56. Motor Turbo-fire V8, obviamente convertido para una atmósfera de CO₂, ¡250 caballos de fuerza!

Ninguno de nosotros entendemos lo que dice, pero él parece emocionado. Nos acomodamos como podemos.

—Bien —dice satisfecho, mientras arranca el motor—, ahora los llevaré para que vean con qué trabajaremos de ahora en adelante, hasta que crezcan. Yo los llamo *sleipnir*, como el caballo de Odín, ¿sí? —Nos mira por el retrovisor, sacude la cabeza—. A los terraformadores no les importa mucho su educación, ¿no? ¡Oh, bueno, no importa! Ya les enseñaré mitología, tengo libros para prestarles. En realidad tengo libros de lo que se imaginen. —Palmea el lector electrónico en su bolsillo—. Sí señor, nos vamos a divertir juntos en la granja. —Toca la bocina.

Al principio nos asustamos, pero luego comenzamos a reír.

Capadocia ríe a su vez y vuelve a hacerla sonar.

Me doy cuenta de que es la primera vez que río.

En mi mente se forma una voz familiar, una voz querida:

«Desde que tengo memoria, vivo en Olímpic.

Aunque mi padre dice que no nací aquí, que aquí llegamos cuando era muy pequeño; hará unos diez años, supongo.

Aquí murieron mis hermanos al nacer. De mi madre nunca habla».

Sonrío frente al paisaje del cráter Peridier, a medida que nos acercamos a él. El sol surge empolvado, pero mi futuro no. Rojo sobre rojo.

—Ya voy a tu encuentro mi amor —susurro en la noche, envuelto en nubes de polvo y olor a vinilo—. Ya voy a tu encuentro.

EL CICLO DE VIDA DE LOS OBJETOS DE SOFTWARE

Ted Chiang

Ted Chiang es un autor norteamericano que se gana la vida como escritor técnico en la industria del software. Su obra publicada es muy escasa (catorce historias en más de veinte años) pero ha logrado que crítica y lectores le consideren como uno de los mejores escritores de relatos de ciencia ficción de todos los tiempos. Sus historias se caracterizan por su extraordinaria originalidad y su enorme capacidad especulativa.

Su única antología publicada hasta el momento es *La historia de tu vida* (*Stories of your Life and Others*, premio Locus a la mejor recopilación en 2003), publicada en España por Bibliópolis Fantástica, y considerada como una de las mejores antologías del género. También puede encontrarse en español el cuento «Exhalación» (*Cuásar* nº 50/51), galardonado con los premios Hugo y Locus.

«El ciclo de vida de los objetos de software», ganadora del Hugo y el Locus, además de finalista del Nebula, es un texto inusualmente extenso para Chiang y una de sus escasas historias que aún permanecían inéditas en castellano. Sigue la evolución de dos inteligencias artificiales que viven en un entorno digital y sus complejas relaciones con los humanos, al tiempo que asistimos a su progreso intelectual y emocional a través de conflictos y acuerdos. Una pequeña obra maestra.

I

Se llama Ana Alvarado, y está teniendo un mal día. Llevaba toda la semana preparándose para una entrevista de trabajo, la primera en varios meses que llegaba a la etapa de la videoconferencia, pero el rostro del reclutador apenas acababa de materializarse en la pantalla cuando le informó de que la empresa había decidido contratar a otra persona. De modo que ahora está sentada delante del ordenador, vestida con su mejor traje para nada. Sin demasiado entusiasmo, sus intentos por sondear unas cuantas empresas más se saldan de inmediato con otras tantas cartas de rechazo automáticas. Transcurrida una hora, Ana decide que necesita distraerse: abre una ventana de Próxima Dimensión para jugar al que es su pasatiempo predilecto en la actualidad, la Edad del Iridio.

La cabeza de playa está abarrotada, pero su avatar lleva puesta la codiciada armadura de combate de madreperla, por lo que no pasa mucho tiempo antes de que algunos jugadores le pregunten si quiere unirse a su pelotón. Atraviesan la zona de combate, neblinosa a causa del humo de los vehículos incendiados, y durante una hora se dedican a limpiar una fortaleza de mántides; es la misión perfecta para el estado de ánimo de Ana, lo bastante fácil para permitirle confiar en la victoria, pero con la dosis justa de desafío para que la experiencia resulte satisfactoria. Sus compañeros de equipo se disponen a aceptar otra misión cuando una ventana de telefonía se abre en la esquina del monitor de vídeo de Ana. Se trata de una alerta de voz de su amiga Robyn, de modo que Ana cambia el estado del micrófono para aceptar la llamada.

—Hola, Robyn.

—Hola, Ana. ¿Cómo va eso?

—Te daré una pista: ahora mismo estoy jugando a EdI.

Robyn sonrío.

—¿Una mañana complicada?

—Por así decirlo. —Ana le cuenta lo de la entrevista cancelada.

—Bueno, las noticias que traigo quizá te levanten el ánimo. ¿Podrías reunirte conmigo en Tierra de Datos?

—Claro, dame un momento para que salga del juego.

—Te espero en mi casa.

—Vale, hasta ahora.

Ana se despide del pelotón y cierra la ventana de Próxima Dimensión. Cuando accede a su cuenta de Tierra de Datos, la ventana se centra en la última ubicación que había visitado, una discoteca excavada en la gigantesca cara de un acantilado.

Aunque Tierra de Datos cuenta con sus propios continentes de juego (Elderthorn, Orbis Tertius), éstos no son del estilo de Ana, motivo por el cual pasa más tiempo aquí, en los continentes sociales. Su avatar todavía conserva la ropa de fiesta de su última visita; se pone un atuendo más convencional y abre un portal al domicilio de Robyn. Un paso al frente y aparece en la sala de estar virtual de Robyn, en un aerostato que flota sobre una catarata semicircular de mil quinientos metros de diámetro.

Sus avatares se encogen de hombros.

—Bueno, ¿qué hay de nuevo? —dice Ana.

—Que Blue Gamma vuelve a contratar —es la respuesta de Robyn—. Acabamos de recibir una inyección de fondos, así que estamos cubriendo vacantes. Les he enseñado tu currículum a unas cuantas personas, y todo el mundo se muere de ganas de conocerte.

—¿A mí? No será por mi inmensa experiencia. —Hace poco que Ana ha completado el programa que la acredita como evaluadora de software. Una de las clases de introducción corría a cargo de Robyn, y así fue cómo se conocieron.

—Precisamente por eso, la verdad sea dicha. Es tu último trabajo lo que suscita tanto interés.

Ana se había pasado seis años empleada en un zoológico; la clausura del mismo era el único motivo de que hubiese retomado los estudios.

—Ya sé que los primeros compases de cualquier aventura empresarial son un poco caóticos, pero me apuesto lo que sea a que no necesitáis ninguna cuidadora de animales.

—Espera a ver lo que nos traemos entre manos —responde Robyn, con una risita—. Me dijeron que podía dejarte echar un vistazo, acuerdo de confidencialidad mediante.

Esto es algo gordo; hasta ahora, Robyn no había podido desvelar el menor detalle de su labor en Blue Gamma. Ana firma el acuerdo y Robyn abre un portal.

—Tenemos una isla privada. Ven, vamos a echar un vistazo. —Sus avatares trasponen el umbral.

Ana medio se espera encontrarse con un paisaje fantástico cuando se actualice la ventana, pero en vez de eso su avatar aparece en lo que a primera vista parece ser una guardería. Tras fijarse mejor, da la impresión de tratarse de una escena que se hubiera escapado de algún libro infantil: un pequeño cachorro de tigre antropomórfico ensarta cuentas de colores en un entramado de alambres; un oso panda examina un coche de juguete; una pelota de gomaespuma rueda empujada por la versión caricaturizada de un chimpancé.

Las anotaciones superpuestas en la pantalla los identifican como digientes, organismos digitales que viven en hábitats como Tierra de Datos, aunque Ana nunca

ha visto nada igual. Éstas no son las mascotas idealizadas que se venden a aquellas personas incapaces de comprometerse con un animal de verdad; carecen de su belleza fotográfica, y sus movimientos son demasiado torpes. Tampoco se parecen a los habitantes de los biomedios de Tierra de Datos: Ana ha visitado el archipiélago de Pangea, ha visto los canguros esciápodos y las serpientes bidireccionales evolucionadas en sus distintos invernaderos, y es evidente que estos digientes no son oriundos de allí.

—¿Esto es lo que hace Blue Gamma? ¿Digientes?

—Sí, pero no unos digientes cualquiera. Fíjate. —El avatar de Robyn se acerca al chimpancé que está jugando con la pelota y se acuclilla delante de él—. Hola, Pongo. ¿Qué haces?

—Pongo jigui piliti —dice el digiente, para pasmo de Ana.

—¿Estás jugando con la pelota? Qué bien. ¿Puedo jugar yo también?

—No. Pongo piliti.

—Porfa.

El chimpancé pasea la mirada a su alrededor y, sin desprenderse de la pelota en ningún momento, se acerca gateando hasta un montón de cubos de madera desordenados. Empuja uno de ellos en dirección a Robyn.

—Robyn jigui bliquis. —Se vuelve a sentar—. Pongo jigui piliti.

—Bueno, vale. —Robyn regresa junto a Ana—. ¿Qué te parece?

—Es asombroso. No sabía que los digientes estuvieran tan avanzados.

—Es todo bastante reciente; nuestro equipo de desarrolladores contrató a un par de doctorados después de asistir a su presentación en la conferencia del año pasado. Ahora contamos con un motor genómico, al que hemos puesto el nombre de Neuroblast, cuya capacidad cognitiva es superior a la de cualquier otro de los que se encuentran en el mercado en estos momentos. Éstos de aquí —abarca con un ademán a los habitantes de la guardería— son los bichitos más inteligentes que hemos generado hasta la fecha.

—¿Pensáis venderlos como animales de compañía?

—De eso se trata. Los comercializaremos como mascotas con las que se pueda conversar, capaces de aprender unos trucos impresionantes. Aunque no sea oficial, por las oficinas circula el siguiente eslogan: «Tan graciosos como cualquier monito, pero sin peligro de que te tiren caca a la cara».

Ana sonríe.

—Empiezo a comprender la utilidad que podría tener alguien con experiencia en el adiestramiento de animales.

—Pues sí. No siempre conseguimos que estos bichitos hagan lo que les decimos, y desconocemos hasta qué punto llevan la desobediencia en los genes y hasta qué punto se debe a que no estamos utilizando las técnicas adecuadas.

Se queda mirando mientras el digiente con forma de panda levanta el coche de juguete con una zarpa y examina los bajos; con cautela, utiliza la otra patita para dar vueltas a las ruedas.

—¿Con cuántos conocimientos parten de base estos digientes?

—Prácticamente ninguno. Deja que te lo enseñe. —Robyn activa una de las pantallas de vídeo de las paredes de la guardería; en ella aparece la grabación de una sala, decorada con colores primarios, en cuyo suelo remolonean un puñado de digientes. Su aspecto físico no difiere del de los que ocupan la guardería en estos momentos, pero sus movimientos son arbitrarios y espasmódicos—. Estos bichitos están recién instanciados. Tardarán unos cuantos meses de tiempo subjetivo en aprender lo básico: cómo interpretar los estímulos visuales, cómo mover las extremidades, cómo se comportan los objetos sólidos. Mientras dure esa fase los ejecutaremos en un invernadero, así que todo el proceso nos lleva alrededor de una semana. Cuando estén preparados para aprender el idioma y las convenciones sociales, pasaremos a ejecutarlos en tiempo real. Ahí es donde entrarías en acción tú.

El panda empuja el cochecito por el suelo, adelante y atrás, unas cuantas veces y emite un vagido intermitente: *mo mo mo*. Ana se da cuenta de que el digiente se está riendo.

—Sé que en la universidad estudiaste cómo se comunican los primates —continúa Robyn—. Aquí tienes la oportunidad de poner en práctica esos conocimientos. ¿Qué opinas? ¿Te interesa?

Ana vacila; no era esto lo que tenía en mente cuando se matriculó en la universidad, y por un instante se pregunta cómo ha podido llegar hasta aquí. De pequeña soñaba con seguir los pasos de Fossey y Goodall por África; cuando se graduó, quedaban tan pocos simios que su mejor opción pasaba por trabajar en el zoo; ahora contempla la posibilidad de aceptar un empleo como adiestradora de mascotas virtuales. Su trayectoria profesional es la crónica fehaciente del encogimiento del mundo natural, escrita en letra pequeña.

Ponte las pilas, se dice. Tal vez no se corresponda con sus expectativas, pero no deja de ser un empleo en la industria del software, motivo por el cual retomó los estudios. Además, lo cierto es que adiestrar monos virtuales podría resultar más entretenido que ejecutar baterías de pruebas; así que, siempre y cuando Blue Gamma le ofrezca un sueldo decente, ¿por qué no?

Se llama Derek Brooks, y la última tarea que le han encomendado no le hace ni pizca de gracia. Derek diseña los avatares de los digientes de Blue Gamma, y aunque normalmente disfruta con su trabajo, ayer los responsables de productos le pidieron que hiciera algo que considera que es una mala idea. Así intentó hacérselo ver, pero la decisión no está en sus manos, de modo que ahora le toca ingeniárselas para que

salga algo decente.

Derek estudió animación, por lo que, en cierto modo, crear personajes digitales es algo que se ajusta a su perfil como un guante. En otros aspectos, su cometido no podría diferir más del de un animador tradicional. Habitualmente se encargaría de diseñar la forma de caminar y los gestos de un personaje, pero en el caso de los digientes esos rasgos eran propiedades emergentes del genoma; lo que debe hacer es diseñar un cuerpo que manifieste los gestos del digiente de un modo con el que la gente pueda simpatizar. Estas diferencias explican por qué muchos animadores — entre ellos Wendy, su esposa— no trabajan con formas de vida digitales, pero a Derek le encanta. Considera que ayudar a una nueva forma de vida a expresarse es la labor más emocionante con la que podría soñar cualquier animador.

Además, suscribe la filosofía que hay detrás del diseño de las inteligencias artificiales de Blue Gamma: la experiencia es la mejor maestra, por lo que en vez de intentar programar una IA con lo que quieras que sepa, véndelas con la capacidad de aprender y deja que sean los mismos clientes quienes les enseñen lo que les apetezca. Para que los clientes se animen a realizar semejante esfuerzo, sin embargo, los digientes deberán ser la quintaesencia de la seducción: sus personalidades tendrán que ser encantadoras, algo en lo que están trabajando los desarrolladores, y sus avatares necesitarán ser adorables, momento en el que Derek entra en juego. Pero no puede limitarse a dotar a los digientes de unos ojos grandísimos y unas naricillas de botón. Nadie se los tomará en serio si parecen personajes de dibujos animados. Y a la inversa: si su aspecto recuerda en exceso al de las bestias de verdad, sus expresiones faciales y su capacidad para hablar resultarán demasiado desconcertantes. Encontrar el punto intermedio es peliagudo, aunque tras dedicar innumerables horas a documentarse con vídeos de crías de animales, por fin ha conseguido diseñar unos rostros híbridos que resulten entrañables pero sin exagerar.

Su proyecto actual es un poco distinto. Los responsables de productos, no satisfechos con los gatos, los perros, los monos y los pandas, han decidido que debe existir una mayor variedad entre los avatares, que haya algo más aparte de tantas crías de animales. Han sugerido robots.

Para Derek, la idea es absurda. Toda la estrategia de Blue Gamma se cimienta sobre la afinidad que sienten las personas por los animales. Los digientes aprenden mediante refuerzos positivos, como los animales, y entre sus recompensas se cuenta el que les rasquen la cabeza o les den golosinas virtuales. Todo esto tiene sentido tratándose de avatares animales, pero con uno robótico se conseguiría un efecto cómico y forzado. Si se dedicaran a vender juguetes físicos, los robots tendrían la ventaja de ser más baratos de fabricar que unos animales plausibles, pero los costes de producción carecen de importancia en el reino virtual, y los rostros animales resultan más expresivos. Vender avatares robóticos sería como ofrecer burdas

imitaciones en vez del producto original.

Interrumpen sus cavilaciones unos golpecitos en el marco de la puerta; se trata de Ana, la última incorporación al equipo de ensayo.

—Oye, Derek, tendrías que ver el vídeo de la sesión de adiestramiento de esta mañana. Han estado preciosísimos.

—Gracias, luego les echo un vistazo.

Ana ya se dispone a marcharse, pero se lo piensa mejor.

—Parece que tienes el día torcido.

En opinión de Derek, contratar a la antigua cuidadora de un zoo fue todo un acierto. No sólo ha diseñado un nuevo programa de adiestramiento para los digientes, sino que además aportó una sugerencia estupenda para mejorar su alimentación.

Los demás productores de digientes ofertan un surtido limitado de golosinas para ellos, pero Ana propuso que Blue Gamma ampliara radicalmente el formato de los alimentos que ingieren los digientes; señaló que las dietas variadas redundan en una mayor satisfacción de los animales en cautividad y consiguen que los visitantes se lo pasen mejor durante la hora de la comida. La dirección le dio el visto bueno y el equipo de desarrollo editó el mapa de recompensas básico de los digientes para ampliar el abanico de alimentos virtuales reconocibles; puesto que en realidad no podían simular todos los distintos componentes químicos —la física simulada de Tierra de Datos dista de estar a la altura de semejante reto—, se conformaron con añadir parámetros que sustituyeran el sabor y la textura de un alimento determinado, y diseñaron una interfaz para el software dispensador de comida que permite que los usuarios confeccionen sus propias recetas. Resultó ser un éxito tremendo; cada digiente individual siente debilidad por una golosina en concreto, y los informes de los beta testers reflejan que les entusiasma satisfacer las preferencias de sus digientes.

—En dirección han decidido que con los avatares animales no basta —dice Derek—. Ahora resulta que también quieren avatares robóticos. ¿Te lo puedes creer?

—La idea parece buena.

Derek no logra disimular su sorpresa.

—¿De veras lo crees? Pensaba que preferías los avatares animales.

—Aquí todo el mundo considera animales a los digientes, pero la cuestión es que los digientes no se comportan como ningún animal de verdad. Poseen tantas cualidades impropias de las bestias que da la impresión de que estemos vistiéndolos con disfraces de circo cuando intentamos conferirles el aspecto de monos o pandas.

Derek no puede por menos de sentirse zaherido ante la comparación de sus avatares, tan minuciosamente trabajados, con unos disfraces de circo. Su expresión debe de delatarlo, porque Ana se apresura a añadir:

—Tampoco es que el usuario de a pie vaya a percatarse de nada. Es sólo que me he pasado mucho más tiempo rodeada de animales que la mayoría de la gente.

—No pasa nada —dice Derek—. Siempre es agradable escuchar otros puntos de vista.

—Perdona. Los avatares tienen una pinta estupenda, en serio. Me gusta sobre todo el cachorro de tigre.

—Que no pasa nada. De veras.

Ana se disculpa con un ademán y se aleja por el pasillo, mientras Derek se queda recapacitando sobre sus palabras.

Puede que se haya obsesionado en exceso con el tema de los avatares animales, tanto que ha empezado a ver a los digientes como algo que no son. Ana tiene toda la razón, por supuesto, en el sentido de que los digientes tienen tanto de bestias como de robots convencionales. Además, ¿quién puede aseverar que una de las dos analogías sea más válida que la otra? Si parte de la premisa de que un avatar robótico es igual de adecuado que uno animal como vehículo para la expresividad de estas nuevas formas de vida, quizá logre diseñar el avatar que lo satisfaga.

Ha transcurrido un año y faltan apenas unos días para que Blue Gamma lance su producto estrella. Ana está trabajando en su cubículo, separada de Robyn por el pasillo; están sentadas de espaldas la una a la otra, pero en estos precisos instantes sus pantallas de vídeo muestran la misma imagen de Tierra de Datos, donde sus avatares aguardan en pie, hombro con hombro. A su alrededor, una docena de digientes corretean por un parque infantil, persiguiéndose por encima y por debajo de un puente en miniatura, escalando una pequeña escalerilla y dejándose caer por un tobogán. Estos digientes son los candidatos más firmes a salir al mercado; en cuestión de unos días, todos ellos —u otras versiones aproximadas— se pondrán a disposición de una clientela repartida a lo largo y ancho de los reinos solapados del mundo real y Tierra de Datos.

En lugar de enseñarles conductas nuevas a tan pocas jornadas de la fecha de salida, lo que se espera de Ana y Robyn es que animen a los digientes a poner en práctica aquellas destrezas que hayan aprendido ya. Están enfrascadas en plena sesión cuando Mahesh, uno de los cofundadores de Blue Gamma, pasa por en medio de sus cubículos y se queda a mirar.

—No os preocupéis, seguid con lo que estáis haciendo. ¿Qué habilidad toca hoy?

—La identificación de figuras —responde Robyn. Instancia un montón de cubos de colores desperdigados en el suelo, a los pies de su avatar—. Acércate, Lolly —dice, dirigiéndose a uno de los digientes. Un cachorro de león sale del parque infantil con paso inseguro.

Entretanto, Ana llama a Jax, cuyo avatar es un robot neovictoriano hecho de cobre bruñido. Derek realizó un trabajo sensacional diseñándolo, desde las proporciones de las extremidades al contorno del rostro; Ana opina que Jax es

adorable. Instancia a su vez una selección de cubos de colores de formas distintas y llama la atención de Jax sobre ellos.

—¿Ves esos bloques, Jax? ¿Qué forma tiene el azul?

—Trínguli —dice Jax.

—Bien. ¿Qué forma tiene el rojo?

—Cuidrido.

—Bien. ¿Qué forma tiene el verde?

—Circli.

—Buen trabajo, Jax. —Ana le da una golosina, que el digiente devora con entusiasmo.

—Jax listi —dice Jax.

—Lolly timbién listi —apostilla Lolly.

Ana sonrío y les acaricia la nuca.

—Sí, los dos sois muy listos.

—Dis listis —dice Jax.

—Eso es lo que quería ver —declara Mahesh.

Los candidatos a salir al mercado constituyen el destilado final de incontables ensayos, la crema de la crema en términos de educabilidad. En parte ha sido una búsqueda en pos de la inteligencia, pero al mismo tiempo también de temperamento, de una personalidad que no frustre a los clientes. Una de sus características fundamentales es la capacidad de jugar en equipo. El equipo de desarrolladores ha intentado reducir la conducta jerárquica de los digientes —Blue Gamma quiere vender mascotas cuya docilidad no deba reafirmarse continuamente—, pero eso no significa que se hayan erradicado por completo las rivalidades. A los digientes les encanta recibir atenciones, y como uno se dé cuenta de que Ana está cubriendo de halagos a otro, se esforzará por reclamar su parte. En la mayoría de los casos esto no supone ningún problema, pero cada vez que un digiente se mostraba especialmente resentido con alguno de sus congéneres o con la propia Ana, ésta lo marcaba y su genoma específico quedaba excluido de la siguiente generación. El proceso podría compararse hasta cierto punto con la cría de perros, aunque la mayoría de las veces Ana tuviera la impresión de estar trabajando en una inmensa cocina experimental, preparando un sinfín de bandejas de pastas y comprobando el sabor de cada una de ellas en pos de la receta perfecta.

Las encarnaciones actuales de los prototipos se archivarán en calidad de mascotas, y se pondrán copias a la venta, pero lo que se espera es que la mayoría de la gente compre digientes más jóvenes, todavía en la fase prelingüística. Casi toda la gracia está en enseñar a hablar a los digientes; las mascotas sirven principalmente como ejemplos de la clase de resultados que se pueden esperar. Comercializar digientes en la fase prelingüística les permitirá, además, penetrar en los mercados de

habla no inglesa, a pesar de que Blue Gamma sólo disponga de personal suficiente para crear mascotas que sepan inglés.

Ana envía a Jax de regreso al parque infantil y llama a un oso panda digiente llamado Marco. Se dispone a evaluar su reconocimiento de las figuras cuando Mahesh señala una esquina de su pantalla de vídeo.

—Mira, fíjate en eso. —Hay un par de digientes en la colina adyacente al parque, rodando ladera abajo.

—Anda, qué chulada —dice Ana—. Nunca les había visto hacer eso. —Cuando dirige su avatar hacia la colina, Jax y Marco la siguen y se suman a los juegos de los otros digientes. La primera vez que Jax intenta imitarlos, deja de dar vueltas casi de inmediato, pero con un poco de práctica consigue bajar rodando hasta el pie de la colina. Repite la operación unas cuantas veces y regresa corriendo junto a Ana.

—¿Ana mira? —pregunta Jax—. ¡Jax di viltis clini abaji!

—¡Sí, ya te he visto! ¡Has bajado la colina rodando!

—¡Ridandi clini abaji!

—Lo has hecho de maravilla. —Ana vuelve a acariciarle la nuca.

Jax se aleja a la carrera y continúa tirándose por la ladera dando vueltas. Lolly también se ha sumado con entusiasmo al nuevo pasatiempo. Cuando llega al pie de la colina, continúa rodando por el terreno llano hasta chocar con uno de los puentes del parque infantil.

—Iih, iih, iih —se lamenta—. Joder.

De repente, Lolly acapara la atención de todos.

—¿Dónde ha aprendido eso? —pregunta Mahesh.

Ana apaga el micrófono y conduce su avatar hasta Lolly para consolarla.

—No lo sé —dice—. Lo habrá oído por ahí.

—Bueno, pues no vamos a vender un digiente que diga «joder».

—Estoy en ello —dice Robyn. Abre una ventana nueva en la pantalla con los archivos de las sesiones de adiestramiento y ejecuta una búsqueda en la pista de audio—. Creo que es la primera vez que uno de los digientes dice algo parecido. En cuanto a cuándo lo hemos dicho alguno de nosotros... —Los tres observan expectantes mientras los resultados de la búsqueda se acumulan en la ventana; al parecer el culpable es Stefan, uno de los adiestradores de la sucursal australiana de Blue Gamma. La empresa tiene empleados en Australia y en Inglaterra para que los digientes continúen educándose cuando cierran las oficinas de la Costa Oeste; los digientes no necesitan dormir —o, para ser más exactos, el proceso de integración que sería su análogo del sueño se ejecuta a gran velocidad— por lo que su adiestramiento puede prolongarse durante las veinticuatro horas del día.

Repasan las grabaciones de vídeo de todas las ocasiones en que Stefan ha pronunciado la palabra «joder» en el transcurso de las sesiones de adiestramiento. El

estallido más espectacular se produjo hace tres días; no queda del todo claro tras examinar los movimientos de su avatar de Tierra de Datos, pero a juzgar por el sonido parece que se golpeó la rodilla contra el escritorio. Hay ejemplos anteriores que se remontan a semanas atrás, aunque ninguno de ellos tan virulento ni prolongado como éste.

—¿Qué quieres que hagamos? —pregunta Robyn.

El elemento de compensación es evidente. Con la fecha de salida prácticamente encima, no hay tiempo para repetir tantas semanas de adiestramiento; ¿deberían apostar por que los anteriores exabruptos no hayan dejado ninguna huella en los digientes? Mahesh se queda pensativo un momento antes de tomar su decisión.

—Vale. Hacedles retroceder tres días y retomadlo a partir de ahí.

—¿A todos? —dice Ana—. ¿No sólo a Lolly?

—No podemos arriesgarnos; que retrocedan todos. Y a partir de ahora quiero un sistema de alarmas de voz activo en todas las sesiones de adiestramiento. La próxima vez que a alguien se le escape un taco, hacedles retroceder a todos hasta el último punto de control.

De esta manera, los digientes pierden tres días de experiencia. Incluida la primera vez que bajaron rodando por una colina.

II

Los digientes de Blue Gamma son un éxito. Transcurrido un año de su salida al mercado, cien mil clientes los han adquirido ya y —lo que es aún más importante— los mantienen en activo. Blue Gamma apuesta por una estrategia comercial del estilo «cuchillas y hojas de afeitar», puesto que jamás recuperarían el capital invertido en el desarrollo de los digientes exclusivamente con su venta; en lugar de eso, la empresa cobra a sus clientes cada vez que éstos crean comida para los digientes, manteniendo así un flujo de ingresos constante que depende de que los digientes continúen entreteniendo a sus propietarios. Hasta la fecha, los clientes los encuentran tremendamente entretenidos y los mantienen día y noche en activo. Es habitual que los clientes ejecuten el proceso de integración de forma paulatina, por lo que sus digientes se pasan toda la noche durmiendo, pero algunos lo ejecutan a gran velocidad, y sus digientes están despiertos la mayor parte del tiempo; comparten sus digientes en colaboración con otras personas residentes en distintos husos horarios, lo que les permite madurar más deprisa. Decenas de parques infantiles y guarderías para

digientes salpican los continentes sociales de Tierra de Datos, y los calendarios de acontecimientos públicos se pueblan de citas para jugar en grupo, clases de adiestramiento y concursos de talentos. Algunos propietarios llevan incluso a sus digientes a las zonas de carreras y permiten que monten en sus vehículos. El mundo virtual se comporta como una aldea global por lo que a la educación de los digientes respecta, un entramado social al que se hubiera añadido una nueva categoría de mascota.

La mitad de los digientes que vende Blue Gamma son ejemplares únicos, poseedores de un genoma generado aleatoriamente aunque sin salirse de los parámetros seleccionados durante el proceso de cría. La otra mitad son copias de las mascotas, pero la empresa no escatima esfuerzos para recordar a los compradores que cada una de esas copias se desarrollará de forma distinta en función de su entorno. A modo de ejemplo ilustrativo, el equipo de ventas de Blue Gamma señala a Marco y a Polo, dos de las mascotas de la empresa. Ambos son manifestaciones del mismo genoma y ambos poseen avatares con forma de oso panda, pero sus personalidades son inconfundiblemente opuestas. Marco contaba dos años cuando se generó Polo, y éste se pegó a él como si lo tomara por una especie de hermano mayor; ahora ambos son inseparables, pero Marco es más extrovertido mientras que Polo se muestra más cauto, y nadie espera que Polo vaya a convertirse en un segundo Marco de la noche a la mañana.

Las mascotas de Blue Gamma son los digientes de Neuroblast más antiguos que existen en activo, y al principio la dirección esperaba que pudieran proporcionar al equipo de pruebas algún adelanto sobre la conducta típica de los digientes antes de que los clientes la experimentaran de primera mano. En la práctica, no ha funcionado así; no hay manera de predecir cómo van a salir los digientes criados en un millar de entornos distintos. Todos los propietarios de un digiente están explorando territorios desconocidos, en el sentido estricto de la palabra, y recurren los unos a los otros en busca de ayuda. Proliferan los foros online de dueños de digientes, repletos de anécdotas y debates, de consejos para dar y tomar.

Blue Gamma cuenta con un encargado de atención al cliente cuyo trabajo consiste en leer los foros, pero a veces Derek curioseaba en ellos personalmente, al terminar el trabajo. En ocasiones los clientes hablan de las expresiones faciales de los digientes, pero aunque no sea así, Derek disfruta con las anécdotas.

De: Zoe Armstrong

¡No os vais a creer lo que ha hecho hoy mi Natasha! Estábamos en el parque infantil cuando otro digiente se hizo daño en una caída y empezó a llorar. Natasha le dio un abrazo para consolarlo, y yo la puse por las nubes. Antes de darme cuenta, va y le pega un empujón a otro digiente para que éste

se eche a llorar... ¡lo abraza y se me queda mirando, esperando que la cubra de halagos!

El siguiente *post* al que se asoma le llama la atención:

De: Andrew Nguyen

¿Será que hay algunos digientes menos listos que otros? El mío no responde a las órdenes como he visto que hacen los de los demás.

Consulta el perfil público del cliente y descubre que su avatar es una lluvia incesante de monedas de oro; las monedas rebotan unas contras otras, de tal modo que sus trayectorias sugieren una figura humana sumamente abstracta. La animación es deslumbrante, pero Derek sospecha que ese usuario no se ha leído las recomendaciones de Blue Gamma sobre cómo educar a los digientes. Publica una respuesta:

De: Derek Brooks

Cuando juegas con tu digiente, ¿llevas puesto el avatar que aparece en tu perfil? Porque, en tal caso, el problema es que tu avatar carece de rostro. Configura tu cámara para que muestre tus expresiones faciales y ponte un avatar que sea capaz de exhibirlas, así obtendrás una respuesta mucho mejor de tu digiente.

Continúa navegando. Al cabo de un minuto, encuentra otra pregunta que suscita su interés:

De: Natalie Vance

Mi digiente Coco es un lolly, tiene un año y medio. Últimamente se ha vuelto realmente traviesa. No hace nunca lo que le digo, me vuelve loca. Hace unas semanas era una completa muñeca, así que intenté restaurarla desde un punto de control, pero no dura nada. Ya lo he probado dos veces, y sigue desarrollando la misma actitud descarada (aunque la segunda vez tardó un poco más). ¿Alguien ha tenido alguna experiencia parecida? Me interesa especialmente si tenéis un lolly. ¿Hasta dónde hay que retroceder para solucionar el problema?

Abundan las respuestas en las que la gente sugiere distintos métodos para aislar el desencadenante específico del cambio de humor de Coco y soslayarlo. Derek se

dispone a publicar su propia réplica, explicando que un digiente no es un videojuego que se pueda repetir hasta obtener la puntuación perfecta, cuando ve que Ana también ha contestado:

De: Ana Alvarado

Te entiendo, porque lo he visto con mis propios ojos. No se trata de algo específico de los lollys, un montón de digientes pasan por lo mismo. Puedes seguir intentando evitar este tipo de episodios, pero sospecho que son insoslayables y terminarás desperdiciando meses con un digiente que no va a crecer jamás. O puedes tomar la vía menos cómoda y acabar con un digiente más maduro cuando llegues al final del trayecto.

A Derek le anima leer esto. La costumbre de tratar a los seres conscientes como si fueran juguetes está demasiado extendida, y no sucede únicamente con las mascotas. En cierta ocasión, Derek asistió a una fiesta de Navidad en la casa de su cuñado, donde conoció a una pareja que tenía un clon de ocho años. Cada vez que miraba al muchacho se compadecía de él. El niño era un amasijo de neurosis con patas, fruto de haberse criado como monumento al narcisismo de su padre. Incluso un digiente se merece algo más de respeto.

Le envía un mensaje privado a Ana para agradecerle su *post*. Después se da cuenta de que el cliente del avatar sin rostro ha respondido a su sugerencia.

De: Andrew Nguyen

Y una mierda. Este avatar me costó una pasta, y lo compré específicamente para ponérmelo cuando voy a los continentes sociales. No voy a dejar de usarlo por culpa de un digiente.

Derek exhala un suspiro; lo más probable es que intentar que ese tipo cambie de parecer sea una causa perdida, pero alberga la esperanza de que se limite a dar de baja el digiente antes de seguir educándolo de la peor manera posible. Blue Gamma ha hecho todo lo posible por minimizar los abusos; todos los digientes de Neuroblast están equipados con inhibidores del dolor, lo que los vuelve inmunes a la tortura y, por consiguiente, poco atractivos para los sádicos. Lamentablemente, protegerlos de algo tan simple como la negligencia es tarea imposible.

En el transcurso del año siguiente surgen otras empresas que empiezan a comercializar sus propios motores genómicos, con capacidad para aprender el lenguaje. Aunque ninguna de ellas consigue igualar la popularidad de Neuroblast en

Tierra de Datos, en otras plataformas la situación es distinta. En Próxima Dimensión, por ejemplo, impera el motor de Origami; en Ninguna Parte, uno llamado Faberge. Por suerte, Blue Gamma ha inspirado a las empresas a ofrecer productos complementarios además de competidores.

Hoy, la mitad de la plantilla de la empresa se hacina en la recepción: administradores, desarrolladores, evaluadores, diseñadores. Están aquí porque por fin ha llegado el paquete que esperaban con tremenda expectación; una caja de cartón del tamaño de una maleta grande reposa encima de la mesa del recepcionista.

—Abrámosla de una vez —dice Mahesh.

Ana y Robyn tiran de las pestañas de la caja hasta dividirla en ocho bloques de espuma de celulosa que se abren abatiéndose como puertas en miniatura. El ocupante de este sarcófago a medida es una carcasa robótica, recién llegada de las instalaciones de producción. El robot posee forma humanoide pero mide menos de un metro de alto, a fin de reducir la inercia de sus extremidades y conferirle una agilidad moderada. Tiene la piel negra y lustrosa, y la superficie de su cabeza, desproporcionadamente grande, queda oculta en su mayor parte por un monitor envolvente.

El robot pertenece a SaruMech Toys. Son varias las empresas que se han apresurado a ofrecer servicios orientados a los propietarios de digientes, pero SaruMech es la primera que saca al mercado un producto de hardware en vez de meros programas de software. Si han enviado una muestra de su trabajo a Blue Gamma es con la esperanza de conseguir patrocinio.

—¿Qué mascota obtuvo la puntuación más alta? —pregunta Mahesh. Se refiere a los exámenes de agilidad. La semana pasada, todos los digientes recibieron unos avatares de prueba con una distribución de peso y un abanico de movimientos equiparables a los de la carcasa robótica; desde entonces todos los días han dedicado algo de tiempo a cargar con los avatares, aprendiendo a desenvolverse con ellos puestos. Ayer, Ana evaluó la capacidad de los digientes para tumbarse de espaldas y volver a incorporarse, para subir y bajar escaleras, y para hacer equilibrios primero con una pierna y después con la otra. Fue como someter a una panda de bebés de pecho a un test de alcoholemia.

—Te refieres a Jax —responde Ana.

—Eso, pues que se prepare.

El recepcionista cede su espacio de trabajo a Ana, que se conecta a Tierra de Datos y le pide a Jax que se acerque. Jax tiene la suerte de que el avatar de prueba no difiere radicalmente del suyo; es más corpulento, pero tanto las extremidades como el torso guardan unas proporciones parecidas. Los digientes que crecieron luciendo avatares de osos pandas y crías de tigre, por el contrario, deben superar otras dificultades.

Robyn consulta el panel de diagnóstico del robot.

—Parece que ya estamos listos para empezar.

Ana abre un portal al gimnasio en la pantalla y llama por señas a Jax.

—Bueno, Jax, adelante.

En la pantalla, Jax atraviesa el portal, y el pequeño robot cobra vida en la recepción. La cabeza del robot se ilumina para exhibir el rostro de Jax, girando la exagerada cabeza dentro de la escafandra que lleva puesta. El diseño es una manera de conservar el parecido con el avatar original del digiente sin tener que producir cuerpos personalizados. Jax recuerda a un robot de cobre enfundado en una armadura de obsidiana.

Jax se gira para contemplar toda la estancia.

—Guau. —Se detiene—. Guau guau. Suena distinto. Guau guau guau.

—No pasa nada, Jax —dice Ana—. Recuerda, te avisé de que tu voz podría sonar diferente en el mundo exterior. —El paquete de información de SaruMech había previsto esta contingencia; el sonido no se transmite igual por un chasis de plástico y metal que por los avatares de Tierra de Datos.

Jax levanta la cabeza para mirar a Ana, y ésta no puede por menos de maravillarse. Sabe que el digiente no se encuentra de verdad en ese cuerpo —el código de Jax todavía está ejecutándose en la red, y este robot sólo es un periférico vistoso— pero la ilusión es perfecta. E incluso después de tantas interacciones en Tierra de Datos, es emocionante tener a Jax frente a ella, mirándola a los ojos.

—Hola, Jax. Soy yo, Ana.

—Tu avatar es distinto.

—En el mundo exterior no lo llamamos «avatar», sino «cuerpo». Y aquí la gente no cambia de cuerpo, eso sólo podemos hacerlo en Tierra de Datos. Aquí siempre llevamos puesto el mismo cuerpo.

Jax se queda pensativo unos instantes.

—¿Siempre tienes el mismo aspecto?

—Bueno, me puedo cambiar de ropa. Pero sí, éste es mi aspecto.

Jax se acerca a Ana para observarla con más detenimiento, y ella se pone en cuclillas, con los codos en las rodillas, hasta situarse casi a su altura. Jax observa atentamente sus manos, primero, y después sus antebrazos; Ana lleva manga corta. Cuando Jax arrima la cabeza un poco más, Ana detecta el tenue chirrido que emiten las cámaras de los ojos del robot al enfocarse.

—Tienes pelitos en los brazos.

A Ana se le escapa la risa; los brazos de su avatar son tan suaves como los de un bebé.

—Sí, es verdad.

Jax levanta una mano y extiende el pulgar y el índice en dirección al vello de

Ana. Repite la intentona un par de veces, pero sus dedos no dejan de resbalar, como si de las pinzas de una expendedora automática se tratara. Al final, antes de desistir de su empeño, le pellizca la piel.

—Ay. Jax, que eso duele.

—Perdón. —Jax escudriña el semblante de Ana—. Tienes como agujeritos por toda la cara.

A Ana no se le escapa que los demás presentes en la sala están pasándoselo en grande.

—Se llaman «poros» —explica mientras se pone de pie—. Podemos seguir hablando de mi piel más tarde. Ahora, ¿por qué no echas un vistazo por la habitación?

Jax gira lentamente sobre los talones y se da un paseo por el vestíbulo, como un astronauta en miniatura explorando un planeta alienígena. Se fija en la ventana que da al aparcamiento y encamina sus pasos hacia ella.

El sol del atardecer se filtra en diagonal por el cristal. Jax se adentra en el haz de luz y retrocede bruscamente.

—¿Qué es eso?

—Eso es el sol. Es idéntico al de Tierra de Datos.

Receloso, Jax vuelve a dejarse bañar por la luz.

—No es idéntico. Este sol brilla, y brilla, y brilla sin parar.

—Eso es verdad.

—No hace falta que el sol brille, y brille, y brille sin parar.

Ana suelta una carcajada.

—Supongo que tienes razón.

Jax regresa junto a ella y examina la tela de sus pantalones. Tentativamente, Ana le acaricia la nuca. Es evidente que los sensores táctiles del cuerpo del robot funcionan, puesto que Jax ejerce algo de presión contra su mano; Ana puede sentir su peso, la resistencia dinámica de sus solenoides. Jax le rodea los muslos con los brazos.

—¿Me lo puedo quedar? —pregunta Ana, a nadie en particular—. Me ha seguido hasta casa.

Todos se ríen.

—Eso dices ahora —replica Mahesh—, pero espera a que te atasque el váter con las toallas del cuarto de baño.

—Vale, vale —dice Ana. Blue Gamma invirtió en el mundo virtual y no en el real por varios motivos —costes de producción más reducidos, fácil acceso a las redes sociales— entre los que se contaba el riesgo de los daños al patrimonio; no podían vender una mascota potencialmente capaz de arrancarte de cuajo las persianas venecianas o de ponerse a hacer castillos de mayonesa en tu alfombra—. Es que ver

así a Jax es una pasada, eso es todo.

—Tienes razón, sí que lo es. Por el bien de SaruMech, sin embargo, espero que la experiencia se refleje fielmente en los vídeos. —Vender las carcasas robóticas no entra en los planes de SaruMech Toys, que sólo aspira a alquilarlos durante unas cuantas horas seguidas. Los digientes tendrán acceso a unos cuerpos localizados en unas instalaciones en las afueras de Osaka, desde donde saldrán de excursión al mundo real mientras sus propietarios los observan a través de unas cámaras instaladas en microzepelines. Ana siente el repentino impulso de mandarles el currículum; ver a Jax de esta manera le recuerda cuánto echa de menos el componente físico del trato con los animales, y por qué trabajar con los digientes con un monitor de por medio sencillamente no tiene ni punto de comparación.

—¿Quieres que se turnen todas las mascotas con el robot? —pregunta Robyn a Mahesh.

—Sí, pero sólo cuando hayan superado las pruebas de agilidad. Como rompamos éste, olvidaos de que SaruMech nos vuelva a dar otro gratis.

Jax está jugando con las deportivas de Ana, tirando del extremo de uno de los cordones. No ocurre a menudo que Ana desee ser rica, pero en este preciso momento, mientras siente cómo se tensa el cordón a causa de los esfuerzos de Jax, precisamente ése es el único pensamiento que la ocupa. Porque, si pudiera permitírsele, compraría uno de estos robots en un abrir y cerrar de ojos.

Varios empleados se turnan para enseñar el mundo real a los robots; Derek suele encargarse de Marco o de Polo. Su idea inicial es sacarlos a la calle, rodear el edificio de oficinas en el que Blue Gamma tiene su sede y mostrarles las franjas de césped y arbustos que dividen el aparcamiento. Señala el robot parecido a un cangrejo que se encarga de las labores de jardinería, fruto de una incursión anterior en el acercamiento de los digientes al mundo real. El robot está equipado con un desplantador para arrancar las malas hierbas que recuerda a un estilete, y lo único que guía sus acciones es el instinto; desciende de una larga estirpe de ganadores en los concursos de jardinería evolutiva que se celebran en los invernaderos de Tierra de Datos. Derek siente curiosidad por ver cómo reaccionan las mascotas al escuchar la historia del robot desbrozador, preguntándose si se identificarán con él como camarada emigrante de Tierra de Datos, pero no muestran el menor interés.

Lo que fascina a las mascotas, en cambio, son las texturas. Las superficies de Tierra de Datos poseen una inmensa cantidad de detalles visuales, pero ninguna propiedad táctil aparte de un coeficiente de fricción; muy pocos usuarios utilizan controladores que transmitan el tacto, por lo que prácticamente ningún fabricante se toma la molestia de implementar texturas en sus superficies medioambientales. Ahora que los digientes tienen las superficies del mundo real al alcance de la mano, hasta las

cosas más sencillas constituyen una novedad para ellos. Cuando Marco regresa de su turno en el cuerpo robótico, no para de hablar de las alfombras y la tapicería de los muebles; cuando es Polo el que ocupa la carcasa, se pasa todo el rato acariciando las rugosas bandas antideslizantes de las escaleras del edificio. A nadie le extraña que las almohadillas sensoriales de los dedos del robot deban ser los primeros componentes en remplazarse.

Lo siguiente que llama la atención de Marco es que la boca de Derek y la suya son muy distintas. Las de los digientes guardan un parecido meramente superficial con las de los seres humanos puesto que, aunque los digientes muevan los labios al hablar, sus generadores discursivos no se rigen por ninguna ley física. Marco quiere saberlo todo acerca de los mecanismos del lenguaje y no deja de preguntar si puede meter los dedos en la boca de Derek cada vez que éste dice cualquier cosa. A Polo le asombra descubrir que la comida baja literalmente por la garganta de Derek cuando traga, en vez de desvanecerse sin más como ocurre con los alimentos de los digientes. A Derek le preocupaba que descubrir los límites de su corporeidad pudiera perturbar a los digientes, pero en vez de eso les parece sencillamente gracioso.

Observar a los digientes en un cuerpo robótico tiene la inesperada ventaja de proporcionar una imagen más próxima de sus rostros de lo que es habitual al verlos en Tierra de Datos. De resultas de ello es más fácil apreciar el trabajo invertido por Derek en sus expresiones faciales. Un día, Ana se presenta en su cubículo y exclama, alterada:

—¡Eres la leche!

—Er... ¿gracias?

—Acabo de ver cómo Marco ponía unas caras divertidísimas. Tengo que enseñártelo. ¿Puedo? —Con un gesto, Ana señala el teclado de Derek, que aparta la silla del escritorio para facilitarle el acceso. Ana abre un par de ventanas en la pantalla: una de ellas, en la que se enmarca la grabación de la cámara de la carcasa robótica, muestra el punto de vista del digiente, mientras que la otra contiene un vídeo de lo que aparece en el monitor del casco. A juzgar por la primera, estaban otra vez en el aparcamiento—. La semana pasada salió en una de las excursiones de SaruMech —explica Ana— y le entusiasmó, por supuesto, así que ahora se aburre en las oficinas.

En la pantalla, Marco dice: «*Quiero ir porque ir excursión*».

«*Aquí te puedes divertir igual*». En la pantalla, Ana indica por señas a Marco que la siga.

La imagen se balancea a un lado y a otro cuando Marco sacude la cabeza. «*No tan divertido. Parque más divertido. Te enseñó*».

«*No podemos ir a ese parque. Está muy lejos; tendríamos que hacer un viaje muy largo para llegar allí*».

«Abre portal y ya».

«Lo siento, Marco, pero no puedo abrir portales aquí, en el mundo exterior».

—Ahora fíjate en su cara —dice Ana.

«Prueba. Prueba mucho por favor por favor». Las facciones de oso panda de Marco componen una expresión implorante; Derek, que nunca había visto nada parecido, se desternilla de risa.

Ana se carcajea a su vez y dice:

—No te lo pierdas.

En la pantalla, dice: «Da igual cuánto me esfuerce, Marco; en el mundo exterior no hay portales. Sólo Tierra de Datos tiene portales».

«Entonces vamos Tierra Datos, abrimos portal allí».

«Eso daría resultado si allí tuvieras algún cuerpo que ponerte, pero yo no puedo cambiar de cuerpo, tendría que desplazarme con éste, y eso me llevaría mucho tiempo».

Marco se queda pensativo, y a Derek le entusiasma ver cómo la incredulidad del digiente se insinúa en sus rasgos.

«Mundo exterior tonto», declara el digiente.

Derek y Ana se parten de risa. Ana cierra la ventana y dice:

—Has hecho un trabajo estupendo.

—Te lo agradezco. Y también que me hayas enseñado eso, me has alegrado el día.

—Ha sido un placer.

Es agradable que le recuerden a uno que su trabajo anterior está dando sus frutos, porque la mayor parte de los últimos encargos de Derek distan de ser igual de interesantes. Los digientes de Origami y Faberge han empezado a surgir en una gama de avatares mucho más amplia, como bebés de dragón, grifos y otras criaturas mitológicas, por lo que Blue Gamma quiere ofrecer avatares parecidos para los digientes de Neuroblast. Los nuevos avatares, modificaciones directas de los ya existentes, no requieren ninguna novedad por lo que a sus expresiones faciales respecta.

De hecho, su último encargo le exige crear un avatar sin ninguna expresión facial en absoluto. El potencial del genoma de Neuroblast impresionó hasta tal punto a un grupo de entusiastas de la vida artificial que éstos, en lugar de esperar a que los biomedios desplieguen su propio intelecto, han solicitado a Blue Gamma que les fabrique una especie alienígena a medida. Los desarrolladores han ideado un taxón de personalidad que se encuentra a años luz de las especies que vende Blue Gamma, y Derek está diseñando un avatar con tres patas, un par de tentáculos por brazos y cola prensil. Algunos de esos apasionados reclaman fisiologías aún más extrañas, además de hábitats con físicas diferentes, pero Derek les ha recordado que tendrán que dirigir los avatares por su cuenta cuando quieran educar a los digientes, y controlar los

tentáculos será reto suficiente.

Los antedichos entusiastas han bautizado su nueva especie con el nombre de xenotherianos y han acondicionado un continente privado, al que denominan Marte de Datos, en el que se proponen crear una cultura alienígena desde cero. Pese a la curiosidad que lo acucia, Derek no ha podido visitarlo aún porque en presencia de los digientes sólo está permitido hablar en un dialecto personalizado del lojbano, un idioma artificial. No deja de preguntarse hasta qué punto conseguirán sacar adelante su proyecto esos aficionados. Aparte de las tremendas dificultades de acceso, la experiencia de criar a los xenotherianos estará exenta de satisfacciones como la que acaban de experimentar Ana y él observando a Marco. La recompensa tendrá un carácter netamente intelectual y, a la larga, ¿será suficiente?

III

En el transcurso del año siguiente las previsiones sobre el futuro de Blue Gamma, antes tan soleadas, pasan a tornarse decididamente nubladas. Las ventas a nuevos clientes han descendido, pero lo peor de todo es que los ingresos generados por el software dispensador de alimentos han caído en picado: cada vez son más los clientes existentes que suspenden las cuentas de sus digientes.

El problema estriba en que, al dejar atrás la niñez, los digientes de Neuroblast se vuelven demasiado exigentes. Con su cría, Blue Gamma aspiraba a obtener una combinación de razón y obediencia, pero debido a la impredecibilidad inherente a todos los genomas, incluso los digitales, los desarrolladores están descubriendo que erraron el blanco. Como si de un juego excesivamente complicado se tratara, el equilibrio entre el desafío y la recompensa que proporcionan los digientes ha comenzado a alejarse de lo que la mayoría de las personas consideran entretenido, de modo que los abandonan. Sin embargo, al contrario de lo que ocurriría con los propietarios de un perro para cuya raza no estuvieran preparados, a los clientes de Blue Gamma no se les puede acusar de no haber hecho los deberes; ni siquiera la misma empresa sospechaba que los digientes fuesen a evolucionar así.

Algunos voluntarios han empezado a organizar centros de acogida para los digientes indeseados, con la esperanza de encontrarles nuevos propietarios. Estos voluntarios siguen dos estrategias; donde unos mantienen a los digientes en activo sin interrupción, otros prefieren restaurarlos a partir de su último punto de control cada pocos días, a fin de evitar que desarrollen trastornos derivados del abandono que pudieran dificultar su adopción. Por lo que respecta a atraer propietarios en potencia, ninguna de las dos estrategias está cosechando un éxito espectacular. De vez en

cuando aparece alguien a quien le apetece tener un digiente sin la obligación de criarlo desde la infancia, pero estas adopciones nunca duran mucho tiempo, y los refugios están convirtiéndose cada vez más en meros almacenes de digientes.

A Ana no le hace ninguna gracia esta moda, pero está familiarizada con la realidad de las protectoras de animales: sabe que es imposible salvarlos a todos. Preferiría que lo que está sucediendo no afectara a las mascotas de Blue Gamma, pero el fenómeno está demasiado extendido para que eso sea factible. Ha llevado a los digientes al mismo parque infantil una y otra vez, y siempre hay alguno que se percata de la ausencia de un compañero de juegos habitual.

Hoy, la excursión al parque infantil es distinta y le depara una agradable sorpresa. Antes incluso de que todas las mascotas hayan cruzado el portal, Jax y Marco reparan en la presencia de un digiente que luce un avatar robótico.

—¡Tibo! —exclaman al unísono, y se abalanzan sobre él.

Tibo, uno de los digientes más veteranos aparte de las mascotas, es propiedad de un beta tester llamado Carlton. Éste suspendió su cuenta hace un mes; a Ana le alegra comprobar que el abandono no ha sido definitivo. Mientras los digientes conversan animadamente entre sí, ella conduce su avatar hasta el de Carlton y habla con él; el hombre le explica que necesitaba un descanso, eso es todo, y que ahora se siente dispuesto a prestar a Tibo toda la atención que necesita.

Más tarde, tras sacar las mascotas del parque infantil y regresar a la isla de Blue Gamma, Jax le cuenta la conversación que ha mantenido con Tibo.

—Dije que fue dÍver cuando no estaba. Dije del viaje al zoo, dÍver, dÍver.

—¿Le dio pena habérselo perdido?

—No, discutió en cambio. Dijo que excursión al centro comercial, no al zoo. Pero eso fue mes pasado.

—Como Tibo se ha pasado todo este tiempo suspendido —le explica Ana—, cree que la excursión del mes pasado fue ayer.

—Dije eso —replica Jax, sorprendiéndola con su comprensión—, pero no cree. Discute hasta que Marco y Lolly dicen también. Después triste.

—Bueno, seguro que se le presentan más ocasiones de ir al zoológico.

—No triste por zoo. Triste por mes.

—Ah.

—No quiero me suspendan. No quiero perder mes.

Ana se esfuerza por adoptar un tono tranquilizador.

—No hace falta que te preocupes por eso, Jax.

—Tú no me suspendes, ¿verdad?

—Verdad.

Le alivia ver que su respuesta parece satisfacer al digiente; Jax todavía desconoce el concepto de promesa, y a Ana le avergüenza alegrarse de que no le haya exigido

ninguna. Se consuela con la certeza de que, si suspendieran las cuentas de las mascotas, casi con toda probabilidad lo harían con todas a la vez, por lo que al menos no surgirían discrepancias experienciales en el seno del grupo. Lo mismo en caso de que restauraran a todas las mascotas a una versión anterior. Recuperar los puntos de control guardados se cuenta entre las sugerencias de Blue Gamma para todos aquellos clientes cuyas mascotas les parecen demasiado exigentes, y hay quienes sostienen que la empresa debería dar ejemplo con sus propias mascotas a fin de respaldar esa estrategia.

Al ver la hora que es, Ana se apresura a instanciar unos cuantos juegos para que las mascotas se entretengan por su cuenta; ha llegado el momento de trabajar con los digientes de la nueva línea de productos de Blue Gamma. En los años transcurridos desde la creación del genoma de Neuroblast, sus desarrolladores han escrito herramientas más refinadas con las que analizar las interacciones de los distintos genes y entender mejor las propiedades del genoma. Recientemente han creado un taxón cuya menor plasticidad cognitiva debería propiciar que los digientes se estabilicen antes y se conserven siempre dóciles. La única manera de comprobarlo pasa por dejar que los clientes los críen durante años, a ver qué ocurre, pero los desarrolladores se muestran sumamente optimistas. Aunque esto suponga un alejamiento significativo del objetivo original de la empresa, fabricar digientes cada vez más sofisticados, las situaciones desesperadas requieren medidas drásticas. Blue Gamma depende de estos nuevos digientes para atajar las pérdidas de ingresos, por lo que Ana y el resto del equipo están sometiéndolos a un adiestramiento intensivo.

Las mascotas están lo bastante bien educadas para aguardar a que Ana les dé permiso antes de ponerse a jugar.

—De acuerdo, adelante todo el mundo —dice, y los digientes se abalanzan sobre sus pasatiempos preferidos—. Nos vemos más tarde.

—No —protesta Jax. Se detiene y regresa junto al avatar de Ana—. No quiero jugar.

—¿Cómo? Pues claro que sí.

—Jugar no. Trabajar.

—¿Qué? —se ríe Ana—. ¿Para qué quieres trabajar?

—Ganar dinero.

Ana se da cuenta de que Jax no lo dice en broma; su tono es sombrío. Ya más en serio, le pregunta:

—¿Para qué necesitas el dinero?

—No necesito. Doy a ti.

—¿Por qué quieres darme dinero?

—Necesitas —responde el digiente, solemne.

—¿He dicho yo que necesite dinero? ¿Cuándo?

—Semana pasada pregunto por qué juegas con otros digientes y no con yo. Dijiste gente paga juegos con ellos. Si tengo dinero, pago yo. Juegas más con yo.

—Ay, Jax. —Por unos instantes, Ana se queda sin palabras—. Qué amable eres.

Transcurrido otro año, ya es oficial: Blue Gamma va a cancelar sus operaciones. No había suficientes clientes que estuvieran dispuestos a apostar por los digientes perpetuamente dóciles. De puertas para adentro se barajaron muchas propuestas, entre ellas la creación de una raza de digientes capaces de entender el lenguaje aunque no de hablar, pero era demasiado tarde. La base de clientes se ha estabilizado en una pequeña comunidad de obstinados propietarios de digientes, y éstos no generan ingresos suficientes para mantener Blue Gamma a flote. La empresa ha decidido lanzar una versión gratuita del software dispensador de alimentos para que quienes lo deseen puedan mantener a sus digientes en activo durante todo el tiempo que quieran, pero por lo demás, los clientes se han quedado solos.

La mayoría del resto de la plantilla ya ha vivido antes este tipo de descalabros empresariales, por lo que, si bien no están nada contentos, para ellos sólo es un episodio más en la historia de la industria del software. Para Ana, sin embargo, el cierre de Blue Gamma le recuerda la clausura del zoológico, una de las experiencias más traumáticas de su vida. Todavía se le anegan los ojos de lágrimas cuando piensa en la última vez que se reunió con sus simios, deseando poder explicarles por qué no iban a volver a verla, esperando que fueran capaces de adaptarse a sus nuevos hogares. Cuando tomó la decisión de reeducarse para ingresar en la industria del software, rezaba para no tener que enfrentarse nunca a otra despedida semejante en su nueva trayectoria profesional. Pero hela aquí ahora, contra todo pronóstico, ante una situación extrañamente parecida.

Parecida, aunque no idéntica. En realidad Blue Gamma no necesita encontrar ningún nuevo hogar a sus docenas de mascotas; puede limitarse a suspenderles las cuentas, sin ninguna de las implicaciones que conllevaría la eutanasia. La propia Ana ha suspendido miles de cuentas durante el proceso de cría, y esos digientes no están muertos ni se sienten abandonados. El único sufrimiento derivado de la suspensión de las mascotas sería el que padecen los adiestradores; Ana se ha pasado los últimos cinco años compartiendo a diario su tiempo con ellas, y se resiste a decirles adiós. Por suerte, existe una alternativa: cualquier empleado tiene la posibilidad de adoptar una mascota como animal de compañía en Tierra de Datos, mientras que quedarse con un simio en su apartamento habría sido algo impensable.

Dado lo fácil que es el proceso de adopción, a Ana le extraña que la mayoría de los empleados ni siquiera se lo planteen. Sabe que puede contar con que Derek se quede con uno —se preocupa por los digientes tanto como ella— pero la reticencia de los adiestradores es inesperada. Todos sienten cariño por los digientes, pero

muchos opinan que quedarse con uno como mascota ahora equivaldría a seguir trabajando sin cobrar por ello. Ana está segura de que Robyn se llevará uno, pero a la hora del almuerzo recibe una noticia inesperada.

—No pensábamos contárselo a nadie todavía —le confía Robyn—, pero... estoy embarazada.

—¿En serio? ¡Enhorabuena!

Robyn sonrío de oreja a oreja.

—¡Gracias! —Abre las compuertas de toda la información acumulada: las opciones que han contemplado ella y Linda, su pareja; el procedimiento de fusión ovular por el que apostaron, la tremenda suerte de haber tenido éxito al primer intento. Ana y Robyn comentan las vicisitudes de las búsquedas de empleo y las bajas por maternidad. Al cabo, retoman el tema de la adopción de mascotas.

—Vas a estar muy ocupada, por supuesto —dice Ana—, ¿pero qué te parecería adoptar a Lolly? —Ver cómo reacciona Lolly ante un embarazo sería fascinante.

—No —contesta Robyn, sacudiendo la cabeza—. Los digientes ya han quedado atrás para mí.

—¿Cómo que han quedado atrás?

—Estoy lista para algo más auténtico, ¿sabes lo que quiero decir?

—No estoy segura —responde diplomáticamente Ana.

—Todos dicen que hemos evolucionado para querer tener hijos, y aunque antes pensaba que eso era una chorrada, ya no. —Una expresión extasiada se cincela en las facciones de Robyn; es como si no estuviera hablando directamente con Ana—. Gatos, perros, digientes... meros sustitutos de lo que debería importarnos de veras. Tarde o temprano una empieza a entender lo que supone tener un bebé, qué significa realmente, y todo cambia. Es entonces cuando te das cuenta de que todas las sensaciones que has vivido antes no eran... —Robyn se muerde la lengua—. Lo que quiero decir es que a mí me ha ayudado a ver las cosas con cierta perspectiva.

Es algo que las mujeres que trabajan con animales escuchan constantemente: que su amor por ellos debe de radicar en algún tipo de instinto maternal sublimado. Ana está harta de esos estereotipos. No tiene nada en contra de los niños, pero tampoco considera que sean el rasero estándar con el que deba medirse cualquier otro logro. Cuidar de los animales es una actividad meritoria por derecho propio, una vocación por la que no es preciso disculparse. Aunque jamás lo hubiera creído posible cuando empezó a trabajar en Blue Gamma, ahora comprende que también de los digientes podría decirse lo mismo.

IV

El año siguiente al cierre de Blue Gamma entraña muchos cambios para Derek. Consigue un empleo en la empresa para la que trabaja su esposa, Wendy, animando actores virtuales para la televisión. Tiene suerte de encargarse de una serie con buenos guionistas, pero da igual lo ingeniosos y espontáneos que suenen los diálogos: hasta la última palabra, hasta la última entonación y el último matiz están meticulosamente coreografiados. Durante el proceso de animación escucha las mismas líneas repetidas mil veces, y la perfección del resultado final se le antoja plastificada y estéril.

La vida con Marco y Polo, por el contrario, es una inagotable sucesión de sorpresas. Los adoptó a ambos porque no querían que los separaran, y aunque no puede pasar tanto tiempo con ellos como cuando trabajaba en Blue Gamma, lo cierto es que poseer un digiente ahora es más interesante que nunca. Los clientes que mantuvieron sus digientes en activo fundaron un grupo de usuarios de Neuroblast para conservar el contacto, y si bien la comunidad es más reducida que antes, sus miembros son más activos y comprometidos, y sus esfuerzos están dando fruto.

Ha llegado el fin de semana y Derek conduce en dirección al parque; en el asiento del copiloto está Marco, vestido con un cuerpo robótico. Viaja de pie —sujeto por el cinturón de seguridad— para poder mirar por la ventanilla; busca cualquier cosa que antes sólo hubiera visto en los vídeos, cosas imposibles de encontrar en Tierra de Datos.

—Biqui incendios —dice Marco, señalando con el dedo.

—Boca de incendios.

—Boca de incendios.

—Eso es.

El cuerpo que luce Marco era propiedad de Blue Gamma. Las excursiones en grupo tocaron a su fin porque SaruMech Toys cerró poco después de que lo hiciera Blue Gamma, de modo que Ana —quien había conseguido un empleo evaluando el software que se utiliza en las estaciones de captura de carbono— adquirió el cuerpo robótico de oferta para dárselo a Jax. La semana pasada se lo prestó a Derek, para que Marco y Polo tuvieran ocasión de jugar con él, y ahora éste se dispone a devolvérselo. Ana piensa pasarse el día entero en el parque, dejando que los propietarios de otros digientes disfruten de la carcasa por turnos.

—Próxima hora de plástica hago bomba de incendios —anuncia Marco—. Uso cilindro, uso cono, uso cilindro.

—Me parece una idea estupenda —dice Derek.

Marco se refiere a las sesiones de manualidades a las que ahora los digientes asisten todos los días. Comenzaron hace unos meses, después de que un propietario escribiera un programa capaz de operar unas cuantas de las herramientas de edición de pantalla de Tierra de Datos desde dentro del propio entorno virtual. Mediante la

manipulación de una consola repleta de botones y palancas, ahora los digientes pueden instanciar diversas figuras sólidas, cambiarlas de color, combinarlas y editarlas de múltiples formas distintas. Los digientes están en la gloria; para ellos es como si les hubieran concedido poderes mágicos, y a juzgar por el modo en que las herramientas de edición burlan la simulación física de Tierra de Datos, en cierto sentido es así. Cuando Derek entra en Tierra de Datos después del trabajo, Marco y Polo le enseñan los proyectos de manualidades que han hecho ese día.

—Así puedo enseñar Polo cómo... ¡Parque! ¿Parque ya?

—No, todavía no hemos llegado.

—Cartel dice «repuestos y parques». —Marco señala el letrero frente al que están pasando en esos instantes.

—Dice «repuestos y partes». Partes, no parques. Todavía nos falta un poquito.

—Partes —repite Marco, con la mirada fija en el cartel que se encoge de tamaño a lo lejos.

Otra actividad nueva para los digientes son las clases de lectura. Ni Marco ni Polo habían sentido nunca excesiva curiosidad por la palabra escrita —quizá porque en Tierra de Datos los textos predominantes sean anotaciones sobreimpresas en la pantalla, invisibles para los digientes— pero uno de los propietarios consiguió que su digiente aprendiera a reconocer distintas órdenes anotadas en tarjetas, lo que ha provocado una avalancha de propietarios dispuestos a probar suerte. A grandes rasgos, los digientes de Neuroblast reconocen las palabras razonablemente bien, pero les cuesta asociar las letras por separado con su correspondiente sonido. Se trata de una variedad de dislexia que parece ser específica del genoma de Neuroblast; según otros grupos de usuarios, los digientes de Origami aprenden el abecedario sin ningún problema, mientras que los de Faberge permanecen frustrantemente analfabetos, da igual el método de enseñanza empleado.

Marco y Polo asisten a clases de lectura con Jax y algunos otros, y parece que les gusta. Ninguno de los digientes se crio con cuentos para dormir, por lo que la palabra escrita no les fascina tanto como a los niños humanos, pero su curiosidad innata —sumada a los halagos de sus propietarios— los motiva a explorar los distintos usos que se le puede dar a un texto. Derek lo encuentra fascinante, y lamenta el hecho de que Blue Gamma no se mantuviera en activo el tiempo suficiente para ser testigo de este tipo de fenómenos.

Llegan al parque; Ana los ve y se encamina hacia ellos mientras Derek aparca. Marco abraza a Ana en cuanto Derek le deja salir del vehículo.

—Hola, Ana.

—Hola, Marco —responde Ana, mientras acaricia la nuca del robot—. ¿Todavía sigues en este cuerpo? Has tenido toda la semana. ¿Te parece poco?

—Quería montar coche.

—¿Os apetece jugar un rato en el parque?

—No, vamos ya. Wendy no quiere quedemos. Adiós, Ana. —Derek ha sacado la plataforma de carga para el robot del asiento de atrás. Marco se sube encima —han adiestrado a los digientes para que regresen a ella siempre que vuelvan a Tierra de Datos— y el casco del robot se oscurece.

Ana utiliza el portátil para preparar al primero de los digientes que van a entrar en el robot.

—¿Tú también tienes que irte? —le pregunta a Derek.

—No, no me esperan en ninguna parte.

—¿Entonces a qué se refería Marco?

—Pues...

—Deja que lo adivine: Wendy opina que te pasas demasiado tiempo rodeado de digientes, ¿correcto?

—Correcto —dice Derek. Wendy tampoco ve con buenos ojos que pase tanto tiempo con Ana, pero mencionar eso ahora no vendría a cuento. Le ha asegurado a Wendy que no alberga esa clase de sentimientos por Ana, que son simples amigos con un interés común por los digientes.

El casco del robot se ilumina para mostrar el rostro de una cría de jaguar; Derek reconoce a Zaff, propiedad de uno de los beta testers.

—Hola, Ana. Hola, Derek —saluda Zaff, que de inmediato se dirige al árbol más próximo. Derek y Ana lo siguen.

—Entonces, ¿no se ha ablandado al verlos dentro de la carcasa robótica? —pregunta Ana.

Derek impide que Zaff recoja unas cacas de perro del suelo. Dirigiéndose a Ana, dice:

—Pues no. Sigue sin entender por qué no les suspendo las cuentas cuando más me convenga.

—No es fácil encontrar comprensión en ese sentido. Me pasaba lo mismo cuando trabajaba en el zoo; a todos los chicos con los que salía les parecía que ocupaban un segundo plano. Y ahora, cuando digo que estoy pagándole clases de lectura a mi digiente, me miran como si fuese una chiflada.

—Esa discusión también la he tenido con Wendy.

Ven cómo Zaff escarba entre la hojarasca, elige una hoja prácticamente transparente de tan marchita y se la acerca a la cara para mirar a través de ella: un antifaz de encaje vegetal.

—Aunque supongo que en realidad ellos no tienen la culpa —dice Ana—. Yo misma tardé en encontrarle el aliciente.

—Yo no —replica Derek—. Los digientes me parecieron asombrosos desde el primer momento.

—Eso es verdad. Hay pocos como tú.

Derek la observa en compañía de Zaff, admira la paciencia con que lo guía. La última vez que sintió que tenía tanto en común con una mujer fue cuando conoció a Wendy, la cual compartía su entusiasmo por dotar de vida a personajes irreales por medio de las técnicas de animación. Si no estuviera casado, le pediría una cita a Ana, pero ahora no tiene sentido especular con cosas así. Pueden ser amigos, a lo sumo, y con eso basta.

Ha pasado un año, y Ana está pasando la noche en su apartamento. En su ordenador hay una ventana abierta a Tierra de Datos, donde su avatar se encuentra en un parque infantil, supervisando el encuentro previamente concertado de Jax con otra pandilla de digientes. El número de digientes continúa reduciéndose —Tibo, por ejemplo, no ha hecho acto de presencia en meses— pero el grupo habitual de Jax se ha mezclado con otro recientemente, por lo que aún tiene ocasión de hacer nuevos amigos. Unos cuantos digientes se dedican a escalar, otros están jugando en el suelo, y un televisor virtual acapara la atención de un par de ellos.

En otra ventana, Ana navega por los foros de discusión de los grupos de usuarios. El tema del día es el último gesto del Frente por la Libertad de Información, un colectivo que aboga por el fin del concepto de propiedad privada aplicado a los datos. La semana pasada, sus integrantes publicaron varios métodos para craquear muchos de los mecanismos de control de acceso a Tierra de Datos, y desde hace unos días la gente ha estado viendo objetos raros y de gran valor de sus inventarios de juego repartidos como octavillas por la calle. Ana no ha vuelto a visitar ninguno de los continentes de juego de Tierra de Datos desde que se detectó el problema.

En el parque infantil, Jax y Marco han decidido probar un juego nuevo. Ambos se ponen a cuatro patas y empiezan a gatear de acá para allá. Jax la llama por señas, y Ana conduce su avatar hasta él.

—Ana —dice el digiente—, ¿sabes que las hormigas hablan entre ellas? Han estado viendo documentales en la televisión.

—Sí, algo había oído.

—¿Sabes que sabemos lo que dicen?

—¿Sí?

—Hablamos la lengua de las hormigas. Así: imp fimp deemul weetul.

—Beedul jeedul lomp womp —replica Marco.

—¿Y eso qué significa?

—No te lo decimos. Sólo lo sabemos nosotros.

—Nosotros y las hormigas —añade Marco. A continuación, Jax y él se echan a reír, *mo mo mo*, y Ana sonrío. Cuando los digientes se alejan corriendo para jugar a otra cosa, continúa leyendo los foros.

De: Helen Costas

¿Creéis que deberíamos preocuparnos por que copien nuestros dientes?

De: Stuart Gust

¿Quién iba a tomarse la molestia? Si hubiera tanta demanda de dientes, Blue Gamma no habría cerrado el negocio. ¿Os acordáis de lo que pasó con los refugios? La gente no los quería ni regalados, literalmente. Y no es que su popularidad haya aumentado desde entonces.

—¡Gano yo! —exclama Jax en el parque infantil. Estaba enfrascado en algún tipo de juego vagamente definido con Marco. Se mece de un lado a otro, triunfal.

—Vale —dice Marco—, te toca. —Rebusca entre los juguetes que lo rodean hasta que encuentra un silbato y se lo da a Jax.

Jax se lo mete en la boca. Se arrodilla y utiliza el silbato para picotear rítmicamente la barriga de Marco, más o menos donde estaría su ombligo si lo tuviera.

Ana pregunta:

—Jax, ¿qué haces?

Jax se saca el silbato de la boca.

—Hago una mamada a Marco.

—¿Qué? ¿Dónde has visto tú una mamada?

—Ayer, en la tele.

Ana dirige la mirada hacia el televisor, en cuya pantalla se enmarcan unos dibujos animados en esos instantes. En teoría, la programación extrae sus contenidos de un depósito de vídeos infantiles; probablemente alguien esté dedicándose a introducir material para adultos aprovechando el *hack* del FLI. Decide no concederle excesiva importancia delante de los dientes.

—Bueno —dice, y Jax y Marco reanudan su pantomima. Publica en los foros una nota relacionada con la manipulación de los vídeos y continúa leyendo.

Al cabo de unos minutos, Ana oye una algarabía inusitada y descubre que Jax se ha ido a ver la tele; todos los dientes se agolpan alrededor del aparato. Cambia la posición de su avatar para averiguar qué es lo que tanto les llama la atención.

En el televisor virtual, una persona ataviada con un avatar de payaso inmoviliza a un diente que luce un avatar de cachorro y comienza a aporrearle repetidamente las patas con un martillo. No se pueden romper porque el diseño del avatar no contemplaba esa eventualidad, y probablemente el diente no pueda gritar por el mismo motivo, pero eso no significa que no esté sufriendo, y los chirridos que emite son la única forma de expresar su dolor.

Ana apaga el televisor virtual.

—¿Qué pasa? —quiere saber Jax, y varios digientes más corean la pregunta, pero Ana no dice nada. En vez de eso, abre una ventana en su pantalla física para leer la descripción que acompaña al vídeo que se estaba emitiendo. No se trata de ninguna animación sino de la grabación de un *griever* que ha utilizado el *hack* del FLI para desactivar los circuitos inhibidores del dolor del cuerpo del digiente. Peor aún, el digiente no es una proyección nueva y anónima, sino la querida mascota de alguien, copiada ilícitamente merced al *hack* del FLI. Se llama Nyyti, y Ana recuerda que asistía a las mismas clases de lectura que Jax.

Quienquiera que haya copiado a Nyyti también podría tener una copia de Jax. O podría estar haciéndola en estos instantes. Dada la arquitectura distribuida de Tierra de Datos, Jax será vulnerable si el *griever* se encuentra en el mismo continente que el parque infantil.

Jax no deja de hacerle preguntas relacionadas con lo que acaban de ver en la tele. Ana abre una ventana con una lista de todos los procesos de Tierra de Datos que están ejecutándose en su cuenta, localiza el que representa a Jax y lo anula. En el parque infantil, Jax se queda paralizado con la palabra en la boca y se desvanece.

—¿Qué le ocurre a Jax? —pregunta Marco.

Ana abre otra ventana con los procesos de Derek —ambos gozan de privilegios plenos sobre la cuenta del otro— y suspende las cuentas de Marco y Polo. Carece de los privilegios necesarios para hacer lo mismo con los demás digientes, no obstante, y no sabe muy bien qué hacer a continuación. Salta a la vista que están nerviosos y desconcertados. Les falta la respuesta de lucha o huida, innata en los animales de verdad, y les son ajenas las reacciones desencadenadas por el olor de determinadas feromonas o el sonido de un llamada de auxilio, pero poseen una analogía de neuronas espejo. Esto les ayuda a aprender y a relacionarse, aunque también posibilita que las imágenes del televisor hayan sembrado la preocupación entre ellos.

Todos los que han traído sus digientes a la cita en el parque otorgaron a Ana permiso para hacer que los digientes echen la siesta, pero sus procesos seguirían ejecutándose aunque estuvieran dormidos, lo que significa que siguen corriendo el riesgo de que alguien los copie. Ana decide llevarse a los digientes a un islote alejado de los continentes principales, con la esperanza de reducir las posibilidades de tropezarse con algún *griever* que esté escaneando procesos.

—A ver, todos —anuncia en voz alta—, nos vamos al zoo. —Abre un portal al centro de visitantes del archipiélago de Pangea y apremia a los digientes para que lo atraviesen. Parece que el centro de visitantes está desierto, pero no quiere correr ningún riesgo. Obliga a los digientes a echarse a dormir y envía un mensaje a todos sus propietarios, informándoles de dónde pueden recogerlos. Deja su avatar con ellos mientras entra en los foros para avisar a todos los demás.

En el transcurso de la hora siguiente, los demás propietarios llegan para recoger a sus digientes mientras Ana ve cómo las discusiones se extienden como algas por los foros. El sentir generalizado es de ultraje, y se lanzan amenazas de denuncias contra diversas partes. Algunos jugadores opinan que las quejas de los propietarios de digientes deberían ocupar un segundo plano con respecto a las suyas porque los digientes carecen de valor monetario, lo que desencadena una guerra de *flames*. Ana hace caso omiso de la mayor parte de la polémica mientras busca información relacionada con la respuesta de Daesan Digital, la empresa que dirige la plataforma de Tierra de Datos. Al final encuentra noticias sólidas:

De: Enrique Beltran

Daesan ha aplicado una actualización a la arquitectura de seguridad de Tierra de Datos, con la que aseguran que restañarán la brecha. Iba a formar parte de la actualización del año que viene, pero la han adelantado debido a lo ocurrido. No pueden decirnos cuándo se pondrá en práctica. Hasta entonces, será mejor que todo el mundo mantenga en suspenso a sus digientes.

De: Maria Zheng

Existe otra opción. Lisma Gunawan está acondicionando una isla privada en la que sólo va a permitir la ejecución de códigos controlados. No podréis utilizar nada que hayáis comprado recientemente, pero los digientes de Neuroblast funcionarán sin problemas. Poneos en contacto con ella si queréis que os añada a la lista de visitantes.

Ana envía una solicitud a Lisma y obtiene una respuesta automática con la promesa de que recibirá más noticias cuando la isla esté lista. Ana no dispone del equipo necesario para ejecutar por sí sola una instancia local del entorno de Tierra de Datos, pero aún le queda otra opción. Dedicar una hora a configurar su sistema para ejecutar una instancia completamente local del motor de Neuroblast; sin un portal a Tierra de Datos, tiene que cargar manualmente el estado guardado de Jax, pero al final consigue ejecutar a Jax con la carcasa robótica.

—... ¿apagas la tele? —El digiente se interrumpe al comprender que su entorno ha cambiado—. ¿Qué pasa?

—No te preocupes, Jax.

El digiente se fija en el cuerpo que lleva puesto.

—Estoy mundo exterior. —Mira a Ana—. ¿Suspendido?

—Sí, lo siento. Sé que había prometido no hacerlo, pero no tuve elección.

—¿Por qué? —pregunta Jax, con voz lastimera.

Azorada, Ana se percata de la fuerza con que está estrechando el cuerpo robótico entre sus brazos.

—Intento mantenerte a salvo.

Un mes más tarde, Tierra de Datos recibe su actualización de seguridad. Los responsables del FLI declinan toda responsabilidad por el uso que den los *griefers* a la información publicada, alegando que cualquier libertad es susceptible de desembocar en abusos, y concentran su atención en otros proyectos. Durante una temporada, al menos, los continentes públicos de Tierra de Datos vuelven a ser seguros para los digientes, pero el daño ya está hecho. No hay manera de seguir la pista de las copias que están ejecutándose por canales privados, y aunque nadie ha vuelto a publicar vídeos de digientes torturados, muchos propietarios de Neuroblast no soportan la idea de que esté ocurriendo algo semejante; suspenden permanentemente las cuentas de sus digientes y abandonan el grupo de usuarios.

Al mismo tiempo, otras personas acogen con entusiasmo la disponibilidad de copias de digientes, especialmente de aquellos que han aprendido a leer. Los miembros de un instituto de investigación de IA llevaban tiempo preguntándose si los digientes encerrados en un invernadero serían capaces de fundar su propia cultura, pero nunca habían tenido acceso a unos que supieran leer, y no les interesaba criarlos por sí mismos. Ahora, esos mismos investigadores coleccionan todas las copias de digientes cultos que pueden, en su mayoría digientes de Origami, puesto que éstos son los más dotados para la lectura, aunque también añaden unos cuantos de Neuroblast a la mezcla. Los dejan en islas privadas repletas de bibliotecas de textos y software, islas que han empezado a ejecutar a velocidades de invernadero. Los foros de discusión son un hervidero de especulaciones acerca de estas ciudades embotelladas, microcosmos de salón.

A Derek la idea le parece absurda —un puñado de chiquillos abandonados a su suerte no van a convertirse en genios autodidactas, da igual cuántos libros tengan a su disposición— por lo que no se sorprende al conocer los resultados: todas las poblaciones de muestra terminan volviéndose ferales tarde o temprano. Puesto que los digientes carecen de la agresividad necesaria para sucumbir a un salvajismo a la altura de *El señor de las moscas*, sencillamente se dividen en indisciplinadas tropas sin jerarquía. Al principio, la rutina diaria de cada tropa se sostiene por la fuerza de la costumbre —leen y utilizan software educativo cuando es la hora de ir a la escuela, salen al patio de recreo a jugar— pero, sin ningún tipo de refuerzo, estas rutinas se desmadejan como ovillos de saldo. Todos los objetos se convierten en juguetes, todos los espacios en patios de recreo, y los digientes pierden gradualmente las destrezas

adquiridas. Desarrollan una especie de cultura propia, quizá la misma de la que harían gala las tropas de digientes salvajes si evolucionaran por sí solas en los biomedios.

Por interesante que resulte todo esto, está a años luz de la civilización incipiente que buscaban los investigadores, así que éstos prueban a rediseñar las islas. En un intento por aumentar la variedad de poblaciones de muestra, solicitan a los propietarios de digientes educados que donen copias; para sorpresa de Derek, reciben unas cuantas de propietarios que se han aburrido pagar clases de alfabetización y se conforman con que los digientes ferales no sufran. Los investigadores diseñan diversos incentivos —todos ellos automatizados, para que las interacciones en tiempo real sean innecesarias— a fin de mantener motivados a los digientes. Endurecen las condiciones para que la indolencia tenga un precio. Si bien unas pocas de las poblaciones de muestra controladas evitan caer en el salvajismo, ninguna comienza siquiera el ascenso hacia la sofisticación tecnológica.

Los investigadores llegan a la conclusión de que al genoma de Origami debe de faltarle algo, pero por lo que a Derek respecta, los únicos culpables son ellos. Su ceguera les impide reconocer la más evidente de las verdades: que ninguna mente compleja se desarrolla por sí sola. De lo contrario, los niños salvajes serían como cualquier otro. Además, las mentes no crecen como las malas hierbas, inmunes al desafecto y la indiferencia; de lo contrario, todos los orfanatos estarían repletos de genios. Para que una mente se aproxime siquiera a desplegar todo su potencial, necesita que otras mentes la cultiven. Ese «cultivo» es lo que Derek intenta proporcionar a Marco y a Polo.

Los dos digientes discuten en ocasiones, pero nunca les dura mucho el enfado. Hace unos días, sin embargo, ambos se enzarzaron en una pelea sobre si era justo que Marco hubiese sido instanciado antes que Polo, y por algún motivo las cosas se salieron de madre. Desde entonces apenas si se dirigen la palabra, así que Derek reacciona con alivio cuando se acercan a él en pareja.

—Chicos, me alegra ver que volvéis a estar juntos. ¿Habéis hecho las paces?

—¡No! —dice Polo—. Todavía enfadados.

—Lamento oír eso.

—Queremos tu ayuda —dice Marco.

—Bueno, ¿qué puedo hacer por vosotros?

—Queremos devuelvas semana pasada, antes pelea grande.

—¿Cómo? —Que Derek sepa, ésta es la primera vez que un digiente solicita que lo restauren desde un punto de control—. ¿A qué viene eso?

—No quiero recordar pelea grande —dice Marco.

—Quiero estar contento, no enfadado —apostilla Polo—. Quieres estemos contentos, ¿verdad?

Derek opta por no ponerse a discutir con ellos sobre la diferencia entre sus

instancias actuales y las instancias restauradas a partir de un punto de control.

—Desde luego que sí, pero no puedo devolverlos a un estado anterior cada vez que os peleéis. Esperad algún tiempo y veréis cómo se os pasa el enfado.

—Hemos esperado y todavía enfadados —insiste Polo—. Pelea grande, grande. Quiero no pase nunca.

—Bueno —dice Derek, conciliador—, a lo hecho, pecho. Tendréis que vivir con ello.

—¡No! —grita Polo—. ¡Enfadado, enfadado! ¡Quiero lo arregles!

—¿Por qué quieres estemos enfadados siempre? —pregunta Marco.

—No quiero que estéis enfadados para siempre, lo que quiero es que os perdonéis mutuamente. Pero si sois incapaces, deberemos aprender a cargar con las consecuencias, y me incluyo.

—¡Ahora enfadado contigo también! —dice Polo.

Los digientes se alejan con paso airado, cada uno por su lado, y Derek se pregunta si habrá tomado la decisión acertada. No siempre ha sido fácil educar a Marco y a Polo, pero nunca los ha devuelto a un punto de control previo. Esta estrategia ha dado buenos resultados hasta la fecha, pero no está seguro de que vaya a seguir funcionando.

No existe ningún manual sobre la cría de digientes, y las técnicas diseñadas para las mascotas o los niños cosechan tantos éxitos como fracasos. Los cuerpos que habitan los digientes son muy básicos, por lo que su trayecto hacia la madurez está libre de las mareas y los inesperados vaivenes provocados por las hormonas de los cuerpos orgánicos, aunque esto no significa que no experimenten cambios de humor ni que sus personalidades se mantengan siempre inalteradas; sus mentes bordean continuamente zonas inexploradas del espacio escalonado definido por el genoma de Neuroblast. De hecho, cabe la posibilidad de que los digientes jamás alcancen la «madurez»; la idea de una meseta del desarrollo se basa en un modelo biológico que no tiene por qué ser necesariamente válido. Es posible que sus personalidades evolucionen al mismo ritmo durante tanto tiempo como continúen ejecutándose. Sólo el tiempo lo dirá.

A Derek le encantaría comentar lo que acaba de ocurrir con Marco y Polo; lamentablemente, la persona con la que quiere hablar no es su esposa. Wendy comprende las posibilidades del desarrollo de los digientes, y sabe que Marco y Polo se volverán cada vez más capaces cuanto más tiempo cuiden de ellos; sencillamente es incapaz de sentir el menor entusiasmo ante esa perspectiva. Resentida por el tiempo y la atención que Derek vuelva sobre los digientes, Wendy se tomaría su solicitud de regresión como la oportunidad perfecta para suspenderlos con carácter indefinido.

La persona con la que le apetece conversar es, naturalmente, Ana. Lo que antes

parecía un temor infundado de Wendy se ha hecho realidad; es innegable que Derek ha desarrollado por Ana unos sentimientos que van más allá de la mera amistad. Sin embargo, no es ésa la causa de los problemas que tiene con Wendy; se trata de una consecuencia, a lo sumo. El tiempo que pasa con Ana constituye un alivio, una ocasión de disfrutar de la compañía de los digientes sin necesidad de disculparse. Cuando se enfada, atribuye a Wendy la responsabilidad de su distanciamiento, pero con la cabeza fría comprende que eso no es justo.

Lo fundamental es que no ha reaccionado a sus sentimientos por Ana, ni planea hacerlo. Lo que necesita es concentrarse en llegar a un acuerdo con Wendy, referido a los digientes; si lo consigue, la tentación que supone Ana debería desvanecerse. Hasta entonces, le convendría reducir la cantidad de tiempo que pasa con Ana. No será fácil: dado el reducido tamaño de la comunidad de propietarios de digientes, relacionarse con Ana es inevitable, y no puede permitir que Marco y Polo sufran por ello. No tiene claro qué hacer, pero por ahora reprime el impulso de llamar a Ana para pedirle consejo y se conforma con publicar una pregunta en el foro.

V

Transcurre otro año. Las corrientes que discurren bajo la superficie de los mercados cambian, y en respuesta los mundos virtuales experimentan una sacudida tectónica: una plataforma nueva llamada Real Space, implementada usando la última arquitectura de procesamiento distribuido, se convierte en el punto caliente de la formación de terreno digital. Mientras tanto, Ninguna Parte y Próxima Dimensión dejan de expandir sus límites y se asientan en una configuración estable. Hace tiempo que Tierra de Datos es un ancla en el universo de los mundos virtuales, resistente a los brotes de crecimiento y las bruscas desaceleraciones, pero ahora su topografía comienza a erosionarse; una por una, sus masas de tierra virtuales se hunden como islas auténticas, sumergidas bajo la creciente marea de la indiferencia de los consumidores.

Entretanto, el fracaso de los experimentos que pretendían obtener civilizaciones de invernadero en miniatura ha provocado una merma en el interés general por las formas de vida digitales. Ocasionalmente se observan curiosas formas animales nuevas en los biomedios, alguna especie exhibe una fisiología exótica o una estrategia reproductiva novedosa, pero en general se acepta que los biomedios no se ejecutan a una resolución lo bastante elevada para permitir que evolucione en ellos una inteligencia real. Las empresas que fabrican los genomas de Origami y Faberge entran en declive. Varios expertos en tecnología declaran que los digientes son un

callejón sin salida, la prueba fehaciente de que la IA corpórea no sirve nada más que como entretenimiento, hasta la introducción de un nuevo motor genómico llamado Sophonce.

Los diseñadores de Sophonce querían unos digientes que pudieran aprender vía software en vez de necesitar la interacción con seres humanos; a tal efecto, han creado un motor que favorece la conducta asocial y las personalidades obsesivas. La inmensa mayoría de los digientes generados con ese motor se descartan debido a sus malformaciones psicológicas, pero una diminuta fracción demuestra ser capaz de aprender con una supervisión mínima: con el software educativo adecuado, son capaces de pasarse semanas enteras de tiempo subjetivo enfrascados en sus estudios, lo que significa que pueden ejecutarse a velocidades de invernadero sin temor a que se vuelvan ferales. Algunos entusiastas hacen demostraciones con digientes de Sophonce que superan a los de Neuroblast, Origami y Faberge en competiciones matemáticas, pese a haberse adiestrado con mucha menos interacción en tiempo real. Se especula que, si pudiera canalizarse toda su energía con fines pragmáticos, los digientes de Sophonce se convertirían en los empleados perfectos en cuestión de unos meses. El problema es que son tan desabridos que escasean las personas dispuestas a implicarse siquiera en las limitadas cantidades de interacción requeridas.

Ana ha acudido con Jax a Asedio del Paraíso, el primer continente de juego nuevo que aparece en Tierra de Datos en un año. Le enseña la Plaza Argenta, donde los jugadores se congregan y socializan entre una misión y otra; se trata de un inmenso patio de mármol blanco, lapislázuli y filigranas de oro emplazado en lo alto de un cumulonimbo. Ana debe lucir su avatar, un cernícalo-querubín, pero Jax conserva su tradicional apariencia de robot de cobre.

Mientras deambulan entre los demás jugadores, Ana ve la anotación en pantalla de otro digiente. Su avatar es un enano hidrocéfalo, el avatar estándar de un drayta: un digiente de Sophonce especializado en la resolución de los rompecabezas lógicos diseminados por los continentes de juego. El propietario del Drayta original lo adiestró empleando un generador de rompecabezas pirateado del continente de las Cinco Dinastías en la plataforma de Real Space, y después liberó varias copias de dominio público. Ahora, son tantos los jugadores que llevan un drayta con ellos en sus misiones que las empresas de juegos están planteándose realizar considerables cambios de diseño.

Ana llama la atención de Jax sobre el otro digiente:

—¿Ves a ése de ahí? Es un drayta.

—¿De veras? —Jax ha oído hablar de los draytas, pero éste es el primero que se encuentra. Se acerca al enano y dice—: Hola. Soy Jax.

—Quiero resolver puzles —dice Drayta.

—¿Qué clase de puzzles te gustan?

—Quiero resolver puzzles. —Drayta está poniéndose nervioso; empieza a corretear por la zona de espera—. ¡Quiero resolver puzzles!

Un jugador próximo, vestido con un avatar de águila pescadora-serafín, interrumpe su conversación para apuntar con un dedo a Drayta; el digiente se queda paralizado en el acto, se reduce al tamaño de un icono y vuela hasta uno de los compartimentos del cinturón del jugador como si una cinta elástica hubiera tirado de él.

—Drayta es raro —dice Jax.

—Sí que lo es, ¿verdad?

—¿Todos los draytas son iguales?

—Creo que sí.

El serafín se acerca a Ana.

—¿Qué clase de digiente tienes? No lo había visto nunca.

—Se llama Jax. Funciona con el genoma de Neuroblast.

—No me suena. ¿Es nuevo?

Uno de los compañeros de equipo del serafín, vestido con un avatar de nefilim, se suma a la conversación.

—Qué va, es una antigualla, de la generación anterior.

El serafín asiente con la cabeza.

—¿Se le dan bien los rompecabezas?

—Pues no, la verdad —dice Ana.

—¿Entonces qué hace?

—Me gusta cantar —tercia Jax.

—¿En serio? A ver, cántanos algo.

Jax no necesita que lo espoleen; ataca uno de sus temas favoritos, «Mack the Knife», de *Threepenny Opera*. Se sabe toda la letra, pero la melodía que entona es, en el mejor de los casos, una burda aproximación a la original. Al mismo tiempo, ejecuta un baile de acompañamiento coreografiado por él mismo, en su mayor parte una serie de poses y gestos prestados de un vídeo de hip-hop indonesio que le gusta.

Todos los jugadores se carcajean de principio a fin de la actuación. Jax concluye con una reverencia, entre los aplausos de los espectadores.

—Ha sido brillante —dice el serafín.

—Eso significa que le ha gustado —traduce Ana para Jax—. Dale las gracias.

—Gracias.

Dirigiéndose a Ana, el serafín continúa:

—No debe de resultar de gran ayuda en los laberintos, ¿eh?

—Impide que nos aburramos.

—Eso seguro. Mándame un mensaje si alguna vez aprende a resolver

rompecabezas y te compro una copia. —Ve que su equipo al completo se ha reunido ya—. Bueno, nos aguarda la próxima misión. Suerte con la tuya.

—Suerte —dice Jax. Se despide del serafín con la mano mientras sus compañeros de equipo despegan y descienden en formación sobre un valle a lo lejos.

Ana recuerda este encuentro unos días después, cuando lee una discusión en los foros del grupo de usuarios:

De: Stuart Gust

Anoche jugué a AdP con unas personas que llevan un drayta a sus misiones, y aunque no fue el colmo de la diversión, resultó innegablemente práctico que anduviera cerca. Eso hace que me pregunte si tiene que ser lo uno o lo otro. Los digientes de Sophonce no son mejores que los nuestros. ¿No podrían nuestros digientes ser divertidos y útiles al mismo tiempo?

De: Maria Zheng

¿Estás pensando en vender copias del tuyo? ¿Crees que puedes criar un Andro mejorado?

Maria se refiere a un digiente de Sophonce llamado Andro, adiestrado por su propietario, Bryce Talbot, para convertirse en su asistente personal. Talbot había hecho una demostración con Andro en ViriFriday, creadora de software de gestión de colocaciones, y había suscitado el interés de los directivos de la empresa. El acuerdo se quedó en agua de borrajas cuando los ejecutivos recibieron sus copias de muestra; lo que Talbot no había sabido ver era que Andro, a su manera, era tan obsesivo como Drayta. Igual que un perro, siempre fiel a su primer dueño, Andro se negaba a trabajar para nadie más a menos que Talbot estuviera presente para ordenárselo. ViriFriday probó a instalar un filtro de estímulos sensoriales, para que cada nueva instancia de Andro percibiera el avatar y la voz de su nuevo propietario como los de Talbot, pero la farsa nunca se sostenía durante más de un par de horas. No hubo de pasar mucho tiempo antes de que todos los ejecutivos tuvieran que apagar sus andros desconsolados, que no dejaban de buscar al Talbot original.

De resultas de esto, Talbot no logró vender los derechos de Andro por la suma que anticipaba. En su lugar, ViriFriday compró los derechos del genoma específico de Andro y un archivo completo con sus puntos de control, y contrataron a Talbot para que trabajara para ellos. Ahora forma parte de un equipo que se dedica a restaurar puntos de control previos de Andro a fin de reciclarlos, en un intento por crear una versión que posea las mismas dotes de asistente personal y además esté dispuesta a aceptar a su nuevo propietario.

De: Stuart Gust

No, no tengo la menor intención de vender ninguna copia. Tan sólo se me había ocurrido que Zaff podría realizar alguna tarea, como los perros que guían a los ciegos o detectan drogas con el olfato. Mi objetivo no es enriquecerme, pero si los digientes pueden hacer algo por lo que la gente esté dispuesta a pagar, eso demostraría a todos los escépticos de ahí fuera que los digientes no son un mero divertimento.

Ana publica una respuesta:

De: Ana Alvarado

Únicamente quiero asegurarme de que todos tenemos claro qué nos motiva. Sería fabuloso que nuestros digientes aprendieran habilidades prácticas, pero no deberíamos considerarlos unos fracasados si no lo consiguen. Jax podría ayudarme a ganar dinero, pero ésa no es su función. No es como los draytas ni los bots desbrozadores. Los rompecabezas que sea capaz de resolver o las tareas que pueda desempeñar no son la razón de que esté cuidando de él.

De: Stuart Gust

Sí, en eso estoy completamente de acuerdo. Me refería a que nuestros digientes podrían poseer talentos insospechados, nada más. Si destacaran en alguna actividad, ¿no sería genial que se dedicaran a ella?

De: Maria Zheng

¿Pero qué saben hacer? Los perros se criaban para desempeñar tareas concretas, y los digientes de Sophonce son tan estrechos de miras que sólo quieren hacer una cosa, tanto si se les da bien como si no. Nada de todo eso se aplica a los digientes de Neuroblast.

De: Stuart Gust

Podríamos exponerlos a un montón de cosas distintas y ver qué aptitudes demuestran. Proporcionarles una educación de letras mixtas en lugar de un adiestramiento vocacional (es broma, a medias).

De: Ana Alvarado

No es tan absurdo como cabría pensar, la verdad. Los bonobos han aprendido a hacer de todo, desde fabricar herramientas de piedra a jugar con el ordenador, cuando se les ha ofrecido la oportunidad. Nuestros digientes

podrían destacar en aspectos para los que nunca se nos ha ocurrido adiestrarlos.

De: Maria Zheng

¿Exactamente de qué estamos hablando? Ya les hemos enseñado a leer. ¿Vamos a darles clases de ciencias e historia? ¿Vamos a enseñarles lo que es el pensamiento crítico?

De: Ana Alvarado

La verdad, no lo sé. Pero creo que, si vamos a embarcarnos en esto, es primordial que nos desembaracemos de todos nuestros prejuicios y nuestro escepticismo. Cuanto menores sean nuestras expectativas, antes fracasaremos. Para obtener grandes resultados debemos apuntar alto.

La mayoría de los miembros del grupo de usuarios están satisfechos con la educación actual de sus digientes —una improvisada mezcla de aprendizaje en el hogar, clases en grupo y software educativo— pero a algunos les seduce la idea de ir un paso más allá. Este último colectivo inicia un debate sobre la expansión del currículo con los tutores de sus digientes. En el transcurso de los meses siguientes, varios propietarios se empapan de teorías pedagógicas e intentan dilucidar en qué se diferencia el estilo de aprendizaje de los digientes del de los chimpancés o los niños humanos, y cómo diseñar los planes académicos pertinentes. Por lo general, los propietarios están abiertos a todas las sugerencias, hasta que surge la cuestión de si los digientes podrían avanzar más deprisa si sus tutores les mandaran deberes para casa.

Ana preferiría que buscasen actividades que desarrollaran sus habilidades pero con las que los digientes disfrutasen lo suficiente para realizarlas sin ayuda. Otros propietarios alegan que los tutores deberían asignar a los digientes tareas prácticas para que las completaran. A Ana le sorprende leer un *post* en un foro en el que Derek respalda esta idea. Lo interroga al respecto la próxima vez que hablan.

—¿Para qué quieres que hagan deberes?

—¿Qué tiene de malo? —dice Derek—. ¿No será que de pequeña tuviste un profe muy malo?

—Muy gracioso. Venga, en serio.

—Vale, en serio: ¿qué tienen de malo los deberes?

Ana no sabe por dónde empezar.

—Que Jax tenga cosas con las que distraerse fuera del aula es una cosa, ¿pero encomendarle tareas y decirle que tiene que completarlas aunque no le guste? ¿Que se sienta mal si no lo hace? Eso va contra todos los principios de la formación de

animales.

—Hace mucho tiempo, tú misma me dijiste que los digientes no eran como los animales.

—Sí, lo dije —reconoce Ana—. Pero tampoco son herramientas. Y yo sé que lo sabes, pero por cómo hablas, parece que estés preparándolos para hacer cosas que no les gustan.

Derek sacude la cabeza.

—No se trata de obligarles a trabajar, sino de que aprendan lo que es la responsabilidad. Además, puede que sean lo bastante fuertes para soportar sentirse mal de vez en cuando; la única forma de averiguarlo es intentándolo.

—¿Por qué arriesgarse a que se sientan mal en absoluto?

—Eso es algo en lo que pensé cuando estaba hablando con mi hermana. —La hermana de Derek da clase a niños con síndrome de Down—. Mencionó que algunos padres no quieren presionar demasiado a sus hijos, porque temen exponerlos a la posibilidad del fracaso. Su intención es buena, pero mimándolos sólo impiden que esos niños desarrollen todo su potencial.

A Ana le cuesta acostumbrarse a la idea. Está acostumbrada a pensar en los digientes como simios extraordinariamente dotados, y si bien en el pasado la gente ha comparado a los simios con niños con necesidades especiales, siempre fue algo más que una metáfora. Ver a los digientes más literalmente como a niños con necesidades especiales requiere un cambio de perspectiva.

—¿Cuánta responsabilidad crees que pueden soportar los digientes?

Derek extiende las manos.

—No lo sé. En cierto modo, es como el síndrome de Down; como afecta a cada persona de forma distinta, siempre que mi hermana trabaja con un chico nuevo tiene que tocar de oído. Nosotros partimos aún con menos, porque nunca antes había educado nadie a los digientes durante tanto tiempo. Si resulta que lo único que conseguimos mandándoles deberes es que se sientan mal, pararemos, por descontado. Pero no quiero que Marco y Polo desperdicien su potencial porque me asuste presionarlos un poquito.

Ana ve que el concepto de grandes expectativas de Derek difiere del suyo. Es más, se da cuenta de que el de él es mejor.

—Tienes razón —dice, al cabo—. Deberíamos comprobar si les gusta hacer deberes.

Ha transcurrido un año, es sábado, y Derek está ultimando un proyecto antes de acudir a su cita para almorzar con Ana. Lleva un par de horas examinando una modificación en los avatares que cambiaría las proporciones del cuerpo y el rostro de los avatares para conferirles un aspecto más maduro. Entre aquellos propietarios que

han optado por ampliar la educación de sus digientes, cada vez son más quienes hacen hincapié en lo incongruente de los avatares eternamente adorables de los digientes y su competencia, siempre en aumento. Este añadido pretende corregir esa disparidad y reforzar la fe de los propietarios en las aptitudes de sus digientes.

Antes de salir, echa un vistazo al correo y le sorprende ver un par de mensajes de desconocidos que le acusan de estar perpetrando algún tipo de estafa. Los mensajes parecen legítimos, de modo que los relee con más atención. Sus remitentes denuncian que un digiente se ha acercado a ellos en Tierra de Datos para pedirles dinero.

Derek sospecha lo que ha podido ocurrir. Recientemente ha comenzado a dar una asignación a Marco y a Polo, que por lo general se la gastan en suscripciones a juegos o en juguetes virtuales; cuando le pidieron más, cerró el grifo. Deben de haber decidido mendigar a usuarios de Tierra de Datos al azar, que los habrán rechazado, pero dado que los digientes se ejecutan desde la cuenta de Tierra de Datos de Derek, es lógico que la gente asuma que ha estado adiestrándolos para pedir limosna.

Enviará sus más sinceras disculpas a estas personas más tarde, pero ahora ordena a Marco y a Polo que entren en sus carcadas robóticas de inmediato. La tecnología de fabricación ha alcanzado el punto de poder permitirse dos cuerpos robóticos de su propiedad, personalizados para complementar los avatares de Marco y Polo. Un minuto después, sus caras de oso panda aparecen en los cascos de los robots, y Derek los regaña por pedir dinero a desconocidos.

—Pensaba que erais más responsables —dice.

Polo adopta una expresión compungida.

—Y lo somos.

—¿Entonces, por qué lo habéis hecho?

—Fue idea mía, no de Polo —dice Marco—. Sabía que no nos darían dinero. Sabía que te escribirían.

—¿Queríais que la gente se enfadara conmigo? —pregunta Derek, atónito.

—Esto pasa porque estamos en tu cuenta —dice Marco—. No pasa si tenemos nuestras propias cuentas, como Voyl.

Ahora lo entiende. Los digientes han oído hablar de un digiente de Sophonce llamado Voyl. El propietario de Voyl —un abogado llamado Gerald Hecht— solicitó la creación de Voyl S. A., y ahora su digiente se ejecuta en una cuenta de Tierra de Datos independiente registrada a nombre de esa sociedad anónima. Voyl paga impuestos y puede poseer propiedades, figurar en contratos, interponer querellas y ser denunciado; en más de un aspecto es una persona legal, si bien bajo la dirección técnica de Hecht.

Hace tiempo que circula esta idea. Todos los entusiastas de la vida artificial coinciden en la imposibilidad de que los digientes obtengan alguna vez protección legal como clase, y citan como ejemplo a los perros: la compasión humana por los

perros está tan arraigada como extendida, pero la eutanasia canina en las protectoras de animales alcanza proporciones de holocausto, y si los tribunales no han puesto fin a eso, menos aún querrán garantizar protección a unas entidades que ni siquiera tienen pulso. Por este motivo algunos propietarios creen que, a lo sumo, pueden aspirar a conseguir protección legal con carácter individual: mediante la presentación de la escritura de constitución en sociedad anónima de un digiente específico, su propietario podrá beneficiarse de la considerable tradición judicial que defiende los derechos de las entidades no humanas. Hecht ha sido el primero en dar este paso.

—Así que era una declaración de intenciones —dice Derek.

—Dicen que ser una sociedad anónima mola —explica Marco—. Puedes hacer lo que quieras.

Son varios los adolescentes humanos que han protestado porque Voyl disfruta de más derechos que ellos; es evidente que los digientes han visto sus comentarios.

—Bueno, pues ni sois una sociedad anónima ni podéis hacer lo que os dé la gana.

—Perdón —dice Marco, consciente de pronto del atolladero en que se ha metido—. Sólo queremos ser corporaciones.

—Os lo he dicho antes: no sois lo bastante mayores.

—Somos mayores que Voyl —protesta Polo.

—Sobre todo yo —apostilla Marco.

—Voyl tampoco es lo bastante mayor. Su propietario cometió un error.

—Entonces, ¿no nos vas a hacer corporaciones? ¿Nunca?

Derek adopta su expresión más severa.

—Quizá algún día, cuando seáis mucho mayores, ya veremos. Pero como volváis a intentar una estratagema como ésta, habrá graves repercusiones. ¿Entendido?

Enfurrñados, los digientes responden:

—Sí —dice Marco.

—Sí —dice Polo.

—Bueno. Me tengo que ir; seguiremos hablando de esto más tarde. —Derek frunce el ceño—. Volved a Tierra de Datos ahora mismo.

Mientras conduce camino del restaurante, Derek vuelve a pensar en lo que quiere Marco. Muchas personas acogen con escepticismo la idea de que los digientes se conviertan en sociedades anónimas; ven las acciones de Hecht como un simple golpe de efecto, impresión reforzada por el propio Hecht cada vez que emite un nuevo comunicado de prensa con sus planes para Voyl. En estos momentos Hecht básicamente dirige Voyl S. A., pero está educando a Voyl en derecho empresarial e insiste en que algún día Voyl tomará todas las decisiones por sí mismo; el papel de director, tanto si lo desempeña Hecht o cualquier otro, será una mera formalidad. Mientras tanto, Hecht invita a todo el mundo a poner a prueba el estatus de persona legal de Voyl. Hecht cuenta con los recursos necesarios para defender su postura en

los tribunales, y tiene ganas de pelea. Hasta ahora nadie ha aceptado el reto, pero Derek espera que alguien lo haga; quiere que los precedentes estén bien asentados antes de contemplar la posibilidad de constituir a Marco y a Polo en sociedades anónimas.

Otra cuestión es que tanto el uno como el otro sean intelectualmente capaces de convertirse en sociedades anónimas algún día; en opinión de Derek, éste es el problema más difícil de resolver. Los digientes de Neuroblast han demostrado que pueden hacer los deberes sin ayuda de nadie, y Derek confía en que su capacidad de atención para tareas independientes continuará aumentando con el paso del tiempo, pero aunque algún día consigan realizar proyectos de gran envergadura sin supervisión, eso seguirá distando de facultarlos para tomar decisiones responsables sobre su propio futuro. Ni siquiera está seguro de que ese nivel de independencia sea el objetivo al que deberían aspirar Marco y Polo. Transformarlos en sociedades anónimas sería una invitación a mantenerlos en activo incluso después del fallecimiento de Derek, una posibilidad preocupante: las personas con síndrome de Down que viven solas disponen de organizaciones que les proporcionan asistencia, pero aún no existe ningún servicio de apoyo parecido para los digientes emancipados. Quizá fuera más conveniente organizarlo todo para que las cuentas de Marco y Polo se suspendieran en caso de que Derek no pudiera seguir haciéndose cargo.

Sea cual sea su decisión, tendrá que llevarla a cabo sin Wendy; han decidido solicitar el divorcio. Los motivos son complejos, por supuesto, pero una cosa está clara: criar a una pareja de digientes no es la mayor ambición de Wendy en la vida, y si Derek quiere un socio en esta aventura, tendrá que encontrar a otra persona. Su consejero matrimonial les ha explicado que el problema no son los digientes per sé, sino el hecho de que Derek y Wendy no logran asumir que tienen intereses distintos. Derek sabe que el consejero tiene razón, pero seguro que tener algún interés en común les habría ayudado.

Aun sin querer adelantarse a los acontecimientos, no puede dejar de pensar que obtener el divorcio le ofrece la oportunidad de ser algo más que amigos con Ana. Seguro que ella también ha contemplado esa posibilidad; después de conocerse desde hace tanto tiempo, ¿cómo podría ser de otra forma? Los dos formarían un equipo espléndido, trabajando hombro con hombro por el bienestar de sus digientes.

Tampoco es que planea declarar sus sentimientos durante el almuerzo; es demasiado pronto para ello, y sabe que Ana está saliendo con alguien ahora, un tal Kyle. Pero su relación se acerca rápidamente a la marca de los seis meses, que suele ser cuando el tipo se da cuenta de que Jax no es un simple pasatiempo sino la prioridad número uno en la vida de Ana; lo más probable es que su ruptura esté a la vuelta de la esquina. Derek supone que al contarle a Ana lo de su divorcio estará recordándole que existen otras opciones, que no todos los hombres se tomarán a los

digientes como competidores con los que deba disputarse su atención.

Pasea la mirada alrededor del restaurante, buscando a Ana, la ve y saluda con la mano; Ana sonríe de oreja a oreja.

—No te vas a creer lo que acaban de hacer Marco y Polo —dice Derek cuando llega a la mesa. Le cuenta lo ocurrido, y Ana se queda boquiabierta.

—Es asombroso. Dios, me apuesto lo que sea a que Jax ha oído los mismos rumores que ellos.

—Pues sí, te aconsejo que hables con él cuando vuelvas a casa. —Esto les lleva a sopesar los pros y los contras de que los digientes tengan acceso a los foros sociales. Los foros ofrecen más oportunidades de interacción de las que pueden proporcionar los propietarios por sí solos, pero no todas las influencias que reciben los digientes son positivas.

Después de charlar un rato acerca de los digientes, Ana pregunta:

—Bueno, y aparte de eso,  qu  novedades hay?

Derek exhala un suspiro.

—Será mejor que te lo diga: Wendy y yo vamos a divorciarnos.

—Ay, no. Derek, cuánto lo siento. —La sinceridad de su preocupación reconforta a Derek.

—Se veía venir desde hace tiempo.

Ana asiente con la cabeza.

—Aun así, lo lamento.

—Gracias. —Habla durante un rato acerca de lo que han acordado Wendy y él, de cómo piensan vender el apartamento y repartirse las ganancias. Por suerte, el proceso es en su mayor parte amistoso.

—Por lo menos no quiere copias de Marco y Polo.

—Ya, gracias a dios —dice Derek. Un cónyuge casi siempre tiene derecho a recibir una copia de un digiente y, cuando el divorcio no es amistoso, resulta demasiado tentador utilizarla para vengarse de un ex. Los foros est n plagados de ejemplos—. Basta de eso. Hablemos de otra cosa.  Qu  novedades hay por tu parte?

—Ninguna, la verdad.

—Se te veía de muy buen humor hasta que empecé a hablar de Wendy.

—Ya, bueno, lo estaba —reconoce Ana.

—Entonces,  alg n motivo en particular para tanta alegría?

—No es nada.

— Nada te pone de buen humor?

—Bueno, s  que hay novedades, pero no hace falta que hablemos ahora de eso.

—No, no seas tonta, adelante. Si tienes buenas noticias, escuch moslas.

Tras unos instantes de silencio, casi como si se disculpara, Ana dice:

—Kyle y yo hemos decidido irnos a vivir juntos.

Conmocionado, Derek replica:

—Enhorabuena.

VI

Transcurren dos años más. La vida continúa.

Ocasionalmente Ana, Derek y los demás propietarios concienciados con la educación de sus digientes someten a éstos a exámenes estandarizados, para comparar sus resultados con los obtenidos por niños humanos. Los resultados varían. Los digientes de Faberge, analfabetos, no pueden realizar pruebas escritas, pero parecen estar desarrollándose bien según otros parámetros. Entre los digientes de Origami existe una curiosa disparidad de resultados, con una mitad que continúa desarrollándose a medida que pasa el tiempo y la otra estancada en una meseta, posiblemente debido a un defecto en el genoma. Los digientes de Neuroblast salen relativamente bien parados en los exámenes si se les disculpan los mismos errores que cometerían unas personas disléxicas; aunque existen disparidades entre los digientes individuales, como colectivo su desarrollo intelectual progresa a la par.

Más difícil de medir es su evolución social, pero un indicio esperanzador es que los digientes están relacionándose con adolescentes humanos en varias comunidades online. Jax se interesa por el tetrabrake, una subcultura concentrada en coreografías de danza virtuales para avatares con cuatro brazos; Marco y Polo se han unido a sendos clubes de fans de una serie basada en la dramatización de un juego, y regularmente cada uno de ellos intenta convencer al otro de la superioridad de su elección. Aunque Derek y Ana no siempre entienden el atractivo de estas comunidades, a ambos les gusta el hecho de que sus digientes formen parte de ellas. A los adolescentes que predominan en estas comunidades no parece importarles que los digientes no sean humanos y los tratan exactamente igual que a cualquier otro de sus amigos online, a los que probablemente jamás conocerán en persona.

La relación de Ana con Kyle tiene sus altibajos, pero a grandes rasgos es buena. En ocasiones salen con Derek y con quienquiera que sea su pareja en ese momento; Derek se ve con varias mujeres, aunque sin buscar nada serio. Aunque le dice a Ana que es porque las mujeres con las que sale no comparten su interés por los digientes, lo cierto es que sus sentimientos por Ana se niegan a desaparecer.

La economía entra en una recesión después de la última pandemia de gripe, lo que provoca cambios en los mundos virtuales. Daesan Digital, la empresa que creara la plataforma de Tierra de Datos, emite un comunicado conjunto con Viswa Media, los creadores de la plataforma de Real Space: Tierra de Datos va a integrarse en Real

Space. Todos los continentes de Tierra de Datos serán remplazados por versiones de Real Space idénticas que se añadirán al universo de Real Space. Lo llaman la fusión de dos mundos, pero sólo es una forma diplomática de decir que, tras años de actualizaciones y nuevas versiones, Daesan no puede seguir permitiéndose el lujo de combatir en las guerras de las plataformas.

Para la mayoría de los clientes esto supone que podrán viajar entre más escenarios virtuales sin tener que salir de una cuenta para entrar en otra. En el transcurso de los últimos años, casi todas las empresas cuyo software se ejecuta en Tierra de Datos han creado versiones que se ejecutan también en Real Space. Los jugadores de Asedio del Paraíso o Elderthorn únicamente tienen que ejecutar un programa de conversión para que todos sus inventarios de armas y atuendos estén aguardándolos en las versiones de Real Space de los continentes de juego.

Una excepción, sin embargo, es Neuroblast. Real Space no ofrece ninguna versión del motor de Neuroblast —Blue Gamma cerró sus puertas antes de que se introdujera esa plataforma— lo que significa que ningún digiente con el genoma de Neuroblast puede entrar en el entorno de Real Space. Los digientes de Origami y Faberge experimentan la migración a Real Space como una expansión de posibilidades, pero para Jax y los demás digientes de Neuroblast el anuncio de Daesan constituye básicamente el fin del mundo.

Ana se dispone a acostarse cuando oye el estruendo. Se dirige corriendo a la sala de estar para investigar.

Jax, que lleva puesta la carcasa robótica, está examinándose la muñeca. A su lado, una de las baldosas de la pared presenta una grieta. Al ver entrar a Ana, dice:

—Lo siento.

—¿Qué estabas haciendo?

—Lo siento mucho.

—Dime qué estabas haciendo.

—Volteretas —confiesa Jax, a regañadientes.

—Se te venció la muñeca y has chocado con la pared. —Ana echa un vistazo a la muñeca del robot. Como se temía, habrá que remplazarla—. No te impongo normas para impedir que te diviertas, pero esto lo que pasa cuando intentas bailar con el cuerpo robótico.

—Sé que me avisaste. Pero intento bailar, y el cuerpo va bien. Intento un poco más, y el cuerpo todavía va bien.

—Así que lo intentaste un poquito más, y ahora tenemos que comprarte una muñeca nueva y cambiar las baldosas de la pared. —Se pregunta fugazmente cuánto tardará en reemplazarlas, si podría evitar que Kyle (fuera de la ciudad en viaje de negocios) se entere de esto. Hace unos meses, Jax rompió una escultura que a Kyle le

encantaba, y quizá lo más prudente sería evitar recordarle ese incidente.

—Lo siento mucho, mucho —dice Jax.

—Bueno, vuelve a Tierra de Datos. —Ana señala la plataforma de carga.

—Reconozco fue un error...

—En marcha.

Jax se pone en marcha, obediente. Justo antes de subir a la plataforma, musita:

—No es Tierra de Datos. —El casco de la carcasa robótica se oscurece.

La queja de Jax va dirigida a la versión privada de Tierra de Datos organizada por el grupo de usuarios de Neuroblast, que duplica muchos de los continentes originales. En cierto modo es muy superior a la isla privada que les sirvió de refugio durante el *hack* del FLI, porque ahora la capacidad de procesamiento es tan barata que pueden ejecutar docenas de continentes. En otros sentidos resulta muy inferior, porque esos continentes se encuentran prácticamente deshabitados.

El problema no estriba únicamente en que todos los humanos hayan emigrado a Real Space. También los digientes de Origami y Faberge se han ido allí, y Ana no culpa a sus propietarios; si se le hubiera presentado la oportunidad, ella habría hecho lo mismo. Más preocupante aún es que la mayoría de los digientes de Neuroblast también han desaparecido, incluidos muchos de los amigos de Jax. Algunos de los miembros del grupo de usuarios abandonaron cuando cerró Tierra de Datos; otros prefirieron esperar a ver qué ocurría, pero se desanimaron al ver cuán paupérrima era la Tierra de Datos privada y optaron por suspender las cuentas de sus digientes antes de criarlos en una ciudad fantasma. Porque eso es lo que parece Tierra de Datos, más que ninguna otra cosa: una ciudad fantasma del tamaño de un planeta. Hay inmensas extensiones de terreno meticulosamente detalladas por las que deambular, pero nadie con quien conversar aparte de los tutores que acuden a impartir clase. Mazmorras sin misiones, centros comerciales sin tiendas, estadios sin acontecimientos deportivos; es el equivalente digital de un paisaje postapocalíptico.

Antes, los amigos humanos que tenía Jax en la escena del tetrabrake entraban en la Tierra de Datos privada tan sólo para verlo, pero sus visitas se han vuelto cada vez más infrecuentes; ahora todas las citas importantes de tetrabrake tienen lugar en Real Space. Jax puede enviar y recibir coreografías grabadas, pero uno de los mayores alicientes de la escena son las reuniones en vivo, donde se improvisan los bailes, y le es completamente imposible asistir a ellas. Jax está quedándose prácticamente sin vida social en el mundo virtual, y en el mundo real no puede tenerla: su carcasa robótica entra en la categoría de vehículo autónomo no tripulado, por lo que el acceso a los espacios públicos le está vetado a menos que lo acompañen Ana o Kyle. Confinado al apartamento, cada vez se muestra más aburrido e inquieto.

Ana se pasó semanas intentando que Jax se sentara delante del ordenador con el cuerpo robótico para entrar en Real Space de ese modo, pero el digiente se niega a

seguir intentándolo. Hubo algunos problemas con la interfaz de usuario —fruto de su inexperiencia con el manejo de un ordenador de verdad combinada con la ineptitud de la cámara a la hora de seguir los gestos realizados por un cuerpo robótico—, pero Ana cree que podrían haberlos superado. El mayor inconveniente es que Jax no quiere controlar un avatar a distancia: quiere «ser» el avatar. Para él, el teclado y el monitor son un triste sustituto de su presencia allí, y la experiencia es tan insatisfactoria como lo sería un videojuego ambientado en la selva para un chimpancé sacado del Congo.

Todos los digientes de Neuroblast restantes sufren frustraciones similares, por lo que parece evidente que la Tierra de Datos privada sólo es una solución temporal. Lo que se necesita es encontrar la manera de ejecutar los digientes en Real Space, lo que les permitiría moverse con libertad e interactuar con sus objetos y habitantes. En otras palabras, la solución pasa por «portar» el motor de Neuroblast, reescribirlo para que se ejecute en la plataforma de Real Space. Ana ha convencido a los antiguos dueños de Blue Gamma para que liberen el código fuente de Neuroblast, pero harán falta desarrolladores con experiencia que se encarguen de las modificaciones. El grupo de usuarios ha publicado anuncios en foros de código abierto en un intento por atraer voluntarios.

La única ventaja de la obsolescencia de Tierra de Datos es que sus digientes están a salvo de la cara oscura del mundo social. Una empresa llamada Edgeplayer comercializa una cámara de tortura para digientes en la plataforma de Real Space; a fin de evitar las acusaciones de copia sin autorización, eligen a sus víctimas exclusivamente entre los digientes de dominio público. El grupo de usuarios ha acordado que, cuando consigan portar el motor de Neuroblast, la conversión incluirá un exhaustivo proceso de verificación de la propiedad; ningún digiente de Neuroblast entrará jamás en Real Space sin que antes alguien se haya comprometido a cuidar de él.

Han transcurrido dos meses y Derek está navegando por el foro del grupo de usuarios, leyendo las respuestas a un *post* que había publicado sobre el estado del puerto de Neuroblast. Lamentablemente, las noticias no eran halagüeñas; los intentos por reclutar desarrolladores para el proyecto no han tenido demasiado éxito. El grupo de usuarios ha celebrado jornadas de puertas abiertas en su Tierra de Datos privada para que la gente pueda conocer a los digientes, pero las adhesiones han sido muy pocas.

El problema es que los motores genómicos son agua pasada. Los desarrolladores se sienten atraídos por proyectos más nuevos y emocionantes, y en estos momentos eso supone trabajar con interfaces neurales o software nanomédico. Decenas de motores genómicos languidecen en distintos estados de compleción en los depósitos

de código abierto, todos ellos necesitados de programadores voluntarios, y la perspectiva de portar el motor de Neuroblast, con sus doce años de antigüedad, a una plataforma nueva se cuenta entre las menos seductoras de todas. Sólo un puñado de estudiantes contribuye al puerto de Neuroblast, y teniendo en cuenta lo escaso del tiempo que le dedican, la propia plataforma de Real Space se habrá quedado obsoleta antes de que el proyecto esté terminado.

La otra alternativa es contratar a profesionales. Derek ha hablado con algunos desarrolladores con experiencia en motores genómicos, a los que ha solicitado presupuesto para calcular cuánto costaría portar Neuroblast. Las estimaciones que ha recibido son razonables, dada la complejidad del proyecto, y para una empresa con varios cientos de miles de clientes sería lógico seguir adelante con ello. Para un grupo de usuarios cuyo número de miembros se ha reducido a unas veinte personas, sin embargo, el precio es abrumador.

Después de leer los últimos comentarios en el foro de discusión, Derek llama a Ana. Recluir a los digientes en una Tierra de Datos privada ha sido innegablemente difícil, pero para él también tiene su lado positivo: ahora puede hablar con Ana a diario, bien sea acerca del estado del puerto de Neuroblast o durante la organización de actividades para sus digientes. En los últimos años Marco y Polo se han distanciado de Jax, debido a intereses dispares, pero ahora los digientes de Neuroblast sólo se tienen los unos a los otros por toda compañía, de modo que Ana y Derek se esfuerzan por encontrarles cosas que hacer en grupo. Él ya no tiene ninguna esposa que le regañe por ello, y al novio de Ana, Kyle, no parece importarle, así que Derek puede hablar con ella por teléfono sin que nadie le recrimine nada. Pasar tanto tiempo con ella constituye una suerte de placentero martirio; tal vez fuera más saludable para él que interactuaran menos, pero no le apetece parar.

El rostro de Ana aparece en la pantalla del teléfono.

—¿Has visto el *post* de Stuart? —pregunta Derek. Stuart ha anunciado lo que tendría que pagar cada uno de ellos si dividieran los gastos a partes iguales, y ha preguntado cuántos de los miembros podrían permitirse esa suma.

—Acabo de leerlo —dice Ana—. A lo mejor se cree que así nos ayuda en algo, pero lo único que está consiguiendo es que todo el mundo se ponga nervioso.

—De acuerdo. Pero hasta que se nos ocurra una buena alternativa, el precio por barba es lo único que está en la cabeza de todos. ¿Te has reunido ya con esa recaudadora de fondos? —Ana debía consultar a la amiga de una amiga, una mujer que ha dirigido campañas de recogida de fondos para distintas protectoras de animales.

—A decir verdad, vengo de almorzar con ella.

—¡Estupendo! ¿Qué has averiguado?

—La mala noticia es que no cree que podamos optar a la denominación de «sin

ánimo de lucro», porque sólo intentamos recaudar fondos para un conjunto de individuos específico.

—Pero si cualquiera puede utilizar el motor nuevo... —Derek se interrumpe. Es cierto que probablemente haya millones de instantáneas de los digientes de Neuroblast almacenadas en archivos por todo el mundo. Pero el grupo de usuarios no puede afirmar con sinceridad que esté trabajando por su bien; sin alguien que esté dispuesto a educarlos, ninguno de esos digientes se beneficiará de una versión para Real Space del motor de Neuroblast. Los únicos digientes a los que intenta ayudar el grupo de usuarios son los suyos propios.

Ana asiente con la cabeza mientras Derek permanece callado; debe de habersele ocurrido exactamente la misma idea antes que a él.

—Vale —dice Derek—, no podemos actuar sin ánimo de lucro. ¿Y cuál es la buena noticia?

—Dice que todavía podemos solicitar contribuciones fuera del modelo altruista. Lo que necesitamos es contar una historia que despierte simpatías por los digientes. Así es como algunos zoológicos subvencionan operaciones para los elefantes y cosas por el estilo.

Derek contempla la posibilidad durante unos instantes.

—Supongo que podríamos publicar algunos vídeos acerca de los digientes, intentar apelar al corazoncito de la gente.

—Exacto. Y si conseguimos generar el suficiente respaldo popular, quizá obtengamos contribuciones en forma de tiempo además de económicas. Todo lo que aumente el perfil de los digientes incrementará nuestras posibilidades de reclutar voluntarios entre la comunidad de programadores de código abierto.

—Empezaré por repasar mis vídeos en busca de grabaciones de Marco y Polo —dice Derek—. Hay un montón de escenas entrañables de cuando eran pequeños. En cuanto a lo más reciente, no las tengo todas conmigo. ¿O necesitamos algo conmovedor?

—Deberíamos debatir sobre qué sería más adecuado. Publicaré un mensaje en los foros para sondear a los demás.

Esto le recuerda algo a Derek, que dice:

—Por cierto, ayer recibí una llamada de alguien que podría ayudarnos. Aunque es un poco descabellado.

—¿De quién?

—¿Te acuerdas de los xenotherianos?

—¿Aquellos digientes que supuestamente eran alienígenas? ¿Aún sigue adelante ese proyecto?

—Más o menos. —Derek le explica que se ha puesto en contacto con él un joven que responde al nombre de Felix Radcliffe, uno de los últimos participantes en el

proyecto xenotheriano. La mayoría de los entusiastas originales tiraron la toalla hace años, agotados por la dificultad de inventar una cultura alienígena a partir de cero, pero todavía resiste un pequeño grupo de devotos que se han vuelto prácticamente monomaniacos. Por lo que Derek ha podido determinar, casi todos ellos están en paro y rara vez salen de sus dormitorios en el hogar paterno; toda su vida se desarrolla en Marte de Datos. Felix es el único miembro del grupo que está dispuesto a entablar contacto con alguien de fuera.

—Y luego nos tildan a nosotros de fanáticos —dice Ana—. En fin, ¿qué quería?

—Se había enterado de que estamos intentando portar Neuroblast y quiere ayudar. Reconoció mi nombre porque fui uno de los que diseñó sus avatares.

—Qué suerte la tuya —dice Ana, con una sonrisa; Derek hace una mueca—. ¿Qué más le da a él que portemos Neuroblast? Creía que la razón de ser de Marte de Datos era mantener aislados a los xenotherianos.

—Y así era, al principio, pero ahora ha decidido que están preparados para encontrarse con los seres humanos, y quiere realizar un experimento de primer contacto. Si Tierra de Datos aún estuviera en activo, dejaría que los xenotherianos enviaran una expedición a los continentes principales, pero esa opción ya no es válida. De modo que Felix y nosotros estamos en el mismo barco; quiere portar Neuroblast para que sus digientes puedan entrar en Real Space.

—Vaya... bueno, es comprensible. ¿Y has dicho que nos podría ayudar a recaudar fondos?

—Está intentando despertar el interés de los antropólogos y los exobiólogos. Opina que querrán estudiar a los xenotherianos, hasta el punto de subvencionar el puerto.

Ana adopta una expresión dubitativa.

—¿De veras estarían dispuestos a pagar por algo así?

—Lo dudo —dice Derek—. Tampoco es que los xenotherianos sean alienígenas de verdad. Creo que Felix tendría más posibilidades con las empresas de juegos que necesiten alienígenas para poblar sus mundos, pero la decisión está en sus manos. Supongo que mientras no se acerque a ninguno de nuestros contactos, no nos hará ningún daño, y cabe la posibilidad de que nos sirva de algo.

—Pero si es tan incompetente socialmente como parece, ¿cómo va a persuadir a nadie?

—Bueno, no será gracias a su don de gentes. Tiene un vídeo de los xenotherianos que enseña a los antropólogos para abrirles el apetito. Me ha dejado ver un trozo.

—¿Y?

Derek se encoge de hombros, levanta las manos.

—Por lo que saqué en claro, podría haber estado contemplando una colmena de robots desbrozadores.

Ana se ríe.

—Bien, quizá eso resulte positivo. Tal vez cuanto más alienígenas parezcan, más interesantes serán.

Derek se ríe a su vez ante lo irónico del asunto: después de todo el empeño de Blue Gamma por dotar de atractivo a los digientes, ¿y si resulta que son los alienígenas los que más interesan a la gente?

VII

Transcurren otros dos meses. Los intentos del grupo de usuarios por recaudar fondos no se saldan con demasiado éxito; las almas más caritativas están empezando a cansarse de oír hablar de especies naturales en peligro de extinción, no digamos ya las artificiales, y los digientes distan de ser tan fotogénicos como los delfines. El caudal de donativos no ha pasado nunca de ser más que un goteo.

La tensión del confinamiento en Tierra de Datos por fin comienza a pasar factura a los digientes; sus propietarios intentan pasar más tiempo con ellos para evitar que se aburran, pero eso no es sustituto para un mundo virtual completamente poblado. Ana también procura escudar a Jax de los problemas que rodean al puerto de Neuroblast, pero eso no impide que el digiente sea consciente de ellos. Un día, cuando regresa a casa del trabajo y se conecta, lo encuentra visiblemente agitado.

—Quiero preguntarte por transferencia —dice Jax, sin preámbulos.

—¿Qué sucede?

—Antes pensaba era otra actualización, como antes. Ahora creo es mucho más grande. Más como subir, pero con digientes en vez personas, ¿verdad?

—Sí, supongo que sí.

—¿Has visto vídeo con ratón?

Ana sabe a cuál se refiere Jax: recién liberado por un equipo de investigación de subidas, muestra a un ratón blanco paralizado y vaporizado, micrómetro a micrómetro, en volutas de humo por el rayo de electrones de un escáner, e instanciado a continuación en un escenario de pruebas donde es literalmente descongelado y despertado. El ratón inmediatamente sufre un ataque, convulsionándose lastimeramente durante un par de minutos de tiempo subjetivo antes de morir. En la actualidad ostenta el récord de supervivencia en mamíferos subidos.

—No te va a pasar nada de eso —le asegura Ana.

—Quieres decir que no recordaré si pasa —dice Jax—. Sólo recordaré si transición tiene éxito.

—Nadie te va a ejecutar, ni a ti ni a nadie, en un motor que no se haya probado antes. Cuando Neuroblast haya terminado de portarse, ejecutaremos juegos de pruebas y repararemos todos los bugs antes de ejecutar un digiente. Esas juegos de muestra no sienten nada.

—¿Los investigadores ejecutaron juegos de muestra antes subir ratones?

Jax tiene un don para plantear las preguntas más peliagudas.

—Los ratones eran los juegos de muestra —reconoce Ana—. Pero eso es porque nadie posee el código fuente de los cerebros orgánicos, por eso no se pueden escribir juegos de muestra más simples que los ratones de verdad. Nosotros disponemos del código fuente de Neuroblast, así que ese problema no nos afecta.

—Pero no tenéis dinero permitiros puerto.

—No, en estos momentos no, pero lo obtendremos. —Espera sonar más confiada de lo que se siente.

—¿Cómo ayudo? ¿Cómo consigo dinero?

—Gracias, Jax, pero ahora mismo no puedes conseguir dinero de ninguna manera —dice Ana—. Por ahora tu trabajo consiste en seguir estudiando y aplicarte en clase.

—Sí, eso sé: ahora estudiar, luego hacer otras cosas. ¿Y si ahora consigo préstamo, luego devuelvo cuando tenga dinero?

—Deja que yo me encargue de eso, Jax.

—Bueno —capitula Jax, apesadumbrado.

De hecho, lo que sugiere Jax es casi lo mismo que el grupo de usuarios ha intentado recientemente al buscar inversores corporativos. Se trata de una vía abierta por el éxito de ViriFriday en la venta de digientes como asistentes personales. Tardó varios años, pero al final Talbot consiguió crear una instancia de Andro que se adecuaba a las necesidades de todo el mundo; ViriFriday ha vendido cientos de miles de copias. Es la primera prueba palpable de que un digiente puede ser verdaderamente rentable, y ahora son varias las empresas que pretenden duplicar el logro de Talbot.

Una de esas empresas se llama Polytope, la cual ha anunciado sus planes de lanzar un ambicioso programa de cría para crear el próximo Andro. El grupo de usuarios se puso en contacto con ellos y les ofreció intervenir en el futuro de los digientes de Neuroblast: a cambio de pagar la adaptación del motor de Neuroblast, Polytope recibiría un porcentaje de cualquier ingreso generado por los digientes, a perpetuidad. Hacía meses que el grupo no abrigaba tantas esperanzas, pero la respuesta de la empresa fue negativa; los únicos digientes que interesan a Polytope son los de Sophonce, cuya concentración obsesiva es indispensable para remplazar al software convencional.

El grupo de usuarios ha discutido brevemente la posibilidad de subvencionar la operación de su propio bolsillo, pero es evidente que no resulta factible. De resultas

de ello, algunos de sus miembros están considerando lo inimaginable:

De: Stuart Gust

Detesto ser yo el que saque este tema, pero alguien tiene que hacerlo. ¿Y si suspendiéramos temporalmente a los digientes, durante un año o así, hasta que hayamos reunido el dinero necesario para el puerto?

De: Derek Brooks

Ya sabes lo que sucede cada vez que alguien suspende la cuenta de su digiente. Lo temporal se vuelve indefinido, primero, y después permanente.

De: Ana Alvarado

No podría estar más de acuerdo. Entrar en modo de postergación perpetua es demasiado tentador. ¿Sabéis de alguien que haya reiniciado un digiente suspendido durante más de seis meses? Yo no.

De: Stuart Gust

Pero nosotros no somos como los demás. La gente suspende las cuentas de sus digientes porque se ha aburrido de ellos. Nosotros los echaremos de menos todos los días que dure la suspensión; nos servirá de incentivo para recaudar el dinero.

De: Ana Alvarado

Si crees que suspender a Zaff aumentará tu motivación, adelante. Mantener a Jax despierto es lo que a mí me anima a seguir.

Ana no alberga ninguna duda cuando responde en el foro, pero la conversación se vuelve más complicada cuando, unos días más tarde, es el propio Jax el que sugiere la idea. Ambos se encuentran en la Tierra de Datos privada, donde Ana está enseñándole un nuevo continente de juego. Se trata de un clásico con el que Ana disfrutaba hace años, recientemente liberado de forma gratuita, de modo que el grupo de usuarios instanció una copia para los digientes. Ana intenta contagiarle su entusiasmo, indicando qué lo distingue de otros continentes de juego de los que los digientes ya se han aburrido, pero Jax ve el continente como lo que es: el enésimo intento por mantenerlo ocupado mientras aguardan la adaptación de Neuroblast.

Mientras cruzan la plaza de una ciudad medieval desierta, Jax dice:

—A veces desearía me suspendieras, no tener que esperar más. Reiniciarme cuando puedo entrar en Real Space, sentir el tiempo no ha pasado.

El comentario pilla desprevenida a Ana. Ninguno de los digientes tiene acceso a

los grupos de usuarios, de modo que Jax debe de haber elaborado esa hipótesis por sí solo.

—¿Realmente es eso lo que quieres?

—Realmente, no. Quiero estar despierto, saber qué pasa. Pero a veces frustrante.

—Tras guardar silencio durante unos instantes, Jax pregunta—: ¿A veces quieres no tener cuidado de mí?

Ana se asegura de que Jax esté mirándola a la cara antes de contestar.

—Puede que mi vida fuera más sencilla si no tuviera que ocuparme de ti, pero yo no sería tan feliz. Te quiero, Jax.

—Quiero también.

Al salir del trabajo, en el coche, Derek recibe un mensaje de Ana en el que ésta le cuenta que alguien de Polytope se ha puesto en contacto con ella, de modo que la llama en cuanto llega a casa.

—¿Qué ha ocurrido?

—Ha sido una llamada rarísima. —Ana parece divertida.

—¿En qué sentido?

—Me han ofrecido un empleo.

—¿En serio? ¿Haciendo qué?

—Adiestrando a los digientes de Sophonce. Dada mi experiencia anterior, quieren que dirija el equipo. Me ofrecen un sueldo extraordinario, tres años de empleo garantizado y una bonificación por firmar el contrato francamente estupenda. Pero hay una pega.

—¿Y bien? No me dejes con la intriga.

—Todos sus adiestradores tienen que usar InstantRapport.

Derek abre los ojos de par en par.

—Me tomas el pelo —dice. InstantRapport es un transder-mal inteligente, un parche que libera dosis de un cóctel de oxitocina y opioides siempre que el portador esté en presencia de una persona específica. Se emplea para fortalecer matrimonios inestables y relaciones tensas entre padres e hijos, y desde hace poco se puede adquirir sin receta—. ¿Para qué leches lo quieren?

—Según su teoría, el afecto generará mejores resultados, y la única forma de que los adiestradores sientan algún afecto por los digientes de Sophonce es con intervención farmacéutica.

—Ah, ahora lo entiendo. Es un método para incrementar la productividad de la plantilla. —Derek conoce a muchas personas que consumen nootrópicos o utilizan técnicas de estimulación magnética transcraneal para aumentar su rendimiento en el trabajo, pero hasta ahora ninguna empresa lo había convertido en requisito. Sacude la cabeza con incredulidad—. Si cuesta tanto querer a sus digientes, cualquiera diría que

captarían la indirecta y se pasarían a los de Neuroblast.

—Les he dicho algo por el estilo, pero no querían saber nada. Sin embargo, se me ha ocurrido algo. —Ana se inclina hacia delante—. Quizá consiga hacerles cambiar de opinión si entro a trabajar para ellos.

—¿En qué te basas para decir eso?

—Sería una ocasión inmejorable para exhibir a Jax ante la directiva de Polytope de forma continuada. Podría entrar en nuestra Tierra de Datos privada desde el trabajo, tal vez podría acompañarme incluso con la carcasa robótica. ¿Qué mejor manera de demostrarles lo versátil que es el motor de Neuroblast? Y en cuanto se percaten de eso, lo portarán a Real Space.

Derek se queda pensativo.

—Asumiendo que no te prohíban pasar tiempo con Jax en horas de oficina...

—No me subestimes tanto. No iría a cañón, lo haría con sutileza.

—Podría funcionar. Pero te obligarían a ponerte el parche de InstantRapport. ¿Merece la pena?

Ana se encoge de hombros, frustrada.

—No lo sé. Te aseguro que no es mi opción favorita, ni de lejos. Pero a veces hay que arriesgarse, ¿no? Forzar un poquito las cosas.

Derek no sabe qué responder a eso.

—¿Qué opina Kyle?

Ana exhala un suspiro.

—Está totalmente en contra. No le gusta la idea de que use InstantRapport, y definitivamente no cree que las probabilidades lo justifiquen. —Tras una pausa, añade—: Pero los digientes no significan lo mismo para él que para ti o para mí, de modo que es inevitable que piense así. Para él, la recompensa no es tan grande.

Salta a la vista que Ana espera que la respalde, y Derek accede encantado, pero interiormente alberga sentimientos encontrados. Aunque recibe la propuesta de Ana con reservas, no se atreve a expresarlo.

Detesta que lo asalten estas ideas, pero cada vez que Ana menciona sus dificultades con Kyle, sueña con que los dos rompen su relación. Se dice a sí mismo que nunca haría nada por separarlos, pero si Kyle no comparte la entrega de Ana por los digientes, Derek tampoco comete ningún pecado demostrando que él sí. Y si eso le sugiere a Ana que Derek es mejor partido para ella que Kyle, él no tiene la culpa.

La cuestión es si realmente piensa que es buena idea que Ana acepte la oferta de empleo de Polytope. No está seguro de ello, pero hasta que se decida, le dará todo su apoyo.

Tras colgar el teléfono, Derek entra en la Tierra de Datos privada para pasar algo de tiempo con Marco y Polo. Están jugando un partido de ráquetbol en gravedad cero, pero bajan de la pista en cuanto lo ven.

—Conocimos visitantes simpáticos hoy —dice Marco.

—¿En serio? ¿Sabéis quiénes eran?

—Nombre de persona Jennifer, y nombre de persona Roland.

Cuando Derek consulta la lista de visitas, se le cae el alma a los pies: Jennifer Chase y Roland Michaels son empleados de una empresa llamada Deseo Binario, fabricantes de juguetes sexuales, tanto físicos como virtuales.

Ésta no es la primera vez que el grupo de usuarios recibe solicitudes de alguien que quiere utilizar a los digientes con fines sexuales. La inmensa mayoría de los juguetes sexuales siguen estando controlados por software convencional para representar escenas programadas de antemano, pero desde que existen los digientes ha habido quienes intentan practicar el sexo con ellos; el procedimiento habitual consiste en copiar un digiente de dominio público y reconfigurar su mapa de recompensas para que disfrute con lo que sea que a su propietario le parezca erotizante. Los detractores consideran que es el equivalente de obligar a un perro a lamerte los genitales untados de manteca de cacahuete, y no es una comparación injusta, ni en términos de la inteligencia de los digientes ni de la sofisticación del adiestramiento. Lo cierto es que ya no quedan digientes ni remotamente tan humanizados como Marco y Polo disponibles para practicar el sexo, por lo que el grupo de usuarios ocasionalmente recibe solicitudes de fabricantes de juguetes sexuales interesados en comprar copias de los digientes. Todos los miembros del grupo están de acuerdo en que deberían hacer caso omiso de esas peticiones.

Pero según el libro de visitas, Chase y Michaels llegaron escoltados por Felix Radcliffe.

Tras pedirles a Marco y a Polo que reanuden el partido, Derek llama por teléfono a Felix.

—¿En qué demonios estabas pensando? ¿Deseo Binario?

—No han intentado sexualizar a los digientes.

—Eso ya lo veo. —Está reproduciendo la grabación de la visita a cámara rápida en otra ventana.

—Han conversado con ellos.

A veces, hablar con Felix es como dirigirse a un alienígena.

—Teníamos un trato acerca de los fabricantes de juguetes sexuales. ¿Lo recuerdas?

—Estas personas no son como los demás. Me gusta cómo piensan.

Derek no se atreve a preguntar a qué se refiere con eso.

—Si tanto te gustan, llévalos a Marte de Datos y enséñales tus xenotherianos.

—Ya lo he hecho —replica Felix—. No les interesan.

Por supuesto que no, comprende Derek; la demanda de sexo con unos trípodes que sólo hablan lojbanos será microscópica. Pero ve que Felix está siendo franco, que

no le importaría prostituir a los xenotherianos si eso le ayudara a financiar su experimento de primer contacto. Quizá Felix sea un excéntrico, pero no es ningún hipócrita.

—Deberías haber dejado las cosas así —dice Derek—. Ahora tendremos que expulsarte de Tierra de Datos.

—Deberíais hablar con estas personas.

—No, de ninguna manera.

—Pagarán por que los escuchéis. Enviarán un mensaje con todos los detalles.

A Derek casi se le escapa la risa. En Deseo Binario deben de estar desesperados si han empezado a pagar a la gente para que escuche sus rollos publicitarios.

—Los mensajes están muy bien. Pero voy a poner a esas personas en la lista de acceso denegado, y no quiero que vuelvas a traer a nadie de ningún fabricante de juguetes sexuales. ¿Ha quedado claro?

—Muy claro —dice Felix, y cuelga.

Derek sacude la cabeza. Por lo general, ni siquiera contemplaría la posibilidad de escuchar semejantes argumentaciones, aun a cambio de dinero, porque no quiere dar la impresión de estar dispuesto a vender a Marco y a Polo como objetos sexuales.

Pero ahora mismo el grupo de usuarios necesita hasta el último dólar que pueda conseguir. Si escuchar la presentación de una empresa pudiera animar a otras a pagar por gozar de la misma oportunidad, quizá valga la pena. Reinicia el vídeo de la reunión entre los visitantes y los digientes, y lo ve a velocidad normal.

VIII

El grupo de usuarios se ha congregado para escuchar la presentación de Deseo Binario mediante videoconferencia; Deseo Binario ha efectuado un pago a una cuenta de depósito, y los fondos se liberarán al término de la reunión. Sentada en el centro de su pantalla envolvente, Ana mira a su alrededor; las entradas de vídeo de todo el mundo están integradas de tal modo que el grupo de usuarios parece haberse dado cita en un auditorio virtual, con cada uno de ellos sentado en una diminuta galería privada. Derek ocupa el balconcito a su izquierda, y Felix está a la izquierda de Derek. En el podio de la tarima se encuentra la representante de Deseo Binario, Jennifer Chase. Su imagen en pantalla es rubia, guapa y elegante, y puesto que todas las partes han accedido a utilizar vídeo real, Ana sabe que éste es el verdadero aspecto de Chase. Se pregunta si Deseo Binario asigna todas sus negociaciones a Chase; la mujer probablemente sea una experta en conseguir lo que se propone.

Felix se pone de pie y empieza a decir algo en lojban antes de corregirse.

—Os gustará lo que tiene que decir —declara.

—Gracias, Felix, pero deja que hable yo a partir de aquí —dice Chase. Felix vuelve a sentarse, y Chase se dirige al grupo—: Gracias por acceder a verme. Por lo general, cuando me reúno con un posible socio, hablo de cómo Deseo Binario puede ayudarles a llegar a un mercado más amplio del que está a su alcance, pero no voy a hacer eso con vosotros. Mi objetivo para esta reunión es asegurarnos que vuestros digientes serán tratados con respeto. No queremos mascotas que hayan sido sexualizadas mediante un burdo condicionamiento conductista. Queremos seres que se impliquen en el sexo a un nivel más elevado y personal.

—¿Cómo esperáis conseguir eso —interviene Stuart— cuando nuestros digientes son completamente asexuales?

Chase no se lo piensa dos veces.

—Con dos años de adiestramiento, mínimo.

—Ésa es una inversión considerable —dice Ana, sorprendida—. Creía que los juguetes sexuales digientes solían adiestrarse durante un par de semanas.

—Eso es porque normalmente se trata de digientes de Sophonce, que no serán mejores parejas sexuales después de dos años que al cabo de dos semanas. No sé si habéis visto los resultados, pero en caso de que sintáis curiosidad, puedo deciros dónde podéis encontrar un harem de draytas vestidos con avatares de Marilyn Monroe, todos ellos berreando: *¡Quiero chupar pollas!* No es agradable.

Ana se ríe sin poder evitarlo, al igual que varios miembros más del grupo.

—No, no lo parece.

—Eso no es lo que busca Deseo Binario. Cualquiera puede coger un digiente de dominio público y reconfigurar su mapa de recompensas. Aspiramos a ofrecer parejas sexuales con auténtica personalidad, y estamos dispuestos a poner el empeño necesario para conseguirlo.

—Bueno, ¿y en qué consistiría el adiestramiento? —pregunta Helen Costas, desde el fondo.

—Para empezar, descubrimiento y exploración de la sexualidad. Dotaríamos a los digientes de avatares anatómicamente correctos y dejaríamos que se acostumbraran a poseer zonas erógenas. Animaríamos a los digientes a experimentar sexualmente entre sí, para que adquieran experiencia como seres sexuales y elijan el género con el que se sientan más cómodos. Puesto que gran parte del aprendizaje durante esa fase se desarrollará exclusivamente entre ellos mismos, quizá haya periodos en los que los digientes puedan ejecutarse más deprisa de lo normal. Cuando hayan adquirido una cantidad de experiencia razonable, comenzaremos a vincularlos a parejas humanas compatibles.

—¿Por qué estáis tan seguros de que querrán vincularse a un humano específico? —pregunta Derek.

—Nuestros desarrolladores han observado a algunos de los digientes en los refugios; son demasiado jóvenes para nuestros fines, pero ya han desarrollado lazos emocionales, y nuestros desarrolladores han practicado análisis suficientes para creer que pueden inducir vínculos similares en digientes más antiguos. A medida que el digiente vaya familiarizándose con la persona, reforzaremos la dimensión emocional de sus interacciones, tanto sexuales como no sexuales, para generar amor en el digiente.

—Como el InstantRapport pero en versión Neuroblast —dice Ana.

—Algo por el estilo —dice Chase—, aunque será más eficaz y específico, porque se personalizará en función del cliente. Para el digiente, será indistinguible de enamorarse espontáneamente.

—Esa «personalización» no tiene pinta de ser algo que se consiga a la primera —dice Ana.

—No, por supuesto que no —dice Chase—. Esperamos que un digiente tarde meses en enamorarse; a lo largo de ese periodo estaremos trabajando con el cliente, restaurando el digiente a puntos de control previos y probando distintos ajustes hasta que el lazo afectivo se establezca con firmeza. Será como el programa de cría que dirigías cuando trabajabas en Blue Gamma; tan sólo vamos a personalizarlo para un cliente en particular.

Ana está a punto de decir que es completamente distinto, pero decide guardar silencio. Lo único que tiene que hacer es escuchar el rollo publicitario de esta mujer, no rebatirlo.

—Ya veo a qué te refieres —dice.

—Aunque consigáis que se enamoren —interviene Derek—, ninguno de nuestros digientes imitará de forma convincente a Marilyn Monroe.

—No, aunque ése no es nuestro objetivo. Los avatares que les proporcionaríamos serían humanoides, pero no humanos. Veréis, no vamos a intentar duplicar la experiencia sexual con un ser humano; queremos producir parejas no humanas que sean adorables, afectuosas y genuinamente apasionadas del sexo. Deseo Binario opina que ésta es la nueva frontera sexual.

—¿Una nueva frontera sexual? —dice Stuart—. Te refieres a popularizar una perversión hasta convertirla en predominante.

—Es una forma de verlo —reconoce Chase—. Pero intentad darle la vuelta: nuestras ideas sobre qué es lo que constituye una relación sexual saludable no han dejado de ampliarse con el paso del tiempo. Antes la gente pensaba que la homosexualidad, el sadomasoquismo y el poliamor eran síntomas de problemas psicológicos, pero no hay nada en esas actividades que sea intrínsecamente incompatible con una relación sentimental. El problema era la estigmatización de los deseos del individuo por parte de la sociedad. Creemos que, a la larga, el sexo con

digientes será igualmente aceptado como una expresión válida de la sexualidad. Pero eso requiere ser abiertos y francos al respecto, sin fingir que los digientes sean humanos.

El icono que se ilumina en la pantalla indica al grupo que Chase les ha enviado un documento.

—Ahí tenéis una copia del contrato que os proponemos, pero permitid que os lo resuma. Deseo Binario cubrirá los gastos de la adaptación de Neuroblast a Real Space a cambio de derechos no exclusivos sobre vuestros digientes. Conservaréis el derecho a crear y vender copias de ellos siempre y cuando no les hagan la competencia a los nuestros. Si vuestros digientes se venden bien, recibiréis los royalties correspondientes. Y vuestros digientes disfrutarán con lo que hacen.

—Vale, gracias —dice Ana—. Echaremos un vistazo al contrato y os daremos una respuesta. ¿Eso es todo?

—Casi —responde Chase, con una sonrisa—. Antes de liberar los fondos, me gustaría aprovechar esta ocasión para resolver cualquier posible duda que tengáis. Os aseguro que no voy a ofenderme. ¿Es la índole sexual de la transacción lo que os inspira tantas reservas?

Tras un instante de vacilación, Ana dice:

—No, es la coacción.

—No habría ninguna. El proceso de vinculación garantiza que los digientes gocen tanto como sus propietarios.

—Pero no vais a darles elección sobre sus preferencias.

—¿Acaso es distinto para los seres humanos? Cuando era pequeña, la idea de besar a un chico me resultaba completamente carente de interés, y si hubiera dependido de mí, eso jamás habría cambiado. —Chase esboza una sonrisita traviesa, con la que parece sugerir cuánto disfruta con los besos ahora—. Nos convertimos en seres sexuales, nos guste o no. Las modificaciones que realizaría Deseo Binario en los digientes no son distintas. Serán mejores, de hecho. Algunas personas se ven abrumadas por unas inclinaciones sexuales que transforman sus vidas en un martirio. A los digientes no les ocurrirá eso. Cada uno de ellos se emparejará con un compañero sexual perfectamente compatible. Eso no es coacción, sino la plenitud sexual definitiva.

—Pero no es real —protesta Ana, e inmediatamente se arrepiente de ello.

Es precisamente la oportunidad que Chase estaba esperando.

—¿Por qué no? —pregunta—. Vuestros sentimientos por vuestros digientes son reales; sus sentimientos por vosotros son reales. Si vosotros y vuestros digientes podéis tener una conexión no sexual real, ¿por qué debería ser menos real una conexión sexual entre un ser humano y un digiente?

Derek acude al rescate de Ana, que por un momento se ha quedado sin palabras.

—Podríamos enzarzarnos eternamente en debates filosóficos, pero el quid de la cuestión es que no nos hemos pasado años criando a nuestros digientes para convertirlos ahora en juguetes sexuales.

—Lo entiendo —dice Chase—. Y firmar este acuerdo no impedirá que las copias de vuestros digientes sigan haciendo otras cosas. Pero en estos instantes vuestros digientes, por asombrosos que sean, carecen de cualidades laborales comercializables, y no podéis predecir que vayan a adquirirlas en un futuro próximo. ¿Cómo pensáis recaudar el dinero que necesitáis?

Cuántas mujeres se habrán hecho la misma pregunta a lo largo de la historia, piensa Ana para sus adentros.

—La profesión más antigua del mundo —dice en voz alta.

—Es una forma de verlo, pero permitidme recalcar una vez más que los digientes no se verán sometidos a ningún tipo de coacción, ni siquiera económica. Si quisiéramos vender deseos sexuales fingidos, hay formas más baratas de conseguirlo. El objetivo primordial de esta empresa es crear una alternativa al deseo fingido. Creemos que el sexo es mejor cuando ambas partes disfrutan con él; mejor como experiencia, y mejor para la sociedad.

—Todo eso me parece muy noble. ¿Qué hay de las personas a las que les van las torturas sexuales?

—No aprobamos ningún acto sexual no consensuado, y eso incluye el sexo con digientes. El contrato que os he enviado garantiza que Deseo Binario respetará los inhibidores instalados inicialmente por Blue Gamma, reforzados por lo último en sistemas de control de acceso. Como decía, creemos que el sexo es mejor cuando ambas partes disfrutan con él. Estamos muy comprometidos con esa teoría.

—Lo aprobáis, ¿no? —dice Felix, dirigiéndose al resto del grupo—. Han previsto todas las posibilidades.

Varios miembros del grupo de usuarios lo fulminan con la mirada, e incluso la expresión de Chase denota que preferiría que Felix no intentara ayudarla.

—Sé que esto no era lo que esperabais cuando empezasteis a buscar inversores —dice Chase—. Pero si podéis sobreponeros a vuestra reacción inicial, creo que estaréis de acuerdo en que nuestra propuesta será ventajosa para todos.

—Nos lo pensaremos y volveremos a llamarte —dice Derek.

—Gracias por escuchar mi presentación —dice Chase. La ventana emergente que aparece en pantalla indica que los fondos del depósito ya se han liberado—. Permitidme añadir tan sólo una cosa. Si os aborda cualquier otra empresa, fijaos bien en la letra pequeña. Probablemente incluya la misma cláusula que querían incluir nuestros abogados, según la cual tendríamos derecho a traspasar vuestros digientes a otra empresa, con los inhibidores desconectados. Supongo que entendéis lo que supondría eso.

Ana asiente con la cabeza; supondría que los digientes podrían terminar en manos de una empresa como Edgeplayer, que los utilizaría como víctimas de torturas.

—Sí, lo entendemos.

—Deseo Binario desestimó las recomendaciones de nuestros abogados. Nuestro contrato estipula que los digientes no se emplearán jamás para algo que no sean prácticas sexuales consensuadas. A ver si encontráis las mismas garantías en otra parte.

—Gracias —dice Ana—. Estaremos en contacto.

Ana acudió a la reunión con Deseo Binario con la actitud de que era algo puramente formal, un modo de ganar algo de dinero escuchando un simple rollo publicitario. Ahora, tras escuchar las palabras de Chase, se descubre pensando varias veces en ellas.

No ha vuelto a prestar atención al mundo del sexo virtual desde que estaba en la universidad, cuando su novio por aquel entonces se pasó un semestre en el extranjero. Compraron los periféricos juntos antes de su partida, discretos accesorios de carcasas rígidas e hilarantes interiores de silicona, e interconectaron digitalmente cada aparato al número de serie del otro, una garantía de fidelidad para sus genitales virtuales. Las primeras sesiones fueron inesperadamente divertidas, pero la novedad no tardó en perder su encanto cuando las limitaciones de la tecnología se hicieron palpables. El sexo sin besos resultaba sumamente incompleto, y Ana echaba de menos acercar el rostro a escasos centímetros del suyo, sentir el peso de su cuerpo, aspirar su fragancia almizcleña; contemplarse mutuamente en una pantalla de vídeo no podía remplazar eso, por muy cerca que estuviera la cámara. Su piel ansiaba la de él con una intensidad que ningún periférico podría satisfacer jamás; al final del semestre, se sentía como si estuviera a punto de reventar por las costuras. Sin duda la tecnología ha mejorado mucho desde entonces, pero sigue siendo un pobre remedo de la auténtica intimidad.

Ana recuerda la diferencia que supuso ver a Jax con un cuerpo físico por primera vez. Si un digiente habitara un maniquí, ¿la resultaría más apetecible la idea de practicar el sexo con él? No. Ha tenido la cara pegada a la de Jax, mientras limpiaba alguna mancha de sus lentes o inspeccionaba algún arañazo, y no se parece en nada a estar cerca de una persona; con un digiente no existe la sensación de estar entrando en el espacio personal de nadie, ni siquiera algo parecido a la confianza que demuestra un perro cuando permite que le rasques la barriga. En Blue Gamma decidieron no incluir ese tipo de consciencia física en los digientes —no tenía ningún sentido para su producto— ¿pero qué significa la intimidad física si no hay que superar antes esas barreras? No duda de que sea posible dotar a los digientes de una respuesta sexual lo bastante aproximada a la humana para estimular las neuronas especulares de ambas

partes. ¿Pero podría Deseo Binario enseñar a un digiente lo que es la vulnerabilidad inherente a la desnudez, el mensaje que transmite a los demás el hecho de estar desnudos en su presencia?

Quizá todo eso carezca de la menor importancia. Ana reproduce una vez más la grabación de la videoconferencia, escucha a Chase hablando de esta nueva frontera, el sexo con una pareja no humana. No se espera que sea lo mismo que mantener relaciones sexuales con otra persona, será una clase de sexo diferente, acompañada tal vez de una clase de intimidad igualmente distinta.

Rememora un incidente que se produjo cuando aún trabajaba en el zoo, al fallecer una de las hembras de orangután. Todos lamentaron su pérdida, pero el cuidador favorito del animal se mostraba especialmente inconsolable. Al final confesó que había mantenido relaciones sexuales con ella, y poco después el zoológico lo despidió. Ana se sintió conmocionada, por supuesto, pero sobre todo porque aquel hombre no era el horripilante perverso que cabría esperar de un zoófilo; su pesar era tan hondo y genuino como el de cualquiera que hubiese perdido a su amante. Había estado casado una vez, además, lo cual sorprendió a Ana; daba por sentado que esas personas serían incapaces de conseguir una cita, pero entonces comprendió que estaba aceptando el estereotipo sobre los empleados de los zoológicos: que pasaban tanto tiempo rodeados de animales porque no sabían relacionarse con las personas. Como hiciera entonces, Ana vuelve a intentar precisar exactamente por qué una relación no sexual con un animal puede ser saludable mientras que una de índole sexual no, por qué el limitado consentimiento que pueden dar los animales es suficiente para tenerlos como mascotas pero no para practicar el sexo con ellos. De nuevo se ve incapaz de articular una explicación que no esté arraigada en el rechazo personal, y no está segura de que ésa sea razón suficiente.

En cuanto a la cuestión de que los digientes practiquen el sexo entre sí, es un tema que se ha discutido ocasionalmente en el pasado, y Ana siempre ha opinado que los propietarios son afortunados por no tener que enfrentarse a ello, porque la madurez sexual señala el momento en que un montón de animales se vuelven intratables. No cabe siquiera la posibilidad de sentir la culpa que podría asociarse con la castración quirúrgica de Jax, puesto que no está privándolo de ninguna faceta fundamental de su naturaleza. Pero ahora hay un hilo en el foro de discusión que está consiguiendo que se replantee algunas cosas:

De: Helen Costas

No me gusta la idea de que alguien practique el sexo con mi digiente, pero recuerdo que los padres tampoco quieren pensar nunca en sus hijos manteniendo relaciones sexuales.

De: Maria Zheng

Esa analogía es una falacia. Los padres no pueden evitar el desarrollo de la sexualidad de sus hijos, pero nosotros sí. No existe ninguna necesidad intrínseca para que los digientes emulen ese aspecto del crecimiento del ser humano. No exageréis con las proyecciones antropomórficas.

De: Derek Brooks

¿Qué es intrínseco? Ninguna necesidad intrínseca justifica ni la encantadora personalidad de los digientes ni el aspecto adorable de sus avatares, pero existen por un buen motivo: así se consigue que la gente quiera pasar más tiempo con ellos, y eso es positivo para los digientes.

No estoy diciendo que debemos aceptar la oferta de Deseo Binario. Pero creo que nos tendríamos que preguntar lo siguiente: Si dotamos de sexualidad a los digientes, ¿posibilitaría eso que otras personas los quisieran de un modo que fuera positivo para ellos?

Ana se pregunta si Jax, debido a su carácter asexual, estará perdiéndose experiencias que podrían ser beneficiosas para él. Le gusta que Jax tenga amigos humanos, y si quiere que Neuroblast se traslade a Real Space es para que pueda conservar y estrechar esas relaciones. ¿Pero estrecharlas hasta qué punto? ¿Cuán íntima puede ser una relación antes de que el sexo entre en juego?

Más tarde, esa misma noche, escribe una respuesta al comentario de Derek:

De: Ana Alvarado

Lo que sugiere Derek es interesante. Pero aunque la respuesta sea «sí», eso no significa que debemos aceptar la oferta de Deseo Binario.

Si alguien busca una fantasía masturbatoria, puede valerse de software corriente para obtenerla. No debería comprar una novia por correo contra reembolso y plantarle una docena de parches de InstantRapport, pero eso es básicamente lo que Deseo Binario quiere ofrecerles a sus clientes. ¿Es ésa la clase de vida que les deseamos a nuestros digientes? Podríamos doparlos con tantas endorfinas virtuales que se conformarían con vivir en un trastero en Tierra de Datos, pero nos importan demasiado para hacer algo así. No creo que debemos permitir que nadie los trate con menos respeto.

Reconozco que la posibilidad de mantener relaciones sexuales con un digiente me molestaba al principio, aunque supongo que no me opongo tajantemente a la idea. No es algo que me imagine practicando personalmente, pero tampoco tengo ningún problema si otras personas quieren hacerlo, siempre y cuando no lo hagan con ánimo de explotación. Si

existe reciprocidad en alguna medida, quizá sea como sugiere Derek: positivo tanto para el digiente como para el individuo humano. Aunque si éste es libre de personalizar el mapa de recompensas del digiente, o de restaurarlo una y otra vez hasta conseguir una instancia perfectamente configurada, ¿dónde queda la reciprocidad? Deseo Binario les dice a sus clientes que no tienen por qué satisfacer de ninguna manera las preferencias de sus digientes. Da igual que sean de índole sexual o no; eso no es una relación de verdad.

Todos los miembros del grupo de usuarios son libres de aceptar la oferta de Deseo Binario a título individual, pero los argumentos de Ana son lo bastante convincentes para que nadie dé su visto bueno, por ahora. Unos pocos días después de la reunión, Derek informa a Marco y a Polo de la oferta de Deseo Binario, diciéndose que merecen saber lo que ocurre. Polo manifiesta curiosidad por las modificaciones que quería realizar Deseo Binario; sabe que tiene un mapa de recompensas, pero nunca había contemplado la posibilidad de editarlo.

—Editar mi mapa de recompensas podría ser divertido —dice Polo.

—No puedes editar tu mapa de recompensas cuando trabajas para otro —dice Marco—. Sólo cuando eres sociedad anónima.

Polo se gira hacia Derek.

—¿Es cierto?

—Bueno, no permitiría que lo hicierais aunque fueseis sociedades anónimas.

—Eh —protesta Marco—. Dijiste que cuando somos sociedades anónimas, podemos tomar propias decisiones.

—Lo dije —reconoce Derek—, pero no pensaba que quisierais editar vuestros mapas de recompensas. Podría ser muy peligroso.

—Pero humanos pueden editar sus mapas de recompensa.

—¿Qué? No podemos hacer nada por el estilo.

—¿Y las drogas para sexo que toma gente? ¿Ifrodisiacos?

—Afrodisiacos. Sólo son temporales.

—¿InstantRapport temporal? —pregunta Polo.

—No exactamente, pero en la mayoría de los casos, cuando la gente utiliza algo así, está cometiendo un error. —Sobre todo, piensa, si una empresa les paga por ello.

—Cuando soy sociedad anónima, libre cometer propios errores —dice Marco—. Ésa la cuestión.

—Todavía no estás preparado para constituirte en sociedad anónima.

—¿Porque no gustan mis decisiones? ¿Preparado significa siempre acuerdo contigo?

—Si planeas editar tu mapa de recompensas en cuanto te constituyas en sociedad anónima es que todavía no estás preparado.

—No dicho eso —replica Marco, con énfasis—. No quiero. Dije cuando sociedad anónima, libre hacerlo. Distinto.

Derek se queda pensativo por unos instantes. Aunque resulte fácil olvidarlo, ésta es la misma conclusión a la que llegó el grupo de usuarios durante el debate en los foros acerca de constituir a los digientes en sociedad anónimas: para que ser una persona jurídica sea algo más que un juego de palabras, habrá que conceder cierto grado de autonomía a los digientes.

—Sí, tienes razón. Cuando seas una sociedad anónima serás libre de hacer cosas que yo considere que son errores.

—Bien —dice Marco, satisfecho—. Cuando decidas estoy listo, no porque de acuerdo contigo. Puedo estar listo aunque no de acuerdo contigo.

—Correcto. Pero, por favor, dime que no quieres editar tu mapa de recompensas.

—No, sé es peligroso. Podría hacer error impidiera arreglar error.

—Gracias —dice Derek, aliviado.

—Pero dejar Deseo Binario edite mapa de recompensas, no peligroso.

—No, no es peligroso, pero sigue siendo una mala idea.

—No de acuerdo.

—¿Cómo? Me parece que no entiendes lo que quieren hacer.

Marco adopta una expresión cargada de frustración.

—Sí. Hacen me guste lo que quieren me guste, aunque no guste ahora.

Derek se da cuenta de que Marco realmente lo comprende.

—¿Y no te parece que eso está mal?

—¿Por qué mal? Todas las cosas me gustan ahora, me gustan porque Blue Gamma hizo me gustaran. Eso no está mal.

—No, pero era distinto. —Reflexiona un momento antes de explicarle por qué—. Blue Gamma te diseñó para que te gustara la comida, pero no decidió cuáles serían tus platos favoritos.

—¿Y qué? No muy distinto.

—Sí que lo es.

—Vale, mal si editan digientes no quieren ser editados. Pero si digiente da permiso antes, entonces no está mal.

Derek comienza a exasperarse.

—¿Quieres ser una sociedad anónima y tomar tus propias decisiones, o quieres que otro tome las decisiones por ti? ¿Qué prefieres?

Marco medita la respuesta.

—Quizá pruebo las dos. Una copia mía es sociedad anónima, una copia mía trabaja Deseo Binario.

—¿No te importa que hagan varias copias de ti?

—Polo copia mía. No está mal.

Agotados todos los argumentos, Derek da la discusión por terminada y manda a los digientes a aplicarse en sus estudios, pero no puede olvidar fácilmente lo que acaba de decir Marco. Por una parte, Marco ha expuesto varias razones válidas, pero por otra, Derek recuerda sus años de universitario lo suficientemente bien para saber que el talento para los debates y la madurez no siempre van de la mano. No por vez primera, piensa en cuánto más fácil sería todo si existiera una mayoría de edad consensuada legal para los digientes; en su ausencia, dependerá por completo de él decidir que Marco está listo para constituirse en sociedad anónima.

Derek no es el único en sufrir un encontronazo de este tipo con motivo de la oferta de Deseo Binario. La próxima vez que habla con Ana, ésta se lamenta de una pelea reciente con Kyle.

—Cree que deberíamos aceptar la oferta de Deseo Binario —dice Ana—. Según él, es mucho mejor opción que aceptar el puesto en Polytope por mi parte.

Otra oportunidad de mostrarse crítico con Kyle; ¿cómo debería emplearla? Lo único que Derek acierta a decir es:

—Porque le parece que modificar a los digientes no es para tanto.

—Exacto. —Ana resopla y continúa—: No es como si pensara que ponerse el parche de InstantRapport no tiene importancia. Por supuesto que la tiene. Pero entre que yo utilice voluntariamente el InstantRapport y que Deseo Binario imponga su proceso de vinculación a los digientes existe una gran diferencia.

—Una diferencia inmensa. Pero, ¿sabes?, eso plantea otra cuestión interesante. —Derek le cuenta su conversación con Marco y Polo—. No sé si Marco estaría discutiendo por discutir, pero me ha hecho reflexionar. Si un digiente se somete voluntariamente a los cambios que sugiere Deseo Binario, ¿supone alguna diferencia?

Ana se queda pensativa.

—No lo sé. A lo mejor.

—Cuando un adulto decide utilizar un parche de InstantRapport, no ponemos ninguna objeción. ¿Qué necesitaríamos para respetar las decisiones de Jax o Marco del mismo modo?

—Tendrían que ser adultos.

—Pero podríamos tramitar los documentos de su constitución en sociedades anónimas mañana mismo, si quisiéramos. ¿Qué nos hace estar tan seguros de que sería mala idea? Pongamos que un buen día Jax te dice que entiende dónde estaría metiéndose al aceptar la oferta de Deseo Binario, igual que tú con el empleo en Polytope. ¿Qué necesitarías para aceptar su decisión?

Tras reflexionar unos instantes, Ana responde:

—Supongo que eso dependería de si creyera o no que su decisión se basa en la experiencia. Jax nunca ha tenido ni una relación sentimental ni un trabajo, y aceptar la oferta de Deseo Binario conllevaría las dos cosas, potencialmente para siempre.

Me gustaría que hubiera tenido alguna experiencia en esos asuntos antes de tomar una decisión cuyas consecuencias fueran tan permanentes. Una vez acumulada dicha experiencia, supongo que no tendría nada que objetar.

—Ah —dice Derek, asintiendo con la cabeza—. Ojalá se me hubiera ocurrido eso cuando estaba hablando con Marco. —Para ello habría que convertir a los digientes en seres sexuales, pero sin la intención de venderlos; otro gasto para el grupo de usuarios, incluso después de finalizar el traslado de Neuroblast—. Eso llevará tiempo, no obstante.

—Claro, pero dotar de sexualidad a los digientes no es algo que nos corra la menor prisa. Podemos esperar hasta estar seguros de ir a hacerlo como es debido.

Más vale imponer una mayoría de edad elevada que arriesgarse a implantar una demasiado baja.

—Y hasta entonces, nos tocará a nosotros cuidar de ellos.

—¡Correcto! Debemos anteponer sus necesidades a todo lo demás. —Ana parece agradecida por el acuerdo, y Derek se alegra de poder proporcionárselo. Pero la frustración no tarda en plasmarse de nuevo en sus rasgos—. Ojalá Kyle lo entendiera.

Derek se esfuerza por encontrar una respuesta diplomática.

—No creo que nadie pueda entenderlo, a menos que les hayan dedicado tanto tiempo como nosotros. —Sus palabras no pretenden ser una crítica contra Kyle; cree sinceramente en ellas.

IX

Ha transcurrido un mes desde la presentación de Deseo Binario, y Ana está en la Tierra de Datos privada con unos cuantos de los digientes de Neuroblast, aguardando la llegada de unos visitantes. Marco le cuenta a Lolly el último episodio de la dramatización de su juego favorito mientras Jax ensaya un baile que él mismo ha coreografiado.

—Mira —dice.

Ana ve cómo adopta una rápida secuencia de poses.

—Recuerda, cuando lleguen, tienes que hablar de lo que has construido.

—Ya lo sé, lo has dicho y dicho otra vez. Dejo bailar en cuanto lleguen. Sólo estoy divirtiéndome.

—Perdona, Jax. Estoy un poco nerviosa, eso es todo.

—Mírame bailar. Sentirás mejor.

Ana sonrío.

—Gracias, lo intentaré. —Respira hondo y se obliga a tranquilizarse.

Se abre un portal, y dos avatares lo atraviesan. Jax deja de bailar de inmediato, y Ana dirige su avatar al encuentro de los visitantes. Las anotaciones en pantalla los identifican como Jeremy Brauer y Frank Pearson.

—Espero que no hayáis tenido ningún problema para entrar —dice Ana.

—No —dice Pearson—, las contraseñas que nos diste han funcionado a la perfección.

Brauer está mirando a su alrededor.

—La vieja Tierra de Datos. —Su avatar tira de la rama de un arbusto y la suelta, contemplando cómo se mece—. Recuerdo lo emocionante que era cuando Daesan la liberó. Era el último grito.

Brauer y Pearson trabajan para Exponential Appliances, el fabricante de robots domésticos. Sus robots son ejemplos de IA chapadas a la antigua; no aprenden sus habilidades sino que se las dan programadas, y aunque resultan sumamente prácticos, carecen de consciencia apreciable. Exponential libera regularmente nuevas versiones, publicitando cada una de ellas como un paso más hacia la IA con la que sueña el consumidor: un mayordomo completamente leal y atento desde el momento en que se activa. A Ana esta secuencia de actualizaciones le parece un paseo hacia el horizonte, un progreso ilusorio que jamás se acerca realmente a su objetivo. Pero los consumidores compran los robots, y Exponential cuenta con una saludable cuenta de resultados, que es lo que Ana estaba buscando.

Ana no intenta conseguir empleo como mayordomos a los digientes de Neuroblast; es evidente que Jax y los otros tienen demasiada personalidad para realizar ese tipo de tareas. Brauer y Pearson ni siquiera representan a la división comercial de la empresa, sino que forman parte de la división de investigación, el motivo por el que se fundó Exponential. Los robots domésticos son la forma que tiene Exponential de subvencionar sus intentos por conjurar la IA con la que sueñan todos los tecnólogos: una entidad de cognición pura, un genio libre de trabas emocionales o físicas, un intelecto vasto y frío a la par que comprensivo. Lo que buscan es un Proyecto Athena completamente adulto desde su nacimiento, y aunque sería descortés por parte de Ana decirles que opina que pueden esperar eternamente, espera convencer a Brauer y a Pearson de que los digientes de Neuroblast constituyen una alternativa viable.

—Bueno, gracias por acceder a verme —dice Ana.

—Lo hacemos encantados —dice Brauer—. ¿Un digiente cuyo tiempo de ejecución acumulativo es superior a la esperanza de vida de la mayoría de los sistemas operativos? Eso no es algo que se vea todos los días.

—No, desde luego. —Ana se da cuenta de que han venido más por nostalgia que con la intención de escuchar propuestas empresariales. En fin, tanto da, están aquí y eso es lo que cuenta.

Ana les presenta a los digientes, quienes a continuación comienzan a explicar algunos de los proyectos en los que han estado trabajando. Jax les enseña un artilugio virtual que ha construido, una especie de sintetizador musical que toca bailando. Marco enumera las características del rompecabezas que ha diseñado, un juego que se puede desarrollar tanto de forma cooperativa como competitiva. Brauer se muestra especialmente interesado por Lolly, que les enseña el programa que ha estado escribiendo: a diferencia de Jax y Marco, quienes construyeron sus proyectos usando kits de herramientas, Lolly está escribiendo código real. La decepción de Brauer es evidente cuando se da cuenta de que Lolly es exactamente igual que cualquier otro programador novato; está claro que esperaba que su naturaleza de digiente la dotara de algún tipo de destreza especial en la materia.

Tras conversar un rato con los digientes, Ana y los visitantes de Exponential salen de Tierra de Datos e inician una videoconferencia.

—Son tremendos —dice Brauer—. Tuve uno en su día, pero nunca pasó de balbucear como un bebé.

—¿Tenías un digiente de Neuroblast?

—Claro, me lo compré en cuanto salieron. Era una instancia del modelo de mascota Jax, como el tuyo. Le puse el nombre de Fitz y lo dejé funcionando durante un año.

Este hombre tuvo un bebé Jax una vez, piensa Ana. En algún lugar hay una versión en miniatura de Jax que sabe que este hombre es su propietario. Ya en voz alta, pregunta:

—¿Te aburraste de él?

—Más que aburrirme, me di cuenta de sus limitaciones. Era evidente que el genoma de Neuroblast apuntaba en la dirección equivocada. Fitz era listo, sí, pero pasaría una eternidad antes de que pudiera realizar alguna tarea práctica. Tiene mérito que hayas aguantado con Jax tanto tiempo. Lo que has conseguido es impresionante. —Por la forma en que lo dice, es como si Ana hubiera construido la escultura de mondadientes más alta del mundo.

—¿Todavía crees que Neuroblast apuntaba en la dirección equivocada? Has visto con tus propios ojos lo que puede hacer Jax. ¿Tenéis algo equiparable en Exponential? —La pregunta suena más desabrida de lo que pretendía, pero la reacción de Brauer es tibia.

—No buscamos una IA de nivel humano, sino sobrehumano.

—¿Y no creéis que la IA de nivel humano sea un paso en esa dirección?

—No si es del tipo que demuestran tus digientes —dice Brauer—. No puedes estar segura de que Jax vaya a ser útil algún día, y mucho menos que se convierta en un genio de la programación. Que sepamos, podría haber alcanzado su máximo.

—No creo que haya...

—Pero no lo sabes con certeza.

—Sé que si el genoma de Neuroblast puede producir un digiente como él, podrá producir uno tan inteligente como lo que buscáis. El Alan Turing de los digientes de Neuroblast está por nacer.

—Vale, supongamos que tienes razón —dice Brauer, siguiéndole la corriente—. ¿Cuántos años tardaréis en encontrarlo? Ya habéis tardado tanto en criar la primera generación que la plataforma donde se ejecutan se ha quedado obsoleta. ¿Cuántas generaciones habrán de pasar antes de que encontréis vuestro Turing?

—No siempre estaremos restringidos por la necesidad de ejecutarlos en tiempo real. En algún momento habrá digientes de sobra para formar una población autosuficiente, y entonces dejarán de depender de la interacción con humanos. Podríamos ejecutar una sociedad entera a velocidades de invernadero sin temor a que se vuelvan ferales y ver qué producen. —Lo cierto es que Ana dista de creer que semejante escenario pudiera producir algún Turing, pero ha repetido este argumento tantas veces que suena como si realmente lo creyera.

Brauer, sin embargo, no se muestra tan convencido.

—Hablando de inversiones arriesgadas. Nos estás enseñando un puñado de adolescentes y pidiéndonos que les paguemos los estudios con la esperanza de que, cuando sean adultos, funden una nación que producirá genios. Discúlpame si creo que hay formas mejores de gastar el dinero.

—Pero pensad en lo que obtendríais. Los demás propietarios y yo hemos dedicado años de atención a educar a estos digientes. Portar Neuroblast es barato en comparación con lo que costaría contratar a alguien para que hiciera lo mismo con otro genoma. Y la gratificación potencial es precisamente lo que busca vuestra empresa: genios programadores trabajando a alta velocidad, acoplándose a una inteligencia sobrehumana. Si estos digientes son capaces de inventar juegos ahora, imaginad lo que podrían hacer sus descendientes. Y ganaríais dinero con cada uno de ellos.

Brauer se dispone a replicar cuando Pearson injiere:

—¿Para eso queréis portar Neuroblast? ¿Para ver lo que unos digientes superinteligentes podrían inventar algún día?

Ana ve que Pearson está escudriñándola y decide que no tiene sentido mentir.

—No —dice—. Lo que quiero es que Jax tenga una oportunidad de disfrutar de una vida plena.

Pearson asiente con la cabeza.

—Te gustaría que Jax se constituyera en sociedad anónima algún día, ¿verdad? Que tuviera algún tipo de estatus legal.

—Sí, en efecto.

—Y apuesto a que Jax quiere lo mismo, ¿verdad? Constituirse en sociedad

anónima.

—A grandes rasgos, así es.

Pearson asiente de nuevo, confirmadas sus sospechas.

—Eso supone el fin de las negociaciones por nuestra parte. Está muy bien que uno pueda divertirse hablando con ellos, pero toda la atención que habéis volcado sobre vuestros digientes les ha animado a considerarse personas.

—¿El fin de las negociaciones? ¿Por qué? —Pero Ana ya conoce la respuesta.

—No buscamos empleados superinteligentes, sino productos superinteligentes. Lo que nos ofreces es lo primero, y no te culpo; nadie puede pasarse tantos años como tú enseñando a un digiente y seguir considerándolo un producto. Pero nuestro negocio no se basa en esa clase de sentimientos.

Ana fingía no verlo, pero ahora Pearson lo ha sacado a la luz: los objetivos de Exponential y los suyos son incompatibles de base. Ellos quieren algo que responda como una persona pero sin tener que tratarlo con el mismo respeto, y Ana no puede proporcionárselo.

Nadie puede proporcionárselo, porque es un imposible. Los años que ha empleado criando a Jax no sólo lo han convertido en un conversador entretenido, no sólo le han dotado de aficiones y sentido del humor. Le han dotado de todos los atributos que buscaba Exponential: fluidez para desenvolverse en el mundo real, creatividad para resolver nuevos problemas, sensatez para tomar decisiones importantes. Todas las cualidades que hacen que una persona sea más valiosa que una base de datos son fruto de la experiencia.

Quiere decirles que Blue Gamma tenía más razón de lo que pensaba: la experiencia no sólo es el mejor maestro, sino el único. Si criar a Jax le ha enseñado algo es que los atajos no existen; si quieres crear el sentido común que nace de haber vivido veinte años en el mundo, necesitarás dedicar veinte años a esa tarea. No se puede reunir una colección equivalente de resultados heurísticos en menos tiempo; la experiencia es algorítmicamente incomprensible.

Y aunque sea posible sacar una foto de toda esa experiencia y duplicarla *ad infinitum*, aunque sea posible vender copias a precio de saldo o regalarlas incluso, cada uno de los digientes resultantes seguirá habiendo vivido toda una vida. Cada uno de ellos habrá visto el mundo al menos una vez con nuevos ojos, habrá tenido esperanzas cumplidas y esperanzas malogradas, habrá aprendido qué se siente al contar una mentira y qué se siente al escucharla.

Lo que significa que cada uno de ellos será digno de respeto. Un respeto que Exponential no puede permitirse el lujo de concederles.

Ana hace un último intento.

—Estos digientes aún podrían ganar dinero para vosotros como empleados. Podrías...

Pearson sacude la cabeza.

—Aprecio lo que intentas hacer, y te deseo la mejor de las suertes, pero no encaja con Exponential. Si estos digientes fueran productos, los beneficios potenciales podrían merecer la pena. Pero si sólo van a ser empleados, la situación cambia; no podemos justificar semejante inversión a cambio de tan poco.

Por supuesto que no, piensa Ana. ¿Quién podría? Sólo un fanático, alguien empujado por el amor. Alguien como ella.

Ana está enviando un mensaje a Derek, contándole la fallida reunión con Exponential, cuando la carcasa robótica cobra vida.

—¿Cómo fue reunión? —pregunta Jax, pero puede interpretar la expresión de Ana lo suficientemente bien para responderse él mismo—. ¿Culpa mía? ¿No les gusta lo que les enseño?

—No, lo hiciste fenomenal, Jax. No les gustan los digientes, eso es todo; cometí el error de pensar que podría hacerles cambiar de opinión.

—Valió pena.

—Supongo que sí.

—¿Bien?

—Estoy bien —le asegura Ana. Jax le da un abrazo, conduce el cuerpo robótico de nuevo a la plataforma de carga y regresa a Tierra de Datos.

Sentada ante el escritorio, contemplando fijamente la pantalla en blanco, Ana sopesa las opciones restantes del grupo de usuarios. Todo indica que se reducen a una sola: trabajar para Polytope e intentar convencerlos de que merece la pena portar el motor de Neuroblast. Lo único que tiene que hacer es ponerse el parche de InstantRapport y unirse a su experimento de atención industrializada.

Pese a todo lo que se pueda decir de Polytope, lo cierto es que la empresa comprende el valor de la interacción en tiempo real mejor que Exponential. Puede que los digientes de Sophonce se conformen con estar solos en un invernadero, pero ese atajo no es viable si se pretenden obtener individuos productivos. Alguien tendrá que pasar tiempo con ellos, y Polytope lo sabe.

Lo que no le gusta es la estrategia de Polytope para que la gente les dedique ese tiempo. La estrategia de Blue Gamma consistía en volver entrañables a los digientes, mientras que Polytope parte de unos digientes sin atractivo y se vale de fármacos para conseguir que la gente los quiera. Para Ana está claro que el enfoque de Blue Gamma era el correcto, no sólo más ético sino también más eficaz.

Demasiado eficaz, quizá, considerando la situación en que está ahora: se enfrenta al mayor sacrificio de toda su vida, y es por su digiente. No es lo que nadie esperaba en Blue Gamma, tantos años atrás, aunque tal vez deberían haberlo anticipado. La idea del amor sin compromisos es tan fantástica como lo que vende Deseo Binario.

Amar a alguien significa estar dispuesto a sacrificarse por él.

La única razón por la que Ana contempla la posibilidad de trabajar para Polytope. Si las circunstancias fueran otras, se sentiría insultada por la oferta de un empleo que requiere el uso de InstantRapport: posee tanta experiencia trabajando con digientes como el que más, a pesar de lo cual Polytope insinúa que no será una adiestradora eficaz sin intervención farmacológica. El adiestramiento de digientes —al igual que el de animales— es una profesión como otra cualquiera, y todo profesional es capaz de desempeñar su labor sin necesidad de enamorarse de cada proyecto individual.

Al mismo tiempo, sabe que el afecto puede ser el factor que marque la diferencia durante el proceso de adiestramiento, reforzando la paciencia cuando ésta sea más necesaria. La idea de que dicho afecto pueda manufacturarse no es halagüeña, pero Ana tampoco puede oponerse a la realidad de la neurofarmacología contemporánea: si su cerebro se inunda de oxitocina cada vez que esté trabajando con los digientes de Sophonce, influirá en sus sentimientos hacia ellos tanto si le gusta como si no.

La única cuestión es si podrá tolerarlo. Confía en que el parche de InstantRapport no le impida ocuparse de Jax; ningún digiente de Sophonce va a usurpar el lugar de Jax en su corazón. Y si trabajar para Polytope es la mejor manera de subvencionar el traslado de Neuroblast, está dispuesta a hacerlo.

Tan sólo desearía que Kyle lo entendiera; Ana siempre ha dejado muy claro que el bienestar de Jax es lo primero, y hasta ahora Kyle nunca había tenido ningún problema con ello. Ana no quiere que su relación termine por culpa de este trabajo, pero lleva más tiempo con Jax que con cualquiera de sus novios; llegado el momento, sabe a quién elegiría.

X

El mensaje de Ana acerca de la reunión fallida es sucinto, pero para Derek no podría resultar más elocuente. Ha notado el tono de su voz cuando hablaba antes de esta posibilidad, por lo que sabe que está preparándose para aceptar la oferta de empleo de Polytope.

Es el clavo ardiendo al que Ana piensa aferrarse para que el traslado de Neuroblast se realice con éxito, ni más ni menos. A nadie le gusta la idea, pero es una mujer adulta, ha sopesado los pros y los contras y ha tomado su decisión. Si está dispuesta a seguir adelante, lo mínimo que puede hacer él es mostrarle su apoyo.

El problema es que no puede hacerlo. No cuando existe una alternativa: aceptar la oferta de Deseo Binario.

Después de su conversación previa con Marco y Polo, Derek contactó en privado

con Jennifer Chase para preguntarle si el deseo de los digientes de constituirse en sociedades autónomas podría ser incompatible con las intenciones de Deseo Binario. Chase le dijo que los clientes de Deseo Binario serán libres de presentar solicitudes de constitución en sociedades autónomas para las copias que hayan comprado. De hecho, si sus sentimientos hacia sus digientes se vuelven tan fuertes como espera Deseo Binario, no le extrañaría que muchos lo hicieran. Es la respuesta correcta por lo que a Derek concierne, pero una parte de él esperaba que no se la ofreciera, que le proporcionara una razón de peso para rechazar su propuesta. En vez de eso, sigue teniendo que tomar una decisión. Por él y por Marco.

Ha pensado en el argumento articulado por Ana, que los digientes no están capacitados para aceptar la oferta de Deseo Binario porque carecen de experiencia laboral y sentimental. Tiene sentido si uno piensa en los digientes como en niños humanos. También significa que mientras estén confinados en Tierra de Datos, mientras sus vidas estén tan radicalmente protegidas, jamás alcanzarán la madurez necesaria para tomar una decisión de esta magnitud.

Pero quizá los estándares de madurez de un digiente no deberían ser tan elevados como los de un ser humano; quizá Marco sea ya lo suficientemente maduro para tomar esta decisión. Marco parece completamente cómodo considerándose un digiente en vez de un humano. Cabe la posibilidad de que no entienda del todo las consecuencias de lo que sugiere, pero Derek no consigue librarse de la impresión de que Marco en realidad comprende su propia naturaleza mejor que él. Ni Marco ni Polo son humanos, y quizá pensar en ellos como si lo fueran sea un error, quizá los obligue a amoldarse a sus expectativas en vez de permitir que sean ellos mismos. ¿Qué es más respetuoso, tratarlo como a otra persona o aceptar que no lo es?

En otras circunstancias ésta sería una pregunta retórica, algo que podría aplazar para discutirlo más tarde, pero sin embargo entronca directamente con la decisión a la que se enfrenta, aquí y ahora. Si acepta la oferta de Deseo Binario, Ana no tendrá ninguna necesidad de empezar a trabajar para Polytope, de modo que la verdadera pregunta es: ¿qué cerebro prefiere ver químicamente alterado, el de Marco o el de Ana?

Ana sabe dónde se mete mejor que Marco. Pero Ana es una persona, y da igual cuán asombroso crea Marco que es, Derek valora más a Ana. Si uno de los dos debe someterse a algún tipo de manipulación neuroquímica, Derek no quiere que sea ella.

Abre en pantalla el contrato de Deseo Binario. A continuación llama a Marco y a Polo a sus cuerpos robóticos.

—¿Listo firmar contrato? —pregunta Marco.

—Sabes que no deberías hacer esto tan sólo para ayudar a los demás —comienza Derek—. Deberías hacerlo porque es lo que quieres. —Se pregunta si lo que acaba de decir es verdad.

—No necesitas seguir preguntando —dice Marco—. Opino igual antes, quiero hacer esto.

—¿Qué hay de ti, Polo?

—Sí, acuerdo.

Los digientes están dispuestos, deseosos incluso; tal vez eso debería bastar para zanjar el asunto. Pero existen otro tipo de consideraciones, puramente egoístas.

Si Ana acepta la oferta de Polytope se creará una fractura entre Kyle y ella, una disensión de la que Derek podría beneficiarse. No es un pensamiento precisamente admirable, pero no puede fingir que no se le haya pasado por la cabeza. Mientras que si él acepta la oferta de Deseo Binario, la fractura se creará entre Ana y él; echará a perder cualquier posibilidad de estar con ella. ¿Puede renunciar a eso?

Quizá nunca haya tenido la menor oportunidad con Ana; quizá haya estado engañándose durante todos estos años. En cuyo caso lo mejor será que se olvide cuanto antes de sus fantasías, que renuncie a anhelar algo que no va a suceder jamás.

—¿Qué esperas? —pregunta Marco.

—A nada —dice Derek.

Ante la atenta mirada de los digientes, Derek firma el contrato de Deseo Binario y se lo envía a Jennifer Chase.

—¿Cuándo voy Deseo Binario? —pregunta Marco.

—Cuando reciba una copia del contrato con su firma, te sacaremos una foto y se la mandaremos a ellos.

—Vale —dice Marco.

Mientras los digientes conversan animadamente acerca de lo que todo esto supone, Derek piensa en lo que le va a contar a Ana. No puede decirle que lo hace por ella, naturalmente. Ana se sentiría espantosamente culpable si pensara que Derek está sacrificando a Marco por su bien. Esta decisión le corresponde a él, y lo mejor será que Ana le atribuya toda la responsabilidad.

Ana y Jax están jugando a Jerk Vector, un juego de carreras que Ana ha añadido recientemente a Tierra de Datos; pilotan sus aerodeslizadores por un paisaje tan escarpado como el cartón de una caja de huevos. En el interior de una cuenca, Ana consigue acumular velocidad suficiente para cruzar una quebrada cercana de un salto, mientras que Jax no lo consigue y su aerodeslizador cae espectacularmente hasta el fondo.

—Espera te alcanzo —suenan la voz del digiente en el intercomunicador.

—Vale —dice Ana, que pone el aerodeslizador en punto muerto. Mientras espera a que Jax regrese por el sendero que asciende abrazado a la pared de la quebrada, cambia a otra ventana para comprobar el correo. Lo que ve la sobresalta.

Felix ha enviado un mensaje dirigido al grupo de usuarios en pleno, comenzando

triumfalmente una cuenta atrás hasta el primer contacto de la humanidad con los xenotherianos. Al principio Ana se pregunta si estará malinterpretando a Felix debido a su excéntrico uso del lenguaje, pero un par de mensajes de otros miembros del grupo de usuarios confirman que el puerto de Neuroblast está en camino y que Deseo Binario va a pagar por él. Alguien ha vendido su digiente como juguete sexual.

Es entonces cuando ve un mensaje que asegura que ha sido Derek, que éste ha vendido a Marco. Se dispone a publicar una respuesta, diciendo que no puede ser cierto, pero se contiene. En vez de eso, regresa a la ventana de Tierra de Datos.

—Jax, tengo que hacer una llamada. ¿Por qué no practicas un rato saltando por encima de la quebrada?

—Arrepentirás —dice Jax—. Próxima carrera te gano.

Ana pasa el juego a modo de entrenamiento para que Jax pueda probar a cruzar la quebrada sin tener que volver a escalar desde el fondo cada vez que falle. A continuación abre una ventana de videófono y llama a Derek.

—Dime que no es verdad —le espeta, pero un vistazo a su cara es cuanto necesita para saber que sí lo es.

—No quería que te enteraras así. Iba a llamarte, pero...

Ana está tan atónita que apenas si consigue encontrar las palabras.

—¿Por qué lo has hecho? —Ante el interminable silencio de Derek, insiste—: ¿Por el dinero?

—¡No! Por supuesto que no. Decidí que los argumentos de Marco tenían sentido, eso es todo, y que ya tenía edad suficiente para elegir.

—Lo habíamos hablado. Estabas de acuerdo en que sería mejor esperar hasta que tuviera más experiencia.

—Ya lo sé. Pero luego pensé... pensé que estaba pecando de un exceso de cautela.

—¿Exceso de cautela? No estás permitiendo que Marco se arriesgue a magullarse la rodilla; Deseo Binario lo va a someter a una operación de cirugía cerebral. ¿Cómo se puede ser demasiado precavido con algo así?

Tras unos instantes, Derek responde:

—Comprendí que había llegado el momento de dejarlo.

—¿«Dejarlo»? —Como si la idea de proteger a Marco y a Polo fuera un capricho infantil que se le hubiera pasado con la edad—. No sabía que pensaras así.

—Tampoco yo, hasta hace poco.

—¿Significa esto que no planeas constituir a Marco y a Polo en sociedades anónimas algún día?

—No, el plan sigue en pie. Sólo que no será algo tan... —Derek titubea de nuevo—. Fijo.

—No será algo tan fijo... —Ana se pregunta hasta qué punto conocía realmente a

Derek—. Pues me alegro por ti, supongo.

Parece dolido por sus palabras, lo cual a Ana le parece estupendo.

—Es lo mejor para todos —dice Derek—. Los digientes podrán acceder a Real Space...

—Ya lo sé, ya.

—En serio, creo que es lo mejor —insiste Derek, pero no parece convencido.

—¿Cómo puede ser lo mejor? —pregunta Ana. Derek no dice nada, y ella se queda mirándolo fijamente—. Hablaremos más tarde —dice Ana, y cierra la ventana del videófono.

Pensar en cómo podrían utilizar a Marco —sin que él sepa siquiera que lo están utilizando— le parte el corazón. No puedes salvarlos a todos, se recuerda. Pero nunca se le pasó por la cabeza que Marco pudiera ser el que más peligro corría. Daba por sentado que Derek opinaba igual que ella, que comprendía la necesidad de hacer sacrificios.

En la ventana de Tierra de Datos puede ver a Jax pilotando su aerodeslizador por las pendientes, arriba y abajo, tan entusiasmado como un niño en una montaña rusa sin raíles. No le apetece contarle ahora mismo lo del acuerdo con Deseo Binario; tendrían que hablar de lo que supone para Marco, y no se siente con fuerzas para mantener esa conversación en estos momentos. Por ahora, lo único que quiere es contemplarlo y, tentativamente, intentar acostumbrarse a la idea de que el puerto de Neuroblast ya es casi una realidad. Es una sensación peculiar. No sabe si calificarla de alivio, debido al precio que conlleva, pero es innegablemente positivo que se haya eliminado este enorme obstáculo para el futuro de Jax, y Ana no ha tenido que aceptar la oferta de Polytope para ello. Pasarán meses antes de que el puerto esté terminado, pero el tiempo pasará más deprisa ahora que ya se vislumbra la meta. Jax podrá entrar en Real Space, reencontrarse con sus amigos y unirse al resto del universo social.

Tampoco es que el futuro vaya a ser un camino de rosas. Todavía se enfrentan a un sinfín de escollos, pero al menos Jax y ella tendrán una oportunidad de afrontarlos. Por unos instantes, Ana se permite el lujo de fantasear con lo que podría suceder si lo consiguen.

Se imagina a Jax madurando a lo largo de los años, tanto en Real Space como en el mundo real. Se lo imagina constituido en sociedad anónima, una persona jurídica, empleado y ganándose la vida. Se lo imagina participando en la subcultura de los digientes, una comunidad con dinero y destrezas suficientes para trasladarse a nuevas plataformas cuando surja la necesidad. Se lo imagina aceptado por una generación de seres humanos que habrán crecido rodeados de digientes, a los que verán como parejas sentimentales en potencia de un modo impensable para la gente de su generación. Se lo imagina amando y siendo amado, discutiendo y comprometiéndose.

Se lo imagina haciendo sacrificios, algunos de ellos difíciles y algunos más fáciles porque serán por alguien que verdaderamente le importe.

Transcurridos unos minutos, Ana se obliga a dejar de soñar despierta. No existe ninguna garantía de que Jax sea capaz de hacer todas esas cosas. Pero si alguna vez quiere tener la oportunidad de intentarlo, ella debe continuar con el desafío al que se enfrenta en estos momentos: enseñarle, lo mejor que pueda, en qué consiste estar vivo.

Inicia el proceso de apagado del juego y llama a Jax por el intercomunicador.

—Se acabó el recreo, Jax —dice—. Hora de hacer los deberes.